

'J. B.'

~~11-2879~~



Escuela de Enfermeras  
"CARLOS VAN BUREN"

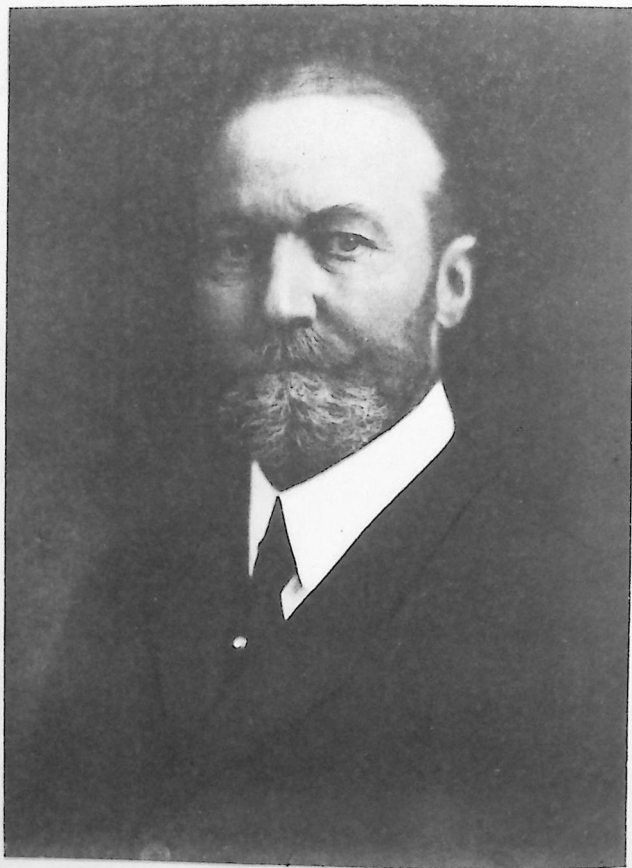


B 109

J. B. MURPHY  
Petrel de la Cirugía

B. 9.





*J. B. Murphy*

Murphy, J. B.  
Medico

W 7 100  
Esc. 2221  
"CAR" 1939



VIDA DE  
**J. B. MURPHY**

*Petrel  
de la Cirugia*

POR  
**LOYAL DAVIS, M.D., M.S., Ph.D.**

*Profesor de Cirugía y Director de la División de Cirugía  
en Northwestern University*



TRADUCCIÓN CASTELLANA POR LOS DOCTORES

**JOSE ARCE**

*Profesor de Clínica Quirúrgica y Director del Instituto de Cirugía  
en la Universidad de Buenos Aires*

**CARLOS ALBERTO TANTURI**

*Adscripto a Patología Quirúrgica en la misma Universidad*



944

LIBRERÍA Y EDITORIAL

"EL ATENEO"

FLORIDA, 340 — CÓRDOBA, 2099

BUENOS AIRES

1939

Proc. 11645

COPYRIGHT, 1938, BY LOYAL DAVIS

648

*Cl. Santos*

MAR. 46243

REB. 64652

5



*R. Soto*

23.8.12 Desconocido EV 100.-

A  
ALLEN BUCKNER KANAVAL  
Y  
FRANKLIN H. MARTIN

*...Hasta los peces que surcan lo profundo del mar,  
pueden ser pescados; hasta los pájaros que vuelan  
a mayor altura, pueden ser cazados; sólo el cora-  
zón del hombre está fuera de nuestro alcance.*

CHUANG-TSE

## DOS PALABRAS

*El profesor Loyal Davis, nuestro ilustre colega de Northwestern University, ha querido que el doctor Tanturi y yo entreguemos al mundo de habla castellana una edición de J. B. Manos a la obra, hemos encontrado dificultades insospechadas. Vínculos de amistad y de coincidencia en la admiración de un gran cirujano y de un gran carácter, nos decidieron a no retroceder. Por otra parte, Davis, joven y ya famoso cirujano de Chicago, desempeña actualmente la misma cátedra que otrora ocupara Murphy, y esta circunstancia debía naturalmente pesar en nuestra decisión.*

*En primer término ofrecemos el prólogo de Cronin. En menos de cincuenta líneas ha retratado magistralmente el libro y el héroe de Davis. Nos pareció por eso que debíamos vincularlos, como si se tratase de una misma obra, con el medallón del ilustre escritor británico que de ese modo había presentado la edición inglesa de J. B.*

*Y luego la versión: imperfecta; demasiado literal a veces; con expresiones no traducidas; sea. Pero sepa el lector que nos impusimos el propósito de conservar en lo posible el estilo del original, unas veces rudo, otras ingenuo hasta parecer infantil. En cuanto a la narración, mechada de profundas reflexiones, es el reflejo fiel de una serie de hechos reales, que puestos unos a*

*continuación de los otros forman la cadena magnífica legada a la historia de la cirugía por ese singular hombre de acción y de verdad que fué en vida John B. Murphy. Que sus calidades y defectos sirvan de ejemplo.*

JOSÉ ARCE.

## PRÓLOGO DE LA EDICIÓN INGLESA

*A mi modo de ver, el mayor defecto de las biografías modernas es el de no ser convincentes. Muchos escritores "desentierran los huesos y rearticulan el esqueleto", pero fallan lamentablemente cuando tratan de revivir al hombre. Son cuidadosos, precisos y pulidos, pero ¡oh! cuán atormentadamente insípidos.*

*No así el doctor Loyal Davis, quien en este libro ha conseguido los más notables efectos de vida y acción. Por dos razones: en primer lugar, porque su estilo es extraordinariamente vivo; en segundo término, porque ha encontrado en la biografía de J. B. Murphy un tema nada menos que magnífico.*

*J. B. Murphy fué no solamente un gran hombre y un gran cirujano, que habiendo nacido en la tradicional cabaña de madera rústica llegó lo bastante cerca de la Casa Blanca como para que le cupiese en suerte atender profesionalmente al Presidente de los Estados Unidos; fué además un individualista, impetuoso y sin escrúpulos. Y como la profesión que adoptó exige una rectitud absoluta, en el empuje ascendente de su carrera hubo de chocar muchas veces y violentamente con la autoridad, y dió origen a más de un incidente sensacional. ¡Qué hombre era! Pienso que todos los cirujanos son en cierta medida figuras dramáticas que saborean —aun cuando sea en forma subconsciente— la sensación de sus propios triunfos. Pero Murphy fué un "superdramaturgo" que representó su papel en la*

sala de operaciones, acorazado y lleno de confianza en sí mismo, como si supiese que la vida y la muerte lo aguardaban entre bastidores.

Con alguna frecuencia oí hablar de Murphy con admiración a mi antiguo profesor de cirugía sir William Macewen. Creo que sus sentimientos tenían menos que ver con el técnico, con el inventor del botón intestinal —que después de todo no era más que una pasable contribución instrumental a la cirugía del abdomen— que con el audaz, neto y atrevido hibernoamericano que tan a menudo “tomó por las orejas” a la profesión médica.

Murphy fué, sin duda, un pirata en el mar convencional de la medicina americana. Y es precisamente esta cualidad la que emerge espléndidamente del libro de Davis; ese desconsiderado desafío a la autoridad; ese heroico cumplimiento de un turbulento destino. Adviértase que Davis no ha cometido el error de endiosar su carácter. Nos ofrece un balance justo; nos presenta el verdadero retrato del hombre que a un mismo tiempo fué noble, perverso, sentimental, irritable y hasta mercenario. Ha caracterizado tan bien a su héroe, que los hechos desnudos adquieren nuevos colores y llegan a ser más emocionantes que un drama. En pocas palabras: si esta biografía me hubiese llegado en forma de novela, yo la hubiese clasificado a la altura de medallones tan memorables como “Arrowsmith” o “Elmer Gantry”.

Hacía muchos meses que no leía un libro tan interesante. No apartaré de él al lector por más tiempo.

A. J. CRONIN.



## EL ÉXODO DE IRLANDA

## 1

La biografía de John B. Murphy comienza muchos años antes de su nacimiento.

A principios del siglo diecinueve se inició en Irlanda, hogar de sus padres, una era de prosperidad. Las “Leyes de Granos” en vigor, constituían probablemente el peor régimen agrario existente en Europa, a pesar de lo cual habían estimulado la labranza y mejorado la agricultura; la exportación había aumentado y las tierras se habían valorizado.

Las fincas de labranza promediaban entre tres y quince acres y las familias eran numerosas; los labriegos no podían por lo tanto ocuparse solamente de añoranzas poéticas, ni abrigar esperanzas de restauración de la “Dark Roseleen” (1).

Un hombre sabía que para mantener a su familia le bastaban unos pocos cerdos en el chiquero; una vaca que le proporcionase leche, manteca y queso; una buena huerta para cultivar papas y otra más pequeña para repollos. El cultivo de la tierra y el cuidado de la pequeña cosecha no ocupaban todo su tiempo, y la mayoría de los campesinos trabajaban además en fincas y ca-

(1) “La morocha Rosalía”, soneto que simboliza a Irlanda libre.

bañas ajenas o en alguna de las progresistas industrias de la época, tales como: molinos de granos, malterías, cervecerías o destilerías. Otros trabajaban en industrias caseras: tejido de artículos de hilo y de lana.

Más tarde, en 1845, con la papa importada de América vino también el *tizón* <sup>(1)</sup>. Toda Europa sufrió de este azote que alcanzó su mayor desarrollo en 1846 y 1847. En Irlanda el efecto fué terrible; imposible de describir. Anualmente los campos eran labrados y cuidadosamente cultivados; anualmente prometían frutos en abundancia; la peste los cubrió repentinamente de desperdicios inservibles.

El gobierno británico decretó socorros en gran escala, distribuyendo maíz por valor de nueve millones de libras esterlinas entre la gente menesterosa de Irlanda. A pesar de la rapidez y buena organización del auxilio, centenares de personas murieron de inanición.

Todas las barreras para la emigración fueron abolidas y los ojos de Irlanda se volvieron hacia América, tierra de la abundancia.

Entre los más pobres de los pobres se contaban los Murphy, del condado de Limerick. El padre, labriego que trabajaba para un agricultor, había ganado siempre muy difícilmente el sustento de sus hijos, a la sazón en pleno crecimiento. Con la llegada de la miseria, su situación se hizo insostenible. A fines de 1847, todo cuanto la familia poseía, excepto las ropas que usaban y con las que dormían, había sido vendido para procurarse alimentos. El chiquero y el establo

(1) "Potato blight": enfermedad parasitaria de la papa, vulgarmente llamada entre nosotros "carbón volador".

estaban vacíos. Abrumada por el hambre y la ruda tarea, la familia crecía física e intelectualmente disminuida. Todos excepto Michael, el menor, quien corporalmente más fuerte que los otros permanecía alegre y activo.

El joven Michael Murphy oía atentamente todo cuanto se refería a América, país donde la tierra era barata y donde cualquier hombre, trabajando con tesón, podía hacerse propietario. Es cierto que se necesitaban veinte libras para alcanzar las orillas del nuevo y dorado país; es cierto que no se podría ahorrar dicha cantidad en toda una vida igual a la de los Murphy; pero ¿qué podría impedirle embarcarse como marinero y abandonar la nave que lo condujera, una vez que ésta hubiese llegado a Nueva York?

Sin un penique y a pie, el joven Michael se dirigió a Dublín.

## 2

En el condado de Clare, después de cruzar el río Shannon, vivía la familia Grimes, terratenientes de la clase media muy respetados por campesinos como los Murphy, cuya existencia aquéllos ignoraban. Pero la miseria había dejado a los Grimes apenas mejor que a sus propios labriegos. Fué así como los siete hijos de esa familia decidieron emigrar a América. Ann Grimes, la única mujer, no se resolvió a quedar sola, e intrépidamente hizo la larga y pesada travesía del Atlántico en unión de sus hermanos.

Cinco de los Grimes decidieron permanecer en Boston, puerto de arribo, donde pronto encontraron trabajo y una próspera colonia de compatriotas. Pero

Thomas, el mayor y el único de los hermanos que había recibido educación universitaria, James, uno de los menores, y Ann, rehusaron modificar el propósito que los había inducido a dejar Irlanda. Habían venido en busca de tierra y ésta podía conseguirse en el Oeste con sólo pedirla. Dejaron Boston, camino de Nueva York; luego remontaron el Hudson hacia Albany; desde aquí emplearon seis días para llegar a Buffalo por el canal de Erie. Pero dejemos hablar a uno de estos emigrantes, del viaje desde Buffalo, en carta enviada a su familia:

"...Desembarcamos en Buffalo el sábado 25 a las tres de la madrugada. Nuestro viaje entre Albany y Buffalo fué relativamente confortable. Permanecimos en Buffalo doce horas, partiendo de allí a las tres de la tarde, para llegar alrededor de las ocho de la mañana del domingo a un lugar llamado Fair Port, donde cargamos combustible. Más o menos a las doce del día alcanzamos Cleveland, donde nos detuvimos hasta las seis de la mañana del lunes para reparar una biela precintada que se había astillado a causa de un amarre demasiado fuerte. Llegamos luego a un lugar muy insalubre llamado Toledo, sobre el *Mamee* (Maumee), río del estado de Ohio, en el límite oeste del lago *Eri* (Erie). El siguiente punto a que arribamos fué Huron, pequeño pueblo al sud del lago Huron; allí cargamos madera. El miércoles llegamos a un lugar llamado *Prestheil* (Presque-Isle), al oeste del lago Huron; sus habitantes viven de la pesca y proveyendo madera a los vapores. El jueves llegamos a *Manatoo* (Manitou)..."

Y así sucesivamente hasta Green Bay, Wisconsin, a donde llegaron semanas después de esperar barcos y buen tiempo; de dormir sobre cubiertas húmedas, con vigas de madera por almohadas; y de sufrir hambre y sed, expuestos al mareo y al temible cólera, así

como también a fiebres de nombre y naturaleza desconocidos para ellos.

Al fin llegaron a la meta, a la tierra prometida; pero tan sólo para comprobar, contrariamente a lo que ellos habían creído, que tenía dueño. En efecto, aún allí, en el mismo desierto, cada acre de tierra costaba dos dólares y medio. En procura de la mejor y más barata disponible, siguieron camino hacia el sudoeste hasta llegar a un pueblito llamado Appleton, que precisamente en ese mismo año de 1848 había sido elegido como sede de Lawrence University. Con el poco dinero que les quedaba, Ann, Thomas y James, pudieron adquirir un cuarto de "sección" <sup>(1)</sup> cuatro millas al oeste de Appleton.

## 3

Michael Murphy, que había logrado atravesar el Atlántico trabajando a bordo, sintióse atraído hacia el oeste por la misma ilusión que había llevado a Ann Grimes y a sus hermanos. Quería tierra; tierra barata. Como estibador y marineró llegó a Green Bay. Una vez desembarcado no tuvo dificultad para encontrar trabajo. Había una viva demanda de tierras; éstas debían ser medidas y Michael llegó a ser ayudante de agrimensor.

Luego vino la construcción del canal de Fox River y Michael estaba allí cuando se inició la obra de las esclusas de Appleton. Durante semanas enteras aca-

(1) "Section": medida de superficie usada en Estados Unidos para dividir la tierra pública, que representa una milla terrestre (1.609,30 metros) cuadrada, o sean 259 hectáreas y que se subdivide en 640 acres.

rreó y ayudó a emplazar pesadas piedras. Terminado este trabajo, y con dinero en sus bolsillos, su pensamiento volvió a la chacra. La suerte lo condujo hasta la puerta de la cabaña de los Grimes.

Michael era alto y rubio, personificación de fuerza y simpatía. Thomas y James necesitaban ayuda para desmontar sus 160 acres. Escaso era el jornal que podían pagar, pero Michael manifestó que no era dinero lo que deseaba. Prefería trabajar por un pedazo de tierra, cualquiera que ellos no necesitasen. Ajustóse el contrato: Michael trabajaría por sesenta acres no desmontados.

Michael no dió motivo para que Thomas y James se arrepintiesen. Alegre como camarada, ejecutaba el trabajo de tres hombres menos fuertes; incansable con la sierra y el hacha, les dió más de lo convenido en horas y esfuerzo. Y si en las noches de luna y en los días en que ellos pensaban que el tiempo era demasiado malo para trabajar, Michael cortaba árboles en sus propios sesenta acres, ¡esto solamente demostraba cuán sabia había sido la elección del colaborador!

Pero cuando Michael Murphy plantóse frente a ellos y solicitó la mano de Ann, la cuestión varió de aspecto. Es cierto que trabajaban juntos y que comían en la misma mesa: estaban en un país nuevo cuyas costumbres no eran las de Irlanda. Pero después de todo, Michael Murphy no era más que el hijo de un campesino. ¿Cómo osaba levantar sus ojos hasta Ann Grimes? disgustados hasta el enojo, su oposición a considerarle como el pretendiente de su hermana fué inmediata y terminante.

Padres y hermanos son difíciles de conquistar cuando

de casar sus hijas y hermanas se trata; pero en el caso de Thomas y James, otra razón más egoísta que la simple diferencia de clase social pudo influir en el rechazo. Ann era una experta ama de casa: cocinaba, lavaba y cosía para todos. ¿Qué harían sin ella?

Pero los hermanos habían adoptado su resolución sin consultar con Ann. Olvidaron que ya no vivían en el viejo país, el condado de Clare; que los convencionalismos que hubieran podido regir la vida de Ann en Irlanda, nada significaban en la inculta Wisconsin. Olvidaron también que Ann tenía su propia personalidad. Ella respetaba a Thomas como el erudito de la familia; James era su hermano favorito; pero el amor era el amor y aquí estaban en América, donde los hombres valían por su propio esfuerzo y donde nadie se preocupaba ni de sus antecedentes ni de la clase social en que hubieran nacido.

## 4

En Saint Mary, una pequeña y rústica iglesia de madera, de Appleton, un cura ambulante ofició el acto religioso que hizo de Ann Grimes la esposa de Michael Murphy. Fué en la primavera de 1849. La feliz pareja marchóse luego a su hogar: los sesenta acres de propiedad de Michael. Trabajando sin descanso, cargando pesos capaces de doblegar la espalda de un hombre común, Michael había edificado allí para su novia una rústica cabaña de madera que se componía de dos cuartos, de los cuales el más pequeño serviría de cocina y el más grande de sala. En lo alto de éstos había una enorme habitación, no dividida, que serviría de dormitorio. Las grandes vigas de olmo y de roble blanco

habían sido pulidas con una azuela; los soportes del tejado y los del piso de la habitación, eran pequeños troncos de tamarindo, de cedro, de olmo colorado y de palo de hierro (¹).

En este abrigado refugio de gruesas paredes labradas a mano y de juntas arcilladas, la pareja de colonizadores fundó su hogar y comenzó la vida en común.

El 5 de agosto del año siguiente, Michael que había dejado sentir los golpes de su hacha en una buena parte de los sesenta acres, compró todo el erial a razón de un dólar y cuarto el acre. Ahora, finalmente, poseía una chacra propia. Una vez firmadas las escrituras, pidió un favor a Ann: deseaba que ella escribiera a su madre, en Irlanda, para decirle que eran propietarios.

Otra carta escribió Ann para el condado de Limerick en diciembre de 1850, tan pronto como se restableció, después del nacimiento de su primer hijo, un varón llamado Daniel. La madre de Michael pediría al cartero que se la leyese y se sentiría muy feliz al conocer estas noticias. Se jactaría ante sus vecinos de que su hijo era terrateniente; de que tenía mujer e hijo; de que usaba zapatos de cuero legítimo y de que en su olla había carne todos los días de la semana. Diría eso a sus vecinos y pronto, uno a uno, los hijos de dichos vecinos desaparecerían atraídos por la tierra de promisión.

Así emigraron de Irlanda por millares en busca de fortuna, hacia Estados Unidos y Canadá, donde no había ni miseria ni exceso de población.

Mientras tanto Michael trabajaba sin descanso: desbrozaba la tierra, araba y sembraba. Además de talar

(¹) Especie de quebracho.

había que quemar o extirpar los raigones. Pero la tierra virgen era rica y producía frutos en abundancia, y donde tan sólo habían existido pesados troncos, se veía ahora una hermosa chacra, obra del esfuerzo casi sobrehumano de Michael. Y como si sesenta acres no fuesen suficientes para el trabajo de un hombre, ensanchó sus dominios. Compró a James, el hermano de Ann, cuarenta y cuatro acres más, por los que pagó 275 dólares; y otra fracción de veinte y cuatro acres a Thomas, por 150 dólares. El valor de la tierra aumentaba año por año a medida que aparecían más colonizadores.

Otros hijos llegaron para bendecir su hogar: Michael (h.), Frank, Ellen, Lucinda y finalmente John. Eran gente prolífica; el Señor les sonreía a menudo.

## 5

John Murphy nació el 21 de diciembre de 1857. Durante la noche del 20, mientras el viento rugía afuera y la nieve se acumulaba contra puertas y ventanas, Michael Murphy sentado en una gran mecedora de madera velaba al lado de la mujer amada, cuya cama había arrimado al hogar en el que arrojando leño tras leño mantenía vivo el fuego. Los niños dormían arriba.

Ann que no quería exponer a su marido a la tormenta de nieve, trataba de ocultar que se hallase en trance de parto y que necesitase la presencia de la comadrona, la abuela Moore. Pero cerca de la madrugada no pudo disimular la verdad por más tiempo y Michael, bien abrigado y con su gorra de castor, se arriesgó en la nieve y en la oscuridad. Cuando una hora después regresó con la comadrona, la criatura había nacido. Era un varón.

Con la rapidez y la destreza adquiridas en larga experiencia, la abuela Moore atendió a la madre y prodió luego sus cuidados al recién nacido, cuyo cuerpecito rojo untó con grasa de ganso y lavó con agua tibia; después de vestirle con una bata de lana dejóle junto al abrigado regazo materno. Antes de dormirse, Ann escuchó que Michael decía a la abuela Moore que el niño se llamaría John, tal cual eran sus deseos.

## 6

John Murphy fué bautizado en Saint Mary, la misma pequeña y rústica iglesia de madera donde sus padres se habían casado; ofició el mismo sacerdote.

Vestidos con sus mejores ropas domingueras, la familia Murphy salió con rumbo a Appleton. El bautismo del nuevo hijo les había dado motivos para uno de sus pocos días de fiesta. Con su prole bien abrigada en el trineo, bajo mantas de cuero de búfalo, Michael Murphy anduvo las cuatro millas nevadas, guiando orgullosamente su yunta de bueyes.

Al mismo tiempo que progresaban los Murphy, crecía el pueblito de Appleton. Cuatro años antes había sido "incorporado" (1). La universidad metodista de Lawrence tenía nueve años de existencia. Con la "incorporación" de Appleton vino un liceo. El canal producía y empujaba la civilización hacia el oeste.

Tom Grimes, el erudito, había encontrado en Appleton una esposa excelente. Como a los otros Grimes no les iba bien en Boston, llegaron finalmente a Wisconsin y tomaron tierras al fiado. La "section" 31, la

(1) Se dice así de los nuevos pueblos, una vez oficialmente reconocidos y con derecho a elegir sus autoridades.

"township" (1) 21, el condado de Outagamie, era una comunidad Grimes-Murphy. Estos colonizadores irlandeses iban en camino de establecer una dinastía. La fortuna les sonreía finalmente; habían caído, pero ahora se levantaban. Sus tierras eran extensas y fértiles; sus hijos muchos y sanos; pero de todos ellos ninguno más feliz que Ann y Michael Murphy.

Ya, Daniel Murphy, que tenía siete años, y Michael (h.), que aún no había cumplido seis, ayudaban a su padre en la granja; a pesar de su juventud su ayuda era eficaz. La granja se extendía poco a poco; los árboles y los raigones continuaban siendo removidos; las piedras eran retiradas de los campos recientemente labrados. Cada año el arado mordía en tierras vírgenes. Había trabajo de sol a sol: se araba y sembraba; se cosechaba y desbrozaba. Nunca hubo bastante tiempo para el viejo Michael; toda ayuda era poca para satisfacerle; el sol y la lluvia nunca fueron suficientes.

Este hombre fuerte, fijó un ritmo para su hijos que pocos hombres hubieran podido seguir. Perseverante, estricto, infatigable en la labor, los educó con celo ejemplar. Pero los Murphy amaban a su padre, porque Michael era afectuoso y amable; y si su carácter era violento a veces, rápido era su arrepentimiento.

Ann podía igualar el "ritmo" de su esposo en el trabajo y en la intensidad de sus afectos. Era capaz y fuerte; su único afán en la vida, además de hacer feliz a su marido, era el de educar a sus hijos. Nada

(1) Township: "municipalidad" en el sentido de extensión de tierra formada por treinta y seis "sections" o sean 23.040 acres.

le proporcionaba tanta dicha como el instante en que los veía regresar de la escuela, lejana una milla y media, con sus libros debajo del brazo. No se podía pronosticar a dónde los conduciría su educación.

Daniel era profundo, pensativo, tranquilo y taciturno. No se cansaba nunca de estar sentado, leyendo cuanto caía en sus manos. Todo hacía presumir que sería sacerdote. Ella ahorraría los centavos que le permitiesen seguir su vocación. Michael (hijo) no tenía pasta de estudiante, sino la de un trabajador como su padre. En cuanto a Frank era un muchacho jovial y despreocupado que soñaba siempre con vivir en una ciudad donde hubiese mucho movimiento. Ellen, romántica y alegre. Lucinda, aún cuando la más bonita de las niñas, era impresionable y retraída.

Ann comprendía fácilmente a todos sus hijos, excepto a John el menor. Siendo el más simpático de ellos, hacía siempre lo que quería, después de contentar a todos. Era tan jovial como Frank y aparentemente tan despreocupado como él, pero al mismo tiempo era tan serio como Daniel. A la edad de cuatro o cinco años, solo, mientras los otros niños estaban en la escuela, mostróse singularmente independiente, imaginativo e ingenioso. Vagaba por los montes horas enteras e importunaba después a su madre con preguntas acerca de las cosas que había visto; otras veces recorría, siempre solo, las dos millas que separaban su casa de la de su tío Thomas, para jugar con Margaret Grimes, de su misma edad y su preferida entre los primos.

A pesar de su celo por el trabajo, Michael Murphy hizo del domingo su día de descanso. En verano los

muchachos pasaban las largas tardes del domingo pescando o nadando en el río. El joven John no quiso aprender a nadar, pues el miedo al agua era en él innato; a pesar de que hasta el final de su vida la pesca fué su deporte favorito, nunca logró dominar esta temprana aversión y no aprendió a nadar. Las otras estaciones del año traían otros pasatiempos; las fiestas de la cosecha, en otoño, y las de Navidad, que hacían más llevadero el invierno.

También en invierno los muchachos atrapaban almizcleros y conejos, ardillas y gatos rabones<sup>(1)</sup>. Muy jóvenes todavía, aprendieron a manejar el rifle y la escopeta. En la época de fríos más intensos, a menudo bajaban lobos de los montes. El gobierno ofrecía una recompensa de cinco a diez dólares por cada piel de lobo y ese era un estímulo más para cazarlos. Johnny seguía el rastro detrás de sus hermanos y algunas veces, no muchas, le permitían tirar. La pólvora y el plomo costaban dinero y no se podían desperdiciar. Cuando traían dinero por los lobos que mataban, Ann lo ponía en la tetera en que guardaba sus ahorros. La educación que pensaba dar a los jóvenes cazadores de lobos, costaría dinero y era justo que ellos ganaran una parte.

Los Murphy obtenían poco dinero de sus tierras; pero era difícil sentirse pobres en el país de la abundancia. Conseguían excelentes cosechas de trigo, maíz y papas. Había suficiente leche para la familia y para cebar los cerdos, cuya carne era artículo de primera necesidad durante todo el año. Algunas veces Michael mataba un venado, para variar de la carne de

(1) Bobcats.

cerdo salada, de la carne ahumada y del tocino. La caza menor de los muchachos y los peces que ellos pescaban en el río, eran también elementos que enriquecían la mesa del colonizador. Los bosques producían en abundancia una variedad de "frutillas" silvestres, que eran conservadas secas para el invierno. Entre vecinos se cambiaban las semillas de huerta enviadas desde el Este, que eran cuidadosamente clasificadas y guardadas, de manera que su existencia en depósito crecía en cantidad y en variedad. El café era aumentado con maíz tostado o con zanahoria; el te, con hojas secas de hierbas silvestres; el tabaco, con "Kinnikinic": una mezcla de hojas secas y de corteza de sauce o de zumaque <sup>(1)</sup> rojo.

Las ropas constituían otro problema. Ann Murphy, al igual que cualquiera otra mujer de colonizador, hacía toda la ropa que usaba la familia; tejía los muchos pares de calcetines de lana gruesa, indispensables para abrigar los pies de toda la familia. Los trajes domingueros eran cuidadosamente conservados y se heredaban de padre a hijo y de madre a hija. Hasta el uniforme azul, de uso diario, recorría toda la familia, comenzando por Michael, padre, y terminando en Johnny. Cuando llegaba al menor eran tantos los remiendos, que Ann solía decir que su hijo parecía una colcha hecha de retazos.

La guerra civil, que estalló cuando John tenía cuatro años, no cambió mucho las cosas en Wisconsin. Donde anteriormente había tres caballos, ahora sólo quedaban dos. Tan buenos precios ofrecían por las ovejas, que resultaba mejor venderlas que esquilar-

(1) Árbol del género Rhus.

las. Escaseaba el azúcar, pero nada significaba esto para los Murphy, pues seguían consumiendo jarabe y azúcar fabricados de sus propios arces. Michael poseído de fervor patriótico quiso alistarse cuando el representante del gobierno fué por allí para comprar un caballo, pero Ann se opuso enérgicamente. Un hombre con la casa llena de niños se debía, antes que a nadie, a ellos y a su mujer. Se ha dicho que se alistó en el curso del tercer año de la guerra, cuando a pesar del general Grant parecía que la Unión sería derrotada; pero no existe constancia de su alistamiento en el archivo del Departamento de Guerra. Es probable que perteneciese a la "Home Guard" <sup>(1)</sup> y que ayudase a perseguir a los propietarios de minas que habían venido del Sud, con sus esclavos, a pesar de saber que la esclavitud era ilegal en Wisconsin.

De ocho años de edad, cuando ella terminó Johnny recordaba poco de las repercusiones de la guerra civil, pero no había olvidado que en cierta ocasión él y otros chicos del pueblo marcharon, admirándolo, detrás de un soldado en uso de licencia. Recordaba también al hombre que vino a comprar el caballo, porque el caballo que ellos vendieron, un potrillo, había sido su favorito. Recordaba además de otro hombre que frecuentaba la chacra y discutía con su padre acerca de la guerra; recostados contra el granero o caminando a través de los campos y hablando a más no poder.

En la época en que sus hermanos Daniel y Michael, terminados sus estudios primarios habían ingresado a la escuela superior, Johnny concurría a la pequeña es-

(1) Guardia territorial.

cuela del distrito con sus hermanas y su hermano Frank.

El ideal de Ann Murphy, en lo tocante a la educación de sus hijos, se estaba realizando y su alegría por sus progresos era grande. Hasta al menor le iba bien, pues a la edad de ocho años se encontraba en segundo grado, contento de aprender cosas y de ser un buen chico, siempre ocupado, y que casi siempre se lo pasaba silbando un "aire" desentonado que él insistía era "Auld Lang Syne" (1), pero que nadie podía reconocer si él no lo afirmaba. Esa música desafinada, suavemente silbada, lo acompañó toda su vida, y ninguna burla a este respecto pareció afectarle, ni en su niñez, ni cuando ya hombre, llegó a ser famoso.

En la pequeña escuela, de una sola habitación, y en la que un solo maestro atendía ocho clases, Johnny aprendió las primeras letras, aritmética y algo de álgebra, gramática, geografía e historia, así como también el trato con sus compañeros. Ya entonces demostró poseer ese encanto contagioso que le abriría todas las puertas en el resto de su existencia. Su joven maestro, un estudiante que seguía su carrera en Lawrence University, gustaba del muchacho rubio de los pantalones remendados, y encontraba que era un excelente alumno, sin que nada le hiciese sospechar que, por su real talento, Johnny iría lejos y que esa joven cabeza, ese joven corazón y esas jóvenes manos, escondían sorprendentes triunfos.

(1) Antigua canción escocesa.



## CAPÍTULO II

"J. B."

## 1

El mejor regalo que Ann y Michael Murphy hicieron a sus hijos, fué el de inculcarles la importancia de la educación. Privados ellos mismos de los beneficios de la instrucción, pero poseídos de un profundo buen sentido, insistían sobre el hecho de que instruirse no significa trabajar menos o más fácilmente, sino prepararse a fin de que el trabajo fuese más eficiente y productivo. Años más tarde, John Murphy se complacía en citar el credo de su madre: "Para quien es instruído no existe proeza humana que no pueda ser igualada o superada, siempre que sea diligente, íntegro y sobrio".

La templanza tenía para Ann tanta importancia como uno cualquiera de los diez mandamientos. Educó a sus hijos en el temor del demonio y del alcohol; no debía arredrarlos ninguna otra cosa sobre la faz de la tierra. Las reglas de conducta que les había impuesto, de vivir con honor, decentemente y apreciando el valor del dinero, no admitían indulgencia alguna de su parte. En el curso de la vida, todos sus hijos reflejaron la severa educación que habían recibido de Ann y Michael. Daniel fué a Montreal y se ordenó sacerdote; Lucinda fué a Notre Dame y tomó los hábitos;

Frank, que murió a la edad de 28 años, fué farmacéutico en Chicago. Sólo la alegre Ellen se negó a seguir el, para ella, estrecho camino de sus hermanos: lo eludió tan pronto como pudo y casó con un maquinista de ferrocarril, figura romántica de aquella época.

Del mismo modo que sus hermanos, John Murphy adoptó el inflexible código de sus padres. Nunca tomó bebidas alcohólicas; sólo en muy raras ocasiones acercó a sus labios un vaso de vino. Fué fiel sin reparos a la iglesia católica. A pesar de haber sido acusado de falta de ética, fué honrado. Cuidó siempre muy bien de su dinero. Si su entrenamiento precoz lo hizo egoísta; si fué menos considerado con los pobres que con los ricos, talvez deba perdonársele. La prédica incesante de sus padres acerca del valor del dinero, y el severo ambiente de privaciones en que vivió desde su más tierna infancia, hicieron nacer en él horror a la pobreza y una fuerte determinación de escapar a ella. Pocos médicos mueren millonarios; pero esto ocurrió con John Murphy.

A medida que envejecía, Michael Murphy volvíase más inflexible y más intolerante. Su consagración al trabajo, el afán de inculcar a sus hijos la importancia del mismo, y la necesidad de que realizaran la parte que les correspondía en él, influyeron talvez para que se volviese injusto. Vivía obsesionado, casi fanáticamente, por la convicción de que la indolencia era la más común de las trabas del progreso y la causa más frecuente del fracaso.

Mientras Michael enseñaba a sus hijos la virtud y la necesidad de intrepidez, diligencia, perseverancia y por encima de todo disciplina, en el manejo de los pe-

queños recursos, de valor innegable, Ann destacaba sus limitaciones intelectuales y las de su marido. Repetidas veces les manifestaba que habían existido grandes hombres y hasta hombres de genio, que a pesar de no haber tenido oportunidad para estudiar en los libros, habían concluido por ser autodidactas. Las ambiciones de Ann con relación a sus hijos, no eran pues menores que las de Michael, pero de carácter completamente distinto. John trasuntaría en su vida la influencia de ambas.

Rara vez les fué permitido a los niños salirse del camino trazado. De la escuela a casa; hacían sus quehaceres domésticos, cenaban, lavaban los platos y se sumergían en sus libros. Como consecuencia, sus "deberes" eran prolijos y exactos. Los niños Murphy eran reconocidos como los más despejados de los alrededores.

Este hecho debe ser debidamente valorado, si se tiene en cuenta lo difícil que era educarse en aquellos tiempos.

## 2

John se graduó en la escuela rural a los quince años. Durante ocho años había recorrido, a través de los campos, el sendero que llevaba de su casa a la pequeña escuela de madera. En el programa del día de fin de curso, se incluían recitaciones a cargo de los mejores alumnos, y el más joven de los Murphy hizo su primer discurso sobre el tema: "La gran tarea de la juventud". Habló con tanta seguridad que convenció a su auditorio y se convenció a sí mismo de que dominaba los problemas del futuro.

A continuación siguió en la granja un verano de mucho trabajo, interrumpido por *pic nics* ocasionales. Fuera de los rutinarios "quehaceres domésticos", se preparaba heno y se cosechaba; se podaban árboles y recolectaba fruta; se envasaban artículos alimenticios y se hacía manteca. Se trabajaba de la mañana a la noche. Daniel se había ido a Montreal; Michael era un muchachote fuerte que amaba los trabajos rurales y era por eso el hijo favorito de su padre; Frank era enfermizo. Ellen estaba enamorada y contaba poco, y Lucinda, destinada a ayudar a su madre, era rara, tranquila, pero poco eficaz; hacía lo que se le ordenaba y un poco más.

Después de la cosecha vino el otoño, y con él la época escolar. Como lo habían hecho antes sus hermanos, John se matriculó en la escuela superior de Appleton y lo mismo que ellos vivía en el pueblo durante la semana y regresaba los sábados a su casa, para ayudar en las tareas de la granja. Como su madre estimase que era demasiado caminar cuatro millas, dos veces al día, le había tomado pensión en casa de una prima de ella, llegada poco antes de Irlanda.

La señora de Driscoll, tal era el nombre de la prima, era una mujer bondadosa, cuyo hijo, poco mayor que John, se había decidido por una educación más práctica que la que ofrecía Appleton, alistándose en la Armada. La señora de Driscoll era feliz de tener un joven en su casa, aun cuando no fuese su propio hijo, pero su felicidad derivaba, especialmente, de que John traería tocino, leche y huevos en pago de su pensión. El arreglo era además conveniente para John, porque éste no podía costearse una pensión de las comunes.

John pasaba en su casa, dos días por semana, lo que lo mantenía aún bajo la poderosa influencia de sus padres. Todos los sábados por la mañana, nevase o hiciese buen tiempo, se le veía camino del hogar. Trabajaba todo el día en la granja con su padre; por la noche invitaba a Margaret Grimes, estudiante como él en la escuela superior, y juntos, con otros jóvenes de su edad, jugaban, tostaban maíz <sup>(1)</sup> y hacían caramelos. El domingo por la tarde se marchaba con provisiones suficientes para una semana, y desandaba las cuatro millas que lo separaban de Appleton y de la señora de Driscoll.

John cayó rápidamente bajo la influencia de R. H. Schmidt, uno de sus maestros. Era éste un alemán gregario, emigrado a los diecisiete años. Con escasa instrucción primaria, había conseguido entrar a la universidad de Wisconsin, en la que se graduó cinco años después. Joven, de ideas radicales, indiferente y libre de prejuicios, era buen patriota y apasionado amante de la democracia. Le interesaban más los hechos y la ciencia, que las teorías y las supersticiones; resultó por ello sorprendentemente renovador para un muchacho tan severamente educado como John Murphy. Lleno de vida, curioso, dotado de excepcional energía, era incansable en su profesión. Creía que enseñar era la misión más importante que un hombre podía desempeñar en la tierra. Trabajaba día y noche con sus discípulos. Maestro perfecto, tan excepcional en aquellos días como en los presentes, produjo de este modo una poderosa impresión en las mentes juveniles de aquellos niños rurales.

(1) Hacer rosas de maíz: "pop corn".

Transplantado de su mundo familiar, John Murphy se sentía amedrentado, sorprendido y finalmente encantado, al descubrir que podía aprender mucho más de lo que él se había imaginado. Fué un enorme salto entre el abecé de la escuela rural y los ilimitados horizontes que sugería Schmidt; no fué sorprendente, entonces, que John llegase a admirar a éste como su primer héroe. Porque además Schmidt, por su franqueza y buena presencia, era no solamente el maestro, sino también el amigo de sus discípulos. Compartía sus juegos y asistía a sus fiestas. Fundó una sociedad "literaria y deliberante" que sesionaba los viernes por la noche y legó a ser el centro cultural de Appleton. Por este medio estimuló la más acabada investigación de los temas elegidos para la discusión y guió a sus alumnos a través de los obstáculos, hacia la lógica y el raciocinio. Su alumno favorito era el muchacho alto, delgado, rubio, de ojos azules, que llegó a ser tan brillante en los debates. La verdad es que Johnny Murphy era un muchacho como para encantar a un maestro: vivo, bien dispuesto, entusiasta e increíblemente sincero.

—Ahora Johnny —le decía Schmidt—, recuerde que debe modular su voz. Usted comienza bien, pero pronto su voz chilla como el cortar de un serrucho. No permita que sus emociones dominen su lógica. Lo que me gusta más es su firmeza. Tengo la absoluta seguridad de que usted cree, sin reservas, todo cuanto dice. Y eso, John Murphy, ¡es todo un arte!

John idolatraba casi a su maestro. A sus ojos, Schmidt era todo lo que un hombre debía ser: compendio de la ciencia y de lo mundano; sabio filósofo, superior a los demás hombres. En ningún caso el jo-

ven Murphy hubiera admitido que Schmidt fuese un tonto, negligente, o un pedante capaz de hacer ostentación de sus conocimientos.

John decía a su madre:

—Es el hombre más extraordinario que se pueda imaginar.

—¿Y qué piensas de tu padre?

—¡Bueno! Después de papá.

Por supuesto que el muchacho nada sabía de simpatías ni de atracciones personales. Schmidt fué la primera influencia intelectual que actuó sobre él; el primero en descubrir su riqueza de ideas; el primero en dar rienda suelta a su mente curiosa e inquieta. Durante toda su vida Murphy conservaría la huella de la enseñanza del maestro alemán. Ella lo puso en el camino para llegar a ser un extraordinario y elocuente orador, un artista de la lógica, insuperable cuando sostenía sus puntos de vista en un debate. Además de ser maestro, Schmidt se interesaba por el estudio de la química y de sus aplicaciones en el tratamiento de las dolencias humanas, otra semilla que sembró en la mente del joven Murphy.

## 3

Relatemos ahora cómo John Murphy adquirió un segundo nombre. A diferencia de sus hermanos y hermanas, y porque el deseo de su madre había sido el de llamarle simplemente John, no llevaba segundo nombre. Esta omisión lo trastornaba y era motivo de desazón cuando alcanzó los dieciséis o diecisiete años de edad. La consideraba una deficiencia fundamental en su vida. Otros jóvenes tenían segundos

nombres que les permitían, por lo menos, una inicial; ¿pero qué podía hacer él, con John Murphy a secas? Su única alternativa era J. Murphy, pero esto le parecía poco distinguido. Comenzó por eso a buscar un nombre para remediar la situación. Con este objeto pidió sugerencias a sus primas, no atreviéndose por supuesto a hablar de esto con ninguno de sus primos. Margaret Grimes, su favorita, dió en la tecla y cuando ella le sugirió, Benjamín, él lo adoptó inmediatamente como propio. De este modo, las contratapas blancas de los elementos de geometría de Loomis, del manual de retórica y composición de Hart, así como las de los demás libros de texto, aparecieron cubiertos de "John B.", "John Benjamín" y finalmente "J. B.". Este último perduraría.

## 4

Durante su tercer o talvez su cuarto año de escuela superior, por sus conocimientos en química, y por el interés que ésta le despertaba, J. B. trabajaba una parte del día con Alexander Lewis, farmacéutico del pueblo. Este trabajo le ocupaba las horas de la tarde y los sábados, y consistía en barrer la tienda, llevar los recados, cuidar del inventario y moldear píldoras. Con tal motivo, iba a su casa solamente algunos domingos.

La farmacia de Alejandro Lewis estaba en la intersección de dos calles llenas de polvo, cuando no de lodo. A diferencia de los farmacéuticos de hoy en día, Lewis se ocupaba tan solo de cocimientos y mezcla de drogas, y de la venta de artículos de tocador, especialmente jabones, aguas floridas y perfumes. Los

consabidos frascos de agua coloreada lucían en las de otra manera vacías vidrieras; en el interior se percibía ese perdurable olor, mezcla de productos químicos y drogas. Los dos artículos que más se vendían eran el calomel y el elixir paregórico. El jornal corriente para un trabajo como el de J. B. era de cincuenta centavos por semana y se puede presumir, con seguridad, que cuarenta y cinco de los cincuenta, si no todo el medio dólar, pasaban a engrosar los ahorros del muchacho.

Lewis era un típico farmacéutico de campaña: con lentes, cabellos despeinados, abrazaderas y mangas arrolladas. Era un zoquete, distraído, amable, sin sentido práctico y nada comerciante. Evidentemente estaba muy apegado al joven Murphy. Por su parte, el muchacho lo respetaba. J. B. admiraba la calma natural del farmacéutico, su tranquila conducta en cualquier emergencia y trataba de imitarle. Siendo Murphy un joven impresionable, procuraba adquirir lo que él consideraba los mejores modales y los rasgos más refinados de aquel hombre.

En los altos de la farmacia, como era de práctica en los médicos de aquellos tiempos, por la estrecha relación de la medicina con la química, tenía su consultorio el médico y cirujano del pueblo. El doctor H. W. Reilly era un hombre bondadoso, de mediana edad, y como la mayoría de los médicos rurales un práctico sincero, que anteponía su trabajo al dinero y a la gloria. En un mismo día era llamado tanto para entabillar una pierna rota, hacer un parto, o extraer varios dientes, como para recetar píldoras y purgantes a los que padecían fiebres y escalofríos, o las molestias pro-

pías de los niños; con frecuencia terminaba por asistir a un caballo o a una vaca enfermos. Los medios de comunicación no eran ni rápidos, ni extensos, y era imposible para los atareados médicos rurales estar al corriente de los progresos de la medicina. De cómo había llegado a Appleton y de por qué se quedó allí, son preguntas cuyas respuestas han sido perfectamente disimuladas por el tiempo. Son muchos los médicos de pequeños pueblos que han trabajado toda su vida sin que nadie se haya preocupado de sus antecedentes.

Una tarde J. B. estaba ocupado en preparar una de las recetas del doctor Reilly, las píldoras de Bland. Ya habían sido mezclados los ingredientes y ponía todo su empeño a fin de que las píldoras resultasen suaves, redondas y uniformes. Con frecuencia Lewis le decía que un buen farmacéutico podía ser juzgado, según preparase las píldoras de Bland.

Repentinamente el doctor Reilly asomó la cabeza por la puerta de atrás, que daba a la escalera que conducía a su consultorio:

—¡Eh!, muchacho; venga a darme una mano; ¡pronto!

J. B. dejó su trabajo y saltó tras el doctor, imaginándose que se trataba de una cuestión de vida o muerte. Trepó la escalera, de dos en dos, detrás de Reilly. Una vez arriba, éste le espetó precipitadamente una explicación:

—Tengo aquí un sujeto con un mal tajo en la pierna y un hombro dislocado. El tonto de su hermano se ha desmayado y tengo que atender a ambos. ¿Cree usted que puede soportar la vista de un poco de sangre? —preguntó—.

—¡Oh! Sí, señor —fué la respuesta rápida y nerviosa—.

En un instante colocaron en un diván al hermano desmayado y se dirigieron al herido. Este había perdido mucha sangre antes de llegar el médico, a punto que lo hallaron en colapso e inconsciente.

Su cara estaba pálida, húmeda y fría. Presentaba en la pantorrilla una desigual y horrible cuchillada. El médico había aplicado un "torniquete" antes de pedir ayuda.

—Corte esa pierna del pantalón, muchacho —dijo Reilly mientras escogía agujas—. No toque el torniquete hasta que yo esté listo, y luego, cuando yo se lo indique, aflójelo lentamente.

Trabajó rápidamente; sacó material de sutura del bolsillo de su saco y enhebró cuatro agujas rectas.

—Tendré que ligar ese gran vaso.

Miró de soslayo a su asistente para observar cómo se comportaba. J. B. se hallaba muy bien. En vez de la repugnancia, la fascinación había hecho presa de él. A medida que enhebraba las agujas, Reilly las hincaba en la solapa de su saco, de donde las podía tomar fácilmente. Luego se arrodilló.

—Muy bien —dijo—. Sostenga firme que ya empezamos.

Y ligó la arteria seccionada. Luego sin hacer ninguna tentativa para limpiar la herida, aproximó los tejidos con suturas.

—Ahora —dijo mirando al muchacho— puede aflojar lentamente; suéltelo lentamente.

J. B. siguió las instrucciones a la perfección.

—Así se hace —lo alentó el doctor—. Así se hace.

Saturada la herida a su satisfacción, Reilly aplicó un apósito. El muchacho arrodillado junto a él seguía atentamente todos sus movimientos. Estaba experimentando la más grande emoción de su vida.

—Ahora, muchacho —dijo Reilly incorporándose y sentándose en el suelo— ponga sus manos aquí, sobre el hombro izquierdo, y sujete firme mientras yo le coloco el brazo.

El muchacho hizo lo que se le indicó.

—Ahora tendrá que sostener bien fuerte —prosiguió el doctor y comenzó a quitarse el zapato derecho—.

—¿Listo? —preguntó, empuñando el brazo derecho del enfermo y colocando su talón en la axila del mismo lado—.

—¡Sí, señor!

Luego, mientras tiraba sostenidamente del brazo, dió un brusco empujón con su pie, y el hombro volvió a su sitio.

—¡Bueno; ya está, por suerte!

El muchacho tardaba en volver del encanto y continuaba mirando al paciente.

—Parece que ahora todo marchará bien —dijo Reilly—. Un buen trago de whisky los repondrá a los dos.

J. B. levantó los ojos con admiración; la seguridad, la decisión y la eficiencia del doctor, lo habían impresionado. La vista de la sangre no lo había afectado en lo más mínimo. Y preguntó:

—¿No morirá?

—Creo que no —dijo Reilly—. Me parece que tendrá suerte.

—Pero, hubiera muerto si usted no hubiese...

—Probablemente.

El doctor comenzó a limpiar la sangre del piso.

—Ahora, es mejor que baje —dijo—. Alex me enviará a los demonios, por haberle entretenido.

## 5

El joven Murphy lavaba las vitrinas de la farmacia, un par de días después, cuando el doctor Reilly acertó a pasar.

—¡Hola!, muchacho. ¿Cómo está mi asistente?

—¡Hola!, doctor —respondió el muchacho, al mismo tiempo que sujetaba el caballo de Reilly—.

—Pude haberle utilizado esta mañana —dijo el doctor—.

El muchacho dejó lo que estaba haciendo.

—¿De veras? ¿De qué se trataba?

—Tuve que amputar una mano.

—¿Una mano?

—Ely se estropeó malamente la mano. Su mujer me ayudó; pero pasó un mal momento. Pensé en usted.

El muchacho, fascinado, dijo:

—¡Hubiera deseado estar allí!

—La próxima vez le llevaré conmigo.

—¿De veras, doctor?

—Seguro.

El doctor se disponía a entrar en la farmacia; J. B. lo detuvo.

—Perdóneme, señor; pero, ¿cómo sigue Hotchkiss, el muchacho de la pierna enferma?

—Bien; ¡muy bien! El pus es "laudable". Se va a curar.

—Caramba —dijo el muchacho—, esto es maravilloso.

### CAPÍTULO III

## CAMBIO DE VOCACIÓN

### 1

Schmidt ansiaba que J. B. siguiese sus pasos y fuese maestro; fué su insistencia la que determinó al muchacho a prepararse para rendir el respectivo examen. Como se necesitaban maestros en los confines del país, se concedió a los graduados en la escuela superior el derecho de rendir el examen de estado; en caso de ser promovidos eran nombrados para las escuelas de las localidades vecinas. Con cinco de sus compañeros, J. B. formó un grupo que bajo la dirección de Schmidt se había preparado para el mencionado examen. J. B. lo aprobó y fué designado para enseñar en la Escuela Nichol, vecina a su casa; la misma en que había pasado muchas horas de su infancia; la misma en que se había graduado tan sólo cuatro años antes.

—Ahora niños... —encontróse diciendo él mismo, como un eco a través de los años— debéis prestar más atención.

De seis pies de alto y delgado como una estaca, los botones de acné visibles en el cuadrado mentón del joven maestro denunciaban su adolescencia; su pelo reluciente, color de cera, arreglado por su madre, mostraba claros indicios del uso de un tazón para conducir el corte. Consciente ahora de la dignidad que su

posición exigía, llevaba saco y corbata. Para subrayar sus conceptos usaba y abusaba del puntero, golpeando con él con fuerza contra el pizarrón o sobre la mesa de madera que le servía de escritorio. En sus métodos de enseñanza imitaba a Schmidt, su héroe; como él, teatralizaba sus lecciones. Agradábale mucho hacer de mentor de inteligencias no cultivadas. El ejercicio del magisterio dábale una sensación de poder y de omnipotencia. Creía tener el mundo en la palma de la mano. Descubrió que tenía mucho que decir y allí encontraba un auditorio. Creyéndose investido por poderes invisibles, para transmitir a niños todo aquello que hiciera la vida más fácil y más provechosa, se entregó al trabajo con un fervor rayano en fanatismo.

Al mismo tiempo que imitaba a Schmidt, su mente individualista e infatigable descubría nuevos medios para hacer que sus alumnos recordasen lo que les enseñaba. En vez de hacer pesar la disciplina, procuraba dar gran interés a sus lecciones, de manera que los niños se sintiesen atraídos, a despecho de ellos mismos. No quiere esto decir que la disciplina quedase totalmente excluída o que fuese indulgente; por el contrario, estaba siempre listo para ridiculizar y avergonzar. En su clase se empleaba con frecuencia el bonete de borrico. Intolerante con la ignorancia, distribuía "reglazos" sin miramientos. Descubrióse poseedor de una imaginación fecunda e insospechada, e inventaba cuento tras cuento para probar sus puntos de vista. Pensaba que, de poder hacerlo, debía enseñar de manera más interesante que los libros en que los niños estudiaban.

—¿Qué hace usted con los atrasados? —preguntó a Schmidt—.

—Déjelos librados a su propia suerte. Dedíquese a los más brillantes.

—Pero nuestro deber es ayudar a los atrasados, hasta hacerles alcanzar la altura de los mejores.

—No hay poder humano que transforme un chico retardado en una lumbrera.

Organizaba concursos de lecciones y daba premios; destacaba a algunos niños y les hacía ocupar el lugar del maestro. Su cerebro trabajaba continuamente en busca de mejores métodos para inculcar conocimientos en las mentes infantiles.

Pero nada se extingue tan rápidamente como el entusiasmo de un maestro por su profesión; esto es especialmente cierto cuando en un principio el trabajo ha alcanzado la importancia de una misión. A mediados del segundo período escolar, J. B. empezó a cansarse de su tarea. Comprendió que ni él, ni cien como él, serían capaces de progresar en la enseñanza, desde que el más grande maestro en el mundo era el tiempo. Esta certidumbre produjóle al principio una especie de desmoralización, tan firme era su creencia de haber recibido la misión de apartar a la juventud de la ignorancia. Tan pronto como se convenció de que podía poco más que cualquier otro enseñando el abecé en una escuela de niños, perdió todo interés por su trabajo. Dicho interés no revivió en él hasta algunos años más tarde.

J. B. tenía de visionario más de lo que aparentaba. Quería ayudar e iluminar a la humanidad; ser portador de un mensaje; aliviar a los que sufren y elevar

las condiciones de vida; pero quería hacer todo esto espectacularmente, teatralmente, de una manera que lo destacase. En una palabra, quería fama.

El horror de vivir en el anónimo ha llevado a más de un hombre a acciones espectaculares, al heroísmo, al crimen y al suicidio. J. B. no quería jalonar las etapas, día tras día, en el trabajo, para que después de una larga jornada la gloria llegase al fin. Ansiaba la gloria, pero rápidamente. Era feliz elaborando ideas y creando impulsos, especialmente si eran sorprendentes; pero una vez que la tarea se hallaba bien encaminada su interés decaía. Era un fuego rápido en encenderse, destinado a apagarse, con seguridad, si no se lo avivaba. Si hubiera sido sacerdote, y bien pudo serlo, se habría desempeñado con dinamismo extraordinario; habría elegido tópicos dramáticos para sus sermones y habría empleado toda la pompa, todo el ritual y todos los ornamentos de la iglesia para prestigiar y sostener a su congregación. Nunca hubiera podido trabajar desconocido y olvidado en una pequeña parroquia, en el desierto. Sus aspiraciones, su modo de ser, eran totalmente opuestos.

Era inevitable, entonces, que cuando el joven Murphy se cansase de enseñar buscaría otro desahogo para su energía y para la realización de sus ideales. El deseo de llegar a ser médico alimentaba su imaginación desde algún tiempo.

Tenía la costumbre de visitar al doctor Reilly en su consultorio toda vez que iba a Appleton. En algunas ocasiones, el amable médico rural lo llevaba consigo en sus visitas, cuando ellas coincidían con la ruta de la casa del muchacho. De esta manera J. B. pudo

apreciar la veneración y el respeto con que era tratado el doctor. Más que cualquier maestro. Las señoras, los ricos, el gerente del banco y los comerciantes del pueblo lo reverenciaban y guardaban silencio en su presencia. La observación repetida de estos hechos arraigó en su mente la convicción de que su "llamado" venía de la medicina.

—Aliviar los sufrimientos humanos —díjole a su madre— es la misión más importante en el mundo.

—¿Qué piensas de la Iglesia? ¿Y qué de la salvación de las almas?"

—Después de la Iglesia —concedió él—.

—¿Y la tarea de enseñar y cultivar mentes juveniles?"

—¡Oh! madre; el ejercicio de la medicina es mucho más importante.

## 2

Disimuladamente, como de costumbre, el destino se interpuso y le preparó el camino. Lucinda, su hermana, enfermó. Era en marzo de un crudo invierno. J. B., a caballo, salió en busca del doctor Reilly. Los caminos estaban intransitables. El viento y la nieve impresionaban dramáticamente su imaginación. La emoción anudaba su garganta mientras el caballo corría, ora resbalando en la nieve y en el fango, ora tropezando en los obstáculos. Por momentos se sobrecogía de alegría al sentirse protagonista importante de un drama, como si de él dependiese la vida de su hermana.

—Dr. Reilly, venga pronto; mi hermana Lucinda siente un dolor terrible en el estómago; vomita y parece próxima a morir.

Regresaron los dos; era de noche; el muchacho azuzaba ambos caballos. Cuando finalmente llegaron a la casa, J. B. abriendo la puerta irrumpió en el interior diciendo:

—¡Aquí está el doctor! —como si hubiese estado en la escena—.

Se estremeció al ver renacer la fe y la confianza de su familia, con la sola presencia del médico. El "sí padre", "no padre", de su religión, se habían transformado en "sí doctor", "no doctor".

El doctor Reilly acomodó las colas de su casaca y se sentó cerca de la cama de Lucinda. Silenciosamente y con calma, observó su respiración; sus nudosas manos palparon con suavidad. Luego, lentamente, sacó su gran reloj de oro, apropiado colgante de una pesada cadena también de oro, y contó el pulso. Le entreabrió los párpados y observó los ojos; le ordenó que mostrara la lengua; luego, después de arremangarse, posó el dorso de su muñeca sobre la frente para comprobar si tenía fiebre. Por fin, deliberadamente, examinó el abdomen, ligeramente doloroso; ella manifestó que el dolor era más pronunciado en la parte inferior derecha. El muchacho lo observaba todo como fascinado.

Lucinda se incorporó con la ayuda de ellos y el doctor auscultó primero el pecho y después la espalda. Cuando el examen físico terminó, Reilly, con deliberada reserva, dirigió su mirada hacia la familia que aguardaba ansiosa y dijo:

—Inflamación de los intestinos. Debe quedar quieta, en cama. No le den nada de comer. Por la mañana na volveré a verla.

Por dos semanas el doctor concurrió diariamente a visitar a Lucinda. Durante este período J. B., cuya determinación crecía en sus adentros, inventaba la manera de verle. En más de una ocasión buscó pretexto para acompañar al doctor hasta Appleton, a pesar de no tener nada que hacer en el pueblo y de verse obligado a regresar a pie. Estos encuentros y conversaciones sirvieron para que el doctor Reilly se interesase por él, de modo que cuando finalmente Lucinda quedó fuera de peligro y J. B. le hizo confesión de su inquietud, encontróle muy bien dispuesto.

En la tarde de la última visita, mientras iban juntos en el sulky, Reilly observaba a J. B. silenciosamente. Finalmente le dijo:

—¿De modo que usted quiere ser médico?

—Sí, señor; más que cualquier otra cosa en el mundo.

El simpático rostro de Reilly tornóse serio, meneó la cabeza, y suspirando profundamente:

—Muchacho; no sabe en lo que se va a meter.

—No me importa, señor.

—Es un trabajo duro, y apenas un medio de vida. Eso es todo.

—Lo sé, señor.

—Es un trabajo sin retribución. La mayoría de la gente es desconsiderada; muchos no pagan y sólo muy pocos aprecian lo que usted hace por ellos.

—Es, precisamente, lo que yo deseo hacer.

La sonrisa volvió a dibujarse en el rostro de Reilly; luego rió y, palmeándole el muslo, dijo:

—Muy bien.

—Quiere usted decir... —exclamó el muchacho, repentamente entusiasmado y alegre—.

—...Que si usted puede hacerlo, usted debe hacerlo.

—Entonces... ¡puedo!

El doctor asintió:

—No dirá usted que no se lo advertí. Tendrá que dormir en el consultorio; limpiarlo; acompañarme a los llamados; hacer los mandados; estudiar en los momentos libres, si es que le queda alguno; y pagarme doscientos dólares, de honorarios, por año.

Hizo una pausa y miró al muchacho.

—¡Piénselo!

—Ya lo he pensado, señor. ¿Cuándo comienzo?

## 3

Murphy tuvo suerte al ganarse el apoyo de este médico de la vieja escuela y de elegirle como preceptor. Tratábase de un hombre perseverante, afable y honesto, cuyo idealismo en su retiro era tan grande como el suyo; sería paciente con el muchacho y le enseñaría todo lo que su joven mente pudiese absorber.

Era costumbre que el estudiante de medicina comenzara sus estudios en el consultorio de un médico. Muchos realizaban de este modo su carrera. Casi siempre el preceptor era un ignorante despreocupado y haragán, que no se interesaba ni por el bienestar ni por el futuro de su discípulo, sino por el provecho que éste podía aportarle. En el mejor de los casos, se trataba de un proceso improvisado que gradualmente transformaba al estudiante de medicina crudo, en un sancocho de conocimientos que con el tiempo filtraba y mejoraba la práctica de la medicina. Si tenía amigos influyentes y era audaz, podía licenciarse sin examen

previo, toda vez que el Estado tuviera necesidad de proveer una licencia. Luego, con pocos conocimientos, pero lleno de autoridad, ese médico de creación tan poco seria podía colgar su placa y procurarse clientes dentro de un público muy desconfiado.

Algunas veces, preceptores más informados que sus colegas, y al propio tiempo más ambiciosos y activos, podían acumular dos, tres o tal vez más estudiantes. Antes de que existiera escuela de medicina en Chicago, el doctor Daniel Brainerd llegó a enseñar a once estudiantes a la vez. Las primeras escuelas médicas trajeron el descrédito de este sistema. Tres o cuatro médicos prácticos distinguidos, podían organizar una escuela de medicina; casi siempre lo hacían sin título habilitante (1).

Estas escuelas, sin embargo, constituyeron un adelanto en relación al sistema del preceptor. Médicos apenas preparados, ingresaban en ellas para holgar y "cepillarse" un poco en compañía de jóvenes sin educación básica previa. Todos debían asistir a conferencias diarias de anatomía, medicina, cirugía, obstetricia y materia médica. Si el estudiante permanecía en la escuela dos años, se graduaba "cum laude", no obstante ser el segundo año una repetición del primero. Si la escuela tenía un "Acta Constitucional", algunos de esos rudos y mal preparados estudiantes eran investidos con el grado de doctor en medicina; si no la tenía, el grupo próximo a graduarse era *fletado* a una institución más afortunada, donde se les confería el grado.

El doctor Reilly ordenó a J. B. que pidiese a Nueva York una *Anatomía* de Gray y una *Fisiología* de Dra-

(1) Título habilitante o "carta orgánica" constitutiva.

per. Le dió la dirección de los editores y le dijo que volviese listo para comenzar el trabajo, cuando recibiera los libros. Las cuatro millas que lo separaban de su casa, fueron cubiertas por J. B. más rápidamente que nunca. Sus pasos guardaban relación directa con las imágenes que asaltaban su mente caleidoscópica. Corrió hacia donde estaba su madre, la tomó en sus brazos y bailó con ella alrededor de la cocina.

—¡El doctor Reilly me tomará! ¡Seré médico! ¡Empezaré tan pronto reciba mis libros de Nueva York!

—¿Cuánto costará esto?

—Tendré que pagar al doctor Reilly, doscientos dólares. Casi los tengo ahorrados, y he pensado que usted encontraría la manera de ayudarme.

—¿Ah, sí? —dijo, alejándose de él, para volver a sus quehaceres—.

—¿Lo hará madre? . . . —y gozoso, riéndose, la abrazó, al mismo tiempo que la levantaba en brazos—.

Algo en el rostro de ella denunciaba todo cuánto le quería y cuán contenta estaba.

—Yo sabía que sí —agregó rebotante de júbilo, al mismo tiempo que corría a decírselo a Lucinda—.

## 4

Durante algunas semanas el muchacho rondó la oficina del correo. Sus ropas estaban empaquetadas desde el día siguiente al envío de la orden. Los libros llegaron, finalmente, y J. B. corrió hacia el consultorio del viejo doctor.

—Aquí están, señor —gritó blandiendo los libros—; ahora estoy listo para comenzar.

Reilly lo miró por encima de los anteojos.

—¿Qué es lo que trae?

—La *Anatomía* de Gray y la *Fisiología* de Draper. Recién acaban de llegar.

El doctor extendió su mano, tomó los libros, y abriendo el más grande, que trataba de anatomía, dijo con satisfacción:

—Hum... ¿cree usted que podrá aprender de memoria, los nombres de todos los músculos, órganos, nervios y arterias?

—¡Oh!... ¡Sí, señor!

Y aquí vino la confidencia. El doctor cerró el libro, lo dejó sobre su escritorio y señalándole una silla:

—Siéntese, muchacho —le dijo—.

El joven obedeció.

—Hay algunas cosas, acerca de esta profesión, que debo decírselas antes de que sigamos adelante. Ahora que usted la ha elegido, quiero que sepa que esto es lo mismo que casarse. Unas veces sale bien y otras mal. Usted deberá responder de la vida de las personas y esto no admite actitudes desdorosas; quedan excluidas las cosas hechas a medias y el trabajo chapucero. Deberá ser honesto, por encima de todo, con usted mismo. Deberá usted entregarse por entero a la medicina y a la cirugía. La salud de sus pacientes estará siempre en primer término. Dudo que exista otra cosa tan poco conocida como el cuerpo humano. Su deber es inquirir acerca de él, para bien de la humanidad. Creo que estará usted de acuerdo en que todo esto constituye una gran responsabilidad.

Fascinado el muchacho asentía:

—Sí, señor.

—No olvide nunca, que la medicina jamás acepta las cosas por supuestas; siempre debe haber pruebas. La naturaleza expone; el hombre diagnostica. Para cada enfermedad, la naturaleza ofrece alguna indicación. Usted debe aprender a reconocer esos síntomas y a tratar las enfermedades, eficientemente.

Reilly volvióse hacia una salivadera de bronce, escupió haciendo blanco, y meneando su cabeza dubitativamente continuó:

—Tiemblo al pensar en un joven como usted, en la iniciación de sus estudios médicos. Pero sé que a su tiempo verá muchas cosas extrañas y hermosas. Abrigo la esperanza de que elevará los ideales de la profesión y que nunca la desacreditará.

—No lo haré, señor —dijo el muchacho, solemnemente—; lo prometo.

Tranquilizóse la faz de Reilly. Sonrió. Estaba, sin duda, contento de haber terminado el sermón, porque de todo lo que se conoce de él, no era amigo de discursos lúgubres.

—Usted podría aprender anatomía mucho más rápida y fácilmente si tuviéramos un cadáver para disecar, pero esto es imposible aquí.

—Sí, ya lo sé. ¿No le parece que la ley debiera permitirlo?

—Llegará el día. La civilización terminará por alcanzar a la ciencia. No está lejos el día en que se exigirá a todo estudiante de medicina la disección de un cadáver antes de que pueda graduarse. Debiera ser una ley.

—Pero, ¿qué es lo que hacen ahora las grandes escuelas?

—Ellas se surten de cadáveres como pueden. Cuando yo estaba en Edimburgo, nuestro profesor tenía muchas dificultades para obtener piezas anatómicas y mostrarnos disecciones. Tenía que comprar los cadáveres a un terceto de ogros que mantenían un negocio floreciente. Estos ladrones de sepulcros ( a quienes nosotros llamábamos “resurreccionistas”, “pescadores”, “arrebata muertos”, “desentierra muertos” ) eran extraños camaradas de los profesores pudientes. Su jefe era un hombre llamado Merrylees: ¡qué flaco, esmirriado esqueleto andante! ¡Seguramente debió haber salido de uno de los sepulcros que profanaba! Otro se llamaba Spune; por su aire de dignidad y sus ropas de predicador pretendía ser un sabio; sostenía que su negocio era una profesión y su trabajo un arte.

Reilly se rió; sacó su pipa y su tabaquera y puso sus pies sobre el escritorio.

—Tal vez fuera un arte fúnebre. El tercero se llamaba Mowatt; tenía mentalidad de idiota y fornidas espaldas; representaba la energía física de la empresa.

Llenó su pipa, volcando tabaco sobre su manchado chaleco, del que pendía la pesada cadena. Sus ojos pequeños miraban de soslayo a J. B. El muchacho digería cada palabra.

—Cuenta la historia —continuó Reilly entre pitadas— que cuando su hermana murió, Merrylees pensó que sería un verdadero chispazo de genio vender el cuerpo. Pero por aquel entonces su sociedad con Spune y Mowatt había sido disuelta a causa de unos pocos chelines, y estos dos “ilustres varones” tenían sus ideas propias respecto del cuerpo de la muerta. Contando con la devoción de Merrylees por su hermana, resolvieron,

por su cuenta, hurtar el cadáver; olvidaron, sin embargo, que Merrylees había sido el cerebro de la comandita. Éste, sospechando que ellos tratarían de arrebatarle el cadáver de su hermana, esperó oculto a que removiesen el cuerpo de la sepultura, y en ese momento apareció envuelto en una sábana, aullando y bailando como un derviche. Sus antiguos asociados huyeron espantados y Merrylees, entonces, tomó posesión del cadáver, despachó la mercadería para su cliente y, como siempre, obtuvo una pingüe ganancia.

—Pero, señor ¿por qué sus maestros no rehusaban el trato de esos hombres?

—Ah... hijo mío; es que no podían vivir sin ellos. Eran la única fuente de la que se podía obtener material para disecar. Si un “resurreccionista” era apresado, ayudábanle a salir en libertad y entre tanto sostenían a su familia. Si un profesor rehusaba tener trato con ellos o protestaba por sus elevados precios, no solamente se le negaba material, sino que quedaba señalado para la venganza. Las bandas más poderosas actuaban por medio de amenazas; sobornaban sacristanes, serenos, sepultureros y empresarios fúnebres; controlaban los cementerios y dictaban condiciones a los maestros.

—Pero, ¿y la ley? ¿No eran castigados severamente si eran prendidos?

Reilly rió entre dientes.

—Bien, muchacho; se trataba de una situación interesante. Por un lado, la ley penal castigaba a cualquiera que era sorprendido desenterrando un cadáver; por otro, la ley de educación exigía que cada candidato a

diplomarse de médico debía poseer un conocimiento práctico de la anatomía.

El joven Murphy meneó la cabeza y rió junto con su preceptor.

—Entonces ¿usted tuvo que violar la ley para graduarse?

—Así fué; un desatino, ¿no es así? Pero había otra cosa aún más original. El que era sorprendido desenterrando un cadáver, cometía delito de menor cuantía; pero si tocaba la más mínima parte de las ropas del cadáver, el hecho constituía una felonía. Como consecuencia la mortaja se dejaba de lado, a menos que los ladrones estuviesen muy apurados o fuesen desaprensivos. Recuerdo muy bien lo que le pasó a Ben Crouch. Poderoso truhán, picado de viruelas, tenía la debilidad de vestir y de llevar joyas en forma llamativa; era el jefe de la banda de Londres. Ben asistió un día a dos entierros, y al anochecer exhumó los cuerpos. Fué aprehendido y sentenciado a un mes de prisión. Después de haber cumplido la sentencia, fué juzgado por robo de un calcetín que había quedado adherido al pie de uno de los cadáveres exhumados; por este segundo delito Ben fué condenado ¡a siete años de prisión!

Pero la charla no podía continuar indefinidamente. Había que trabajar, y como el doctor sentado en su gran sillón negro y tapizado se dispusiese a escribir en su diario, mientras su vieja pipa seguía silbando, el muchacho hojeó sus libros y por primera vez se sumergió en la maraña de la medicina.

—La anatomía humana, comprende el estudio de las diferentes partes que forman el cuerpo humano...

—comenzó—.

—Vamos, ahora, muchacho; enganche al viejo Jess. Tenemos que ver al chico de Vaughan. ¿Qué tal es su olfato?

—¿Mi olfato, señor? ¿Por qué? Está muy bien, supongo... Por lo menos, no estoy resfriado.

—Bueno; póngalo a tono. Deseo ver si es capaz de olfatear el diagnóstico, cuando llegemos allá. Apúrese ahora.

Cuando J. B. se disponía a obedecer, el viejo rió y llamándolo le dijo:

—Casi me olvidé de su primera lección. Lo mejor es que aprenda los nombres de todos los huesos de la mano y el punto de inserción de los músculos. Esto le ocupará por un tiempo.



#### CAPÍTULO IV

### ESTUDIANTE DE MEDICINA

#### 1

J. B. pasó poco más de un año cuidando del viejo Jess y de la yunta más rápida que tenía el doctor, así como también de la limpieza del consultorio. Antes de su llegada aquéllo estaba cubierto de polvo. Aprendió de memoria sus libros, de manera que podía recitar sus lecciones a satisfacción de Reilly. Dormía poco; no buscaba diversiones, trabajaba los siete días de la semana y acompañaba a su preceptor en todas sus visitas. Aprendió la manera correcta de entrar en la habitación de un enfermo, con aire ni demasiado optimista ni demasiado melancólico; el valor de las actitudes del médico junto al lecho del enfermo; la importancia que tiene la observación del paciente, de los familiares y de la vivienda; a vendar y a extraer un diente de algún niño recalcitrante; supo del valor de una píldora, y del de una palabra amable cuando el trastorno estaba en la imaginación más bien que en el abdomen; aprendió muchas cosas que nunca encontraría escritas en los libros. Durante ese tiempo creció su interés por la medicina; sintióse cada vez más enamorado de la profesión y menos capaz de renunciar a ella. El trabajo estimulaba su imaginación y llenaba su mente de ideas. Cuando estaba solo, hallaba encanto en la disección,

### ESTUDIANTE DE MEDICINA

a cuyo efecto utilizaba pájaros, conejos y ardillas muertos; cualquier cosa, en fin, que cayese en sus manos. Aprendió mucho del estudio cuidadoso de los órganos de esos animales y de la comparación que hacía de los mismos con lo que había leído en su libro de anatomía.

—Es un médico nato —dijo el doctor Reilly a la madre—.

Así sería. Ella tenía fe; pero aún aquellos que tienen fe, necesitan de alguna corroboración. En breve debía contribuir con una parte del dinero que había ahorrado, de las primas pagadas por los lobos muertos, y de los huevos que ella misma había vendido.

Ese momento llegó cuando el viejo doctor Reilly dijo:

—Bien, muchacho; estimo que le he enseñado todo lo que podía. Ya es tiempo de ir a una escuela de medicina.

—Realmente ¿cree usted que estoy preparado, señor?

—Así es. Hay dos escuelas médicas en Chicago: Rush y Chicago. Según mis informes, son tan buenas como las mejores. Creo que lo que usted debe hacer, es ir a una de ellas; de ese modo quedaría aquí, en su propio terruño.

Interrumpióse para escupir y luego prosiguió:

—No pienso que le fuera mejor con los del Este, en Nueva York o Filadelfia. Mi impresión es que ellos tienen más orgullo que buen sentido.

J. B. sentóse inmediatamente y escribió a los secretarios de ambas escuelas. Esto ocurría en julio de 1878. El muchacho crecía; cumpliría veintiún años en diciembre. Hacía calor. Una epidemia mortal que azota-

ba aquella parte del país, era debida al calor, según decía todo el mundo. En un día hubo dos muertos en el condado de Outagamie. Todos decían que la cosecha sería pobre, a causa de la sequía. El dinero escaseaba. La gente preveía un invierno terrible.

—¿Cuánto costará? —inquirió su madre cuando él le transmitió lo que el doctor Reilly había dicho—.

—He escrito a dos escuelas —dijo el joven—. Elegiré la más barata, cualquiera que sea.

Por los informes recibidos, supo que las exigencias eran prácticamente las mismas. Los estudiantes debían tener veintiún años de edad y buena conducta. Rush exigía además, una educación primaria tal que asegurase un comportamiento adecuado con el público y con los colegas. Chicago Medical College, estipulaba más concretamente que este último requisito se alcanzaba con la presentación del diploma de una escuela superior.

El folleto de Rush Medical College tenía impreso en letra cursiva lo siguiente: "Desde el primero de marzo de 1883 los aspirantes serán examinados en elementos de física, tal como se enseña en los textos de las escuelas comunes, y en aritmética, hasta la raíz cúbica. Se dará importancia a la caligrafía, ortografía y conocimientos de gramática. Los graduados en las escuelas superiores están eximidos de este examen."

Los folletos indicaban que para graduarse de médico se requerían tres años, por lo menos; el estudiante debía asistir a dos cursos completos de conferencias, disecar cada región del cuerpo, y seguir un curso de química, incluyendo análisis de orina. Ambas escuelas ponían de relieve, en términos brillantes, las ventajas

del estudio clínico, pero J. B. advirtió que la de Chicago tenía concretamente clasificados los estudios en un horario. Con cierta presunción, el informe comenzaba: "Este colegio adoptó en su organización un curso graduado de instrucción, y fué el primero en este país en clasificar a sus alumnos de acuerdo con el tiempo y progreso en el estudio, tal como se hace comúnmente en otras instituciones literarias y científicas." Esto parecióle sensato al joven, y además el arancel de Chicago College costaba quince dólares menos que el de Rush. Decidió ir a Chicago. Pero el doctor también leyó los informes y cuando J. B. le manifestó su decisión, Reilly dijo:

—Yo lo pensaría dos veces. Lo más barato no es siempre lo mejor. Usted tiene que adoptar una decisión importante; tal vez no debería dejar que quince dólares influyesen en ella. Veo aquí que Rush funciona desde hace treinta y cinco años, mientras que Chicago es una escuela reciente que sólo tiene veinte. De todo lo cual deduzco que esta última tiene una serie de ideas noveleras que aún no han sido experimentadas. Además, hijo, frente a Rush, calle de por medio, está el Cook County Hospital, circunstancia que le ofrece la oportunidad de ver enfermos.

## 2

La primera oficialización de una escuela médica, en Illinois, fué concedida a Rush en 1837, cuando Chicago era un pueblo de tres mil habitantes, aún no incorporado y asentado en un pantano. Sus habitantes construían por precarias aceras de madera, construídas sobre pilotes, en pleno fango. En muchos lugares se leían

avisos con la inscripción: *¡No se toca fondo!* En 1843, cuando finalmente Rush abrió, la población se había elevado a siete mil habitantes y no es difícil comprender la buena fe que sugería el primer anuncio de la escuela: "Las grandes facilidades ofrecidas por Chicago para la instrucción médica, son innegables." Rush fué fundado gracias a la energía de cinco hombres: Daniel Brainerd, Josiah Cosmare Goodhue, James N. Blaney, M. L. Knapp y John Mc Lean; su primer local consistió en dos piezas alquiladas y un cobertizo adyacente. En sus comienzos tuvo veintidós estudiantes, cuyas matrículas, pagadas en su totalidad, lo que es bastante dudoso, hubieran producido mil cuatrocientos treinta dólares; a esto se reducían todos los recursos de la escuela. Un hombre que se graduó en este curso pagó la suma de veinte dólares por tal honor. Un año después de su inauguración, en 1844, dos especuladores en tierras, pensando valorizar sus pertenencias, donaron un solar para la escuela y ayudaron a construir un edificio cuyo costo fué de tres mil quinientos dólares, lo que constituyó un enorme progreso con relación al local primitivo. Al año siguiente se inscribieron cuarenta y seis estudiantes, incluidos once de la clase de pregraduados. En 1855, después de trece años de existencia, la facultad, con sus propios recursos, amplió el edificio por valor de quince mil dólares, y anunció comodidades para doscientos cincuenta estudiantes. Así, a grandes saltos, la escuela creció vigorosamente siendo la única institución de su clase, en aquella parte del país, hasta 1858.

En ese año se fundó Chicago Medical College, bajo la enérgica dirección de Nathan Smith Davis. Davis

había sido traído del Este para la escuela de Rush, como profesor de fisiología y patología. Desde el comienzo de su actuación había bregado insistentemente por la adopción de un sistema de educación médica más completo y eficiente; pero Daniel Brainerd y la mayoría de la facultad y de los "trustees"<sup>(1)</sup> de Rush, satisfechos de las cosas tal cual iban, se opusieron a todo cambio. Como sus entradas procedían únicamente de los derechos que pagaban los estudiantes, Brainerd y sus colegas temieron elevar las condiciones de ingreso o graduación, porque dichas medidas podrían alejar a un gran número de estudiantes hacia otras escuelas menos exigentes. Esta divergencia de opinión entre Davis por un lado, y Brainerd y quienes lo apoyaban por el otro, terminó con la fundación de Chicago Medical College, que vino a ser la primera escuela de medicina, en los Estados Unidos, con un plan de estudios graduado. El caso es que, en 1878, ambas escuelas estaban firmemente arraigadas en el ambiente médico americano. Sin embargo, todavía en 1876, dos años antes que J. B. se dispusiese a entrar a Rush, era posible graduarse en alguna de las mejores escuelas médicas del país después de haber asistido a dos cursos idénticos de conferencias, sin haber mirado nunca a través de un microscopio, sin haber visto un parto, sin entrenamiento práctico en el diagnóstico físico, sin haber hecho una historia clínica y sin la más somera instrucción junto a la cama del enfermo. Estos hechos permiten darse una idea acerca de la enervante lentitud con que progresaba la educación médica.

(1) Fidei-comisarios; regentes.

Aun cuando muy ocupada con los innumerables quehaceres de la casa, que habían arrugado su cara y enrojecido sus manos, su madre halló tiempo para escuchar a J. B. cuando éste se precipitó con los informes. Sentóse en una de las sillas con respaldo de mimbre de la cocina, limpióse las manos con el delantal y suspiró profundamente. Él comenzó a leerle uno de los folletos. Durante algún tiempo ella soportó la lectura llena de palabras que no comprendía. Luego dijo:

—No me ha dicho cuánto costará.

—Sesenta y cinco dólares al año.

—¿En ambas escuelas cuesta lo mismo?

De mala gana J. B. díjole que Chicago costaba quinientos dólares menos.

—¿A cuál de ellas irá?

—Deseo oír su consejo.

—¿Cuál prefiere el doctor Reilly?

—Prefiere Rush, pero es la más cara.

La instrucción que las buenas Hermanas habían dado a Ann, en Irlanda, pudo haber sido insuficiente, pero Dios la había dotado de una inteligencia clara y de capacidad para pensar más allá de su propia experiencia. Había planeado la educación de sus hijos y sabía que esa misma educación debería apartarlos de su lado. Su hijo menor iba en camino de ser médico y Ann no era de aquellas que aceptan lo que sigue de lo mejor, para los de su progenie. Si la escuela médica más cara, en Chicago, era la que haría del muchacho un buen doctor, nada había que discutir: estaba resuelto.

Con sus característica decisión, Ann comenzó a con-

siderar las cuestiones prácticas. Cuando le dijeron que en una casa de familia se podía obtener pieza y pensión por seis dólares y medio por semana, y que algo de esto podía ahorrarse si la vivienda fuera compartida por otros estudiantes, ella aconsejó a su hijo que buscara habitación en casa de alguna familia irlandesa, donde encontraría con seguridad un poco de cariño maternal y alimentación buena y saludable. Luego, debía buscar una iglesia y conseguir la amistad del cura. Acerca de esto J. B. se comprometió rápida y sinceramente. Luego Ann se abocó a otras cuestiones, un poco al margen de la rutina diaria. Quería que su hijo le prometiera que no perdería el tiempo con mujeres. Alguna vez él habría de casarse, y la muchacha elegida debería ser lo bastante buena como para colocarse a la altura de sus proyectos para el futuro.

Con la rivalidad natural de una madre, por la muchacha que un día lejano habría de quitarle su hijo favorito, Ann insistió con arrebatada ternura sobre las virtudes que esta desconocida joven debiera poseer. Luego, volviendo rápidamente a su manera alegre, natural y llena de buen sentido, de encarar la vida, dijo que no había ninguna razón para que su Johnny debiese buscar una novia entre gente pobre. Las chicas ricas, dijo ella, podían ser tan virtuosas como las pobres y muchas veces más útiles para un hombre joven que tiene que abrirse camino en el mundo.

Él la tomó de las manos, la incorporó y la abrazó tiernamente.

—Yo no tendré novias, madre; no las tendré mientras no tenga dinero. Y nunca llegaré a tener una tan linda como usted.

Ann se apartó y enjugó sus ojos con el delantal.

—¿Cuándo se irá, hijo?

—Las clases comienzan el primero de octubre, pero debo irme la semana próxima para procurarme pieza y pensión.

—Alabado sea... —dijo la madre, componiéndose—. Mejor es que empiece a preparar su ropa para tenerla lista. Váyase ahora. Como usted ve, tengo mucho que hacer.

## 4

Así, por el consejo de su preceptor, basado en el prestigio más bien que en los principios, J. B. Murphy se inscribió en el Rush Medical College. El 28 de setiembre el doctor Reilly dirigía su rápida yunta hacia la chacra, para recoger al demacrado joven, con su gran saco de lona, en el cual su madre había escondido algunos bizcochos, manzanas y fruta seca. Nerviosidad, lágrimas, confusión, hicieron difícil la partida. Su madre, valerosa como era, no podía ver a su último hijo abandonar el hogar para entrar en el mundo, sin una demostración de su cariño. Los consejos salieron a borbotones de sus labios. Repetía una y mil veces los habituales consejos maternos: previniéndole contra los peligros del alcohol, de las malas mujeres y de la pereza. Su padre, incapaz de soportar la emoción que lo embargaba, le dijo adiós en pocas palabras y se fué campo afuera. Sus palabras de despedida fueron: "Sea el crédito de su madre". El mismo J. B. se sentía embargado por la más profunda ansiedad. No solamente porque había llegado el comienzo de una nueva jornada; no solamente porque iba a alternar en un ambiente

completamente extraño para él; no solamente porque iniciaba una carrera que podía darle reputación universal, sino que también porque éste iba a ser su primer viaje en ferrocarril.

Finalmente, después de lo que pareció una larga expectativa y de recibir el último beso, en un mar de lágrimas, él y el doctor partieron. Poco se habló en el camino a Appleton. Cuando finalmente llegaron a la estación después de este viaje silencioso, el viejo médico apoyó su mano sobre la rodilla del muchacho y dijo:

—Adiós, hijo. Lleva consigo todo lo necesario para ser un buen médico; estoy orgulloso de ser su preceptor; manténgase siempre así y recuerde que para triunfar, debe conocer algunas cosas mejor que su competidor.

El viaje a Chicago duraba todo un día. La nerviosidad, junto con el deseo de aparecer opulento y mundano, indujo a J. B. a comprar una manzana y finalmente un cigarro. Años más tarde contaba esto y, chanceando, decía que el cigarro lo enfermó y que la manzana lo salvó de la muerte. Éste fué su último ensayo con el tabaco, en parte porque su bolsillo no podía resistir ese lujo, y en parte por considerarlo una costumbre no saludable.

Llegó a Chicago demasiado tarde para ir a la escuela, de manera que alquiló una pieza cerca de la estación para pernoctar.

A la mañana siguiente, temprano, echó a andar con su saco por el largo camino hacia West Side. El imponente edificio de ladrillos rojos era tal cual él se lo había imaginado al leer el folleto; su descripción no había sido exagerada en ningún detalle. Aquí había de permanecer dos años. Subió los peldaños de piedra, que le

parecían encantados; algo así como si entrase al castillo del dragón para rescatar a la hechicera princesa; aun cuando no sin cierto temor y duda. El empleado lo recibió con mirada inquisidora. J. B. inquirió acerca de la probabilidad de encontrar habitaciones en los alrededores; la contestación fué que debía dirigirse al bedel del colegio. Este personaje, al parecer importante, tenía en su poder una lista de casas de pensión, que comprendía una sección de pedidos de la misma índole. El muchacho encontró a Mc Donald, tal era su nombre, un inmigrante escocés de faz roja y simpática, en el subsuelo, tal como el empleado le había indicado. Mc Donald miró al joven rubio con expresión burlona y una guiñada.

—Sus ojos azules —le dijo, con marcado acento escocés— son de escocés o de irlandés. ¿De dónde es usted?

—Mi nombre es Murphy.

—¿No lo dije yo? Ese es un buen nombre del sur de Irlanda; estoy muy contento de conocerle. ¿De dónde viene usted?

J. B. se lo dijo.

—¿Así que ha venido aquí para hacerse médico? —dijo Mc Donald entre dientes—. Espero que será admitido en la clínica del profesor Gunn dentro de poco.

—Me dijeron que usted me podría indicar un lugar dónde vivir.

—Puedo hacerlo, muchacho. Le enviaré a lo de una buena señora escocesa, amiga mía. Un joven doctor como usted deberá tener buena casa y buena comida.

Dióle una dirección y allí fué J. B. arrastrando su saco de lona. Encontró una mujer de mediana edad,

con simpática sonrisa y palabras amables. Ella hizo de manera que él se sintiese como en su casa, inmediatamente, y lo ubicó en una pieza del segundo piso. Finalmente cuando quedó solo, después de haberse enterado de las horas de las comidas, el muchacho se plantó delante del inclinado espejo y tomó nota de sus escuálidas facciones. Estuvo de acuerdo con el doctor Reilly en que su cara era demasiado juvenil y le ayudaría muy poco para impresionar a sus maestros. Aun dos o tres años después, cuando le correspondiese ejercer, los enfermos le desconfiarían por su apariencia imberbe. Con anterioridad se había informado de que los pacientes preferían a las actitudes frías, los cabellos rizados, las patillas abundantes y el monóculo. A pesar de ser anti-higiénica, casi todos los médicos de aquellos tiempos se caracterizaban por una barba, por lo menos a lo Van Dike. Para impresionar a sus pacientes, encontraban necesario adoptar un aire de misterio en su trabajo. Las barbas ayudaban en ese sentido; eran una especie de marca de fábrica; daban un aire de dignidad y de peso superiores a la de cualquier otra cara vulgar.

J. B. no se había dejado crecer la barba en Appleton por temor a las pullas de los de su comarca. Pero ahora aquí, en Chicago, camino de ser médico y cirujano, se miró en el desnivelado espejo y resolvió no afeitarse más.

Pocos minutos antes de las nueve del primero de octubre de 1878, J. B. Murphy entró en el anfiteatro de la escuela de medicina, para oír su primera clase de cirugía. No obstante que su carnet indicaba el asiento

numerado que le correspondía en la escarpada gradería de madera y asientos estrechos, el joven aprendió pronto, junto con los otros principiantes, que el obtenerlo y conservarlo implicaba tanto una temeraria defensa de derechos como una demostración de beligerancia. El procedimiento consistía en conseguir un asiento en la primera fila y si el lugar indicado en el carnet ya estaba ocupado, obtenerlo por la fuerza.

El resultado era que las colas de las casacas volaban por el aire en salvaje confusión y muchos pantalones eran desgarrados en el momento en que los "madrugadores" eran expulsados violentamente hacia los asientos de atrás que les estaban asignados. Esta batahola era una ceremonia diaria, que cesaba automáticamente y de una manera absoluta tan pronto como el profesor aparecía.

En esta su primera mañana, el silencio se hizo con pena, pero rápidamente, cuando el profesor Moses Gunn, bautizado por los muchachos con el mote "Minute Gunn" (1), entró a la sala de conferencias. Gunn era teatral. Alto, erguido, sus largos cabellos ensortijados pendían immaculados alrededor de su cuello; usaba patillas enmarañadas y bigote, y sus lentes con aro de oro estaban sujetos a una oreja por medio de una cadanita también de oro. Era celebrado entre sus contemporáneos por sus trajes sorprendentes, aun cuando no siempre de buen gusto. Marcadamente despreciativo y vano, se entallaba exactamente como un figurín en traje de montar, su sport favorito. Pero, puestas de lado sus ostentaciones, Gunn era un cirujano bien dotado. Pronto y seguro en el diagnóstico, era un ope-

(1) Pistola rápida.

rador rápido y elegante. Como todos sus colegas, había sido educado en la época en que los cirujanos eran azuzados unos contra otros, de la misma manera que los competidores en una carrera. Era el tesorero del colegio y como tal, encargado de dar la bienvenida a los estudiantes para "dos años completos de lecciones que, escuchadas concienzudamente, darían por resultado la adquisición de una educación médica, como ninguna otra en este país". A continuación anunció:

—Hasta hace un año, los únicos enfermos útiles para ustedes como estudiantes, fueron aquellos que requirieron mis servicios como cirujano. Ahora, me siento feliz al expresarles que mis "lecciones sobre principios y práctica de la medicina y enfermedades nerviosas y mentales están a disposición de ustedes".

Después de esta introducción, Gunn comenzó su primera clase acerca del valor del éter como anestésico.

—Señores: El 16 de octubre de 1846, en el anfiteatro de cirugía del Massachussets General Hospital, en Boston, y ante numerosa concurrencia, el doctor John Collins Warren, profesor de cirugía en la escuela médica de Harvard, operó a un hombre anestesiado con éter por un dentista llamado Morton. Este último, entusiasmo con su descubrimiento de que un ser humano podía ser dormido por la inhalación de éter, se apresuró a relatar esto al doctor Warren. Después de haber hesitado un tiempo, Warren ofreció a Morton la oportunidad de aplicar su descubrimiento en el hombre, "teniendo en cuenta la gran bendición que sería para la raza humana poseer un método capaz de aliviar el dolor de una operación quirúrgica". Cuando Warren hubo extirpado un tumor del cuello de su paciente, sin

que el hombre hubiese sentido ni siquiera el dolor que produce un rasguño, se dirigió a los que estaban en las graderías y dijo: "Señores, esto no es una patraña".

Al joven Murphy le pareció que nunca había oído hablar a un hombre, tan bien, tan correcta y ajustadamente. La forma dramática en que Gunn había comenzado su lección, había emocionado al doctor en ciernes.

Schmidt, su héroe, se hundió en su pasado adolescente...

Gunn continuó:

—Poco después, Robert Liston amputó un muslo bajo anestesia etérea; mi antiguo maestro Syme, de Edimburgo, comenzó a usarla en 1847, y así el método nacido en Boston se extendió por todo el mundo. Pronto le siguió el descubrimiento del cloroformo. La influencia de estas contribuciones científicas en cirugía, no será nunca suficientemente ponderada. Pero, señores, debo recordarles que, en ciertos lugares, fué muy difícil extirpar los viejos hábitos y abandonar los rápidos y alocados métodos, indispensables cuando el paciente estaba en agonía. Es preciso comprender que ahora, gracias a Dios, se pueden realizar las más laboriosas disecciones.

El profesor continuó su lección sin saber que se estaba transformando en un ídolo. J. B. se volvió hacia su vecino:

—Es magnífico; debe ser un gran cirujano.

Su compañero estaba hartó.

—Le oí la misma lección el año pasado —dijo—; pero el viejo lo hace bien.

—¡Oh! —dijo J. B. con entusiasmo—. Pienso que es maravilloso.

—Espere y le oirá usar su expresión favorita: "Si quiere tener éxito en cirugía, deberá ser como una pistola rápida" (1).

Aquella semana, además del discurso de Gunn, J. B. oyó conferencias de J. Adams Allen, profesor de principios y práctica de la medicina; de De Laskie Miller, de obstetricia y enfermedades de los niños; de Joseph P. Ross, profesor de enfermedades del pecho; de W. H. Byford, de ginecología; de Eduard L. Holmes, profesor de enfermedades de los ojos y de los oídos; de H. M. Lyman, profesor de fisiología y enfermedades del sistema nervioso; de Jas H. Etheridge, de materia médica; de Charles T. Parkes, que presidía el anfiteatro de disección anatómica; de Walter S. Haines, de química; de Hyde, de piel y enfermedades venéreas; de Owens, profesor de cirugía ortopédica. El momento álgido de esta excitante semana llegó cuando asistió a la clínica quirúrgica del profesor Gunn. Allí vió "correr sangre".

Las cartas que el muchacho escribía a su familia estaban llenas de las cosas que aprendía. Deben haber sido fascinantes, pero completamente ininteligibles para su madre. Un ejemplo:

"Después del doctor Gunn viene el doctor Allen. Es muy ingenioso e ilustra sus puntos de vista refiriendo anécdotas. Nos enseña a preguntar: ¿qué es lo que realmente pasa acá?; ¿qué hay detrás del nombre de la enfermedad?; ¿cuál es la desviación real de la condición fisiológica, que llamamos enfermedad? En otras palabras, ¿qué es la enfermedad interna que exterioriza lo que nosotros llamamos síntomas?"

(1) "Minute Gunn", pistola rápida o de repetición.

De este modo aprendía, otra vez, lo que el doctor Reilly había tratado de inculcarle. El profesor Allen, se lo refrescaba. Allen había sido profesor de fisiología y patología de la universidad de Michigan y sucedió a Daniel Brainerd en la presidencia del Rush College.

Uno de sus primeros actos había sido el de traer a la facultad a Walters S. Haynes, para enseñar química y toxicología.

En los comienzos el curso fué dictado sin trabajos de laboratorio, y la clase de Murphy fué la primera que hizo un análisis de orina. En el modo de enseñar, Haynes le recordaba a su viejo amigo Schmidt, igualmente maestro de química. Haynes era preciso en el detalle, sencillo pero convincente en sus demostraciones, y en cambio exigente con el estudiante. Diferente de Allen, aparentemente, no irradiaba simpatía, aun cuando su personalidad no dejaba de ser atrayente. Por su interés en la química y por la similitud entre Schmidt y Haynes, J. B. fué atraído por el brillante profesor y no pasó mucho tiempo sin que emplease la mayor parte de su tiempo libre en el laboratorio de Haynes. En efecto; hay constancias de que este tema le interesaba tanto, que hasta en su casa trabajaba en él. En su pequeña habitación practicaba la enseñanza de la química "a lo Haynes", en un método directo de preguntas y respuestas, el cual era tan dramático que la dueña de la pensión había comenzado a dudar de la cordura de su nuevo pensionista. Pero, animada por sus tranquilas respuestas, terminó por creer que el joven hablaba en sueños y consideró que probablemente este defecto desaparecería con el tiempo, tal como lo había

comprobado en uno de sus propios hijos, que lo había padecido.

¿Pensaba J. B. en enseñar otra vez? Sin duda; así debía ser. En cuanto el joven Murphy veía un hombre que se destacaba, se empeñaba en imitarlo. Lanzado a la palestra con algunos de esos brillantes hombres, todos maestros capaces, aspiraba a ser como ellos. Era un joven que no abrigaba la idea de "ocultar su luz en un tonel".

## INTERNO DE HOSPITAL

## I

La repentina aspiración de J. B. de ser cirujano, despertó bajo la influencia del doctor Gunn, el de los trajes llamativos. Aspiraba a enseñar como Haynes; operaría como Gunn. Ambas tareas, dramáticas y espectaculares, lo atraían.

—¿Qué hay —se preguntaba— de más impresionante, que un cirujano realizando una operación dificultosa ante una gran galería atestada de estudiantes?

No había pasado más de un mes en la escuela y ya estaba impaciente por la lentitud con que se aceptaban los hechos científicos y se les daba aplicación en la práctica de la medicina y de la cirugía. Su curiosidad era insaciable. Leía todo cuanto caía en sus manos. En cada conferencia comprometía al profesor en una discusión. Nada había en él que lo inhibiera de ser centro de atracción. Se pondría de pie en la clase y discutiría con un profesor, exteriorizando con su aguda voz, plena de exaltación por la controversia, su naturaleza altamente emotiva, así como también su juventud. Pocos, tal vez ninguno, de sus compañeros comprendieron esta angustiosa sed de conocimientos, esta hambre de experiencia práctica. Para ellos el joven Murphy era un vanidoso que atraía las miradas de los pro-

fesores, y que por su sin fin de preguntas prolongaba sus horas de clase. J. B. no era popular; pero esto no parecía cohibirlo. Persistía en discutir conclusiones aceptadas, y era de aquellos que seguía a su profesor hasta la salida para obtener respuesta a sus preguntas.

¿Qué fué lo que aprendió por ese entonces? Aprendió que recién cincuenta años después del descubrimiento de América por Colón, un tal Vesalio, belga, estableció los fundamentos de la anatomía moderna, con la publicación de su trabajo sobre la estructura del cuerpo humano. Supo también que transcurrieron setenta años, antes de que Ambrosio Paré produjese su magnífico volumen que marcó el nacimiento del arte de la cirugía moderna. Aprendió que hubieron de transcurrir otros ciento veinticinco años antes de que Harvey abriese el camino al conocimiento de la fisiología, con su demostración de la circulación de la sangre. Y el muchacho pensó: ¡Cuán lentamente marcha todo esto! ¿No se podría hacer algo para apresurar el progreso de la medicina y de la cirugía? Se requería juventud, con nuevas ideas. Los viejos retrógrados fueron siempre la barrera del progreso. Se eligió a sí mismo, en sus adentros, para apartar al mundo médico y quirúrgico de la ciénaga de la superstición y de la ignorancia.

¿Qué otras cosas aprendió? Aprendió que Johannes Müller y sus discípulos habían hecho de Alemania el centro de la investigación biológica. Esto removió su emulación fácilmente perturbable. Ganaría esos laureles para los Estados Unidos. Por eso se interesó en la biología, y recorrió todo cuanto estuvo a su alcance, con el solo resultado de avivar más su inquietud. Esta

clase de trabajo era demasiado indefinido y no lo bastante dramático para él.

Aprendió todo lo referente a Helmholtz, quien con su invención del oftalmoscopio había abierto nuevos campos de investigación en medicina. Los escritos de Henle le agradaron, porque se burlaba de la existencia de los demonios médicos, estableciendo la concepción racional de la enfermedad, y porque contribuyó con epigramas tales como: "Una hipótesis que se transforma, desposeída por nuevos hechos, muere de muerte honorable; y tan pronto como esto sea comprobado por el examen de las verdades que la aniquilaron, merecerá un monumento de gratitud". Aprendió de Du Bois-Reymond, el creador de la electrofisiología moderna; de Schwann, quien asestó un rudo golpe a la teoría de la generación espontánea, defendiendo su teoría de que todo lo vivo proviene de una célula y se compone de células; de Reichert, quien transportó esta misma teoría a la embriología; y de Virchow, quien aplicó la doctrina celular a la enfermedad y dió a la biología la concepción de la continuidad germinal, que constituye el fundamento del estudio de la herencia.

Los éxitos de estos hombres, todos grandes, todos famosos, estimularon la ambición del joven Murphy por la fama. Él también descubriría algún principio, alguna verdad, que colocaría su nombre al lado de esos dioses de la medicina. Luego llegó Pasteur. Supo que el mismo año que J. B. había nacido, Luis Pasteur había enviado su comunicación sobre la fermentación ácido-láctica a la Sociedad Científica de Lille. En esa comunicación, Pasteur expresaba su convicción de que en el mundo de lo infinitamente pequeño, yacían ocul-

tas las causas de las enfermedades contagiosas. Mientras sus opositores negaban que los gérmenes tuviesen alguna relación con las infecciones, tropas enteras de vacas y ovejas se morían de ántrax. Pasteur anunció que podía vacunar a los animales contra la enfermedad y luego comprobó esta atrevida, casi increíble predicción. Cuando sus experimentos sobre la rabia y su tratamiento de los enfermos hidrófobos demostraron ser eficaces, las miradas de los hombres de ciencia de todas las naciones convergieron hacia su laboratorio. Y sin embargo, todavía en 1878, algunos no estaban convencidos del todo. En las aulas y en las salas de conferencias de Rush College, el tema más controvertido de ese año fué la cirugía antiséptica. Murphy se interesó inmediatamente por el asunto. Se trataba de un tema vinculado a la cirugía, que se estaba desarrollando en su época.

Sus lecturas lo llevaron a conocer la historia romántica y dramática del joven cirujano de Glasgow, José Lister. Lister, reflexionando sobre la posible aplicación de los experimentos de Pasteur a las heridas quirúrgicas, consideró que así como los gérmenes que provocaban la fermentación de la solución de azúcar procedían del aire, los que provocaban la supuración de las heridas podrían ser de la misma procedencia. J. B. encontró el trabajo original de Lister en la pequeña biblioteca de la escuela. Allí pudo leer:

"Volviendo ahora a la cuestión de cómo la atmósfera produce la descomposición de las substancias orgánicas, encontramos que un haz de luz ha irradiado sobre este importante tema, gracias a las investigaciones filosóficas de M. Pasteur, quien ha demostrado de una manera convin-

cente de que no es al oxígeno, o a cualquiera de sus componentes gaseosos, que el aire debe esta propiedad, sino a pequeñas partículas que se encuentran suspendidas en él y que son gérmenes de formas de vida inferior, largo tiempo ha reveladas por el microscopio y consideradas simplemente como factores accidentales de putrefacción, pero que después de las demostraciones de Pasteur deben ser consideradas como la causa principal de la desintegración de los compuestos orgánicos complejos, en substancias de constitución química más simple, de la misma manera que la levadura convierte el azúcar en alcohol y ácido carbónico."

Lister había visto enfermos con fracturas expuestas, en los que la piel se había desgarrado, que tuvieron fiebre y delirio. Había visto formarse pus fétido en la herida, había visto erisipelas y abscesos, en muslos y brazos, y en más de la mitad de los casos los pacientes habían muerto. Pero también había visto fracturas simples de los huesos, no mortales; esto le había hecho pensar en la existencia de otro factor como causa de aquellos desastres. Había discutido esta cuestión de la curación de las heridas con sus colegas, cirujanos, y todos ellos le habían hecho notar, indulgentemente, que el "pus laudable" era necesario en el proceso de la curación. Ya Hipócrates había señalado que algunas heridas curaban por "primera intención", es decir, sin supuración. En la solución de este problema, Lister no encontró estímulo ni en el famoso cirujano James Syme, su suegro, ni en los demás cirujanos, sus colegas; encontrólo, en cambio, en el profesor de química de Glasgow, Thomas Anderson, quien sugirió una relación entre los trabajos de Pasteur y el problema de la infección quirúrgica. Incapaz de comprender los procesos químicos relacionados con el asunto, Lister

acudió a Anderson y esta visita le sugirió algunas ideas. Pensó que el aire estaba en contacto con las fracturas expuestas y las heridas de amputación. El abdomen, el tórax y las cavidades cerebrales, no podían ser impunemente abordadas por el cirujano, por temor a la supuración. Planteóse, entonces, esta pregunta: ¿Por qué el aire produce trastornos en algunas heridas y no los produce en otras? La idea de cómo proceder para evitar esos trastornos, brotó nada menos que del sistema de cloacas de Glasgow, en el que se usaba ácido fénico para eliminar la fetidez. Por eso Lister pinceló con solución de ácido fénico el miembro de su primer paciente con fractura expuesta, e hizo que la enfermera hirviese la toalla más limpia del hospital para que le sirviese de apósito. El enfermo curó exactamente como los afectados de fractura simple, sin supuración. Su éxito en este caso, lo indujo a adoptar otras precauciones. Contrariamente a la costumbre de sus colegas, se lavaba las manos antes y después de una operación; usaba un delantal limpio, de hilo, durante el acto quirúrgico, en lugar de la casaca vieja y sucia, manchada con sangre seca y pus, como antes había sido su costumbre; inventó un método de hervir el material de sutura que debía usar, en vez de tener las agujas enhebradas, clavadas en la solapa de su casaca; ordenó que el aire que rodeaba el campo operatorio, fuese pulverizado continuamente con una solución de ácido fénico y usó vendajes formados por muchas capas de gasa y "mackintosh" (1). El resultado fué que la "gangrena de hospital" desapareció prácticamente de su sala, en la enfermería de Glasgow.

(1) Esparadrapo; tela impermeable.

¿Podía Murphy resistir tal relato? De ninguna manera. De haber abrigado en su espíritu cualquier duda acerca de la cirugía antiséptica, convirtiéndose en su devoto campeón una vez que terminó de conocer la historia del descubrimiento de Lister. Como sucede siempre a los precursores en cualquier campo de la cirugía, que encuentran en ella su peor enemigo, los resultados de Lister no fueron creídos y su autor sufrió las más amargas críticas de sus colegas los cirujanos ingleses. Su comunicación "Sobre los principios antisépticos de la práctica de la cirugía", en 1867, fué recibida con gritos de escarnio y disgusto. Algunos de sus oyentes "guiñaron el ojo"; otros lo juzgaron un solemne mentiroso; pocos retuvieron su juicio hasta que la experiencia propia les hubiese dado la autoridad necesaria para aprobarlo o contradecirlo. Lawson Tait fué uno de los muy pocos que aceptaron parte de la técnica de Lister, esto es, todo lo que se refería a la higiene personal, la de las enfermeras, ayudantes, esponjas e instrumentos, pero rechazó la pulverización con el ácido fénico; en poco tiempo pudo escribir que los buenos resultados obtenidos eran debidos más a la higiene que a la modificación del aire. No obstante que los trabajos de Lister fueron recibidos con marcada frialdad por sus colegas británicos, Murphy supo que cirujanos alemanes y franceses se dirigían respetuosamente a la clínica de Edimburgo para aprender y estudiar. Muchos cirujanos de Nueva York adoptaron el método de Lister, pero Gros, de Filadelfia, después de haber enseñado a sus alumnos, durante unas pocas semanas, los conceptos de la cirugía antiséptica, concluyó aseverando que así lo había hecho

por exigencia de las autoridades de la escuela, pero que en su opinión ella carecía de todo valor. Varios de los maestros de Murphy, líderes de la cirugía en Chicago, se opusieron a la "novelera" teoría y la ridiculizaron sin ambages.

J. B., recordando las lecciones de lógica de Schmidt, se mantuvo imparcial mientras le fué posible y trató de respetar, por igual, las opiniones contrapuestas. Muy pronto, sin embargo, discutía con sus compañeros acerca de que cualquier descubrimiento que disminuyese el porcentaje de la mortalidad quirúrgica existente, merecía ser ensayado hasta agotarlo. ¿Acaso no había sido testigo de seis operaciones abdominales que terminaron en otras tantas muertes? Estaba por entonces muy en boga el que un cirujano hiciera gala de amputar una pierna sin ensuciarse los puños. Un prominente cirujano de Boston, antes de entrar a la sala de operaciones echaba una última ojeada en el espejo a su impecable casaca azul oscura a lo príncipe Alberto, con una rosa en el ojal. Muchos cirujanos famosos creyeron que de aceptar los métodos de Lister y usar delantal blanco, perderían su personalidad. Los compañeros del joven Murphy recuerdan que, en su época de estudiante, discutía todas las cuestiones y especialmente aquellas vinculadas a la cirugía antiséptica. Tenía poca paciencia con aquellos que opinaban de modo contrario, fuesen profesores o estudiantes. Estaba impaciente por que la escuela adoptase los métodos de Lister y los recomendase a los hospitales de todo el país. "No perderán nada con ensayarlos", decía a gritos a sus oponentes y mofadores. Aprendió más tarde, por experiencia per-

sonal, que en cirugía las nuevas ideas son aceptadas lentamente y con reservas, y que a menudo es una suerte para el paciente que ocurra así.

Durante una discusión que se suscitó en el anfiteatro antes de la llegada del profesor, J. B. se enojó tanto con uno de sus compañeros, no por la discusión en sí, sino por la insistencia del otro en sus burlonas observaciones, que terminó por alzarlo en vilo y arrojarlo gradas abajo. El carácter de J. B. no era muy alegre, pero dejaba entrever una cierta jovialidad cuando ensimismado en su trabajo sonreía o silbaba "Auld Lang Syne" desafinadamente. Si su talento no había llegado aún a la superficie, estaba en camino de alcanzarla. Sus cartas a su madre reflejaban sus largas horas de trabajo y estudio, su impaciencia, su sed de conocimientos, su celo y su ambición. En ese su primer año, el joven aprendió historia de la medicina, algo de diagnóstico y la importancia de éste, la manera de cómo debe pensar un hombre de ciencia; adquirió, además, algunos conceptos propios.

## 2

Al final de su segundo año de estudios, J. B. dió examen para interno del Cook County Hospital. Solamente los estudiantes de Rush y de Chicago eran elegibles para las codiciadas vacantes del personal técnico del gran hospital de caridad. La práctica del internado no era obligatoria para los graduados antes de iniciar el ejercicio profesional, como ocurre hoy día; y aquellos que no se presentaban a examen, "eran considerados como jóvenes que querían permanecer en la escuela toda su vida". Por eso cada año los exáme-

nes constituían un importante acontecimiento; tomaba parte en él un inmenso auditorio, en el que prácticamente figuraban todos los alumnos de los cursos superiores de ambas instituciones. Los exámenes eran orales y los espectadores gozaban de libertad para ofrecer a los candidatos, informes y opiniones, con frecuencia erróneos. De todo esto resultaba, por supuesto, un espectáculo interesante.

El método de pruebas era muy parecido al "examen de deletreo" (1) de los viejos tiempos: uno por uno los candidatos eran interrogados, y sus respuestas clasificadas. Mientras esperaba sentado su turno para la primera pregunta, J. B. evocó la imagen de Schmidt aconsejándole tranquilidad. Si dejaba traducir su ansiedad a través de su exposición, sabía que el alto falsete resultante podía perjudicar el resultado. Quería estar tranquilo, pero al mismo tiempo decisivo y rápido en sus respuestas; debía impresionar a sus examinadores con el caudal de sus conocimientos. Sus compañeros aclamaban a todo aquel que se incorporaba para dar una respuesta; lo mismo hicieron con él. Pero uno tras otro, eludió con éxito todos los intentos para confundirlo, y mantuvo el control de su emoción y de su temperamento; contestó todas las preguntas que le fueron hechas, con reflexión y un minimum de palabras. El resultado fué, que el profesor Gunn, después del examen, lo felicitó por haber obtenido el primer puesto.

Esta fué, su primera gran victoria ganada en certamen abierto. Estaba ansioso por transmitir a su madre la buena noticia; le escribió inmediatamente que

(1) Spelling-bee method of examining.

llegó a su habitación. En ardientes frases relató su éxito, al obtener un puesto en una tan renombrada institución, dedicada al cuidado de los enfermos pobres de la comunidad. La respuesta de su madre fué característica; tal vez la palabra "caridad" la inquietó.

"¿Así que estás por entrar a un lazareto, por un año? —escribió ella—. Descaría saber qué es lo que puedes aprender de cirugía allí. ¿Quieres decirme quién de los de allí es mejor que nuestro buen doctor Reilly?"

La barba del muchacho había crecido bien y ahora cubría su cara una espesa maraña amarillorrojiza. Tenía casi veintitrés años y se sentía todo un hombre; esto le permitía sonreír tolerantemente ante las preguntas de su madre.

Uno de sus compañeros de internado, L. L. Mc Arthur, de veinte años de edad, se había dejado crecer patillas para acompañarlo en el trance del examen. Una vez terminada la prueba, mientras la mesa examinadora se encontraba discutiendo la selección de los mejores, Mc Arthur fuese a una barbería, calle de por medio, y se hizo afeitarse. Cuando volvió, los examinadores lo llamaron por su nombre y él dió un paso al frente. El maestro dijo:

—Pero... ¡yo no lo he examinado!

—Discúlpeme, señor; usted me examinó. Yo soy Mc Arthur, y sé tanto sin patillas como con ellas.

El hospital en el cuál entraron Murphy y los otros cinco internos, no tenía mayor instrumental, excepto una gran cantidad de drogas y una abundante provisión de material para vendajes, entablillados y suturas. No había ni microscopio, ni laboratorios clínicos,

fuera del depósito de medicamentos. El laboratorio de diagnóstico era desconocido, salvo los procedimientos relacionados con el análisis químico de la orina. La asepsia era también desconocida. Los internos que asistían casos de erisipela o de gangrena y los encargados de las autopsias, no podían atender casos de obstetricia; pero en realidad no existía una orden inflexible acerca de esto y ellos no pensaban que fuese malo mantener relaciones amistosas con el "pus laudable". Las infecciones puerperales eran sorprendentemente frecuentes y mortales, y como resultado de ello la sala de obstetricia era cerrada, en muchas ocasiones, por períodos de semanas enteras. Durante estos intervalos, las ventanas se mantenían abiertas día y noche; los atomizadores trabajaban continuamente, desparramaban débiles vapores antisépticos en el aire; las paredes y los techos eran blanqueados, y toda la carpintería empapada con soluciones antisépticas. Persistía aún la vieja y fatal ignorancia de la transmisión individual de la infección.

En este período prelisteriano, en Chicago, como en el resto de América, la cirugía se reducía a la práctica de atrevidas ligaduras de vasos sanguíneos, amputaciones de brazos y piernas y tallas vesicales para extraer cálculos. Sin embargo, Mc Dowell en Danville, Kentucky, acababa de publicar sus experiencias en la operación de la ovariectomía. Pero la cavidad abdominal estaba muy lejos de las posibilidades quirúrgicas de la época. Si la naturaleza no intervenía, el infortunado paciente con un tumor o inflamación de cualquiera de las vísceras abdominales, se encontraba en una condición desesperante. Sólo Dios sabe que si

la naturaleza no intervenía nada podía el hombre. Pero aunque lentamente, el progreso llega para la cirugía. Con la adopción de los métodos de Lister, a pesar de los descreídos, la gangrena, las heridas supurantes crónicas y las nauseabundas salas, desaparecieron rápidamente. Los anestésicos también hicieron mucho por el progreso de la cirugía. Hasta entonces los cirujanos habían tenido que esforzarse en las operaciones, a velocidad de relámpago y con grandes dificultades; ahora podían demorar el tiempo necesario. Los días de los maravillosos juegos de manos habían concluído y las prestidigitaciones que habían hecho la fama de muchos cirujanos daban paso a los procedimientos deliberadamente cuidadosos.

## 3

La capacidad del Cook County Hospital era para 450 enfermos. Había seis internos en cirugía, para dos turnos. La iniciación de J. B. en su trabajo como interno menor, fué directa y sin vueltas.

—Oiga —le dijo su mayor— traiga su bandeja de curaciones y cuide de aquella pierna amputada de la sala quinta.

La dicha bandeja, era una caja de madera con una manija (botiquín). Cada botiquín tenía cinco divisiones: la más grande contenía una provisión de gasa ordinaria; una más chica, algodón hidrófilo; una pinza larga y dos o tres sondas de metal, ocupaban la tercera; en cada uno de los dos compartimientos restantes, había un frasco de boca ancha: uno de estos frascos contenía una solución de ácido fénico en aceite pesado al 2,5 por ciento, y el otro una solución acuosa



al uno por ciento, también de ácido fénico, con una jeringa grande de goma negra y dura.

En sus últimos años, Murphy comentaba cómo debió él haberse parecido a un buitre en busca de su presa, cuando iba de sala en sala. Un murmullo de horror partía a menudo de los enfermos, cuando él aparecía en la puerta con su botiquín para cambiar los apósitos. Un cirujano, colega de J. B. en años posteriores, que como él había pasado por las mismas amargas experiencias, ha relatado vívidamente sus propios recuerdos torturantes, del tratamientos de las heridas:

“Cada vez que huelo ácido fénico, se me aparece un débil y descarnado muchacho de grandes ojos suplicantes; se le había amputado un miembro; el muslo era un panal de cuyas cavidades fluía un pus nauseabundo; su resistencia física había decaído hasta el último grado y sus lamentos de ultratumba partían el alma, cada vez que yo cuidadosamente trataba sus heridas, dos veces al día, en un esfuerzo para curarlo. Todavía ahora, algunas veces, me despierto en la noche y oigo aquellos gemidos de protesta.”

En la sala de operaciones, la obligación de Murphy era pulverizar el campo operatorio con la solución de ácido fénico al cinco por ciento, durante el acto quirúrgico. Y luego, de acuerdo con el último consejo de Lister, aplicaba sobre la herida un apósito formado por ocho capas sucesivas de gasa, empapadas en la solución antiséptica, recubierta con un trozo de mackintosh y una última capa de gasa. Uno de los compañeros de internado de J. B., señalaba chistosamente, muchos años después, que ninguno de ellos conoció jamás cual era el papel que desempeñaba la novena capa de gasa.

Después de su primera tarde en la sala de operaciones, el interno mayor instruyó a J. B. acerca de sus otras obligaciones.

—Recuérdelo, Murphy; a usted le corresponden los llamados nocturnos y no me despierte, a menos que sea absolutamente necesario. Necesito descansar. Ah... me olvidaba; encuéntrese cerca de la puerta del frente, a las siete y media de la mañana, para recibir al doctor Lee. Viene siempre antes del desayuno, a una hora indecente. Buena suerte y buenas noches.

Los menores internos, a no dudarlo, dormían muy poco. Siempre estaban rendidos. Mc Arthur y Meacher, otro interno, tenían la misma habitación. Una noche Murphy entró en dicha habitación, muy fatigado, y se desplomó para descansar. Se durmió. Meacher y Mc Arthur, hambrientos de bromas, le dieron unas gotas de cloroformo y procedieron a liarlo dentro de un chaleco de fuerza. Cuando él despertó se enfureció, al extremo de que sus compañeros atemorizados lo libertaron rápidamente.

J. B. estaba en la puerta del frente, a las siete y media, cuando Edward W. Lee, puntual como la estrella polar, llegó marchando a grandes pasos. Hombre grande, viril, dió las gracias al interno cuando éste le abrió la puerta.

—Buen día —dijo amablemente—. Usted debe ser Murphy, el nuevo menor interno.

—Sí, señor.

—Muy contento de tenerlo con nosotros —dijo el doctor dirigiéndose hacia el hall—.

Desde ese momento Murphy fué el esclavo de Lee. Fué tan lejos en la veneración por su nuevo héroe, que

llegó a partir sus patillas al medio, tal como lo hacía Lee, y a copiar las maneras del doctor en el andar, el gesto y el modo de hablar. Afortunadamente para Murphy, Lee era un irlandés, nacido en el condado de Wexford. Había estudiado en la Universidad de Dublín, en donde a la edad de diez y nueve años terminó su carrera de médico, cursada en tres años, pero tuvo que esperar hasta cumplir los veintiuno para obtener su diploma. Antes de venir a Chicago había hecho varios viajes en un vapor que cruzaba el Atlántico, como médico de a bordo. Igual que Reilly, era un hombre amable y generoso que tenía noción exacta del deber en el cuidado de sus enfermos, un profundo respeto por los derechos de sus semejantes y un sano apego al país que lo había adoptado. Su personalidad, hombría de bien e ideales, influyeron grandemente en el impresionable Murphy, quien hacía todo lo posible por encontrarse a su lado cuando Lee estaba en el hospital. Cuando operaba, pulverizaba para él, y lo seguía en sus recorridas por las salas; fué así como J. B. comenzó a adoptar para sí, la manera cómo Lee trataba al enfermo, su método de diagnóstico y su técnica quirúrgica.

Una vez, mientras recorrían las salas juntos, Lee le describió sus tentativas para apresurar la curación de un paciente que sufría de graves quemaduras.

—Usted ve —dijo el doctor al interno—; este muchacho ha perdido un gran porcentaje del área total de su piel.

—Sí, señor.

—Si nosotros pudiéramos injertar piel en esta superficie desnuda, apresuraríamos la mejoría y podríamos

evitar las graves cicatrices deformantes que resultarán fatalmente, cuando el tejido nuevo se retraiga.

—Pero es que no hay bastante piel, para cubrir esas zonas, señor.

—Podemos obtenerla en alguna otra parte.

—Sí, señor, ¿pero de dónde? —dijo J. B. interesado—.

—Podríamos intentar con pollos o corderos.

La cirugía que actualmente sabe tanto de este problema, sabe también cuán desesperante fué la solución en su comienzo; esa idea, que ahora podría parecer inverosímil, fué el motivo que vinculó, en un trabajo común, a este hombre viejo y al entusiasta joven, asociación que continuaría por varios años para beneficio del último.

Lee era uno de esos raros hombres, que conocen sus propias limitaciones. Admirando la capacidad del joven, le fomentó siempre el interés y el celo por la investigación experimental, y al hacerlo fué además amable, pues le indicó quiénes eran los otros médicos que podían enseñarle. La bacteriología era un campo nuevo en la medicina, y el microscopio ocultaba misterios que fascinaban a todos los hombres de ciencia. Lee aconsejó a Murphy que se pusiese en contacto con Christian Fenger con el fin de poder asistir a sus demostraciones en las autopsias.

—La habilidad de Fenger realizando una autopsia, es insuperable —dijo a J. B.—; pero lo que es más interesante es que siempre llega a conclusiones prácticas de gran importancia, de una manera clara y concisa. Es un experto en el uso del microscopio y muy versado en bacteriología. Procure conocerle.

J. B. no perdió tiempo para seguir el consejo de Lee.

Supo así, que Fenger había venido a los Estados Unidos en 1877, desde El Cairo (Egipto), en donde había ejercido la medicina. Dinamarqués de origen, había sido cirujano asistente en la campaña de Schleswig-Holstein y había continuado sus estudios después de la guerra, siendo laureado por sus exámenes en 1867; había sido interno del Hospital Royal Frederik en 1869, y el trabajo de investigación realizado allí lo hizo merecedor de una beca del gobierno danés; fué cirujano en la guerra francoprusiana, después de la cual estudió en Viena anatomía patológica y cirugía. De regreso a Dinamarca, se convirtió en el patólogo del Commune-Hospital, donde escribió su tesis sobre cáncer de estómago, para obtener el título de doctor en medicina, el que le fué otorgado en 1874, aproximadamente trece años después de haber comenzado sus estudios médicos.

Cuando llegó a América, Fenger fué designado miembro de Rush Medical College. Con dinero prestado, compró un sitial en el cuerpo médico del Cook County Hospital, en donde empezó a enseñar y a hacer demostraciones de anatomía patológica. Mil dólares fué el precio que pagó por dicha plaza en una institución que cuidaba de los pobres del condado, sin otra recompensa posible que la de ver, estudiar y curar enfermedades. El profundo conocimiento que tenía Fenger de la patología, fué reconocido inmediatamente por la clase médica de Chicago. Para el joven Murphy, que se convirtió en su discípulo, fué el primer hombre que encontró dominado por su amor a la ciencia. El celo y el entusiasmo hacían que Fenger olvidase su hogar, su familia y aun un enfermo anes-

tesiado, si él tropezaba con una idea. Todos los jueves por la noche, Murphy, Billings y Mc Arthur, junto con otros internos, se reunían en casa de Fenger; los microscopios salían a relucir y examinaban corte (¹) tras corte, de tejidos enfermos. Las historias clínicas eran consultadas y los síntomas correlacionados con los hallazgos microscópicos; se leían las últimas novedades médicas en voz alta, las que luego Fenger comentaba y la velada terminaba entre tragos de cerveza, mientras Fenger, que hablaba muy poco inglés, los entretenía con anécdotas de las clínicas de Viena, Heidelberg y Berlín.

No es ilógico creer, que aquellos jóvenes aprendían más en un jueves por la noche, que en toda una semana en el hospital. Esas noches en casa de Fenger, constituían un verdadero placer; eran siempre extraordinariamente interesantes y a menudo no exentas de emoción. El hospital implicaba trabajo. En realidad, si uno no era curioso, despierto y observador, si no estaba animado del deseo de inquirir, no aprendería mucho en el hospital, a menos que acostumbrarse al sufrimiento significase adquirir conocimientos. Debía acostumbrarse al dolor ajeno, a dormir poco y a permanecer de pie todo el día. Si aquellos internos tenían algún amorcillo, era con las enfermeras y éstas eran muy escasas. A menudo los enfermos convalecientes actuaban como enfermeros. No había teléfono y el hospital no tenía servicio de mensajeros, de manera que la cirugía de urgencia y los partos caían frecuentemente en manos de los internos, fuesen o no capaces de desempeñarse.

(¹) Preparado microscópico.

Hacia el final del año de hospital, J. B. comenzó a interesarse por las entusiastas alabanzas de Fenger acerca de las escuelas médicas, laboratorios y hospitales de Europa. El profesor de patología sostenía, y no cabía duda acerca de la verdad de su aserto, que Alemania se encontraba muy avanzada, en relación a las demás naciones, y especialmente al nuevo mundo, en el estudio de la cirugía y de la medicina. En su pésimo inglés, Fenger les hablaba en frases llenas de entusiasmo, acerca de las ventajas de estudiar en Alemania.

—Allí es, donde ustedes —decía a menudo— encontrarán material patológico. Cada enfermo que entra al Allgemeine Krankenhaus, acepta automáticamente un examen postmortem, en caso de muerte. ¡Imagínense! ¿No es esto progreso? ¿No es esto civilización? No es necesario esperar la mitad de la vida para conseguir un cadáver y estudiar en él; no es preciso comprarles nada a esos que ustedes llaman ladrones de sepulturas. Se trata de una ley.

Las manifestaciones de Fenger, despertaban en aquellos jóvenes aspirantes el deseo ferviente de visitar Alemania, con el propósito de estudiar en ella. Su nombre sonaba como el paraíso de los hombres de ciencia. “Es en la mesa de autopsias, y solamente en la mesa de autopsias, donde se pueden estudiar los errores de diagnóstico y las multiformes variedades de la enfermedad.” Esta era una nueva época del aprendizaje del hombre acerca de sí mismo. Los años venideros verían milagros, ocurridos en las mesas de operaciones del mundo.

¡Alemania! No podía existir nada más quimérico,

para un pobre diablo hijo de leñadores, tal como J. B., que un viaje de estudio a Alemania. Era verdad que su padre había ganado el viaje a América con su trabajo; pero Michael Murphy había venido para trabajar y ganarse la vida. Emplear un año más en proseguir estudios, después de haber drenado durante tres años la bolsa de su madre, más que un sueño, parecióle a J. B. una cosa que estaba fuera de toda posibilidad. Y sin embargo fué eso, exactamente, lo que se propuso. Fué a verlo al doctor Lee, lleno del entusiasmo que Fenger le trasmitía, y le pidió su consejo acerca de la conveniencia de estudiar un año como postgraduado en el extranjero.

—¿No piensa usted que sería de valor esta jira, no obstante lo caro que costaría? —inquirió él—.

Para alegría suya el sabio doctor Lee le replicó:

—Pienso que usted no puede dejar de ir, hijo.

J. B. nunca había oído palabras más dulces salvo, tal vez, aquellas que el doctor Lee deslizó a continuación:

—Cuando usted regrese, ¿le agradaría a usted atender mi clientela, como asistente mío, por una paga modesta y con el derecho de acrecentar su propia clientela privada?

Tañaña oferta no fué nunca ni soñada. No se podía menos que aceptar. El doctor Lee le ofreció también adelantarle parte del dinero necesario para el viaje. ¡Qué espléndidamente se le presentaban las cosas a este doctor de veintitrés años!

Pleno de felicidad, apenas pudo contener su alegría, y escribió a su madre acerca de sus fabulosos planes. Necesitaría alguna ayuda de ella en materia de dinero.

“Si voy a Alemania inmediatamente después de fenecido mi internado —escribió—, volveré para iniciar mi práctica privada con el doctor Lee completamente equipado. Si, en cambio, comienzo mi práctica ahora, me será mucho más difícilirme después. Estaré ocupado con la profesión y no podré dejar a mis enfermos tan fácilmente.”

Deseaba ir de inmediato, mientras la ilusión que tal idea le producía permanecía fresca y despierta en su mente; nuevamente se traslucía su impaciencia. Pero su madre era cautelosa. Ella escribió:

“Hasta ahora usted pagó sus gastos; no quiero que pida prestado. El buen doctor es bastante amable en darle más dinero del que usted probablemente merecerá. Ahorre algo y al final del año viaje con lo suyo. Si debo juzgar acerca de la rapidez con que los jóvenes médicos consiguen enfermos, usted no tendrá ningún inconveniente en irse. Como para las huellas, usted bien sabe cuán difícil es hacer que una yunta y la carreta se salgan de ellas.”



## CAPÍTULO VI

### VIAJE DE PERFECCIONAMIENTO

#### I

EDW. W. LEE, DOCTOR EN MEDICINA

J. B. MURPHY, DOCTOR EN MEDICINA

Las letras de su nombre, recientemente pintadas en la puerta del consultorio, le produjeron una sensación de escusable orgullo. Cada vez que trasponía esa puerta no podía dejar de echarles una ojeada y mascullar su nombre. Era un consultorio bien instalado, en un piso alto del edificio que se encontraba en la esquina de las calles Halsted y Harrison, posteriormente destinada a ser el centro de la población rápidamente creciente de Chicago.

Esto acontecía en la primavera de 1881. Diez años habían transcurrido desde el gran incendio que redujo a cenizas la ciudad. La población de Chicago era de 850.000 habitantes, siendo la mitad extranjeros o hijos de extranjeros. Otro pánico cundía por entonces en la ciudad y en el país, y era que todos estaban desesperados por la reducción de los salarios y por la falta de trabajo. La agitación de la clase trabajadora contra el capital crecía rápidamente. Pero aparte de la inquietud reinante, Chicago estaba por cumplir su primera media centuria de "incorporación" y la ciudad podía echar una mirada retrospectiva y admirar,

### VIAJE DE PERFECCIONAMIENTO

con incredulidad, su propio crecimiento. Las carretas cubiertas, que rodaban por el barro, habían sido reemplazadas por cientos de trenes que iban y venían en el día. La Unión de Frigoríficos se había salvado del incendio y en 1881 había alcanzado la cifra récord de 5.000.000 de cerdos. En lugar de los horrosos pantanos rodeados de casuchas, había casi 2.000 acres de parque público alrededor de la ciudad, todos ellos en conexión con bulevares. Los periódicos clamaban contra las inmundas "perreras" <sup>(1)</sup> que llenaban las calles de los suburbios, pero al mismo tiempo se enorgullecían del aumento del cien por ciento de la población.

A pesar de que algunas veces su práctica privada llevaba a Murphy a reflexionar sobre el acierto con que hubiera elegido la profesión médica como un medio de vida, estaba lleno de trabajo. La reputación del doctor Lee crecía con la ciudad, y como él no podía estar en dos partes a la vez, enviaba a su asistente a muchos llamados. Había que vigilar numerosos enfermos de fiebre tifoidea, a causa de las perforaciones intestinales, e innumerable cantidad de niños con las gargantas inflamadas y cubiertas de espesas y adherentes membranas diftéricas, a los que había que preservar de la asfixia por obstrucción que llevaba a la muerte. Ambos, el doctor Lee y J. B., trabajaban intensamente, asistiendo a los llamados a cualquier hora del día y de la noche; poco tiempo quedábale, pues, al joven, para estudiar o investigar. La cirugía también se le iba de las manos, porque en el caso de ser necesaria una operación, quien la realizaba era el doc-

<sup>(1)</sup> Casuchas, dignas de alojar perros.

tor Lee; los enfermos no estaban del todo dispuestos a confiarse al doctor más joven, en la sala de operaciones. Sin embargo, la amable personalidad del joven y su cordial disposición le ganaban muchos amigos y admiradores entre los propios pacientes del doctor Lee. Había algunos que le tenían tanta fe en el tratamiento de sus enfermedades como al propio Lee. La barba del joven engañaba a muchos; le agregaba dignidad, le daba una edad indeterminada, y además algo que le servía para disimular en las raras ocasiones en que no se sentía seguro de sí mismo.

En julio de 1882, J. B. fué llamado a Appleton por la muerte de su padre, acaecida a la edad de sesenta y cuatro años, a causa de una enfermedad cardíaca. Fué el comienzo de un rápido desmembramiento de la familia. Su madre quedó sola en el hogar. Ellen acababa de casarse con su "maquinista"; hacía mucho tiempo que Lucinda había ingresado al convento de Saint Mary's of the Woods; Daniel, el sacerdote, enseñaba en el Canadá; Michael (hijo) había ido a Dakotas para administrar algunas tierras de su propiedad; y Frank estaba en Chicago estudiando farmacia.

Enterraron a su padre en el viejo cementerio cerca de Appleton. Aquel simpático irlandés, cuya jornada había sido tan larga y cuyo sudor había fluído tan profusamente, llegó al final de su vida con mucho de su ambición realizada: con tierra, familia y religión; libre de complicaciones; con lo que le habían producido su solo esfuerzo y sus propias manos, y después de elevarse significativamente en la comunidad, con el respeto de sus vecinos y en paz con Dios.

Cuando J. B. se disponía a alcanzar el tren que lo llevaría de regreso a Chicago, su madre quiso saber cuándo partiría para Europa.

—Espero hacerlo pronto, madre. No estoy del todo listo todavía.

La cara triste de Ann se iluminó con astuta y alegre sonrisa.

—¿Es por falta de dinero, Johnny? ¿No es así?

Del lugar en que la ocultaba, extrajo una bolsa de cuero con dinero y la puso en las manos de su hijo.

—Pienso que usted debe ir ahora. Yo estaré muy bien aquí y no tendré muchas necesidades.

Por un momento, lo estrechó en uno de sus raros abrazos; luego lo apartó suavemente y lo condujo afuera, hacia el sulky que lo esperaba para llevarlo hasta el tren.

Mientras el más joven de sus hijos se alejaba de ella, conmovido y enmudecido por su comprensión y generosidad, Ann Murphy permaneció de pie, sola, frente a la casa que su Michael había construído para ella. Él se había ido; cada uno de sus hijos ocupaba un lugar en el mundo; pero a su alrededor, se extendían los amplios acres que Michael había arrancado a la selva virgen. Ella continuaría administrando la chacra sabiamente, porque Michael se la había legado para su propia seguridad y para futura ayuda de sus hijos, en caso de que la necesidad llegase.

## 2

En setiembre, J. B. estaba en condiciones de irse.

—Su nombre estará en la puerta cuando usted regrese —le dijo Lee—.

Y luego, como era su costumbre, procedió a darle algún consejo.

—Recuerde esto: procure hacerse de amigos, en especial de los jóvenes asistentes de las clínicas. No se olvide que ellos serán los futuros profesores, los futuros médicos prominentes. Una amplia acogida en el extranjero, y reputación, harán que sus colegas de aquí lo miren con más respeto.

Si ese consejo adoleció de esnobismo, fué de cualquier manera un buen consejo. En el campo de la medicina, tan marcadamente emulativo, el prestigio abre más puertas que cualquier otra cosa, incluyendo la capacidad. Lee sabía eso; sabía que fomentar y cultivar el prestigio era importante, porque con esto un médico podía eludir muchas celadas. Murphy era de los que reconocen un buen consejo cuando lo oyen y saben aprovecharlo. Muchas veces, posteriormente, las palabras del doctor Lee estuvieron presentes para guiarlo: "Relacionese, hágase amigo de los asistentes más jóvenes en las clínicas".

Su itinerario, su "wanderjahre", comprendía Viena, Heidelberg y Berlín. Con cartas de presentación del doctor Fenger para varios de los más grandes cirujanos de Europa, J. B. resolvió visitar primero Viena. En el curso del viaje estuvo en Nueva York, Londres y París, ciudades que presentaban para sus ojos no acostumbrados a semejantes escenarios, aspectos extraños y maravillosos. El muchacho chacarero de Wisconsin comenzaba otra fase de su educación: viajes. Bajo esa rueda de esmeril, se puliría. Observador cuidadoso que era, comprendió que el bien vestir podía ser un causal importante. Algunas de las meticulosidades, que

crecieron hasta identificarse con él, comenzaron a mostrarse a través de sus pañuelos, alfileres de corbata, puños y cuellos. Con frecuencia dejaba traslucir un aire de sofisticación que ciertamente habría molestado a su madre.

Durante la travesía se mareó, debilidad que lo avergonzó mucho, al punto de interrogarse: "¿Puede haber algo tan ridículo como un médico mareado?"

En su campaña para hacer amplias relaciones, se hizo amigo del médico de a bordo y procuró de todas maneras que el doctor recordase su nombre y de dónde provenía.

Llegado a Viena, fué directamente hacia el Allgemeines Krankenhaus y se dirigió, a través del patio, hacia la clínica de Teodoro Billroth. Desde hacía un año Billroth gozaba de fama mundial, por haber reseñado con éxito un estómago extensamente afectado de cáncer. La conquista alcanzada con esta operación, le permitió echar los cimientos de la cirugía abdominal moderna. Las huestes de la crítica, siempre listas para desacreditar tan atrevidas iniciativas, fueron acalladas por el estudio persistente y tenaz que el cirujano había hecho durante meses antes de la operación; los hechos que presentó, con la verdad desnuda del éxito, aquietaron todo menos las palabras de adulación.

En el anfiteatro, sólo se encontraba un hombre alto, ocupado en el pizarrón, ordenando trozos de tizas coloreadas, borrando y preparando, evidentemente, el escenario para la clase del profesor. En el pizarrón, J. B. vió, en alemán, lo que él supuso era una lista de los casos operados en la última clase, con anotaciones referentes a su estado actual. Aun cuando su alemán

era malo —lo había estudiado con asiduidad los seis meses precedentes— pudo comprender una invitación escrita en el pizarrón, hecha a los estudiantes para que acompañasen al "staff" (1) en sus visitas habituales a las salas. J. B. se aproximó al hombre alto y con una ligera y titubeante inclinación:

—Discúlpeme —le dijo, apoyando sobre las palabras—; soy el doctor J. B. Murphy, de Chicago.

A pesar de que él había aprendido bien su discurso, encontró alguna dificultad para proseguir.

—Deseo presentarme al profesor Billroth. ¿Podría usted decirme cuál sería el momento y lugar más conveniente para hablar con él?

El hombre alto se había vuelto ligeramente para escucharlo y luego se enfrentó con Murphy. J. B. vió una cara de la que brotaba la inevitable barba de médico; vió unos ojos azules que parpadearon alegremente al mismo tiempo que miraban al interlocutor.

—Estoy seguro de que el profesor se alegrará de verle después que haya terminado su trabajo de la mañana —dijo y sonrió—.

—¿Puedo esperar aquí? —preguntó Murphy—.

—Seguramente —dijo el hombre, y lo dejó—.

J. B. se sentó en la primera fila, emocionado de encontrarse en el anfiteatro donde trabajaba el gran Billroth. Por su mente desfilaron muchas imágenes; imágenes de los más grandes cirujanos; de los más grandes hombres de ciencia que habían traspuesto las puertas que él podía ver; recuerdos del hogar y de Fenger y

(1) Staff: conjunto de médicos, asistentes de un jefe o profesor, que comparten con él, y bajo su dirección, las tareas clínicas.

del lugar donde viviría en la hermosa ciudad. Al momento entraron varias personas; todos estaban cubiertos con blusas blancas y con un delantal de goma encima; todos llevaban zapatos de goma. Las preparaciones preliminares fueron hechas rápidamente por los asistentes y las enfermeras, y todo quedó listo para la primera operación. Otros espectadores llegaron y ocuparon un lugar en la galería.

Después de un rato, en una camilla rodante, fué traído el enfermo, y un silencio se produjo en la sala cuando el profesor hizo su aparición. Con la consiguiente sorpresa de Murphy, el hombre alto con quien él había hablado no era otro que el propio Billroth. Sintió un vacío en su interior y tuvo la sensación de que el estómago caía hasta sus pies. ¿Qué había dicho? ¿Había sido cortés? ¡Qué tonto había sido!

Billroth comenzó la clase. Antes de empezar la operación explicó la anatomía patológica de la enfermedad que padecía el enfermo allí presente y luego con unos pocos y rápidos trazos, con las tizas de colores, dibujó les lesiones que esperaba encontrar una vez abierto el abdomen. Unos años antes, en el comienzo de su carrera, Billroth había sido considerado como un operador atrevido; pero ahora, con los años, había adquirido la reputación de ser un cirujano metódico y prudente. J. B. notó que comenzó la operación de una manera típica, enseñando a medida que realizaba el acto; pero lo que sorprendió al americano fué la serenidad con que Billroth sorteaba las dificultades de hechos no previstos. Trabajaba con la seguridad y la calma de un iluminado, y con una delicadeza que habría dado fama a un grabador de jade.

Cuando la operación terminó, Murphy se aproximó a Billroth algo avergonzado, exhibió sus cartas de presentación y esbozó una disculpa por su apresuramiento.

—Olvídese de eso, joven —dijo Billroth, librándolo de su embarazo—. No es usted el primero.

Después miró al joven de arriba abajo.

—¿De manera que usted es alumno de mi viejo amigo Fenger? ¡Muy bien! Me sentiré muy complacido de hacer cualquier cosa que esté a mi alcance por un alumno de Fenger. Esta es su casa y hágame saber cualquier cosa que usted desee.

No pasó mucho sin que J. B. se encontrase establecido confortablemente en una pensión recomendada por uno de los asistentes de Billroth, que le había sido presentado por el gran cirujano, y en pocos días, después de haber conocido los sitios más característicos de la ciudad, se encontró de lleno absorbido por el trabajo de la clínica. Escribió a Fenger y a Lee, describiéndole el trabajo que Billroth realizaba e insistiendo sobre la falta completa de teatralidad y sensacionalismo de la clínica. Leía sistemáticamente el *Tratado General de Patología y Terapéutica Quirúrgica*, de Billroth, que había de alcanzar ocho ediciones en vida del autor. Lo mismo que había hecho mientras estudió en Rush, J. B. estaba demasiado ocupado para perder el tiempo en juntarse con los postgraduados que se reunían en el café Popular, calle de por medio del Allgemeines Krankenhaus, al que, no obstante, concurría ocasionalmente para tomar una taza de café, mientras escribía cartas a su casa. Pudo comprobar que nada se gana sentado en una mesa, entonando baladas sentimentales o cantos dionisíacos, bebiendo cerveza y haciendo el

amor a las muchachas bonitas. Tampoco se dejó arrastrar por los bailes de toda una noche, o las correrías de todo un domingo de sol, mientras se comía pan negro y queso, y se bebía la consabida cerveza en las tabernas de la región. Sus compañeros, que lo conocían ensimismado en su trabajo, lo apreciaban y respetaban durante las horas de tarea. Nunca tuvo tiempo para el descanso, los deportes, ni las diversiones. Su vida en Viena, como en Chicago, se vinculó tan sólo con el trabajo y con el sueño. Era feliz empujando el carrito de curaciones a través de las salas, con el fin de ayudar a los asistentes de Billroth y de hacer todo lo que fuese útil y agradable. Veía en esto una manera de dejar un grato recuerdo de J. B. Murphy, de Chicago. Templó su energía y entusiasmo con la restricción y diplomacia necesarias, a fin de impresionar favorablemente a sus colegas y evitar toda impopularidad perjudicial. Estudió alemán y deleitaba e impresionaba a su madre intercalando frases escritas en alemán en las cartas que le dirigía. Estaba aprendiendo mucho de Billroth; mucho que lo colocaría en buena situación en años venideros.

Dotado de una constitución delicada desde los comienzos de su vida, J. B. se había impuesto un esfuerzo demasiado grande. Gastado con los años, por toda clase de trabajo y sin ninguna diversión, habiendo vivido modestamente, puesto que su dinero debía ser empleado sólo en educarse, había de llegar un momento en que ese cuerpo débil se rebelase.

Despertóse un día con una alerta; la revelación se hizo por el hecho de haber descubierto sangre en su orina. Inmediatamente fué a ver al primer asistente

de Billroth, de quien era muy amigo. Después de muchos exámenes y consultas entre los profesores, su afección fué diagnosticada como tuberculosis del riñón derecho. El diagnóstico parecía bastante razonable, a juzgar por los síntomas y por sus antecedentes familiares. Se le aconsejó seriamente, regresar cuanto antes a su casa. Descorazonado, deprimido, con la impresión de que todo lo hecho resultaba trabajo perdido, dejó Viena para volver a su casa. Estaba convencido de que sólo pocos meses de vida le quedaban; ni siquiera el tiempo suficiente para realizar alguna de las maravillosas cosas que había soñado hacer.

Pero sólo el médico sabe que los médicos son falibles. Ocurriósele a J. B. que los profesores de la Allgemeines Krankenhaus podrían estar equivocados. ¿Quedaba aún una probabilidad! El diagnóstico no había sido comprobado. Se detendría en Berlín y requeriría otra opinión. Si el diagnóstico era ratificado, dicha comprobación significaría meses, tal vez años de enfermedad y eventualmente la muerte. ¿Habían sido en vano todos sus años de preparación?

Deprimido como sólo un espíritu vivaz lo puede estar, se dirigió a Berlín; al llegar, la hemorragia había cesado. Su ánimo renació. No convencido de que esto fuera verdad, él mismo se presentó a Carl Schroeder, que a la sazón ocupaba la cátedra de cirugía ginecológica en la Universidad de Berlín. En oposición al práctico Billroth, Schroeder era un maestro imaginativo, que hacía descansar el fundamento de sus clases en las ciencias básicas, anatomía y patología, adelantando su aplicación clínica al caso particular en cuestión, para terminar resumiéndolo todo en una opinión brillante-

mente expuesta. J. B., que había considerado a Billroth lo mejor de lo mejor, transfirió ahora a Schroeder su interés y afecto. "¡Esto es enseñar!", se dijo para sí. Con una personalidad intensa y sensible, Schroeder poseía una elocuencia sugestiva, que una voz resonante y profunda hacía más dramática. En ella el impresionable J. B. encontró algo más que envidiar, puesto que él no había dominado todavía sus propias cuerdas vocales.

Encontrándose bien otra vez y sin síntomas que le preocupasen, J. B. no tuvo necesidad de consultar a Schroeder acerca de su salud; a medida que transcurría el tiempo, sin síntomas, su confianza aumentaba. Con la rápida desaparición de sus temores, retornó al estudio, entregándose en cuerpo y alma al trabajo, en la clínica de Schroeder; tampoco se olvidó, mientras trabajaba, de hacerse amigo de los asistentes del profesor. Encontró que Schroeder era un hombre más cordial y más accesible que Billroth.

Sin duda alguna, Schroeder, como maestro de cirugía, dejó en Murphy una indeleble impresión. La costumbre de este último en años posteriores, de presentar enfermos en sus clases, debe atribuirse a la influencia del cirujano alemán, que era tan amigo de decir: "Señores, es sorprendente lo que uno puede encontrar dentro de la cavidad abdominal". J. B. adoptó esta frase como una parte de su repertorio. "Mi viejo maestro Carl Schroeder tenía por costumbre decir...", se transformó en una introducción frecuente para entrar en materia, antes de referirse a sus propias impresiones clínicas, inestimables a los ojos de los que fuimos sus asistentes y alumnos.

Ya hacía cerca de un año que se encontraba en Europa. Su conocimiento del alemán había progresado grandemente; podía hablar ahora con corrección. Había estrechado vínculos con los jóvenes de la clínica y empleaba mucho de su tiempo en discutir problemas clínicos y quirúrgicos en el idioma de ellos. Hacia fines del verano de 1883, pensó que había llegado el momento de ir a Heidelberg y terminar su "wanderjahre"; allí estudiaría con el gran Julius Arnold. ¡Patología, patología, patología! Aprendía mucho, pero no adquiría práctica quirúrgica. ¿No corría peligro de volverse un superteorizador? No pensó en eso. Gozaba cada minuto de trabajo. En años posteriores recordaba a menudo los meses pasados en Alemania, y encontraba que habían sido los más felices de su vida. Hacía lo que le gustaba por encima de todo: trabajar y aprender.

Se dirigió a Heidelberg bien predispuerto. Su salud estaba bien; la hematuria no se había reproducido. Había razón para creer que en Heidelberg se identificaría con la universidad. Las clínicas de Viena y Berlín, no obstante su intenso interés y lo mucho que había aprendido en ellas, no tenían la misma relación con la vida universitaria como Heidelberg. No solamente eso: ser postgraduado de Heidelberg significaba un laurel tal, en la carrera de quien lo fuese, como para provocar la envidia de cualquiera. Heidelberg gozaba el más grande de los prestigios entre todas las universidades. Las universidades de Berlín y Viena juntas no podían equipararsele. Se comprende entonces que en años posteriores, cuando hablaba de sus estudios en el extranjero, Murphy se refiriese más a menudo a Heidelberg.

En Julius Arnold, Murphy encontró otro hombre que, como Schroeder, apelaba a la imaginación y a las emociones de sus alumnos. El también fascinó al forjador de ídolos y ocupó su lugar, en la galería de héroes de J. B. Tal cual era su hábito, J. B. aprendió todo lo que pudo de él y en recompensa dióle aprecio y veneración. Había ido a estudiar cirugía, pero la realidad era que estaba aprendiendo a enseñar; la cuestión consistía en saber si habría de ser un cirujano, un maestro, o ambas cosas. Resolvió que sería ambas, como lo era Arnold, como lo eran Schroeder y Billroth, como lo era Fenger. Se sentía henchido de entusiasmo, de sólo pensar que habría de mostrar su habilidad frente a un gran auditorio. Él no se daba cuenta de ello, pero la verdad era que necesitaba un auditorio. Con un auditorio, su tarea se facilitaba; era más seguro y más brillante. Con un auditorio, su confianza era suprema. Arnold le trasfundió eso. Como todos los hombres de su modalidad, lo mejor de él se exteriorizaba solamente cuando desempeñaba su papel en un gran escenario. Aceptado esto, nuestro héroe se salva de la crítica que tanto lo atacó en los últimos años. Esa era su idiosincrasia; y si esa manera de ser no se acomodó al molde prescripto por sus colegas, el mayor mérito es de Murphy, justamente por no haberse amoldado. En su defensa, debemos hacer notar que todo lo que de ciencia fundamental tenían la medicina y la cirugía, eran cosas nuevas e inexploradas; nuevas y dramáticas; su verdadera naturaleza, por lo tanto, le ofrecía oportunidad para exteriorizarse tal cual era. Mirar a través de un microscopio, evento común hoy en día; ver las bacterias por primera vez y considerar que esas pequeñas estruc-

turas son la causa verdadera de la enfermedad, brinda todavía una emoción increíble al estudiante de medicina. ¿Qué debió significar para Murphy y sus contemporáneos?

A pesar de todas las precauciones, su dinero disminuía; no así su entusiasmo y su deseo de quedarse en Alemania y continuar sus estudios. Recibió una carta del doctor Lee sugiriéndole la conveniencia de regresar.

"Pienso que usted debiera considerar la oportunidad de su regreso —escribió Lee—. Ahora es un buen momento para entrar de lleno en la práctica privada, en Chicago. ¿No le parece que ya ha estado suficiente tiempo allí? ¿No cree que ya ha acumulado bastante teoría? ¿No piensa que ha llegado el momento en que retome la práctica privada antes de volverse demasiado instruído, antes de que se olvide que la cirugía tiene más de arte que de ciencia exacta?"

Esto era verdad; también era verdad que el doctor Lee lo necesitaba. Su clientela había aumentado considerablemente y tenía mucho trabajo. J. B. hizo sus valijas y se despidió de sus muchos amigos, incluyendo al idolatrado Arnold. Ahora, al fin, estaba frente a las crueles realidades de su vida profesional. Al decirle adiós a Heidelberg, al dejar la vieja y encantadora ciudad, sus amigos, la hermosa Selva Negra, el río Neckar, cuyo torrente corría bajo el cielo de una primavera luminosa, dejaba tras de sí, sus largos, largos años de estudiante.

## CAPÍTULO VII

## ROMANCE

## I

Murphy regresó a su casa en la primavera de 1884, a la edad de veintiséis años, encontrando todavía su nombre en la puerta del consultorio del doctor Lee. No con él, pero simultáneamente, regresaron también a Chicago, después de haber estudiado en el extranjero, Frank Billings, quien se había dedicado al diagnóstico y tratamiento médico de las enfermedades, lo que ahora se llama medicina interna, y William T. Belfield, quien se había dedicado al estudio de las enfermedades génitourinarias. Dondequiera que esos tres jóvenes fueran, el hecho de haber ido a Alemania para perfeccionarse les servía de presentación, por cuanto dicha circunstancia era envidiada por todos. Los compañeros que habían permanecido en el país, creían que habían perdido la oportunidad de ver muchas cosas, y se interesaban por saber lo que los viajeros habían aprendido. Ansiaban oír decir que América estaba a la altura de Europa en medicina y cirugía, pero no fué esto lo que escucharon. Aun si hubiese sido así, probablemente tampoco lo hubieran oído, desde que es una debilidad humana que quienes regresan del extranjero lo idealicen haciéndolo aparecer extraordinario y misterioso. Murphy hizo eso, y tal vez con razón.

Se le interrogó en reserva y con respeto, y de sus contestaciones se debió deducir que estudiar en Alemania era una cosa extremadamente difícil y grandemente ilustrativa.

El doctor Lee estaba, con justicia, orgulloso de J. B., sintiendo que en cierto modo éste era su propia creación. Él y todos sus enfermos, a quienes sin excepción les había hablado de su joven asistente, esperaban con "la boca abierta y la respiración contenida" las proféticas palabras y las sorprendentes hazañas que, con toda seguridad, oírían de boca del viajero. Por primera vez Murphy se dió el gusto de hacer el papel del hombre del día. Gustábale esto; pero como todas las cosas, buenas o malas, debían terminar alguna vez, y tarde o temprano tendría que entrar definitivamente en la rutina del ejercicio profesional. Le esperaba trabajo y en abundancia; pero no justamente el trabajo que él quería hacer.

Había aprendido cosas y quería llevarlas a la práctica. Era un "especialista", un cirujano; eso era todo lo que quería ser. Sin embargo, era consultado y debía prescribir a propósito de la tos convulsa y del cólico. A pesar de todo su entrenamiento y de todo lo que sabía, no tenía enfermos para operar. No tenía, pues, de cirujano más que el nombre. En primer lugar, el público no estaba educado ni para recurrir a la cirugía ni para hacer uso de los hospitales. Cuando un hombre se enfermaba no pensaba en ir a un hospital, sino que resolvía por sí mismo permanecer en su casa en cama. Llegado el caso de realizar una operación, el médico debía preparar, al efecto, la mesa de la cocina y reunir los instrumentos que pudiese. Pero la tarea quirúrgica

era muy escasa. La mayoría de las personas que se sentían enfermas, ingerían píldoras, se aplicaban emplastos o recurrían a una sangría, con la esperanza de que el trastorno desaparecería. Como lo dijo Murphy años después, acerca de este período, "las prácticas corrientes de la profesión médica estaban aún más atrasadas que su propia cultura". No debió limitar esta afirmación a un determinado período; siempre ha ocurrido así.

En esa época, la zona oeste de Chicago, donde el doctor Lee tenía su consultorio, era un distrito aristocrático. Las calles, ahora alineadas con edificios horribles, estaban entonces bordeadas por hermosos árboles.

Algunas de las viejas casas de piedra gris y marrón existen todavía, pero entonces había césped y flores, senderos para cabalgar y palenques. Había seis puertas de hierro por cada block (¹) y cada casa tenía una amplia galería en la cual se veían mecedoras para descansar por la tarde. Magníficos caballos tiraban de pomposas berlinas a lo largo de las calles, y los domingos, señoras y caballeros paseaban debajo de los árboles en elegante desfile. Con la apertura del West Side Driving Park en la pradera cercana a la que hoy es el Garfield Park, jóvenes mundanos pasaban velozmente frente a las puertas de la iglesia de la calle Washington, conduciendo caballos trotadores y luciéndose ante sus amigas.

Murphy veía todo esto, sin participar en ello. ¿Cómo podía hacerlo? Eso requería dinero. A pesar de su educación, era muy pobre; ¡siempre lo había sido!

(¹) Manzana o cuadrado de casas.

Y porque siempre lo había sido, estaba resuelto a no serlo más. Él también pasearía en un coche de lujo, con hermosos caballos; él también tendría una casa de piedra marrón; pertenecería a los mejores clubs, usaría buena ropa y frecuentaría gente distinguida.

El día que decidió hacerse médico, el doctor Reilly le previno acerca de los enfermos que no pueden o no quieren pagar. El doctor Lee le repitió esa advertencia en términos concretos y enfáticos:

—Nunca permita que abusen de usted, aquellas gentes que desde un principio tienen la intención de no pagarle lo que usted ha ganado con su trabajo. Aprenda a conocerlos y trátelos de acuerdo a lo que son. El trabajo de un médico es arduo e incesante y lo menos que sus enfermos pueden hacer es pagarle lo que le deben.

La mayoría de los enfermos de Murphy eran de la clase más pobre; muchos de ellos pertenecían a las más pobres familias irlandesas, italianas y extranjeras, de otras nacionalidades, residentes en los alrededores, al sud y oeste de su consultorio. Como la costumbre era pagar al médico al contado cada visita, esa gente rara vez llamaba antes de que la situación fuera desesperante. Muchos de entre ellos tenían dinero, pero aseguraban ser indigentes con el objeto de estafar a Murphy. J. B. refería a menudo la historia de uno de estos casos.

Una noche, durante este período de su vida, fué llamado de urgencia a la casa de una familia de aspecto miserable, pero cuyo buen estado financiero conocía. Una vez que consiguió aliviar al paciente, J. B. se dispuso a partir. En este momento le fué preguntado cuánto se le debía.

—Dos dólares —fué la contestación—.

Se le aseguró que le serían enviados a su consultorio a la mañana siguiente. Pasaron varios meses y no obstante haber enviado la cuenta repetidas veces, nunca le fué pagada la consulta. Un año más tarde, fué llamado por segunda vez de la misma casa; se trataba de un llamado urgente, a media noche. En esta oportunidad el enfermo era la chica de la familia, quien tenía un abrochador metido de punta en su nariz. Los esfuerzos de sus padres para extraerlo habían fallado, y asustados habían llamado al médico. Rápidamente, según refería J. B., se dió cuenta de que era cosa fácil extraer el abrochador y que éste no producía ningún daño, salvo la inquietud de la familia. Entonces, sin hacer el más mínimo ademán para extraer el instrumento, J. B. pidió a la madre el pago adelantado de la visita, así como también de los dos dólares que le debía de la anterior. La mujer urgó dentro de su media y de mala gana sacó cuatro billetes del rollo que allí escondía y se los dió al doctor. J. B. hizo deslizar luego el abrochador un poco más hacia arriba, dióle una vuelta y lo extrajo. Inútil decir que ésta fué su última visita a esa familia.

Según aquellos que lo conocieron entonces, J. B. no ocultaba su deseo de enriquecerse, y decía francamente que el camino de la riqueza estaba en ganar dinero y ahorrarlo. Familias como aquella del episodio del abrochador, no le querían, a causa de su sagacidad, y circulaban versiones acerca de sus métodos para exigir el justo pago de sus honorarios. En los años que siguieron, dichas versiones adquirieron proporciones increíbles. Pero sus enemigos profesionales, no fueron lerdos

para fomentarlas y esgrimirlas en contra de él, como ejemplos de inmoralidad. En una ocasión, decían sus enemigos, J. B. había exigido a una familia el pago de trescientos dólares antes de intubar a un chico atacado de difteria. Otra vez, agregaban, había exigido un cheque de doscientos sesenta y siete dólares, visto que el libro de cheques del enfermo acusaba un saldo de doscientos sesenta y siete centavos. J. B. nunca se preocupó en desmentir estas historias, y la más exagerada de ellas probablemente tenía su fundamento en el famoso caso del abrochador.

El trabajo abundaba, pero las operaciones eran pocas y espaciadas, y aquellas que debió realizar eran insignificantes; cualquier médico hubiera podido hacerlas. Pero él, J. B. Murphy, estaba dotado para cosas más difíciles. ¿No había asistido acaso, a las clínicas de algunos de los más grandes cirujanos del mundo?

¿No sabía él más cirugía que cualquier otro médico de su edad en Chicago y aun en los Estados Unidos? Por lo menos, él lo sentía así. Debía conservar su mano. ¿Por qué habría de abrir sólo forúnculos y pasárselo tratando sarampión, tos convulsa y paperas, a pesar de su sabiduría y habilidad quirúrgica?

—Estoy estancado —dijo al doctor Lee—.

—Usted es joven, hijo. Recuerde que se necesita tiempo para que sus habilidades sean conocidas. Recuerde que mientras usted trata las enfermedades más simples, se hace de amigos. Si usted no los cura de tos convulsa y de lombrices, menos le pedirán que los opere.

—Pero entre tanto me estoy embruteciendo. ¿Cómo puedo mantener mi entrenamiento?

—No sea impaciente. Está el County Hospital. Tal vez pueda hacerlo entrar como cirujano asistente.

Esto no era tan fácil como parecía. Necesitaba más experiencia aparejada a su prestigio. En el interín, desde que J. B. se había graduado, el doctor Nicholas Senn había sido nombrado profesor de cirugía, en Rush. El doctor Lee le sugirió que se apersonase al doctor Senn y le solicitase un puesto. Como egresado de la facultad, sería un candidato más aceptable para los directores y "trustees" del hospital.

La personalidad del joven, la seriedad de sus propósitos y su entusiasmo, impresionaron a Senn. En la primera oportunidad, lo nombró instructor de cirugía en la facultad.

—Pero yo le aconsejo que no entregue su vida solamente a la enseñanza, Murphy. Su porvenir está en frente, en el County Hospital. No espere demasiado.

En ese momento Senn no sospechaba que estaba adoptando a un hombre que, con el tiempo, rivalizaría con él en honores y como líder profesional en el centro oeste de los Estados Unidos.

Era una cosa sabida, que Fenger había pagado mil dólares por el privilegio de introducir los estudios de patología en el hospital y los recursos de J. B., aun en el supuesto caso de que tal posición valiese tanto, no habrían podido resistir un desembolso semejante. El joven entregó la solución del asunto a la prudente dirección del doctor Lee y su protector no le falló. Asegurado el nombramiento de instructor en Rush, Lee procuró obtener en el hospital una posición de la importancia que J. B. merecía. Pronto el joven fué reconocido como un cirujano completamente dotado. De

esta suerte consiguió dos lauros, en lugar de uno. Había llegado la oportunidad de perfeccionarse en cirugía, de adiestrar sus manos y su inteligencia, de alcanzar el alto grado de perfección que inscribiría su nombre en el cuadro de honor de los cirujanos.

—Pero —le advirtió el doctor Lee—, no descuide su clientela. Usted debe continuar ocupándose de las enfermedades de la gente. Debe hacerse conocer.

Primero debía prestigiarse, luego darse a conocer, más tarde adquirir experiencia y finalmente después de un largo, largo tiempo, tal vez pudiese llegar a ser el cirujano que él sabía que ya era. ¿Por qué debe un hombre esperar tanto, antes de que le sea permitido hacer aquello que él sabe que puede hacer? ¿Por qué debe perder los mejores años de su vida desempeñando un papel secundario cuando es capaz de sorprender al mundo? Se sentía bien. La molestia sufrida en Viena no se había reproducido. Estaba impaciente. Su ambición no le permitía esperar. Le exigía acción.

## 2

En la calle Throop, en una de esas casas de piedra gris, situada detrás de tupidos robles, vivía una rica familia, de nombre Plamondon. Su casa, imponente, miraba hacia un pequeño parque que se encontraba bordeado de otras casas de familias, igualmente ricas y prominentes en los negocios de la ciudad. Alfredo Plamondon era un canadiense-francés, que se había casado con una joven del condado de Limerick. Había establecido un conocido y floreciente negocio que se ocupaba de la manufactura de ejes y poleas y otros implementos de mecánica. La familia contaba, ade-

más del padre y la madre, cinco hijos: tres varones y dos mujeres. El médico de la familia era el doctor Lee.

Un día, en los comienzos de 1885, un año más o menos después del regreso de J. B., el doctor Lee fué llamado a la casa de los Plamondon. El mensajero, uno de los muchachos Plamondon, estaba muy preocupado por la salud de su hermana Jeannette, quien según él estaba muy enferma. El doctor Lee, comprometido con anterioridad, no podía abandonar su consultorio inmediatamente, pero aseguró al joven Plamondon que su asociado, el doctor Murphy, era despierto, capaz e inteligente. Él podía ir.

El hermano dudó, pero no por eso dejó de ser cortés. J. B. lo acompañó escaleras abajo y trepó a su lado en un lujoso coche de estilo, sintiendo como primera impresión que tenía que tratar con gente rica.

—Qué edad tiene su hermana —preguntóle mientras rodaba el coche—.

—Dieciocho años.

—¿Tan joven? ¿Qué es lo que siente?

—A mí me parece que es sarampión. Tiene manchas por todo el cuerpo y fiebre alta. Estoy seguro que tiene mucha fiebre; está que quema.

Es improbable que la vida social de J. B. o su práctica profesional, lo hubiese llevado antes a una casa tan elegante como aquella en que entró en esa ocasión. En el hall miró de soslayo su figura en un espejo. Su barba rubio-rojiza estaba bien recortada y cuidadosamente atusada. Su levita, su cuello y su corbata, eran perfectos. Su conjunto era exactamente todo lo que se podía pedir de un joven doctor. Presentado a los

distinguidos padres de la enferma, J. B. encontró que iba perdiendo su nerviosidad ante el aparente buen recibimiento. Ellos lo guiaron escaleras arriba hasta el dormitorio de su hija.

J. B. no perdió tiempo en admirar la habitación, una habitación encantadora, llena de las costosas bagatelas propias de una niña hermosa. Entre almohadones, en una pesada cama tallada, se encontraba una encantadora joven de pelo negro, capaz de impresionar fuertemente a cualquier hombre más mundano que J. B. Con un aire de seguridad, que estaba muy lejos de sentir, se dirigió al lecho y se sentó a su lado. Suavemente tomó la mano de la enferma para reconocer el pulso. Con el deseo de no equivocarse en su diagnóstico y queriendo, sin duda, impresionar a los Plamondon con su habilidad y conocimientos, no se apresuró. Al fin, con una gentil palabra de ánimo para Jeannette, la dejó, e invitó a los padres a salir de la habitación, no sin cederles el paso. En el hall, les manifestó que su hija tenía fiebre tifoidea. Sin referirse al peligro de la neumonía y de la perforación intestinal, recalcó la importancia de un cuidado minucioso hasta que la enfermedad evolucionase. Rehusó una copa de oporto y prometió volver esa misma noche, o enviar al doctor Lee, si ellos lo preferían.

—Absolutamente; vuelva usted mismo —dijo la señora Plamondon—.

Una vez que J. B. se hubo ido, ella manifestó a su marido que el joven médico la impresionaba como una persona excepcional. Y cuando subió a ver a Jeannette, encontró a la joven muy entusiasmada con J. B. Rieron a propósito del origen irlandés de su

nombre, camino seguro para conquistar el corazón de la madre.

Esa noche cuando J. B. volvió, supo que la señora Plamondon había venido del condado de Limerick, tal cual lo había hecho su propio padre. Pronto él y los Plamondon trabaron una verdadera amistad y el doctor Lee perdió un cliente rico. Diariamente iba una o dos veces, más bien dos que una, a visitar a la encantadora Jeannette.

No se produjeron complicaciones ni recaídas, pero por alguna razón la enferma no se creía lo suficientemente fuerte como para renunciar a las muy frecuentes visitas de su médico.

Jeannette Plamondon, a quien familiarmente llamaban Nettie, que tenía dieciocho años de edad y era la encantadora mimada de una rica familia, habíase enamorado perdidamente del joven barbudo y pelirrojo doctor, y en sus adentros había resuelto casarse con él. Aun calculando que él no hubiese estado de acuerdo, es improbable que J. B. Murphy hubiese encontrado la oportunidad de eludirse. Por el contrario, ni por asomo pensó en ello. Finalmente había encontrado "la muchacha": bonita, encantadora y rica.

## 3

Era una mañana de mayo. Un sol brillante se filtraba a través de los árboles y se irisaba sobre las rodillas de Nettie, mientras, sentada, hablaba con el hombre a quien amaba. Ella sabía que con su pelo negro graciosamente arreglado, su esbelta figura artísticamente envuelta en un atrayente "deshabillé", todo ello resaltando sobre el respaldo de un gran sillón, for-

maba un hermoso cuadro. J. B. estaba sentado frente a ella, en un sofá. Había estado preocupado por la posibilidad de complicaciones, pero ahora que ella se encontraba bien, en vías de restablecimiento, se sentía feliz y tranquilo. Había discutido el caso con Lee desde el comienzo, pero ni él ni los Plamondon habían solicitado la ayuda de aquél. Lee realmente interesado en el futuro de su joven asistente, había estado observando cómo progresaban las cosas, y se encontraba tan dichoso como si J. B. fuese su propio hijo. Una esposa rica, sería el complemento del joven médico.

Sola con él y relevada de la necesidad de hablar de su enfermedad, Nettie cambió la conversación y se interesó por el trabajo de J. B. ¿Pensaba proseguir en la práctica de la medicina general? ¿Quería especializarse como cirujano? ¿Significaba eso, no ocuparse de otra cosa que de operaciones? Ella quedó profundamente impresionada cuando J. B. le comunicó su convicción de que, por medio de la cirugía, podría servir mejor a la humanidad. Con un sentido práctico que debió recordarle a su madre, la niña le preguntó si como cirujano ganaría tanto dinero que como clínico. Él le dijo que un cirujano, con renombre, tendría enfermos enviados por otros médicos, además de los que le consultarían directamente. La palabra "renombre" la fascinó; inocentemente preguntó si un médico no podía utilizar la publicidad. J. B. se rió ante la idea de un procedimiento semejante y terminó explicándole el alto concepto que la profesión médica exigía. La joven escuchó con interés e inteligencia y manifestó después que si un doctor no podía hacer propaganda, debía llamar la atención sobre sí por otros medios:

por ejemplo, debía dirigir un veloz corcel, vivir en una linda casa y frecuentar la gente distinguida.

Cuando J. B. dijo que un médico, aunque fuera uno de los más famosos, no podía frecuentar demasiado la sociedad sin que fuese considerado frívolo, Nettie declaró, justicieramente, que él podía ser socio de buenos clubs. J. B. dijo que eso sería muy bien, pero que los buenos clubs eran muy caros. La joven sonrió; para sus adentros se lo imaginaba en pleno éxito, y planeaba sin egoísmo la manera de financiar su triunfo.

Esta era la primera de muchas visitas innecesarias. Para su familia, Nettie dió la excusa de encontrarse débil, y dijo que se aterrorizaba tan sólo de pensar que pudiese encontrarse sin el cuidado y el consejo de un médico. Solos, no hablaban de otra cosa que del trabajo de J. B. Nettie logró que le refiriese la historia completa de su lucha por instruirse, el relato de su paso por la escuela médica y de su estada en Europa. Consiguió también que le contase de su trabajo en el County Hospital, que hablase de sus enfermos, y de las operaciones que hacía.

Cuando ella supo que él ansiaba tener un laboratorio donde poder realizar experiencias quirúrgicas en animales, ella dijo que tal construcción debía formar parte de su casa. J. B. no era muy optimista con referencia a adquirir una casa, pero Nettie eliminaba toda idea de limitaciones. Dijo que su padre opinaba que los médicos no eran hombres de negocios y que nunca sabían en qué invertir sus ganancias. J. B. no tenía dinero para invertir y era demasiado recatado para ver que Nettie le ofrecía la oportunidad de pedirle que compartiese su hogar y sus entradas. Él le había dicho

que era pobre, y mientras esto no pareció impresionarla en lo más mínimo, él tardaba en sacar ventaja de su evidente simpatía.

Cuando Nettie estuvo lo suficientemente bien como para que las visitas del doctor resultasen ridículas, encontró otras excusas para verle. Dijo a J. B. que estaba interesada en sus enfermos; pidióle que le enseñase el County Hospital; estaba interesada en su trabajo y quería ver el lugar donde él lo realizaba. Cuando J. B. dijo que vería escenas desagradables en el hospital, ella descartó tal idea y oportunamente vió todo cuanto se hacía para alivio de los pobres de la comunidad. Con tan interesado e inteligente visitante, J. B. se convirtió en el guía más entusiasta; mostróle y explícole la tarea diaria del hospital y sus ventajas. Comenzó en la sala de recepción, donde las ambulancias tiradas por los caballos más veloces depositaban los enfermos y los heridos. Le mostró cómo los enfermos sucios y a veces con liendres, eran previamente bañados y vestidos con ropas limpias del hospital, antes de llevarlos a las enfermerías. Mostróle luego en el subsuelo, las enormes cocinas, donde el olor del pan recién horneado se mezclaba con el del ácido fénico, produciendo ese vaho tan característico de las grandes instituciones de caridad. También allí se encontraba la sala de autopsias, donde el doctor Fenger mostraba a los médicos sus errores de diagnóstico y tratamiento, a fin de que el próximo paciente obtuviese algún provecho.

Nettie manifestaba una sana curiosidad, estaba realmente asombrada, sorprendida y dichosa, con todo cuanto él le mostraba. Y de esta manera, lo conquistó.

Desde ese día su destino estaba fijado y él advirtió que, a cada instante, interrumpía su trabajo para pensar en Nettie.

Era costumbre en aquellos tiempos, que un joven que visitase frecuentemente a una joven diese a conocer sus intenciones. Él no podía visitarla más, con la excusa de comprobar su estado de salud; hacía ya mucho tiempo que habían abandonado esa excusa; tampoco podía Nettie interesarse por más tiempo en su trabajo. Los ojos del señor Plamondon brillaban picarescamente cuando recibió a J. B. en la puerta de su casa. Había llegado el instante en que nuestro héroe debía declararse.

Como en otros tiempos, cuando él se encontraba frente a un problema de difícil solución que debía ser resuelto con inteligencia, escribió a su madre acerca de la encantadora Jeannette, quien, no obstante ser diez años más joven que él, tenía mucho de buen sentido. Explicó que los Plamondon eran gente de fortuna y que figuraban entre lo mejor de la sociedad de Chicago.

"No tengo la seguridad de que me acepte —escribió él—. Después de todo yo no soy más que un joven médico, trabajador, sin dinero y sin relaciones sociales."

La contestación de su madre fué característica de ella.

"No tiene importancia que ella sea más joven; ella le amará cada vez más, si es que le ama ahora. De buena sociedad o no, usted pertenece a una familia honesta y respetuosa de Dios, y debe recordar siempre que ninguna es demasiado buena para usted. Háblele, hijo mío, y no titubee en pedirle que sea la esposa de un Murphy."

Con esto, se resolvió. Para dicha de ella y para la de sus padres, quienes habían concluido por tenerle gran admiración, Nettie lo aceptó. La trampa, tendida por el zorro, dió caza al hombre. Nettie ya había decidido que su futuro esposo era un genio; el más grande cirujano en los Estados Unidos, si no en el mundo; su trabajo consistiría en hacer que el mundo lo supiese.

## 4

El 25 de noviembre de 1885, Ann Grimes Murphy, vestida con un traje nuevo, poco llamativo, de seda, negro, vió cómo su pequeño pelirrojo llevaba al altar a una encantadora morocha. Lo que ella veía: la iglesia decorada con gran riqueza de flores, la seda y el satín de las damas, los brillantes sombreros de copa y las pecheras de los hombres; la recepción con manjares y vinos raros, el oro y la plata, los cristales y porcelanas delicados, debieron traer a su mente extrañas comparaciones, y hacerle pensar en su propia boda y en su vida como esposa de Michael Murphy. Evidentemente esto significaba progreso para los Grimes y los Murphy. En aquella ceremonia Ann Murphy vió colmada la ambición de toda su vida. Ella había trabajado, con todas sus fuerzas, para criar a sus hijos por encima del nivel común, para hacerlos algo más que leñadores y aguateros. Allí estaba su hijo, un cirujano con educación europea, lo mejor que un hombre podía tener, casándose con una muchacha brillante, hija de una de las principales familias de Chicago. Hasta *The Chicago Tribune* dió la noticia de la boda. Al día siguiente apareció en la columna titulada "La Ciudad", este apartado:

"A las 10 a.m., ayer a la mañana, en la iglesia de San Patricio, el doctor John B. Murphy y la señorita Nettie Plamondon fueron unidos en matrimonio. La misa de esponsales fué cantada por el R. P. Murphy, hermano del novio, asistido por el cura, Padre Galligan. La novia estaba ataviada con un traje de satín blanco, aderezado con encaje duquesa y punto a la aguja, con guarnición de diamantes y velo de tul. Llevaba un libro de misa blanco. La señorita Genoveva Mc Mahon hacía de dama de honor y Frank Murphy, un hermano, era caballero de honor. Hubo una recepción de doce a dos en la residencia de los padres de la novia, señor y señora Plamondon, en la calle Throop número 36. La pareja partió por dos semanas a Wisconsin, en luna de miel."

Así Daniel, el sacerdote, y Frank, el farmacéutico, estuvieron presentes en la boda, lo mismo que Ellen con su madre. Lucinda no pudo dejar el convento y Michael (h.) pensó que era demasiado lejos trasladarse de Dakotas a Chicago, tan sólo por asistir a una boda.

—Fué una grande y hermosa boda —se dice que manifestó la madre de J. B.—. Johnny tiene una encantadora esposa, bella y de carácter.

Esta sentencia debió haberle hecho pensar un momento, porque luego, según se dice, agregó:

—Algunas muchachas se unen a la familia de su marido, pero este día Johnny se ha vuelto un Plamondon. Pero, ¿qué importa? Mike Murphy, Dios lo tenga en su gloria, se perdió tempranamente entre los Grimes.

## LA TRAGEDIA DE HAY MARKET

## 1

Si un hombre trabaja lo bastante, tesonera e inteligentemente, un día la fortuna llamará a su puerta, simpatizará con él y le dará la mano. La revuelta de Hay Market Square, en 1886, fué el mal viento que sopló la buena suerte de J. B. Él y Nettie habían regresado de su luna de miel y se habían instalado en su nueva casa, regalo de bodas de los padres de ella. Edificada en el solar vecino al número 36 de la calle Throop, era de piedra y de muy buen gusto; una casa que se amoldaba perfectamente a los sueños del joven doctor.

En los meses siguientes a su casamiento, ellos estaban ocupados en conocerse, tratando de agradarse mutuamente, mientras cada vez se sentían más enamorados.

El invierno se había deslizado placenteramente a pesar del mal tiempo; la primavera había llegado, y con ella un período de inquietud entre los obreros. A principios de mayo, toda la población estaba preocupada con una huelga de trabajadores en la fábrica de Mc Cormick Harvester, situada dos millas al sur de la calle Throop.

Durante varias semanas, había habido disturbios en los depósitos de leña y en las sastrerías. Un grupo de agitadores profesionales, llamados ahora organizados

res de "Uniones", había llegado a Chicago con la intención de unificar ciertos gremios de la progresista ciudad. Los periódicos comentaban que "muchos trabajadores estaban afectados de una forma maligna de la enfermedad de las ocho horas diarias". Realmente, la situación amenazaba violencia. Había habido tiros y algunas cabezas rotas; Luis Lingg, uno de los agitadores, había empleado largas horas en su miserable covacha, fabricando bombas explosivas, con dinamita y caños de hierro.

Se había invitado a los huelguistas para una reunión que tendría lugar el 4 de mayo por la noche en Hay Market Square, lugar donde los sábados los chacareros llevaban a vender su forraje y sus mulas. La reunión siguió a un día de gritos, discursos, manifestaciones de odio creciente, peleas aisladas, pedreas y gritos de "¡venganza!, ¡venganza!".

Los trabajadores gritaban "venganza" a causa de los malos tratos a que los había sometido la policía. Así, como ocurre en muchas huelgas, la discordia viró hacia una lucha concreta entre los trabajadores y la policía; el capital era simple espectador.

El padre de Nettie volvió a su casa, al mediodía, con la noticia de que la situación tomaba proporciones alarmantes y que alguna acción drástica debía ser iniciada para aplastar a los agitadores más violentos. Como industrial, había tenido trastornos en su propia fábrica. Por su parte, J. B. llegó a su casa aquella tarde con la novedad de que una turba había marchado sobre el establecimiento de Mc Cormick; que habían arrojado piedras y roto muchos vidrios de la fábrica; pero que había sido dispersada por la policía.

—Hubiera visto al alcalde Harrison al pasar por entre la multitud —dijo a Nettie riéndose—, con sus patillas volando al viento. Llegó, afortunadamente, creo yo, cuando todo había concluído. Por dónde pasó, fué estrepitosamente silbado.

J. B. tenía un volante en sus manos; Nettie lo tomó y leyó:

¡ATENCIÓN TRABAJADORES!

GRAN MANIFESTACIÓN ESTA NOCHE

7,30 p.m.

CALLE RANDOLPH ENTRE DES PLAINES Y HALSTED

A pesar de estar encinta, y de que su marido había empezado celosamente a regular su vida, Nettie estaba entusiasmada con el drama de la revuelta de los trabajadores y quería ir hasta Hay Market para presenciar el espectáculo. J. B., tiernamente orgulloso por el advenimiento de un bebé y lleno de preocupación por su esposa, rechazó la idea. Dijo que lo que Nettie podría oír allí sería desagradable y que probablemente caerían cosas más pesadas que palabras duras.

Nettie salió de paseo como de costumbre, pero empezó a llover y regresó rápidamente a su casa, a tiempo de cerrar las ventanas, adornadas con cortinas nuevas de encaje. La lluvia no desanimó a unos 600, entre hombres y mujeres, interesados en el movimiento obrero; se reunieron a unas pocas yardas al norte de la plaza, en Crane's Alley, para escuchar a los oradores que habrían de arengarlos. Muchos de los cabecillas llevaban antorchas, con las que alumbraban las caras apasionadas de los oradores y las ansiosas de los oyentes.

Esta era la escena cuando un destacamento de policía, salido de la comisaría de la calle Des Plaines, marchó hacia Crane's Alley. Un agitador llamado Spies hablaba a la multitud, y esperaban turno Fielden, Parsons y el ácrata Lingg.

Lo que sigue, es tomado de un diario, que hizo el relato de lo acaecido:

"El pelotón de policía ocupó la calle por completo y dispersó a la multitud que encontró a su paso. Cuando la columna de guardianes llegó al coche, en el cual se encontraban los oradores, el capitán de policía Bonfield gritó: "En nombre del Estado de Illinois ordeno a esta multitud que se disperse".

"Un rónico murmullo salió de la turba, que retrocedió en presencia de la autoridad y se preparaba a obedecer la orden, cuando detrás del coche, en la callejuela, se oyó un chisporroteo y algo que en la oscuridad parecía una chispa de fuego, voló por el aire y cayó en medio de la calle, justo entre las dos filas de policías. Cuando el objeto golpeó en el suelo, se oyó una ensordecedora explosión y una gran brecha se abrió en el grupo de los guardianes del orden. Por un momento reinó un silencio de muerte. Los policías quedaron paralizados de horror y la multitud aterrizada por las consecuencias de aquel hecho. Pero por solo un momento; porque los huelguistas en medio de una gritería infernal, extrajeron revólveres y comenzaron a disparar contra el pequeño pelotón de "casacas azules" que parecían espantados e inmóviles. Entonces, estos últimos estrecharon filas y empuñando sus revólveres avanzaron con lento y medido paso, disparando a medida que avanzaban y tirando a matar.

"La multitud enloquecida, comenzó a dispersarse y a huir como una jauría cobarde, golpeándose los unos a los otros, cayendo por tierra durante la fuga y pisoteando a los camaradas caídos. En cinco minutos la calle quedó desierta, salvo los muertos y los heridos."

Después de sus horas de consulta, J. B. visitó sus pacientes a domicilio y llegó a su casa alrededor de las diez de la noche. Nettie lo recibió en la puerta. Estaba extraordinariamente alarmada.

—Algo terrible ha sucedido en Hay Market Square. Necesitan sus servicios. Tres personas distintas han estado aquí, en su busca, para llevarle a la comisaría de la calle Des Plaines. Dicen que por lo menos cien policías están gravemente heridos.

La escena que Murphy presenció al entrar a la comisaría fué mucho peor de lo que él se había imaginado. Ambos pisos del local estaban cubiertos de heridos y agonizantes, que yacían en charcos de sangre. El capitán Ward, a cargo de la comisaría, se precipitó sobre Murphy.

—Dios mío, doctor. Me alegro de que haya venido. Ahora tal vez podamos hacer algo.

El primer hombre que Murphy vió, fué un viejo amigo y paciente, el policía Shannon, quien yacía cerca de la puerta.

—Algunos de estos hombres están muriéndose —dijo el capitán, y por sus gritos, gemidos y lamentos, debía ser cierto—. Muchos de ellos tenían grandes boquetes, sangrantes, en el abdomen, el pecho y las extremidades inferiores. Creemos que debería hacerse alguna cosa —agregó el capitán, nerviosamente—.

—¿Por qué los médicos no han enviado estos hombres a algún hospital? Parece que nadie quiere hacerse cargo de la situación. ¡Algo debe hacerse de una vez por todas, doctor!

Murphy se inclinó sobre Shannon; tenía una grande y soplante herida en el pecho. Con ojos vidriosos clavó

su mirada en el rostro de su salvador. Deteniéndose tan sólo lo necesario para apretar la fría y viscosa mano del pobre hombre, J. B. ordenó morfina para él y pasó a examinar al policía John Barret, cuya herida en el abdomen era lo bastante grande como para dar paso a dos dedos. La sangre fluía de ella, y cuando J. B. extrajo el coágulo, la sangre salió a borbotones del hígado. Trabajando rápidamente y con serenidad como si la urgencia lo retemplase, J. B. puso un tapón de gasa que llegaba al hígado, y ordenó que el hombre fuera transportado al hospital. Así, atendió a todos los heridos, pasando al segundo piso una vez que hubo terminado con el primero, dándoles grandes dosis de alcohol y morfina a los que estaban sin pulso, sangrados a blanco y helados por el shock. Aquellos cuyas heridas eran menos peligrosas, permanecieron en la comisaría y fueron curados por el doctor Lee, que llegó posteriormente. En cuanto a J. B., una vez que hizo todo lo que pudo en la comisaría, voló hacia el County Hospital, donde lo esperaba una larga noche de operaciones. ¿No había clamado por casos quirúrgicos? ¡Ahí los tenía en abundancia!

Trabajando tan rápidamente como le fué posible, sin sacrificar ningún paciente que tuviera una probabilidad de curar, los operó uno tras otro. Desde el primero, pudo comprobar que las heridas eran de naturaleza peculiar; producidas por fragmentos de casco de bomba, cada herida contenía grandes trozos de ropa y otros cuerpos extraños. En algunos casos mostraban tan sólo pequeños orificios de entrada, pero dentro del cuerpo las partes blandas estaban terriblemente dislaceradas.

Enfermeras y asistentes iban agotándose, uno a uno, a medida que la noche avanzaba, hasta quedar exhaustos. Los heridos, a medida que eran llevados a la enfermería, podían oír los gemidos en las habitaciones vecinas. Cuando los internos iban para transportar a otro a la sala de operaciones, cada uno de ellos pedía:

—Por favor, lléveme a mí, doctor; la barriga me está matando. Juro por Dios; tengo miedo; me moriré si usted no me lleva ahora.

Ocho guardianes murieron durante la noche, pero J. B. estaba allí todavía a las once del día siguiente; cansado como un perro, pero absolutamente entregado al trabajo. Así lo había querido el Destino. Pudo haber seguido veinticuatro horas más; por lo menos, tuvo la sensación de que hubiera podido; porque era un artista cuya inspiración venía a medida que el drama se desarrollaba, ya sea salvando las vidas de hombres que de otra manera hubieran muerto, ya sea corriendo a caballo en una noche fría de invierno, en Wisconsin, en busca de un médico para su hermana Lucinda, enferma.

Una vez "remendado" el último hombre, ni bien hubo salido de la sala de operaciones, muerto de fatiga, inclinada la cabeza, pálido el rostro, temblorosas las manos, debió enfrentarse con la multitud de madres y niños que lo interrogaban, enloquecidos por el miedo, acerca de las vidas de sus maridos y padres. Tuvo que hacerse cargo de la situación y demorarse para hablar con cada uno de ellos, y decirles la verdad, no obstante saber que Nettie esperaba en casa, ansiosa. Cuando estuvo listo y trepó a su carruaje, estaba completamente exhausto. Dejó que el caballo regresase al hogar,

por sí mismo. Una vez allá, durmió larga y profundamente. Había hecho el trabajo de tres hombres y lo había hecho bien.

## 2

El aplauso por su hazaña vendría después; el aplauso y la crítica. Por primera vez iba al encuentro de la censura de sus colegas; por primera vez iba a sufrir los agudos zarpazos del escándalo.

Murphy fué llamado como testigo del Estado, en el juicio contra ocho hombres acusados de homicidio de primer grado, por encontrarse complicados en el asunto de las bombas. Todos los intentos de la policía y del fiscal del distrito, para descubrir la identidad del hombre que había arrojado la bomba, fueron infructuosos; pero, para tranquilizar a los diarios y al público, estos ocho hombres, reconocidos como líderes del tumulto, fueron arrestados y acusados. J. B. compareció, llamado por el Estado, para demostrar que las heridas de los policías muertos habían sido producidas por fragmentos de casco de bomba, más bien que por proyectiles de pistola. La defensa sostenía que los oficiales se habían herido los unos a los otros, en la confusión. Sólo Murphy, de varios médicos que habían atendido a los heridos, fué llamado a deponer. No obstante haber sido citado, sin su aquiescencia, dicha circunstancia suscitaría la crítica de los otros médicos, especialmente de aquellos que habían atendido a los policías heridos y cuyo testimonio no había sido solicitado.

Para inmensa satisfacción y dicha de Nettie, y a pesar de sus dudas en lo concerniente a la justicia de este caso, J. B. demostró ser un testigo valioso e inte-

resante. Situado en el centro del estrado, estaba completamente a sus anchas en la tribuna, a tal extremo que los abogados de la defensa objetaron firme y repetidamente lo que ellos llamaron su conferencia sobre cirugía. Pero el juez Gary, hombre honesto, que no era ni muy culto ni muy estudioso, estaba interesado en la vívida y algunas veces dramática descripción del testigo, a propósito de cómo había extraído un fragmento de hierro, cubierto de trozos de ropa, situado por encima de la base del corazón de un policía; por eso desechó las objeciones de la defensa. J. B. continuó:

—El fragmento entró de izquierda a derecha, hizo saltar un trozo del esternón y se alojó detrás de los grandes vasos cerca de la base del corazón, cuyos latidos pude sentir bajo mis dedos.

Al oír esto el juez se inclinó hacia adelante, y seguramente para satisfacer su propia curiosidad, preguntó si el paciente vivía todavía.

—Así es, usía —replicó J. B.—, pero está desarrollando un aneurisma.

—¿Qué es eso, doctor? ¿Una enfermedad del corazón?

—No, señor. Un aneurisma se produce cuando la pared de un vaso se debilita, ya sea por enfermedad o por herida. El vaso se dilata hasta un cierto límite y luego estalla lo mismo que estalla una manguera.

Y como la defensa protestase otra vez, el juez Gary dijo:

—Yo no veo que sea objetable el detalle con que el doctor emite su testimonio. Se trata de un tema que nosotros no conocemos y si una herida de granada di-

fiere, por su naturaleza y efectos, de una herida de bala, es necesario que lo sepamos.

Los rápidos e inteligentes cuidados que J. B. prodigó a los policías heridos y el interés que la prensa demostró por su testimonio, concentraron en él la atención de toda la ciudad de Chicago.

Releyendo el expediente no se puede dejar de percibir la intensidad dramática con que el doctor hizo su relato; pero, por otra parte, uno se siente impresionado por la integridad del testigo. A pesar de que él estaba declarando en favor del Estado, no se ajustó a las reglas de procedimiento. Tan veraz, tan cuidadosa y tal vez tan teatralmente como sabía hacerlo, enseñaba al juez, al jurado y a los espectadores, los métodos correctos para diagnosticar y tratar ciertos tipos de heridas. En el sitio de testigo, aparecieron el maestro de escuela, el cirujano y el actor que coexistían en él.

Su testimonio fué publicado en detalle por los diarios. Las objeciones de los abogados de la defensa, solamente sirvieron para puntualizarlo. Su dogmatismo de maestro de escuela, y el profundo conocimiento que había demostrado respecto de todos sus enfermos, de la naturaleza de sus heridas y de sus sufrimientos, crearon en los lectores la convicción de que J. B. era un médico que sabía de lo que hablaba. La defensa no ofreció testimonio médico para replicar.

A pesar del calor, de la multitud y de su estado, Nettie, contra los deseos y consejos de J. B., asistió a la audiencia. Después de la suspensión de ésta, el primer día, se encontraron en un pasillo.

—Estuvo admirable, querido —díjole ella amorosa y llena de orgullo, mientras lo felicitaba—.

Al fiscal del Estado, pareció importante que J. B. expusiera todos los detalles. Pero, ¿qué pensaría la clase médica del testimonio? J. B. temía que los diarios le diesen demasiada publicidad.

Nettie en cambio, no veía más que los beneficios derivados de tanta popularidad. Su marido había tenido la oportunidad de lucirse como cirujano y la había aprovechado, realizando su trabajo brillantemente. La prensa estaba muy bien impresionada y lo consideraba un hombre extraordinario. J. B. gustaba de las alabanzas de su mujer, pero no podía participar de sus opiniones con referencia a la publicidad.

Se había desenvuelto correctamente. Sometido a la justicia en calidad de testigo, había depuesto con todo su talento; pero la situación prominente en que repentinamente lo habían colocado el juicio y los diarios, determinó a muchos de sus colegas a acusarlo de teatralidad deliberada. La maledicencia se hizo general. Los médicos que no le querían por razones personales; los que le tenían envidia; los que habían tenido celos de su viaje a Europa; los que afirmaban que había sacado más provecho que clientes, del desastre de Hay Market; los resentidos porque él había asumido toda la responsabilidad por los heridos llevados al County Hospital; todos, prepararon al carro de la crítica e hicieron sonar sus trompetas contra él. Afirmaron que debía haber habido una connivencia desleal entre las autoridades del hospital y Murphy, por cuanto todos los casos habían sido enviados a su servicio y, también, que había existido acuerdo para repartirse los honorarios cobrados. La indignación de algunos no conocía límites, cuando entre ellos recordaban su "mezquina

y velada conferencia" en el sitio de testigo, en la cual había señalado la diferencia entre sus métodos y los practicados generalmente por los otros médicos, naturalmente en detrimento de los últimos. En la familia médica, que también es rápida para condenar, fué marcado con el sello indeleble de "prácticas no éticas". ¡Sí!, indeleble; porque casi cincuenta años después de la audiencia y pocos después de la muerte de Murphy, todavía algunos de sus contemporáneos, que en el intervalo se habían hecho famosos, se encolerizaban discutiendo "los avasalladores métodos de aquel irlandés salvaje", con motivo del desastre de Hay Market.

—No se preocupe en desvirtuar la calumnia —le decía el doctor Lee, y agregaba—; pienso sin embargo, que usted debe saber que algunos de sus competidores dicen que usted exigió y recibió honorarios exorbitantes de aquellos policías.

Era un amigo de veras. ¡Cuán a menudo se lo demostró!

—Usted sabe y yo también —agregaba el viejo médico—, que es un absurdo pensar en obtener grandes honorarios de esos hombres.

Murphy sufría por la frialdad con que era saludado por sus colegas; pero no hablaba con ninguno de ellos de la infame calumnia. Hablaba en cambio con Nettie; ante ella deponía su cruel reserva y en su regazo depositaba sus penas.

—Usted debe mantener un silencio digno —le aconsejaba ella—. Esta actitud podrá ser interpretada por sus enemigos como una confesión; pero de todos modos ellos no le creerán si usted les refiere la verdad. Pero usted no necesita convencer a sus amigos.

—Pero los rumores son muy difíciles de concretar. Preferiría ser acusado y con este motivo tener una oportunidad para defenderme a la luz del día. ¿Por qué van tan lejos, hasta decir que yo he obtenido miles de dólares? —y reía amargamente—. Esta afirmación, tiene que ser bien cómica para usted.

—Usted, J. B., obtuvo grandes honorarios, pero no en dólares. Ellos han sido pagados con el legítimo renombre que le procura la publicidad. De ahí proviene el roce con esos hombres. ¿De dónde dicen ellos que provienen sus grandes honorarios? ¡Seguramente no ha de ser de los mismos policías!

—Lee, dice que sus afirmaciones acerca de este punto, son vagas y disimuladas por expresiones violentas y ruidosas que concluyen siempre con esta frase: ¡es seguro que él los obtuvo!

—En todas las profesiones sucede lo mismo, querido —decíale su mujer—. Los abogados llegan hasta admirar la capacidad y la osadía de algunos de sus colegas, pero deles una oportunidad y los atacarán en su ética. Todo profesional que se destaca está expuesto a la crítica. El médico que por casualidad descubra el tratamiento curativo del cáncer, será embreado y expulsado de las sociedades médicas. El tiempo es el único remedio para estas heridas.

El chisme más difundido era que los honorarios de Murphy por los heridos en el desastre de Hay Market, habían sido enormes; su monto, en miles de dólares, creció con los años. Pero los hechos reales y efectivos, no soportan la leyenda. Si los heridos mismos no podían pagar mucho, ¿de dónde procedía la fortuna de la fábula? No existe ningún documento comprobatorio

de que la comuna haya pagado a Murphy por el cuidado de los policías; tampoco existe expediente alguno de demanda legal iniciada por él contra la comuna, como ha sido sostenido por algunos. En aquel tiempo, el alcalde de Chicago, señor Carter Harrison, no disponía como ocurre ahora de fondos para imprevistos. De haber dispuesto de ellos, ¡dificilmente hubieran sido empleados para pagar asistencia médica! ¡Se requeriría un gran esfuerzo de imaginación, para aceptar que los ediles de aquellos días apreciaran más la asistencia médica que lo que ellos la aprecian en la época presente! A causa de la pobreza de los policías de aquel tiempo, se hizo una colecta que llegó a 40.000 dólares a beneficio de los heridos y de las viudas y huérfanos de los que fallecieron. Así se inició la primera Caja de Pensiones para empleados municipales, en los Estados Unidos. Uno de los sobrevivientes del desastre de Hay Market, activo representante de los pensionados, asegura que Murphy nunca recibió un centavo de la Caja.

Es lástima, pero no es menos cierto que la profesión médica es la más estricta de todas. Los médicos raramente llaman por su nombre a las faltas cometidas en el ejercicio de la profesión; prefieren criticarse, siempre, bajo la égida variable y nebulosa de la "ética". Los pocos que alcanzan celebridad, por ese solo hecho son disminuídos por sus colegas; entre los médicos existe orgullo, envidia, rivalidad y una serie de otros motivos, para menospreciarse. De todas las armas, la lengua es la más venenosa; y desgraciadamente no hay valla para la lengua de la gente. De todo cuanto podemos descifrar a la distancia, el más espantoso pecado de Murphy, si así puede llamársele, era su teatralidad en

el desempeño de cualquier papel. Sus compañeros nunca lo criticaron por su dogmatismo, por su casi insolente confianza en sí mismo, por su olímpico desprecio de todos los otros médicos. Era una sorprendente combinación de egolatría y asombrosa capacidad; ahora bien, esta combinación violentaba a sus colegas.

Cualquiera fuera la opinión que sus colegas tuviesen de él, la fama de sus extraordinarias condiciones creció rápidamente y su nombre fué ensalzado por muchos hombres y mujeres, y por los amigos y parientes del policía irlandés. Pero en treinta años de actuación, y a pesar de que nunca tuvo necesidad de mendigar clientela, nunca se vió libre de la calumnia. Cada vez que sus colegas quisieron enlodar a este hombre que había triunfado a despecho de ellos, tuvieron que remontarse hasta el remanido asunto de la explosión de Hay Market.

## CAPÍTULO IX

## EL PROCESO DEL COOK COUNTY HOSPITAL

## 1

El día de Navidad de 1886, tan sólo cuatro días después de haber cumplido J. B. veintinueve años, Nettie dió a luz su primer hijo. A pesar de todo lo que él había visto de los demás hombres en igual situación, el joven doctor se paseaba tan nerviosamente como cualquier otro padre, olvidado de los enfermos, ansioso, suplicante, desdichado, flojo. Muchas veces había manifestado que, en condiciones análogas, los padres eran el veneno de la existencia del médico; era una tontería de su parte la de querer estar presentes cuando el bebé nacía; y sin embargo él molestó de tal modo a todos, que finalmente fué admitido en la habitación de su mujer.

El recién nacido era un varón. Emocionado en presencia de su primer hijo, J. B. debió serenarse bastante, antes de examinar al niño cuidadosamente por si presentaba labio leporino, fisura del paladar, anomalías de las extremidades u otras malformaciones congénitas. El chico soportó bien el examen. Sólo después que él y Nettie lloraron juntos de alegría, que decidieron que el niño sería médico, que su nombre sería Harold, que él protestó una vez más su amor por ella, y que le aconsejó que descansase y que durmiese, recién entonces

se separó de su mujer y de su hijo, para entregarse de nuevo a sus enfermos. En algún momento, ese mismo día, se procuró la manera de hacerle saber a su madre que tenía un magnífico nieto y que el nombre de los Murphy sería perpetuado. Y como era la costumbre en esos casos, no se olvidó de regalar cigarros.

Pero su felicidad duraría poco. Seis semanas después del nacimiento, ambos, el niño y la madre, enfermaron gravemente de difteria. Con un indescriptible sentimiento de aprensión y desconfianza, J. B. veía formarse en sus gargantas la gruesa y tenaz membrana de color gris-sucio. Había tratado muchos casos en los últimos años, y recordaba con terror el índice de mortalidad: casi el cincuenta por ciento. Necesitaba ayuda. Su fiel amigo, el doctor Lee, no le fallaría. Juntos abrieron la tráquea del niño y la intubaron, para evitar que se asfixiase. Noche y día, el viejo amigo de J. B., sentado a la cabecera de la cama, aplicaba compresas húmedas para aminorar la fiebre, y pulverizaba las gargantas de ambos enfermos, en un esfuerzo destinado a evitar el progreso de la persistente formación. Esto ocurría ocho años antes de que la antitoxina fuese empleada en el tratamiento de la difteria. Después de una lucha llena de vicisitudes, Nettie curó; pero el primogénito murió.

El año de 1887 fué malo para Murphy. La muerte de su hijo fué la primera de la serie que se sucedió en su familia. Lucinda, hermana, murió de tuberculosis pulmonar, en su convento. Sus hermanos Daniel, el párroco, y Frank, el farmacéutico, murieron con diferencia de tres meses el uno del otro, de la misma "rápida consunción" que había causado la muerte de

su hermana. ¿Era hereditaria esta enfermedad? J. B., profundamente descorazonado, encontró fácil creer que lo era; se convenció de que él también había heredado una predisposición familiar a las enfermedades pulmonares y en especial la tuberculosis. Sus períodos de depresión y de desesperación eran sólo mitigados por el trabajo. Pero frecuentemente durante este período no había suficiente trabajo como para satisfacerlo. Regresaba a su casa y decía a Nettie:

—Tengo la impresión de que ningún enfermo intenta consultarme. Parece que la suerte me ha abandonado.

De este modo, con su mujer enferma, su hijo, su hermana y sus hermanos muertos, un paréntesis profesional y la murmuración contra él a cada paso, todo era oscuro, todo parecía sin esperanza.

## 2

Pero la mala racha no había terminado con J. B.; le reservaba aún contrariedades. En el trascurso de uno de sus peores períodos de depresión fué emplazado para comparecer en el juicio iniciado contra un tal William J. Mc Garigle, administrador del County Hospital. Mc Garigle había sido acusado por malos manejos. En dos años, se decía, él y sus cómplices se habían apropiado de 750.000 dólares, provenientes de los contratos de carbón, instrumentos quirúrgicos y otros implementos comprados para el hospital. Concretamente se decía que 11.000 dólares habían sido repartidos en el despacho del administrador, entre diez comisionados comunales, como pago por sus votos en la adjudicación de los contratos de carbón. Mike Mc Donald, propietario de un famoso garito de Chicago,

era uno de los comisionados, y su hermano Ed era el ingeniero maquinista del hospital. La misión de Ed era la de certificar el peso y la calidad del carbón enviado al hospital, y la de Mc Garigle la de visar las facturas. De este modo, juntos, habían preparado el enjuague destinado a distraer los fondos de la comuna.

Este asunto fué llamado "la coima de Cook County" y tan pronto como Mc Garigle fué arrestado, los diarios tronaron con artículos sobre la descomposición existente en todas las ramas del gobierno municipal y especialmente en el County Hospital. Era bien sabido que la mayoría de los miembros de la dirección del hospital no estaba satisfecha, ni siquiera era amiga del administrador, quien había sido designado por influencias políticas; pero Murphy pertenecía a la minoría. Ambos eran irlandeses, y es cosa sabida que, justa o equivocadamente, los irlandeses son solidarios entre sí. Pero no es improbable que J. B. tuviese otra razón para simpatizar con el administrador; en efecto, siendo éste amigo, Murphy tenía más facilidades para obtener instrumentos y equipos para su enfermería. Ésta parece ser la única vinculación de Murphy con el sucio asunto.

Cuando él contó esto a Nettie, la primera cosa que ella le preguntó fué:

—¿Es un buen amigo suyo el administrador, J. B.?

—¡Amigo!, yo no soy amigo íntimo —fué su respuesta—; lo que hay es que siempre lo encontré gentil y dispuesto a ayudarnos, para conseguir nuevos implementos y aparatos. Se trata de un irlandés grande, simpático y agradable, de sonrisa atrayente y con muchos amigos. No es ni mejor ni peor que cualquier otro empleado.

—¿Sabe usted algo concreto, acerca de esas acusaciones de coima?

—Ni una palabra. Supongo que seré un simple testigo.

—Yo no iría muy lejos en la defensa de ese hombre, querido. No me gusta su cara. ¿Advertencia de mujer? Sí; pero también consejo de mujer precavida.

—Yo no pretendo defenderlo, Nettie. Pero no sé cómo puedo desentenderme de la citación.

J. B. no tuvo que esperar mucho para saber cuál iba a ser su papel en el drama. Mc Garigle lo invitó a su despacho para charlar.

—Doctor —empezó diciendo el administrador, después de haber cerrado la puerta—, pedí a mis abogados que lo llamasen a usted como testigo para mí. Ahora —continuó él rápidamente cuando vió que J. B. intentaba protestar— yo sé que ustedes los doctores tienen cierta aversión, cuando se trata de aparecer en juicio; pero a pesar de todo necesito su ayuda.

—Usted está en lo cierto, administrador. A nosotros no nos gusta esta clase de publicidad y yo no veo cómo pueda ayudarle, a no ser que lo haga como un simple testigo.

—¿Simple testigo? ¡Caramba! De esa clase puedo tener a montones. ¡Lo que harían conmigo esos "panzones" del jurado! ¡Hombre!, yo necesito hechos.

—¿Y qué hechos conozco yo?

—Bueno doctor; ¿recuerda usted aquel día que estubo aquí y hablábamos acerca de ese novedoso aparato que usted quería para su enfermería, una especie de carrito de curaciones; recuerda?

—Sí, lo recuerdo.

—Bien; ¿recuerda aquel sujeto flaco, de anteojos, que nos interrumpió y que quería hablar, acerca de un contrato de carbón? Fué precisamente en esta habitación; ¿recuerda, doctor? Estuvo aquí sólo un minuto, y el muy traidor dice que me entregó \$ 11.000 disimulados en un diario, para obtener ese contrato. ¿Cree usted eso?

—Sí; recuerdo vagamente que nuestra conversación fué interrumpida por alguien, ese día. Pero no recuerdo que llevase anteojos.

Pues ese era el zorrino de Abbott, doctor. Ahora bien; si fuese cierto que él me entregó tanto dinero, usted debería haberlo visto. ¿No es así, doctor?

—Bueno. Sí; supongo que podría. Pero mi memoria no es muy precisa acerca de ese sujeto, administrador.

—Bueno, doctor; siempre he sido un buen amigo suyo y de su gente. ¿Es así o no? ¿No he acudido siempre, cada vez que usted o los suyos necesitaban algo? Seguro que lo he hecho. Ahora bien; yo no le pido sino que usted diga la verdad, es decir, que usted no vió ningún traspaso de dinero. Esto es correcto; ¿no es así?

—Bien, dijo J. B. hesitante; temo no serle muy útil, Mc Garigle; pero puedo ser veraz y decir eso. ¿Hay algún otro médico, entre los testigos?

—Ciertamente. Muchos. El viejo Fenger irá como simple testigo y habrá otros más. Pero usted será, para mí, el mejor.

En la audiencia, Abbott, el agente del postor que obtuvo el contrato de carbón, declaró que Mc Garigle le había pedido que le llevase 11.000 dólares en efectivo

a su oficina, en el County Hospital. Agregó que así lo había hecho, y que dos días después el contrato fué adjudicado a su compañía. Declaró que el dinero estaba en billetes y envuelto en un diario, el mismo que Mc Garigle recibió de él y puso en una caja de seguridad.

En su primera argumentación ante el jurado, los abogados del administrador negaron categóricamente que tal transacción hubiese existido y establecieron que, en el momento en que se dijo que el dinero había sido entregado, se encontraban en la oficina otras personas, que refutarían el testimonio de Abbott. Además ¿qué cosa más pueril!, los abogados dijeron que su defendido no pudo haber puesto el dinero en la caja, porque desde hacía muchos años no conocía la combinación.

Establecida su línea de defensa, los abogados llamaron al doctor John B. Murphy al banco de los testigos. J. B. compareció en esa oportunidad abatido y sin aquella confianza y seguridad que había caracterizado su aparición en el juicio contra los anarquistas. De mala gana, con marcada indecisión, declaró que había estado en el despacho del administrador, en el hospital, cierto día en que un hombre, que posteriormente supo que era Abbott, entró y tuvo una breve conversación con Mc Garigle. Los abogados de Mc Garigle procuraron que él declarase que había estado de pie, a poca distancia de los dos hombres, y que si en ese momento se hubieran pasado un paquete entre ellos, probablemente él hubiese visto la maniobra. Pero él nada vió. Declaró que Abbott permaneció en la oficina tan sólo pocos minutos y que Mc Garigle le había dicho: "Muy bien, haré todo lo que pueda por usted", después de lo cual el hombre del carbón se había retirado. Después

de lo cual Mc Garigle volvió a su escritorio y reinició la conversación con él.

—¿Se había aproximado a la caja?

J. B. declaró que no.

En las repreguntas de la parte contraria, J. B. no pudo recordar en qué día del mes había tenido lugar la entrevista.

—¿Había usted visto a Abbott antes de ese día, doctor?

—No.

—¿Entonces usted no sabía que era Abbott?

—No.

—En realidad, doctor, ¿no fué Mc Garigle, quien posteriormente le dijo a usted que el hombre que había interrumpido su conversación era Abbott?

—Sí, señor; así fué.

Tratando de ser estrictamente veraz y al mismo tiempo de ayudar a Mc Garigle, J. B. produjo una penosa impresión. Por ayudar a un hombre, de cuyas malas prácticas políticas no estaba informado personalmente, se enlodó a sí mismo, y lo que es peor dejando a Mc Garigle en situación tambaleante. Los médicos que lo habían atacado por su actuación en el juicio de la explosión de Hay Market, lo señalaban ahora jocosamente por su reciente actuación pública. En este sucio escándalo político, vieron la prueba fehaciente de que él, Murphy, había usado de procedimientos incorrectos, al hacerse cargo, en forma altamente arbitraria, de la asistencia de los policías heridos. Arguyeron que, estando en contacto con ladrones, no se podía sonrojar por el hecho de robar unos pocos pacientes. Comenzaron a circular chismes, en

el sentido de que él estaba asociado al conocido Mike Mc Donald en un plan para el suministro de instrumentos quirúrgicos a las instituciones comunales, con gran provecho para ambos. Sus enemigos afirmaban ahora, que si se había hecho cargo de la asistencia de los guardianes era porque la primera regla de los bandidos es la de estar bien con la policía.

Se podrá decir "que donde hubo tanto humo, debió haber habido un poco de fuego"; pero a eso se puede contestar que nunca se obtuvo prueba alguna de que J. B. fuese culpable. Pudo haber sido utilizado por esos bandidos, para su provecho y el de ellos, sin que él hubiese conocido semejante participación, o pudo haber recibido de ellos grandes sumas sin haberlas ganado, lo cual, por supuesto, debería haber despertado sus sospechas. Pero no hay prueba de que él, conscientemente, haya sido parte en tan oscuras transacciones. Por el contrario, las pruebas lo sindicaron como habiendo sido juzgado equivocadamente por faltas que no eran suyas.

Para probar que el carácter de Murphy creaba a su alrededor un ambiente de escándalo, echemos una mirada hacia el otro médico que declaró en favor de Mc Garigle: Christian Fenger. ¿Fué, acaso, condenado por sus colegas? ¡De ninguna manera! Esto puede explicarse de una sola manera, y es que mientras la reputación de Fenger ya estaba hecha, Murphy era mirado como un ambicioso. La verdad es simplemente que Murphy inspiraba envidia y antipatía a muchos de sus coetáneos. Aun después de consolidada su reputación, fué víctima de las lenguas viperinas y de las miradas torcidas.

Es dudoso que la reputación de J. B. hubiera mejorado si Mc Garigle hubiese sido absuelto, lo que no ocurrió. El testimonio de los médicos no pudo salvar al administrador, quien fué convicto y sentenciado a tres años de prisión. Conocidas sus vinculaciones políticas, era difícil pensar que cumpliría la sentencia y repararía de este modo, en alguna medida, su delito. Y, en efecto, no fué tan fácilmente derrotado. Encarcelado en la ciudad, antes de ser enviado a la penitenciaría, el pícaro administrador rogó con lágrimas en los ojos al comisario, un tonto pirata, Canuto Mason, que le dejase hacer una última visita a su mujer e hijos. El comisario accedió y lo acompañó hasta su casa. Después de haberse despedido en medio de un mar de lágrimas, de su mujer y de sus hijos, Mc Garigle pidió permiso para pasar un momento a su dormitorio. Tan pronto como cerró la puerta, se escurrió por una ventana y escapó en un coche cerrado. El lago Michigan estaba a pocos pasos, y en él un bote que lo esperaba. Pronto estuvo fuera de alcance y de este modo desembarcó en un puerto del Canadá. Durante dos años el irlandés estuvo lejos de Chicago, hasta que un nuevo fiscal del Estado acordó su regreso, siempre que se declarase culpable y pagase una multa de mil dólares. Es improbable que Mc Garigle, por ser un político, y los políticos tienen fama de deshonestos, haya sufrido tanto, a causa de este juicio, cuanto sufrió J. B.



## CAPÍTULO X

## LA PRIMERA APENDICECTOMÍA

(2 de marzo de 1889)

## 1

Las heridas de la calumnia y el escándalo curaron lentamente.

Nettie, preocupada con el estado de espíritu de su marido, le aconsejó trabajar intensamente. En esa época, J. B. había realizado su sueño de tener un laboratorio en el granero; de modo que cuando los enfermos eran pocos, empleaba su tiempo allí operando y experimentando. Su única lectura, además de la de los diarios, eran las revistas y libros de medicina. Tenía teléfono y estaba a disposición de los llamados a domicilio durante veintidós horas del día, reservando sólo dos horas, de dos a cuatro de la tarde, para las visitas en su consultorio. Había alquilado un consultorio para él solo, en la calle Adams 93; pero al separarse del doctor Lee, quedaron tan amigos como antes.

Mientras tanto Nettie había dado a luz su segundo niño, Jeannette, así llamada, por supuesto, en homenaje a la madre. Esta criatura llenó el vacío dejado por la muerte de Harold y les trajo mucha felicidad; para mayor alegría, otro hijo venía en camino. Ellos ansiaban otro varón y la inquieta mente de J. B. jugaba

con el viejo problema de la determinación del sexo del feto.

Está de más decir, que la vida social de los Murphy era nula. Raramente salían de noche. Hasta las horas que pasaban juntos eran pocas. J. B. procuraba estar con ella durante las comidas y algunas veces pasaba la noche junto a ella. El resultado era que, cuando Nettie sentía necesidad de su compañía, iba al laboratorio y le ayudaba en sus experimentos. Al principio resultó sólo un espectador interesado e inteligente; pero pronto se convirtió en un asistente de valer. Realizaban la mayoría de las operaciones en perros, lo cual en el comienzo era extremadamente desagradable para ella; pero el interés por su marido y por su trabajo dominaba cualquier otra impresión. Ella creía que su marido era un genio; pero que tenía que trabajar y esperar hasta que se le reconociera como tal. Sin ningún pesar, había abandonado la vida de placeres que pudo haber seguido y las satisfacciones y emociones del ambiente social en que había nacido. Con fe y devoción, singularmente parecidas a las de Ann Murphy, no tuvo otro pensamiento que el progreso de la carrera de su marido.

En las investigaciones de laboratorio y aun en sus teorías, J. B. marchaba a tientas. Sin nada concreto en qué trabajar, "pescaba" solamente por si encontraba algo. Ignoraba tantas cosas que no sabía por dónde empezar. Antes que nada era un cirujano, y como consecuencia debía interesarse por todo aquello que se relacionase con la salud de sus semejantes.

Monahan, un joven obrero que desde hacía algunos días se encontraba internado en su enfermería a causa

de la fractura de una pierna, parecía no ofrecerle ningún interés. Fué Monahan, sin embargo, quien puso a J. B. sobre una pista que le daría fama imperecedera.

Fué en la mañana del 2 de marzo de 1889. Mientras pasaba revista a los enfermos, J. B. se detuvo delante de la cama de Monahan:

—¿Cómo está usted hoy, muchacho?

—¡Dios sea bendito, doctor!; precisamente en este momento no me siento nada bien. Tengo un dolor atroz en la barriga.

El interno dijo:

—Comenzó con un dolor en el vientre inmediatamente después del desayuno, doctor Murphy. Está cada vez peor. No puedo sospechar qué es lo que ha comido, que haya podido causarle esto.

Presintiendo que era algo importante, J. B. concentró su atención.

—¿Dónde es el dolor, muchacho? —preguntó a tiempo que se sentaba al lado de la cama—.

—Empezó aquí, en la boca del estómago; pero ahora me toma todo el vientre. Tengo ganas de vomitar y no puedo.

El doctor separó las cobijas, levantó el camisón del enfermo y con la palma de la mano sobre el abdomen, palpó suavemente con sus dedos la pared abdominal. Toda la mitad derecha del abdomen era dolorosa a la presión profunda; pero entre el ombligo y la cresta ilíaca, el dolor era más pronunciado. Tenía, además, una ligera rigidez muscular en el mismo sitio, que J. B. no había percibido en el resto del abdomen. Murphy levantó la vista y preguntó al interno:

—¿Qué temperatura tiene?

—100 grados (<sup>1</sup>) exactamente; hace pocos minutos, señor.

—Manténgalo en reposo; lo veré otra vez, inmediatamente que termine la visita.

Había una cierta emoción en su voz. Creía haber descubierto un caso precoz de peritiflitis y que la infección y la supuración estaban en el apéndice. Sabía de esto último, por la lectura de un artículo de Reginald Fitz. Si Fitz estaba en lo cierto, él podía evitar el flemón y la induración, que comúnmente sobrevienen en estos casos, extirpando el apéndice. Además, había leído recientemente un trabajo de Krufft, que lo había convencido de que estos enfermos debían ser operados inmediatamente.

Cuando J. B. volvió, dos horas más tarde, su enfermo estaba vomitando. La temperatura se había elevado a 101 grados (<sup>2</sup>). La más leve presión sobre el lado inferior derecho del abdomen provocaba las quejas de Monahan.

—Muchacho —dijo el doctor—; usted debe ser operado inmediatamente. Su apéndice debe ser extirpado. Si le operamos ahora, dentro de muy poco estará bien. Si esperamos, usted puede morir.

Monahan asintió apenas con su cabeza. De este modo, un anónimo obrero fué el primer enfermo de apendicitis operado antes de que se formase un absceso, sobre la base teórica de que la lesión primaria consistía en una infección del apéndice. Imposible decir cuántas vidas se han salvado por medio de este diagnóstico y

(<sup>1</sup>) Se trata de la escala de Fahrenheit; 100 grados equivalen a 37,7 grados de la escala centígrada.

(<sup>2</sup>) 38,3 grados.

de la operación correspondiente; puede afirmarse, en cambio, que esta es una de las intervenciones que más comúnmente se practican ahora en cirugía.

El doctor Lee entró en la sala de operaciones en el preciso momento en que J. B. cerraba la herida. J. B. se entusiasmó al verlo.

—Mire aquella compresa, doctor —le dijo con su voz alta y vibrante— y verá un apéndice típico, rojo, con pus en su interior. No encontré flemón. Hacía sólo ocho horas que tenía síntomas. Fitz tiene razón; no cabe duda acerca de esto. ¡Tenemos que operar precozmente a estos enfermos! ¡Qué satisfacción saber que este muchacho se encontrará bien muy pronto!

Lee y J. B. habían leído, releído y discutido el artículo de Reginald Fitz. Éste, demostraba en él que en 290 casos de tiflitis y peritiflitis, el cuadro clínico era casi idéntico al de 257 casos de perforación del apéndice, y señalaba expresamente que el apéndice era el responsable de la mayoría de los abscesos que se formaban en la porción inferior derecha del abdomen. Estableció claramente, que las variantes en los síntomas clínicos dependían en gran parte de las variantes anatómicas del apéndice. Llamó la atención acerca de la inflamación del apéndice como primera lesión, y de que por lo tanto el tratamiento debía ser directamente dirigido contra él. Ambos, Lee y Murphy, habían quedado impresionados por la manera insistente con que Fitz urgía la intervención quirúrgica precoz. Hacían las mayores alabanzas de sus apreciaciones; pero para sus colegas, Fitz era el patólogo más bien que el médico, y lo vinculaban con la mesa de autopsias más bien que con el lecho del enfermo. En una ocasión fué

llamado en consulta para ver a un amigo, cirujano, que hacía varios días estaba enfermo de apendicitis; el enfermo en su estado de depresión mental, según cuenta la historia, creyó estar muerto y que Fitz había venido para hacerle la autopsia.

Con respecto a la enfermedad, Fitz escribió:

“Los médicos deben tener en cuenta que, desde el punto de vista práctico, la tiftitis, la periftitis, el tumor peritiftítico y el absceso peritiftítico, significan la inflamación del apéndice vermiforme; que el principal peligro de esta enfermedad es la perforación; que en la gran mayoría de los casos la perforación produce una peritonitis supurada circunscripta, que tiende a generalizarse; que a la luz de nuestros actuales conocimientos, el tratamiento quirúrgico de esta lesión constituye la mejor garantía para la vida y la salud futura del enfermo, y que la evolución de la enfermedad requiere ser observada con el bisturí en la mano.”

Lee y J. B. resolvieron buscar en la literatura médica antigua todo lo que pudiesen acerca de las enfermedades del apéndice. Por la noche, después de las horas de consulta, comparaban sus anotaciones. Con marcado orgullo, Lee refirióle de cómo Heister había publicado que, en noviembre de 1711, mientras diseccionaba el cuerpo de un criminal en Altdorf, encontró al “apéndice vermiforme del ciego, anormalmente negro, adherido al peritoneo en una forma distinta de la normal”.

—Escuche esto —agregó Lee—:

“En cuanto yo quise separarlo, tirando de él suavemente, las membranas de este proceso se rompieron, no obstante que el cadáver estaba fresco, dando salida a dos o tres cucharadas de pus. Este hecho puede aceptarse como prueba de la posibilidad de que una inflamación progresiva del apéndice, llegue posteriormente a la formación de un absceso, lo mismo que en otras partes del cuerpo; lo hago notar,

porque me parece que no ha sido observado por otros autores. Y cuando en la práctica nos encontramos frente a un ardor y dolor situados en esta parte, debemos prestarle atención. Es probable que la persona cuyo cadáver estoy examinando haya tenido algún dolor en esta parte; pero no he podido obtener ninguna información a este respecto.”

—Pero —continuó el doctor Lee— hoy encontré en la biblioteca algo acerca de esto, que se remonta mucho más atrás. Un cuerpo encontrado en Egipto, perteneciente al período bizantino, mostró todos los signos de adherencias alrededor de una vieja inflamación del apéndice. Es extraño que Vesalio no haya dicho nada acerca del apéndice. Probablemente fué, porque los anatomistas y fisiólogos de su época localizaban el asiento del alma en cualquier otro órgano del cuerpo.

A pesar de lo difícil que resulta crearlo hoy día, durante muchas generaciones el apéndice se burló de la imaginación científica. Mientras que la evacuación de pus del cuadrante inferior derecho del abdomen data de los comienzos de la era cristiana, lo que debe considerarse como el tratamiento quirúrgico deliberado de la apendicitis está vinculado a la era listeriana de la cirugía antiséptica. En lo que se refiere a la cirugía del apéndice en los Estados Unidos, la operación que Murphy practicó al joven Monahan iluminó el camino que debía seguirse.

J. B. había encontrado un campo que lo fascinaba. Ávidamente se entregó a él con todo el entusiasmo y vitalidad que poseía; siempre estaba alerta, respecto de los síntomas que podían indicar la inflamación del apéndice vermiforme. Investigando a través de la bibliografía quirúrgica, Lee y Murphy descubrieron que

muchos clínicos de nota habían observado y estudiado casos de apendicitis, especialmente en las postrimerías del siglo dieciocho y en los comienzos del siglo diecinueve. Sus voluminosos trabajos, sin embargo, carecieron de provecho, por una parte a causa de una nomenclatura incorrecta, y por otra a causa de su incapacidad para interpretar las relaciones entre los síntomas clínicos y los procesos patológicos subyacentes. Las operaciones practicadas en aquellos días, constituían un último recurso cuando ya se había desarrollado un flemón en la pared abdominal y el apéndice se había perforado. Por el contrario, Lee y Murphy terminaron por convencerse de que ellos debían seguir el consejo de Fitz, y despistar el diagnóstico de las infecciones del apéndice antes de que sus síntomas gritasen: "demasiado tarde".

Entusiasmado, en las huellas de lo que podía resultar un gran bien para la humanidad, J. B. se ocupaba del tema fuera donde fuese e hiciera lo que hiciese. Comía, dormía y vivía rápidamente sus días, con la mente ocupada por aquel pequeño órgano, semejante a un gusanillo. En el desayuno, en el almuerzo y en la comida, Nettie era el crisol en el que volcaba sus ideas.

—El primer médico llamado para ver un enfermo con dolor en el abdomen, está obligado a pensar en la apendicitis; ése es el único camino que nos llevará a operar esos casos precozmente. Justamente hoy, vi dos enfermos afectados de esta enfermedad, hice el diagnóstico y los operé en su propia casa. ¡Sobre la mesa de la cocina!, Nettie, porque sus recursos no les permitían ir al hospital.

Riéndose, Nettie le manifestó lo que pensaba en ese momento:

—¿De qué manera podría usted educar a los médicos? ¡Usted no puede poner avisos en los diarios! Hay que hablarlos; hay que convencerlos; usted debe proceder de manera que ellos vean lo que usted hace. ¿Por qué no lee un trabajo sobre el tema, en la Sociedad Médica, para indicarles cómo se hace el diagnóstico y cómo se debe tratar al enfermo? Tal vez lo escuchen. Puede ser que le crean, querido.

La idea le interesó. Comenzó a trabajar en esto inmediatamente. En noviembre, después de seis meses de trabajo, estaba listo para presentar sus observaciones ante la Sociedad Médica de Chicago. Lee arregló todo para la lectura de la comunicación. Era su primera aparición ante aquel docto cuerpo. Tan preocupado estaba en hacer buena impresión, que ensayaba su discurso muchas veces, con el propósito de poderlo decir sin recurrir a sus anotaciones. Posteriormente Nettie contó que J. B. repetía su discurso en camisón, paseándose por el dormitorio.

—Primero es un dolor en el abdomen, repentino y agudo, seguido de náuseas o vómitos, que aparecen comúnmente entre tres y cuatro horas después de la iniciación del ataque. Luego sobreviene un dolor generalizado a todo el abdomen, que se hace más marcado en el lado derecho y particularmente sobre el apéndice; posteriormente se produce una elevación de la temperatura que comienza entre las dos y las veinticuatro horas de iniciado el ataque.

Nettie encontró que lo que él tenía que decir era correcto y apropiado, pero tuvo que hacerle suspender

los discursos, porque la voz de J. B., elevándose de tono, a medida que se entusiasmaba, despertaba a Cecilia, la beba nacida hacía poco.

—Luego agregaré: Estos síntomas se producen, casi sin excepción, en el orden señalado; cuando dicho orden varía, pongo en duda el diagnóstico. Si las náuseas y los vómitos, o la fiebre, preceden al dolor, me inclino a creer que no se trata de apendicitis.

## 2

A pesar de que procuraba recordar a Schmidt y sus enseñanzas, J. B. estaba más nervioso que en ninguna otra ocasión de su vida, ante aquel grupo tan numeroso de augustos doctores, la mayoría de ellos mayores que él.

—Señores —dijo después de relatar su caso—, la responsabilidad recae sobre el primer médico llamado para ver estos enfermos.

Tenía dificultad para controlar su voz. A medida que avanzaba en la peroración, su emoción iba en aumento, su voz subía, se hacía aguda y después áspera.

—No me excuso, al hablar de las obligaciones del médico práctico en materia de apendicitis. En un gran número de casos precoces, fui el primer médico llamado y después de algunas observaciones que fueron muy convincentes, no necesité mucho coraje de mi parte para insistir en la operación. Muchas de las primeras cien operaciones fueron practicadas en una mesa de cocina, en las condiciones asépticas ordinarias que pueden obtenerse con sólo una preparación de veinte a treinta minutos. En un gran número de ellas no dis-

ponía ni de enfermera competente, ni de mucho instrumental quirúrgico; conviene evitar la pérdida de tiempo que habitualmente se emplea en procurarlos, y apresurar la salida del pus o la extirpación del apéndice, según el caso. La apendicitis aparece, y aparece para quedarse, y la responsabilidad de su inmediato reconocimiento recae sobre el médico práctico. Yo me sentiría personalmente responsable de la muerte de un enfermo que hubiese sufrido un típico ataque de apendicitis aguda, si lo hubiese asistido desde el comienzo, después de haber sido llamado a tiempo. Es nuestra convicción que muy pronto todos los casos de peritífritis, una vez diagnosticados serán operados inmediatamente, amputando el apéndice después de haberlo ligado, cuando sea posible. Esta operación es la única garantía que se puede ofrecer a los enfermos, a fin de evitar los peligros de la enfermedad y tener la seguridad de que ella no se reproduzca.

Aplausos corteses siguieron a estos conceptos finales. No cabía duda de que el joven había expuesto sus ideas con entusiasmo y vigor. Si acaso necesitaba un poco más de práctica para hablar en público, eso era otra cuestión. La discusión que siguió al discurso de Murphy fué estudiadamente amable, pero muy desagradable para el orador. Había un buen número de médicos prácticos presentes, que no dudaron en manifestar que muchos de sus casos se habían curado sin operación; que muchos de ellos no pasaban de ser procesos catarrales inflamatorios, sin formación de pus. Otros preconizaron el uso del opio, del calomel y del aceite de castor. El eminente doctor Parkes, olímpico profesor de cirugía de Rush College, insistió en el hecho

de que a menudo no podía resolverse por o contra la operación, porque algunos enfermos no operados se habían curado tan bien como aquellos tratados quirúrgicamente. Finalmente un médico de gran experiencia, preguntó bruscamente:

—¿Dónde consiguió usted todos esos casos de apendicitis? —con una mirada y una inflexión de voz que no indicaba demasiada confianza en la capacidad diagnóstica de Murphy, en su ética, o en su palabra—.

Desde ese momento J. B. se propuso demostrar a esos escépticos y al mundo entero, que Fitz, Lee y él, estaban en lo cierto cuando sostenían que el tratamiento quirúrgico precoz era el único medio de salvar las vidas de aquellos que sufrían de apendicitis. En ese su primer trabajo, se había lamentado de que el problema no pudiese ser resuelto satisfactoriamente por medio de la experimentación en animales. La prueba, en consecuencia, no sería alcanzada hasta tanto no se reuniesen las constancias de un gran número de casos. Resolvió reunirlos. El escepticismo de sus colegas estimuló su disgusto, despertando en él un imperioso deseo de obligarlos a que estuviesen de acuerdo con él. Perfectamente convencido de que su opinión acerca de la apendicitis era la buena, no perdió oportunidad de interesar a los médicos, individualmente. Abrumaba a sus alumnos, en Rush College, con hechos y propaganda: "Señores: si el dolor desaparece, repentinamente, dentro de las primeras treinta y seis horas, sospechad la presencia de gangrena y un posible resultado fatal". Aceptaba todas las invitaciones para hablar en las reuniones médicas y dondequiera que fuese esgrimía poderosos argumentos contra la espectación en el trata-

miento de esta enfermedad. Desde un extremo al otro del país, la cuestión de la apendicitis se transformó en una agria batalla, cuyo foco central tenía lugar en el medio-oeste, donde la lucha rayaba al máximum y las opiniones eran vertidas en lenguaje áspero. Hubo momentos en que Murphy parecía anegado en un pandemium de objeciones, pero no cedió.

En cuatro años llegó a tener más de 250 casos, y catorce años después de su primera aparición ante la Sociedad Médica de Chicago, volvió nuevamente a ella. Esta vez habló autoritariamente, sobre la base de 2.000 observaciones de apendicitis, y no hubo un solo hombre en la repleta sala que se atreviese a contradecirle. De este modo subyugó a la oposición con casos fehacientes. El único recurso que les quedaba ahora era declarar, débilmente, que "Murphy operaba a diestra y siniestra, para engrosar su estadística".

Pero él se afirmó sólidamente una vez que tuvo muchos años de experiencia. Escudado en su seguridad, su dogmatismo no toleraba argumentos. Había despertado la conciencia del público y de la profesión acerca de la apendicitis. La manera tan amplia y completa como lo realizó, es bien conocida en el mundo. Con su solo esfuerzo enseñó a diagnosticar y tratar la apendicitis. Estaba únicamente descontento, por el hecho de que no podía enseñar a operar a todos los médicos, porque según él algunos lo hacían muy mal. Pero la lucha para convencer a la familia médica, que como cuerpo ha preferido siempre teorizar y soñar más bien que analizar, investigar y comprobar hechos, fué muy larga. Digamos con sus propias palabras, cuán amarga fué la lucha.

“No hay procedimiento en cirugía donde la batalla haya sido tan feroz y tan continuada, y en donde los juicios de los no informados hayan sido tan personales, tan amargos y tan injustos, como en la contienda por o contra la operación precoz en la apendicitis infecciosa aguda. Mirando hacia atrás, apenas se puede comprender cómo una profesión, que se jacta de ser inteligente, haya sido tan lerda en aceptar la fuerza abrumadora de los números y los hechos, que no pueden ser alterados por la teoría o la especulación. Los médicos prácticos, cuyos casos salieron del ataque, insisten en que fueron procesos catarrales inflamatorios, que curaron sin formación de pus, no obstante lo comprobado por cada cirujano de aquellos tiempos, de que había pus en todos los casos agudos infecciosos operados precozmente, hecho actualmente reconocido.

”Todos recuerdan cuán de mala gana abandonaron su posición los partidarios del tratamiento por el opio, calmante arrullador y mortal, y cuán tenazmente persistieron y lucharon los sostenedores del calomel y del aceite de castor, responsables de más de una muerte. Todavía los no convencidos, *pelmazos de nueve vidas*, no han capitulado, y se resisten a aceptar la presentación más convincente de fenómenos patológicos.”

La clientela, la familia, y el personal del servicio hospitalario de J. B. habían aumentado. En 1890, tenía dos asistentes, Witwer y Hartmann. Primero le había enseñado en Rush, y luego los había traído al hospital. En el trabajo eran idénticos a él. Durante el día operaban con él en los hospitales y sobre las “mesas de cocina”; por la noche se reunían con él, en su casa, donde recopilaban los datos de las historias

clínicas y corregían la composición de sus trabajos. Nettie estaba siempre presente. A pesar de los quehaceres de la casa, perfectamente dirigida, y a pesar del cuidado que le exigían sus dos hijas, hallaba tiempo para vigilar el trabajo de su marido y no perder el hilo de los progresos que realizaba.

Por esta época, ella comenzó a preocuparse por la salud de él. Era lógico y natural que J. B. empezase a traducir los efectos de un constante esfuerzo físico y mental. Inmediatamente que ella observó esto, intervino. Díjole que debía hacer alguna cosa por la tos que padecía. Cuando J. B. trató de disuadirla de esta preocupación, ella se refirió al hecho de que él perdía peso y tenía sudores nocturnos. Rehusando aceptar que la causa fuese un simple cansancio, ella le recordó, con razón, que dos de sus hermanos y una hermana habían muerto de consunción.

J. B. hizo todo lo posible para alejar de su esposa toda preocupación, aun cuando él estaba secretamente alarmado. El espectro de la tuberculosis se irguió delante de él. Recordó a Viena y sus temores de entonces. Impelido por Nettie, se armó de bastante coraje, como para consultar a un colega, quien confirmó sus propios temores. ¡Tuberculosis pulmonar! ¿Qué había que hacer? ¿Cómo podía abandonar una clientela quirúrgica que aumentaba rápidamente? Y si él la abandonaba, ¿cómo podría retenerla? ¿Y su familia, esposa e hijos?

Nettie, capaz, práctica y astuta, vino en su ayuda con un buen consejo:

—¿Nos vamos a quedar satisfechos con la opinión de un solo médico? Usted debe consultar la de otros. ¿Qué opiniones tomaría usted en cuenta?

—¡Bueno! Está Loomis en Nueva York y Da Costa en Filadelfia, ¿pero cómo voy a hacer para irme?

—Querido; sus ayudantes pueden hacerse cargo de los enfermos. Diremos simplemente que usted se ha marchado por razones profesionales. Usted debe ir sin demora.

Fué. Loomis lo examinó cuidadosamente, discordó con el diagnóstico y confiadamente le aseguró que él no tenía tuberculosis. ¡Uno en favor y uno en contra! Ahora estaba en una duda. Con ella se fué a Filadelfia. Da Costa estuvo de acuerdo con el médico de Chicago y en términos precisos le aconsejó que fuese a Florida y que viviese allí tanto como pudiese, confortablemente, queriendo significarle con esto que sus días estaban contados. Murphy regresó al lado de su esposa preocupado y desolado, pero Nettie supo una vez más hacer frente a la situación.

Cuando J. B. se fué a Nueva York, había dejado a John Hildreth, regente de la Seventh Ward e íntimo amigo, convaleciente de neumonía. Nettie recordaba que Hildreth había invitado frecuentemente a J. B. para excursiones de pesca, pero su marido estaba siempre tan ocupado que nunca había podido ir. Ella sabía que era un irlandés charlatán y ocurrente, cuyo carácter sería el mejor estimulante para J. B. Éste hizo a Hildreth su diaria y habitual visita, sin sospechar que su esposa había estado antes que él y había armado la trampa.

Hildreth dijo:

—Doctor, usted me dijo un día antes de irse a Nueva York, que yo debía pensar en un viaje a Colorado, por algún tiempo, a fin de descansar y recuperar fuerzas.

—Es exacto, John, y sigo pensando lo mismo. Colorado Spring sería un lugar ideal para usted. El aire será de gran provecho para sus pulmones.

—Bueno, J. B.; pero yo no puedo ir solo y Mary no puede dejar los niños. Yo no sé si me sentiría seguro yendo sin un médico.

—No piense en eso, John; puedo ponerlo en manos de uno cualquiera, entre un grupo de buenos hombres que cuidarán de usted.

—¿Qué le parece si usted viniese conmigo? Le haría muy bien descansar.

Viendo indecisión en la cara de Murphy, insistió:

—Vamos, doctor, venga. Podemos al mismo tiempo dedicarnos un poco a la pesca de truchas.

Murphy dijo que lo pensaría y aquella noche durante la comida, viéndolo preocupado, su mujer le preguntó:

—¿Qué le pasa, querido? —sospechando la verdad—.

—Nada malo —dijo él—. Estoy meditando acerca de una sugestión que me hizo John Hildreth de ir con él a Colorado Spring, para descansar un poco.

—¡Pero, J. B.; esa es una idea maravillosa! Usted necesita descanso.

—Necesito más que descanso, Nettie. Mis pulmones necesitan ese aire. Pero me preocupa lo que será de usted y de los niños. ¿Y mi trabajo?

—Lo pasaremos perfectamente y lo mismo sin su trabajo. Sus enfermos no le dejarán, querido. Estarán en el umbral de la puerta, esperando que vuelva. Me sentiré muy feliz si usted va con John. Él cuidará de que usted no se sienta solo y usted regresará rebosando salud y lleno de vigor.

## EL BOTÓN ANASTOMÓTICO

## I

He aquí un juicio sintético de Hildreth, acerca del viaje: "Partimos para Colorado Springs, a fines de junio, con un barril de plata y otro de wiskey; el doctor se comió el dinero y yo me bebí el wiskey".

Una vez llegados se hospedaron en un hotel y se sometieron al cuidado de un médico, conocido de Murphy. En un principio, J. B. no se sintió feliz, a pesar de la alegría y la chispa de Hildreth. La falta de su trabajo habitual por una parte, y el alejamiento de su familia por otra, lo mantenían deprimido y nostálgico. Obligado a un hombre activo y ambicioso a que no haga nada, y conseguiréis irritarlo. J. B. sentía que la vida se le iba, y que en lugar de entregarse a la tarea, con el objeto de realizar antes de morir todo cuanto era de su deber, estaba detenido, sentado en una mecedora, escuchando la cháchara de Hildreth. Una carta de esa época escrita a su hijita mayor, revela su estado de espíritu en la soledad de Colorado Springs.

"Mi querida Jeannette:

"Hace mucho tiempo que papá no tiene una carta suya. Sospecho que lo ha olvidado, desde que no le escribe más.

"¿Le dijo el Padre Mackin dónde quedó su papá? Pregúntele cuándo regresará su padre y dígame qué es lo que

usted quiere que yo le lleve. Siento mucho que su pony se haya disparado, pero me alegra saber que el carro no se rompió. Papá acaba de recibir una carta de mamá, pero ninguna de su Jeannette.

"Bese a todos sus primos, tías, abuela y al Padre Mackin por mí. Dele a mamá un gran beso y cariños de papá. Sé que usted es una niña muy buena y por eso le envío un sinnúmero de besos para usted.

"Su amante: Papá."

He ahí, pues, a J. B., sentado en actitud indiferente, mientras su mujer, que ansiaba el regreso, lo instaba a que se quedase todo el tiempo que quisiera, asegurándole que el consultorio marchaba bien. Ella procuraba que las noticias enviadas fueran las más optimistas, y lo alentaba en lo tocante a intereses, repitiéndole que el objeto principal del viaje consistía en recuperar la salud. Por su parte J. B. se esforzaba en conseguirlo, pues respiraba aire puro y tomaba sol, comía bien y regularmente, y dormía nueve y diez horas diarias. Pero un día, con gran sorpresa suya, su médico le dijo que no observaba una mejoría satisfactoria.

—Pienso que usted necesita un clima aún más seco, doctor —le dijo—. Le aconsejaría que fuese a Nueva México. ¿No ha estado nunca allá?

Murphy meneó la cabeza y dijo:

—No.

—Las Vegas es la ciudad más grande del territorio. Está habitada por gente interesante. Sus hermosos y agrestes alrededores, lo distraerán. A seis millas encontrará usted fuentes termales muy bien concurridas. Pienso que ese clima le sentaría mejor.

—¿Hay comodidades? Necesito cierto confort.

Entonces el médico de J. B. se desató en un discurso laudatorio de Las Vegas, describiendo al nuevo hotel Moctezuma, construído y dirigido por el ferrocarril Santa Fe.

—¡No se trata de un fondín! La construcción costó arriba de \$ 600.000. ¡Y qué vista ofrece! Está en lo alto de una montaña, rodeado de un bosque de pinos. Hacia abajo se domina un hermoso parque, de unos mil acres, lleno de búfalos, osos y venados. Por la noche las montañas se dibujan sobre un fondo de azul y oro; no falta quien diga que en el cielo de Las Vegas, hay más estrellas que hormigas en la tierra, y al decir esto... se incluyen tanto las coloradas como las negras.

Murphy rió, interesado, a pesar del discurso.

—Las Vegas debía contratarlo, doctor, como vocero de la ciudad. Pero no deje que la cámara de comercio local lo oiga hablar así.

—Es que usted ignora que si yo comenzase a hablar de Colorado Springs... no terminaría nunca.

J. B. dejó que Hildreth regresase solo a Chicago; tomó el tren para Las Vegas y encontró, una vez llegado, que todas las cosas fabulosas que había oído de labios del doctor, acerca del lugar, eran ciertas. El gran hotel, uno de los mejores del país, estaba repleto de pasajeros de todo el mundo. En las calles se veía una multitud de gentes con variados y pintorescos trajes, entre los que predominaban las alegres indumentarias mejicanas. Indios de pelo negro, retinto, con las trenzas caídas hacia atrás y con mantas en lugar de pantalones, transitaban en hermosos caballos blancos, en pelo, guiando sus corceles con solo un corto trozo de cuerda. En todas partes había salas de juego y di-

versiones. La sombra de Billy The Kid pesaba aún sobre la gran plaza, en la que de tanto en tanto se producían tiroteos ocasionales, para animar la vida del pueblo. No había calles pavimentadas, pero el progreso había traído electricidad y aguas corrientes.

Fascinado por todo cuanto veía, por los edificios de adobe, por el colorido, por el "espíritu irresponsable de la ciudad", J. B. escribió a Nettie:

"¡Usted debiera ver la plaza! Es un cuadrado cerrado por cuatro paredes, dentro del cual hasta hace muy poco entraban los trenes. Allí dejaban en libertad los animales, y para prevenir su huida se bloqueaba la entrada con el último vagón. Se hace una campaña persistente con el objeto de demoler el viejo molino, situado en el centro de la plaza, a causa de su relevante historia: era el sitio, muy apropiado por cierto, donde se ahorcaba a los cuatreros."

Interesado por el lugar, y como era su propósito quedarse por algún tiempo, se propuso atraer a Las Vegas a su mujer e hijos. En carta tras carta, describía la ciudad con frases elogiosas y advertía a Nettie que el agreste oeste legendario desaparecía rápidamente, y que si ella y los niños deseaban conocerlo, lo mejor que podían hacer era empacar las maletas rápidamente y reunirse con él. En una de esas cartas, decía:

"Hoy trabé relación con un verdadero viejo lugareño, Charlie Liebschner, antiguo matador de toros y desollador de mulas en la ruta de Santa Fe; dice que conoció a *Billy The Kid*, y me prometió presentarme a la mujer más valiente de los alrededores. Se trata de una mujer que vino de Irlanda, por allá por 1878, para casarse con su novio, un irlandés aventurero. Vinjó hasta St. Louis, pero desde allí hacia el oeste se extendía una inmensa llanura, sin huellas, con montañas desconocidas y plagadas de indios

hostiles. A pesar de todo no se desanimó; consiguió una vieja ambulancia de guerra con seis mulas y siguió viaje. Después de una travesía horrible pudo llegar hasta aquí, con una mula; pero el esfuerzo fué vano, porque su novio había muerto."

Tan triste historia tuvo la virtud de convencer a Nettie, pues comprendió el espíritu de la carta. Con sus dos niñas, Jeannette y Cecile, decidió reunirse con su marido. Cuando llegaron, hubo gran alborozo. J. B. había encontrado un pequeño chalet cerca del hotel y los cuatro se alojaron en él, viviendo como en casa propia. Transcurrieron así los días más felices de su vida, con su animosa Nettie y sus hijos holgando al lado de él, bajo el sol brillante. Se sentía mejor. Las semanas se sucedían con la rapidez de todas las épocas felices. Pero ésta también tenía fin. Fué J. B. quien lo forzó. Acercóse a Nettie con una carta en la mano:

—¿No piensa que ya es tiempo de regresar a casa?  
—preguntóle—. Ocho meses es mucho para permanecer alejado del trabajo.

—¿No le parece demasiado pronto —inquirió ella—.  
¿Está usted seguro de encontrarse del todo bien?

—Me siento tan bien, que dudo del diagnóstico.  
Ella advirtió la carta que J. B. tenía en la mano y preguntó:

—¿Qué novedades hay?

—Me ofrecen una cátedra de cirugía en el colegio de clínicos y cirujanos.

Ella contuvo el aliento:

—¡Oh, J. B., qué maravilla!

Pero él meneó la cabeza, ocultando su sentir.

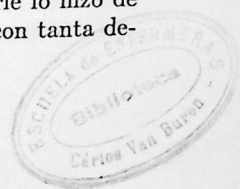
—No estoy del todo decidido.

—¡Pero piense en esto! Profesor de cirugía a los treinta y cinco años! ¡Es esto! ¡Es esto lo que repentinamente lo decide a regresar! ¿Aceptará usted, por supuesto?

—He estado pensando acerca de ello. El colegio ha llevado una vida tormentosa desde su iniciación, diez años hace. No estoy convencido de que haya lugar para otra escuela médica en Chicago.

El colegio de clínicos y cirujanos había sido fundado el año en que J. B. completó su internado en el Cook County Hospital. Un grupo de médicos jóvenes, primitivamente miembros de las facultades de Rush y de Chicago, molestados por el lento proceso que seguía la promoción en dichas instituciones, decidieron su fundación. El momento parecía oportuno para el establecimiento de una nueva escuela médica en Chicago, ciudad que seguía creciendo muy rápidamente; la ubicación ideal, y en esto todos concordaron, fué justamente enfrente del County Hospital con su gran material clínico para la enseñanza.

Fué una ruda empresa para aquellos jóvenes. Los primeros diez años de vida de la escuela se caracterizaron por un sin fin de dificultades de administración. Por supuesto, todas las posiciones estaban reservadas para aquellos que tenían acciones en la escuela. Si un accionista deseaba enseñar cirugía, compraba acciones, y de ese modo asumía esa disciplina en el plan de estudios. Pero esto constituía una regresión hacia las viejas escuelas médicas con propietarios, y algunos de los fundadores la objetaron. Charles W. Earle lo hizo de una manera tan intensa y persistente y con tanta decisión, que fué eliminado.



Algún tiempo después, un déficit de \$ 30.000 ocasionó una profunda crisis. En ese momento, William E. Quine, profesor de medicina, y D. A. K. Steele, cirujano, llevaron a cabo una reorganización completa y Earle fué reincorporado. Fué justamente después de esto que escribieron a Murphy ofreciéndole una cátedra de cirugía. En esa misma ocasión contrataron a Byford para enseñar ginecología, a Christopher para pediatría, y a Hektoen para patología.

Deseando conocer exactamente la situación, al mismo tiempo que se procuraba consejo, J. B. escribió a su viejo amigo y maestro Christian Fenger. Fenger lo instó a que aceptase.

Nettie estaba jubilosa.

—Esto significará un nuevo comienzo, física y profesionalmente —dijo—. Olvidaremos ese fantasma de la tuberculosis. De todos modos no creo que usted haya tenido nunca eso.

Estaba atiborrada de planes.

—Debemos mudar su consultorio a un lugar más aristocrático, en el centro. Usted debe dejar ahora que sus ayudantes hagan las visitas a domicilio. Haremos...

—¿No cree usted que nos apresuramos demasiado, querida?

—No lo bastante para un gran cirujano; y usted lo es, J. B. Así lo piensan ellos, también; de lo contrario no le habrían invitado a integrar la facultad, sin comprar acciones.

Música para sus oídos; espíritu para su yo desalentado.

Y comenzaron a hacer el equipaje.

Durante aquellos ocho meses, mientras sus manos permanecían inactivas, la mente inquieta de Murphy elaboraba sin cesar. Se había preguntado: ¿Cuál es la mayor dificultad que ofrece la cirugía abdominal? Esa era su especialidad; trabajaría en ella.

No fué difícil encontrar la respuesta. Durante muchos años, y en todas partes del mundo, los médicos habían tratado de resolver numerosos problemas vinculados a la cirugía del tractus gastrointestinal. Entre otros, la extirpación de un segmento de intestino con el propósito de remediar una obstrucción mecánica o con cualquier otro objeto, era uno de los más difíciles y por eso se la practicaba muy raras veces y casi siempre sin éxito. La dificultad consistía en unir eficazmente los dos extremos del intestino seccionado. Era necesario encontrar un procedimiento, por medio del cual se obtuviese la unión de las túnicas intestinales seccionadas y que al mismo tiempo evitase la formación de una cicatriz retráctil, que estrecharía la luz del conducto y podría dar lugar a una oclusión parcial o completa. Las suturas habían sido descartadas por peligrosas. Aplicadas imperfectamente provocaban gangrena de la pared intestinal en las líneas de aplicación; otras veces, el catgut (¹) se reabsorbía demasiado rápidamente, y la obstrucción se reproducía; finalmente, con espantosa frecuencia, las operaciones de esta clase se prolongaban demasiado y provocaban un shock operatorio fatal. Por todas estas razones, los enfermos

(¹) Material de sutura, empleado en cirugía, que se fabrica con tripas de oveja.

atacados de afecciones quirúrgicas intestinales tenían pocas probabilidades de curar; pero éstas aumentaban cuando eludían la mesa de operaciones. Frente al problema de procurar tránsito libre, una vez realizada la anastomosis intestinal, J. B. recurrió a la bibliografía médica con el objeto de informarse acerca de lo que se había intentado al efecto y de los resultados obtenidos. Supo de este modo, que los primeros cirujanos que se habían ocupado del tema recurrieron a cilindros huecos de sauco, colocados en la luz del intestino, después de lo cual se conectaban los cabos. Posteriormente se ensayó, con el mismo objeto, la tráquea seca de ganso y otros animales de mayor volumen; pero todos los procedimientos de esta clase fracasaron. J. B. supo además, que en 1826, Denans, cirujano de Marsella, había ideado unos anillos de plata o zinc sobre los que invertía ambos cabos del intestino seccionado. Conectaba luego ambos anillos por medio de una banda metálica cuyo diámetro podía ser reducido a presión; de este modo se obtenía la fuerza periférica necesaria para mantener la unión de los anillos. La túnica externa de la pared intestinal se adhería y los bordes invertidos se desprendían, mortificados, como consecuencia de la presión; los anillos quedaban libres y caían en la luz del intestino, que los eliminaba al exterior.

Se utilizaron también discos de hueso para reemplazar a los anillos de plata; se idearon otras modificaciones; pero los resultados fueron siempre muy poco satisfactorios.

Como de costumbre, J. B. discutió el problema con su mujer.

—Ese francés de Denans, tuvo una buena idea —dijo—. Le faltó poco para alcanzar éxito. Pienso que puedo perfeccionarla.

## 3

Instalado su nuevo consultorio en el lujoso Venetian Building, Murphy reinició sus tareas con el vigor y concentración que le eran característicos. No obstante sus actividades como profesor de cirugía en el colegio de clínicos y cirujanos, y a pesar del tiempo que le tomaban su clientela privada y el trabajo en el Cook County Hospital, J. B. hallaba horas libres, durante la noche, en su laboratorio, para trabajar en la solución del problema de la anastomosis intestinal. Habían regresado en marzo. Un día de junio de 1892, entró precipitadamente en su casa, presa de la mayor emoción.

—¡Nettie! —llamaba, mientras subía de a tres escalones, escaleras arriba—; ¡Nettie!

Y cuando ella llegó al rellano, la asió en un salvaje abrazo alzándola en vilo.

—¡Al fin, lo he resuelto! ¡Lo he resuelto! ¡Lo he resuelto!

—¿Qué ha resuelto?

—He encontrado algo que dará resultado; algo que revolucionará la cirugía intestinal. ¡Mire!

Y diciendo así soltóla, y dejó ver en su mano una bola de bronce.

Arrebatóla ella el objeto con curiosidad y miró el pequeño adminículo metálico:

—Parece una campanilla de trineo.

—¡Campanilla de trineo! —repitió él, riendo, mien-

tras recuperaba el objeto—. Mire —le dijo, presumiendo de prestidigitador—: nada en esta manga, nada en esta otra; usted ve una pequeña bola metálica; una cosa sin importancia, y sin embargo ¡tiene usted ante sus ojos uno de los más grandes inventos ideados por la mente humana!

Separó la bola en dos piezas; tomó el ruedo de la falda de Nettie y lo plegó; hizo pasar el tallo de una de las piezas a través del paño; luego lo dobló hacia arriba y finalmente lo enchufó en la otra.

—Usted ve —dijo triunfante—. Los dos extremos de un intestino cortado pueden unirse, gracias a este botón, en medio minuto; una anastomosis completa.

—¿Se atrevería usted a colocar esta bola de bronce en el intestino de un hombre enfermo, cuando todo el mundo hace un alboroto mayúsculo frente a un niño que se ha tragado una moneda? ¡Fíjese que tiene una pulgada de diámetro!

—Así debe ser. Cuando las túnicas intestinales broten y adhieran en torno de este botón, el botón se desprenderá y se eliminará, espontáneamente, a través del intestino.

Su mujer lo miró:

—¿Cree usted realmente que es así?

—¡Estoy convencido, Nettie!, y se lo mostraré. Lo ensayaremos en un perro.

El botón consistía en dos pequeñas semiesferas, huecas y perforadas en los polos. En el borde libre de la perforación de una de ellas, se hallaba soldado un tallo cilíndrico, también hueco, cuya superficie interior tenía tallado en toda su extensión un paso de tornillo hembra; dicho tallo quedaba oculto dentro de la semi-

esfera y era perpendicular al plano de su perforación. La otra semiesfera, o semiesfera macho, tenía soldado en el mismo lugar y con la misma dirección, un tallo cilíndrico, similar al anterior, pero un poco más pequeño, con el objeto de que enchufase fácilmente dentro del cilindro hembra. Dos pequeños resortes de bronce, soldados uno a cada lado en la superficie interior del cilindro macho, se terminaban cerca de su extremidad libre, en forma de puntas dirigidas hacia la cúspide del botón, que aparecían al exterior a través de dos ranuras abiertas en el cilindro. Dichos resortes habían sido colocados para que, al ser conectadas ambas piezas, las puntas de la pieza macho penetrasen en las ranuras del paso de tornillo de la pieza hembra, y, fijándola, mantuviesen la unión de las dos semiesferas a la altura deseada. La semiesfera macho tenía además adherido un aro de bronce, de borde no cortante pero fino, que era mantenido en posición, a unos tres milímetros por encima del borde de la semiesfera, por un resorte de alambre. Éste tenía por objeto mantener una presión continua, hasta que los tejidos apretados entre los bordes de ambas semiesferas fuesen totalmente seccionados. En resumen, Murphy había hecho construir dos cuerpos hemisféricos, que se mantenían unidos, una vez colocados en el organismo, gracias al enchufe de dos cilindros. Las dos mitades o hemisferios del botón se introducían en hendeduras, practicadas al efecto, en los órganos huecos que debían ser anastomosados. En el caso del intestino, las hendeduras quedaban hechas una vez practicada la resección; bastaba introducir la mitad del botón en una de las aberturas del intestino y colocar en el contorno de ésta una su-

tura en jareta, para que, al ser anudado el hilo, llevase los bordes del intestino seccionado hasta colocarlos por dentro del borde de la semiesfera de bronce. La otra mitad del botón era introducida en la abertura de la otra porción del intestino, en el contorno de la cuál se practicaba una sutura en jareta, similar a la anterior. Finalmente se terminaba la operación enchufando las dos mitades del botón. La atrofia por presión de los tejidos, al nivel de los bordes del botón, era producida por el anillo de bronce, cuya tensión mantenía el resorte de alambre. La abertura que quedaba después que el botón se desprendía espontáneamente, correspondía exactamente al tamaño del botón usado.

En la mañana siguiente J. B., Witwer, Hartmann y Nettie, se reunieron en el granero para ensayar el botón. La mesa, el piso y las lámparas colgantes de las vigas, habían sido fregados a nuevo; las paredes y el techo, habían sido blanqueadas con lechada de cal. Nettie daría la anestesia y tomaría el tiempo, desde la primera incisión hasta el cierre de la herida. La rapidez, al realizar una anastomosis, era lo más importante.

Rápidamente J. B. incindió la pared abdominal y expuso la vesícula biliar del perro. Se había planteado la hipótesis de que el paciente tenía una obstrucción que impedía el pasaje normal de la bilis, a través del conducto colédoco, hasta la primera porción del intestino. Su plan, previamente manifestado, consistía en anastomosar la vesícula biliar directamente a la primera porción del intestino delgado. Mientras Hartmann sostenía los separadores y Witwer le alcanzaba

los instrumentos, J. B., con dedos hábiles, introdujo las dos mitades del botón, las conectó, y cerró la herida con rapidez. Con la mirada ansiosa, volvióse hacia Nettie e inquirió:

—¿Cuánto tiempo?

—¡Dieciocho minutos!

—Mejor de lo que yo creí.

—Es maravilloso.

—Será más fácil en el hombre, porque los órganos son más grandes.

—Roguemos por el éxito —dijo Nettie—.

—Nuestro enfermo necesita buenos cuidados post-operatorios. Todo debe marchar bien.

Ningún paciente fué mejor cuidado. La señora de Murphy cuidó de aquel perro como si fuera uno de sus propios hijos. Día tras día vigiló al animal. Éste se encariñó tanto con Nettie que la seguía por todo el laboratorio, dando muestras de alegría por haber sido adoptado por la familia Murphy. Aumentó de peso desde los primeros días. La esperanza de todos iba en aumento. En el décimooctavo día después de la operación, el botón fué expelido. Nettie lo mostró triunfante a J. B. cuando éste regresó a su casa. Se abrazaron y por un largo rato permanecieron así, sin decir palabra. Ambos comprendían lo que esto significaba.

Confiado ya en la seguridad del método, J. B. realizó, seis días después, una operación similar en un enfermo del County Hospital. Nettie esperaba ansiosa en casa las noticias. La intervención había sido practicada en sólo once minutos, siendo así que con anterioridad una operación semejante requería horas, aun

en manos de los más diestros cirujanos. Correspondía ahora acumular datos de más experimentos, de más operaciones, e interesar en el asunto a otros cirujanos. Triunfalmente corrió a su casa.

—Si yo puedo demostrar a los colegas de que el método es realizable en manos de cualquier cirujano competente, nuestra posición será más fuerte.

Con esta convicción, trabajó continuamente desde junio a diciembre; operó sin descanso cuanto caía en sus manos; experimentó el uso del botón en anastomosis intestinales, términoterminal y términolaterales, y en cortocircuitos gastrointestinales. Demostró, en veinticinco animales, que las anastomosis del tubo gastrointestinal podían realizarse rápidamente, con seguridad y sin peligro. En sus esfuerzos para interesar a otros médicos, escribió a su viejo preceptor el doctor Reilly. El anciano médico lo invitó a Appleton para hacer demostraciones de su método. J. B. aceptó y se dirigió a su pueblo natal en el mes de setiembre de aquel año, y realizó una anastomosis términoterminal en el intestino de un perro. Su madre cocinó especialmente un pollo para su comida; vió y habló con algunos viejos amigos. Fué con gran orgullo que el doctor Reilly transmitió a "Johnny" que, examinado el intestino del perro, dos semanas después de la operación, la unión era perfecta y la luz completamente normal, sin que el tejido cicatrizal hubiera producido estrechez.

Murphy publicó en el número de diciembre de 1892 de *The Medical Record* los resultados de sus experimentos y operaciones en animales, bajo el título de: "Anastomosis colecistointestinal, gastrointestinal, enterointestinal y aproximación, sin suturas". Señalaba

algunos hechos prominentes: 1º, que el botón difiere de otros métodos, en que conserva su posición automáticamente; 2º, que esto era absolutamente independiente de suturas; 3º, que el perfecto afrontamiento de las superficies estaba asegurado sin el peligro de los desplazamientos; 4º, que se producía una cicatriz lineal, lo que aseguraba un minimum de retracción; 5º, que la extrema simplicidad de la técnica, hacía de este método un instrumento seguro de trabajo en manos de cualquier práctico, aun cuando no fuese un diestro cirujano.

Fácil es comprender que no había error en cuanto a la importancia de la contribución debida a Murphy, si se tiene en cuenta que, hasta que él preconizó el uso del botón, se habían publicado únicamente once casos en los que se hubiera intentado unir la vesícula biliar al intestino, con el objeto de curar una obstrucción, y tan sólo cuarenta y siete operaciones con éxito, de escisión de la vesícula, operación tan común en nuestros días. Un capítulo completo de la cirugía había sido aclarado por Murphy, y en todas partes del mundo se intensificó el interés por la cirugía biliar e intestinal. El éxito de las operaciones de Murphy en casos realmente difíciles, y a los que la mayoría de los médicos habían considerado sin esperanza, se difundió a través del mundo quirúrgico. Su reputación creció rápidamente, y como su fama trascendiese en los periódicos, en los hospitales y en los hogares, su clientela privada aumentó sin límites. Si antes había trabajado extraordinariamente, azuzado por su ambición, ahora no tenía un minuto de descanso. Trabajaba de día y de noche; aquello parecía no tener fin. Llegó a un extremo tal

que Hartmann, Witwer y Nettie, debían hacer grandes esfuerzos para mantenerse a tono. Cierta día, Nettie le dijo:

—Usted no puede seguir así.

El contestó:

—Debo trabajar ahora, mientras tengo al mundo girando en torno mío; ahora debo trabajar. Después de un tiempo, cuando hayamos alcanzado la cima, descenderemos y tomaremos unas vacaciones.

—Prométamelo —dijo ella—.

Él se lo prometió y sonrió. Ella lo instaba siempre a que descansase, a que tomase vacaciones. Pero la verdad es que él prosperaba en el trabajo; por lo demás, la emoción, el drama, las candilejas lo estreñecían.

## 4

En medio de todo este trabajo, el consejo administrativo del hospital St. Joseph lo invitó a que ingresase en su cuerpo médico como jefe de la división de cirugía. Evidentemente, era un gran honor para un cirujano de treinta y cinco años.

—¿Aceptaré usted, J. B.?

—No lo sé, Nettie. ¿Qué cree usted que debo hacer?

Como siempre, tenía muy en cuenta el juicio de su mujer.

Le aconsejó la aceptación y él aceptó. St. Joseph era una institución católica y muchos de sus enfermos, especialmente los más pobres, eran católicos irlandeses. Él había estado siempre asociado al Cook County Hospital, una institución de caridad; y por eso Nettie pensó que sería mejor para él que estuviese agregado

a un hospital más próspero. Comenzó, pues, a prepararse para trasladar su campo de acción al hospital católico.

Repentinamente, y sin haberlo consultado, se anunció que Nicholas Senn, un cirujano más viejo y más experimentado, que fuera su principal en Rush, había sido designado jefe de los cirujanos en el hospital St. Joseph. De más está decir la desilusión de Murphy. En cierto modo Senn era su rival. Esta rivalidad provenía de las mofas de Senn, acerca del botón de Murphy.

Su viejo amigo Lee le aconsejó que se desvinculase del St. Joseph.

—Esta ha sido una treta de mal gusto —dijo el viejo—. Un hospital tan turbiamente administrado, no es digno de que usted trabaje en él.

—Haga de cuenta que nada ha sucedido —había aconsejado Nettie—. Los que pierden son ellos, no usted.

Pero J. B. había aprendido algunas cosas en treinta y cinco años. Sabía cómo zanjar una situación semejante.

—Iré a St. Joseph, como si nada hubiese ocurrido —dijo—. Inmediatamente que arregle las cosas, iré. Es un buen hospital, con muchas facilidades. Después de todo, es lo que deseo; no honores. Me presentaré allá y recibiré personalmente la nueva del superintendente, expresaré mis congratulaciones y preguntaré qué clase de arreglos han sido hechos para mí y mis enfermos.

¿No había sido acaso el gran principio filosófico de su madre: "Mátalos con amabilidad"?

La única cosa que molestaba a J. B., era que se le había dicho que el hospital prefirió a Senn por ser un hombre "más competente".

—No puedo dejar que tal concepto se mantenga incólume —dijo atusándose la barba—.

El día que se presentó en el hospital St. Joseph para hacerse cargo de su tarea, estuvo más encantador que nunca. No era con palabras con lo que iba a tomarse la revancha. Escuchó con cortés deferencia el discurso del superintendente, le dijo que no pensara más en el asunto y resolvió aparecer ante los ojos de todos y aún de aquellos que tenían poca vinculación con el hospital, y ante el propio doctor Nicholas Senn, como que él era el que más valía de todos, en todo sentido.

En poco tiempo Murphy tuvo más enfermos en el hospital que cualquiera de los otros tres integrantes del cuerpo médico. Hizo sentir su influencia en cada departamento, pero siempre sin decir una palabra. De una manera silenciosa, sonriente, llenaba de enfermos las salas y las habitaciones. Por el peso de este significativo aporte financiero para el hospital, se transformó en el hombre imprescindible para la administración. Su opinión era consultada siempre, cuando no en forma oficial por lo menos personalmente, por el contrito superintendente. Obtenía todo lo que deseaba. Lo que no le satisfacía era abolido.

Una de las cosas que quiso, con fines fáciles de comprender, fué un sistema de historias clínicas de cada caso quirúrgico. Quería que los resultados fuesen publicados y presentados a cada miembro del cuerpo médico del hospital, a fin de que cada cual pudiese comparar su propia mortalidad operatoria con aquella

de sus colegas. Naturalmente fueron muchos los que se opusieron con vehemencia. Se quejaron de que se trataba de una práctica desleal y extraña a la ética. Pero J. B. insistió en su propósito y el superintendente estuvo de acuerdo en considerarla como una iniciativa de progreso, por lo que fué aceptada. Murphy estaba en el camino de su revancha.

## CAPÍTULO XII

### VIAJE TRIUNFAL

#### I

Truax, Green y Compañía fabricaban botones de Murphy y los vendían a todos los cirujanos del país. Aunque de mala gana, los cirujanos conservadores del este admitían también que el método era digno de ser tomado en cuenta. Se hablaba de él cada vez más en todas partes. Se comenzaba a aceptar que Murphy había contribuido con una conquista de gran valor para la humanidad.

Nettie insistía en la conveniencia de unas vacaciones, hasta que finalmente J. B. aceptó ir a Florida, para escapar a un mes tan desagradable como marzo. Inmediatamente ella compró los pasajes y preparó su equipaje, antes de que él pudiera arrepentirse. La esposa de su asistente Hartmann estaba enferma y J. B. aducía que no debía quedar en otras manos; pero Nettie le hizo comprender que la señora de Hartmann estaba en vías de restablecimiento y que el doctor Lee, sin contar el propio doctor Hartmann, era bien competente para cuidarla.

Con todo, J. B., desde Jacksonville, envió a Hartmann algunos consejos:

“A pesar de que no he tenido ninguna noticia de su señora, pues el doctor Lee nada dice de ella en su tele-

## V I A J E T R I U N F A L

grama de ayer, estoy seguro que sigue bien. Usted debe procurar que permanezca en reposo hasta que se restablezca totalmente. Estoy preparando una comunicación que leeré en la Asociación Médica Americana. Debe ser muy precisa. Gozamos de muy buen tiempo, pero aún no hemos ido a pescar.”

El propósito de Witwer, que había decidido separarse para trabajar por su cuenta, lo tenía preocupado. J. B., antes de partir, había hecho un arreglo para que Witwer se hiciera cargo de la asistencia médica en casa de un pequeño industrial, pero Witwer al parecer no gustaba de esto y había decidido instalarse solo.

A su vuelta, plétórico de nuevas ideas y entusiasmo, se informó de que el doctor A. H. Ferguson, uno de los más antiguos y prestigiosos cirujanos de Chicago, convencido de la utilidad del botón, había operado un enfermo de cáncer de estómago y, después de extirparle el píloro, había practicado la anastomosis entre la porción remanente del estómago y el intestino, con un botón. J. B. se deleitó con la noticia.

—Este es el primer caso de esa naturaleza, en el que se haya usado nuestro botón —dijo satisfecho—; espero que ahora comenzarán a creerme.

Había terminado su trabajo para la Asociación Médica Americana y debió trasladarse a Milwaukee, sede de esa reunión anual para leerlo. Dicho trabajo se refería a los resultados obtenidos en veinte casos de anastomosis de la vesícula biliar y el duodeno, en los que había usado el botón con éxito. Su exposición y las conclusiones fueron recibidas con interés por la asamblea. Otro tanto ocurrió con un trabajo publicado posteriormente en el *North American Practitioner* titu-

lado: "Investigación original en cirugía abdominal. Aproximación ideal de vísceras abdominales, sin sutura". Tanta importancia se atribuyó a los resultados obtenidos, que la Academia de Medicina de Nueva York lo invitó a dar una conferencia. Aceptó y se convino en que la conferencia tendría lugar el 7 de diciembre de 1893.

Fué solo a Nueva York, pero bien aleccionado por su esposa. Nettie, que tenía en gran valía esa clase de invitaciones, le recordó que los del este eran reservados y suaves; que también él debía serlo, si deseaba impresionarlos bien; especialmente debía poner todo su empeño en hablar pausada y suavemente, desde que todavía tenía dificultad para controlar su emoción y su voz.

Está probado que en aquella oportunidad habló con diplomacia, debido probablemente al consejo de Nettie.

—Si algunas fases del tema de la anastomosis intestinal han sido tratadas un tanto precipitadamente —dijo al augusto auditorio a quien dirigía la palabra—, es porque los colegas que me seguirán en el uso de la palabra, con mayor experiencia en ciertos procedimientos, están en mejores condiciones que yo para ocuparse del tema desde un punto de vista práctico.

En boca de J. B., esta manifestación era realmente sorprendente. Era un dogmático, y rara vez dejaba hacer a otro lo que él podía hacer. Salvo que persiguiese un fin determinado, la modestia no le había sido, precisamente, un atributo personal.

La suerte corría delante de él y lo arrastraba en alas de la fama, y en pos de los honores y de la fortuna. Pero el más grande honor lo esperaba a su regreso de

Nueva York: una invitación como relator en el undécimo congreso médico anual internacional que debía realizarse en Roma, a fines de marzo. No dudó un momento en aceptar. Su mujer estaba radiante. El viaje significaba que J. B. estaría obligado a descansar. El 23 de febrero de 1894, sorprendió al doctor Murphy y señora en el Windsor Hotel, de Nueva York, camino de Europa. El fiel Hartmann quedaba solo, pero las instrucciones de su jefe le acompañarían con frecuencia. Ese mismo día Murphy le escribió:

"Querido doctor Hartmann:

"Hoy telegrafíé a Truax, Green y Compañía para que envíen al doctor Bryant un botón oblongo. Véalos y compruebe si han cumplido la orden. Mi trabajo sobre intestino no aparecerá hasta mayo. Comuníqueme esto inmediatamente al doctor Cleveland. Agregue en él todos los nuevos casos que se presenten antes de esa fecha. Si son casos de intestino, inserte la historia; si, por el contrario, son de vesícula, enumérelos únicamente. He sabido aquí de dos casos más, cuyos detalles completos le enviaré antes de partir. Hoy he visto a un grupo de colegas y he escuchado muchos comentarios acerca de mi trabajo. Todos ellos dicen que se ha operado un enorme cambio y que, salvo su fracaso, nada puede impedir la adopción universal del botón. Pero éste ha sido tantas veces ensayado que no debemos preocuparnos de semejante eventualidad. Es de lo más interesante observar cómo han cambiado las cosas."

Y al día siguiente:

"Querido doctor Hartmann:

"Cuando usted reciba las pruebas del artículo sobre apendicitis, para corregirlas, incluya lo siguiente bajo el epígrafe: *Sintomatología de los cuatro síntomas cardinales*. No mencionaré muchas otras manifestaciones de esta enfermedad; prefiero remitirme al excelente artículo sobre los aspectos

clínicos de la apendicitis, de George P. Shrady, publicado en el *Medical Record* de enero de 1894. Hay algunos errores en la historia de los cuatro o cinco casos del artículo sobre intestino. Lo corregiré y le enviaré una copia tan pronto desembarquemos. Usted deberá corregir el cuadro estadístico a fin de coordinarlo con el texto. Abbe hizo una colecistointerostomía hace tres días y el enfermo sigue muy bien. Hoy a la mañana lo acompañaré para verlo operar un caso de apendicitis y una cistotomía suprapúbica. Por el correo de hoy le envío los dibujos no utilizados en el artículo para el *Record*. Haga que Cleveland los incluya en su trabajo; que dibuje los otros y los publique todos. El doctor Abbe hizo una colecistointerostomía, con éxito, hace tres días. El doctor Mc Burney hizo otra. En el primer caso que yo operé delante de él, el botón fué eliminado a los nueve días. Está muy entusiasmado con el botón."

Cuando llegó a Roma, J. B. temía que el trabajo que había leído en la academia de medicina de Nueva York fuese publicado en una revista que el doctor Cleveland dirigía en Chicago, antes de su reproducción en el órgano oficial de la Sociedad Neoyorquina. Esto lo preocupó considerablemente, como se comprueba con la carta que escribió a Hartmann tan pronto como desembarcó. Si esto ocurría, sería considerado como una afrenta para los cirujanos del este, cuyo apoyo ansiaba obtener, en vista de que la mayoría de sus colegas de Chicago le eran indiferentes, cuando no hostiles.

La maledicencia que tantas veces se ensañó con él, no había disminuído con el éxito del botón; por el contrario, había aumentado. Sus colegas decían ahora que J. B. había robado a Denans la idea del botón; que cuanto se había hecho era obra de Hartmann; que (éste era el último y más difundido de los rumores)

él operaba cuanto caía en sus manos, sin preocuparse del diagnóstico; y que en sus publicaciones sólo incluía los casos felices. J. B. conocía todo esto y se defendía ante Hartmann diciendo que los fracasos se debían a errores de técnica de parte del cirujano y no a falla del principio de la anastomosis por el botón.

Algunos hechos demuestran que los rumores tenían fundamento. En una carta fechada en Roma el 18 de marzo de 1894, escribía:

"Querido doctor Hartmann:

"...Tan pronto como usted reciba las pruebas, de Nueva York, agregue los casos que tenga desde mi partida. Si el caso de Abbe termina fatalmente, como yo lo temo, por los datos que él me envió —la bilis empapa el drenaje desde el primer día— ello demuestra, evidentemente, que ha habido un defecto en la anastomosis; tal vez hizo una abertura demasiado grande o no conectó adecuadamente el botón. Pensando en lo que él dijo, yo no incluiría éste entre los casos que serán publicados; incluya, en cambio, todos los otros. Cleveland no debe publicar mi trabajo antes de que aparezca en Nueva York. Si esto ocurriera, sería para mí una calamidad que nada podría rectificar.

"Le agradecería que me enviara los detalles del caso del doctor Burkhart, por si yo necesitara referirlo en Londres o en París. Hágame el favor de telefonar al doctor O. L. Schmidt de que no podré dar la conferencia antes del primero de junio, pues recién estaré de regreso alrededor del 7 de mayo. Nos han interesado mucho sus noticias acerca de los niños; mi mujer dijo que eran más interesantes que una docena de "casos de botón".

"No me he ocupado para nada de medicina. He empleado la mayor parte del tiempo en ver cosas y descansar, y sólo he conseguido esto mismo a medias. Desistimos de nuestro viaje a Egipto, pues no regresaría a tiempo para mi relato y además porque todos dicen que el viaje es demasiado penoso. Por todo lo que he oído, parece que el

Congreso va a ser un éxito; todos los países están bien representados. Hay arriba de tres mil trabajos y alrededor de ocho mil habitaciones pedidas; como podrá imaginarse, esto es promisor. La ciudad está tan concurrida que no sé cómo van a poder manejarse con tanta gente. En todas partes oímos las más grandes alabanzas de la feria mundial de Chicago. Siento mucho no poder referirme a todo lo que ya hemos visto; sería imposible. Vimos Gibraltar; Argel, superficialmente, y Nápoles, a fondo. Ahora estamos conociendo Roma, sin perder detalle."

¡Trabajos, trabajos, trabajos! En otras cartas él habla de trabajos, pruebas, dibujos y planes para más trabajos. El congreso estaba en sesión el 30 de marzo y durante una de las reuniones escribió a Hartmann:

"Mi querido Hartmann:

"Estoy frente a un hombre que habla en italiano, y como no puedo entender una palabra me decido a escribirle unas líneas. El congreso se abrió ayer con una enorme concurrencia cuya ubicación no fué debidamente prevista; nosotros tuvimos suerte y conseguimos un buen lugar para presenciar la ceremonia. El Rey y la Reina abrieron el acto. Vimos a las más grandes lumbreras médicas de Europa. Virchow hizo el discurso de apertura. Por la tarde el presidente designó presidentes honorarios de la sección cirugía, a representantes de distintas nacionalidades.

"Alemania, von Bergmann; Suiza, Kocher; Irlanda, Stokes; Inglaterra, Sir William Mc Cormac; Austria, Mickulicz; América, Murphy; Escocia, Mc Ewen. Usted se puede imaginar mi sorpresa a la vez que mi satisfacción por la inclusión de mi nombre en ese grupo. Era sin duda un gran honor, especialmente porque apenas si existía alguien que me conociese. Pero después de la sesión descubrí que muchos conocían el botón y que no menos de diez lo tenían en sus bolsillos. Mañana por la mañana leeré mi trabajo; me han prometido un enfermo para operarlo antes de la clausura del congreso."

Aunque jamás fué buen orador, y en ocasiones lo fué malo, nunca J. B. estuvo mejor que delante de aquel grupo de distinguidos cirujanos; Nettie figuraba en el auditorio. No obstante que muchos de ellos no comprendían inglés, el dinámico entusiasmo del joven americano impresionó profundamente a sus colegas de otras nacionalidades. Fué asediado con invitaciones para hablar en las sociedades de cirugía de todo el continente, algunas de las cuales aceptó. Especialmente se sintió muy satisfecho cuando fué solicitado para hablar en Berlín, porque estaba familiarizado con el idioma y porque necesitaba una excusa para visitar Alemania, donde tan gratamente había pasado algunos meses cuando más joven. Después de hablar ante la Deutsche Gesellschaft für Chirurgie fué designado miembro honorario de la misma. Mientras estuvo en Berlín, visitó varias clínicas quirúrgicas y en diferentes ocasiones operó, con el objeto de mostrar su técnica. Desde allí el matrimonio Murphy se dirigió a París, donde la academia de cirugía se disponía a discutir el tema "Sutura Intestinal"; el botón sería, pues, un tópico apropiado en aquel debate.

J. B. fué presentado a la sociedad y elegido miembro honorario extranjero. En una carta dirigida a Hartmann, J. B. hacía un comentario al respecto:

"Durante mi presentación, el presidente ponderó desmedidamente el botón; en síntesis, aquello me resultó un momento agradable."

Desde Francia cruzaron a Inglaterra, para visitar a Berkeley Moynihan y a otro cirujano menos célebre que había publicado en *The Lancet* un caso en el que, después de reseca siete pulgadas de intestino delgado,

por un sarcoma, había realizado la anastomosis por medio del botón. Después de entrevistarse con este colega, J. B. informó a Hartmann:

“Es un hombre muy bueno que ha trabajado mucho en este tema y está más que satisfecho con el botón.”

Como lo había sido en todo el continente, la recepción de Murphy en Inglaterra fué calurosa y entusiasta. Su gira resultó una marcha triunfal a través de los más reputados centros quirúrgicos del mundo, sin que ninguna voz discordante se elevase en contra de sus resultados clínicos o experimentales. Recordando el consejo de Lee, acerca de cultivar una reputación en el extranjero, J. B. realizó un verdadero esfuerzo en cimentar amistades en todas partes. El joven Hartmann, acosado por instrucciones y órdenes, se desempeñó sin amilanarse como agente de publicidad de su héroe; sin pérdida de tiempo difundió todas las noticias acerca de los honores discernidos a J. B. Ningún otro cirujano en Chicago, excepto Senn, había sido puesto al mismo nivel que von Bergmann, Kocher y Mickulicz.

J. B. podía ahora despreocuparse de que sus colegas de Chicago envidiaran sus éxitos y lo criticaran abiertamente, tildándolo de oportunista, desprovisto de real honestidad científica. A su regreso encontróse con más enfermos que nunca, pero al propio tiempo con una hostilidad profesional que él no titubeó en calificar de envidia. Su viejo amigo el doctor Lee, seriamente preocupado, y con su habitual tacto, conversó con J. B. acerca de los casos relatados.

—La crítica más seria, J. B., consiste en que sus colegas piensan que los resultados publicados son dema-

siado buenos para ser ciertos. Usted no ha registrado ningún fracaso, ni en sus propios enfermos, ni en aquellos operados por otros cirujanos.

—Permítame, doctor Lee; yo pretendo divulgar un método rápido y seguro para practicar una anastomosis intestinal; no es justo que el método cargue con los errores de técnica cometidos por cirujanos que pudieron evitar los fracasos, si previamente hubieran experimentado en animales o practicado en cadáveres.

Todo esto era cierto, pero sus críticos no tardaban en redargüir: J. B. pudo muy bien publicar todos los casos y dejar que sus colegas juzgasen por sí mismos. En presencia de estos hechos ¿cómo podía Lee, su buen amigo, concretar y expresar sin perifrasis, los temores que lo asaltaban respecto de su joven amigo? Atenta su idiosincrasia, tan sólo acertó a decirle:

—Recuerde, J. B., que nada puede impedir la adopción universal del botón, excepto su propio fracaso.

Finalmente J. B. se había expuesto a una crítica justificada. Cuantos estaban contra él y contra su creciente fama, tenían ahora dónde cebarse. Poco tiempo después, debía exteriorizarse la quintaesencia de la emulación de un hombre más viejo, que sentía la presión de aquel rival joven que aspiraba a sus honores y a su clientela. Nicholas Senn, elegido presidente de la Asociación Médica Americana, pensó que finalmente su posición garantizaría la exposición de sus convicciones. Estaba dispuesto a decir lo que pensaba acerca de este jovencito, según él faltó de ética y deshonesto oportunista, que hacía más daño que bien a la profesión y a la humanidad. En un artículo que leyó al hacerse cargo de la presidencia de la asociación,

Senn hizo una minuciosa revisión de la historia, de la técnica y del estado actual de la anastomosis intestinal. Nadie, probablemente, en los Estados Unidos, estaba tan bien capacitado como él para hacer una revisión crítica del tema. En su discurso Senn se refirió extensamente al botón de Murphy y señaló que, no obstante ser un implemento muy ingenioso, su mecanismo no significaba un progreso en relación con los anillos inventados y usados por Denans, hacía más de medio siglo. En su opinión, un cuerpo extraño tan grande, dejado en el intestino, podía fácilmente transformarse en una fuente de peligro, en su curso hacia el exterior.

—¿Quién garantizaría —dijo ante los miembros de la sociedad— que los objetos metálicos no perforarán el intestino? Los instrumentos, suturas y ligaduras usados para conseguir la continuidad de un intestino herido o seccionado, deben ser considerados como una fuente de peligro. Es imposible obtener una necrosis aséptica en el interior del intestino, y el tejido muerto, lleno de microbios patógenos, constituye siempre una causa de complicaciones. Es fácil producir gangrena, pero nosotros no tenemos poder suficiente para limitar su extensión en esa zona. El área limitada de tejido vivo, puesta en contacto por fuera de los anillos del botón de Murphy, no siempre será suficiente para proteger la cavidad peritoneal contra la perforación y su consecuencia inmediata, la peritonitis séptica. Yo conozco numerosos casos en los que las partes aproximadas por el botón de Murphy fueron halladas completamente separadas en la autopsia. Como medio de unión término-terminal del intestino, el botón de Mur-

phy es evidentemente inferior al procedimiento de Denans, porque la luz de la parte conectada no es lo bastante ancha para el desagüe temporario del contenido intestinal que se encuentra por encima de la anastomosis. El tamaño del botón es también un serio inconveniente. He operado obstrucciones intestinales producidas por cálculos biliares cuyo diámetro era inferior a una pulgada de diámetro, y que sin embargo habían bloqueado la última porción del ileon; otros cirujanos podrán recordar casos similares. Keen relata la autopsia de un caso de tumor maligno del colon, en el que había practicado una anastomosis utilizando un botón de Murphy de una pulgada de diámetro. El enfermo sobrevivió cuarenta y siete días a la operación; la luz del intestino al nivel de la anastomosis se había reducido a la mitad de su diámetro normal, por retracción, durante ese lapso de tiempo. Si esta alerta de un cirujano tan eminente simboliza el veredicto final de la ciencia, respecto del uso del botón anastomótico, esto significa que nunca deberá usarse para una aproximación término-terminal.

Las conclusiones de Senn fueron muy tenidas en cuenta por los médicos de todo el país y particularmente por los de Chicago.

Aquellos que no simpatizaban, desconfiaban, o envidiaban a Murphy, fueron los primeros en aplaudir. Después de todo, Senn estaba ya consagrado; no era un curandero, ni un inventor de botones; era un cirujano de brillante técnica. Como médico, durante la guerra civil, había adquirido una gran reputación; había sido aclamado como una figura internacional, en mérito a la presentación de sus clásicos experimentos

sobre peritonitis, ante el congreso médico internacional de Moscú. Mientras el metódico y cuidadoso Fenger necesitaba de dos a tres horas para extirpar las glándulas tuberculosas del cuello, Senn completaba la disección de las mismas en menos de treinta minutos. Era no solamente el primer cirujano de Chicago, sino también el más famoso maestro de cirugía en el centro-oeste; sus lecciones eran muy concurridas, tanto por colegas como por estudiantes. Y sin embargo, como prueba de su negligencia mientras operaba, sus ex-internos referían que, cuando mostraba sus casos en la clínica, exprimía el pus y agregaba: "Tan sólo un poco de secreción en una herida curada por primera".

Senn había ideado, usado y desechado discos de hueso para anastomosis gastrointestinal y era un enérgico defensor de la anastomosis por medio de suturas. Invariablemente, cuando su instrumentadora le alcanzaba un botón de Murphy esterilizado, en vez de usarlo Senn lo arrojaba teatralmente por el suelo, antes de proseguir la operación. Esta pequeñez de Senn revela la verdad: su campaña contra el botón de Murphy, era realmente una campaña contra Murphy. Senn utilizó sus lecciones y su posición como presidente de la Asociación Médica Americana para disminuir y desacreditar a Murphy, a propósito del famoso botón. Decir que la influencia de Senn era grande, es poco decir. A través de las páginas de *The Journal of the American Medical Association*, llegaba a todos los países del mundo civilizado. J. B. que lo sabía, se sentía herido, pero nunca se rebajó quejándose públicamente de los ataques que le eran dirigidos. Nettie era el único ser viviente ante quien él daba rienda

suelta a sus sentimientos. Sus heridas, su depresión y su enojo, eran revelados en casa, y ella hacía todo cuanto estaba a su alcance para levantar su moral y para estimular su confianza en sí mismo. La tarea ofrecía dificultades con frecuencia, porque J. B. ansiaba terriblemente ser querido, admirado y respetado; y sin embargo, hasta sus colegas más próximos murmuraban contra él. De nada valían su contracción al trabajo y su permanente sonrisa; en todas partes se enfrentaba con un hecho evidente: los médicos de Chicago no le querían. Nettie le recordaba el evangelio de Cristo, según San Mateo: "Nadie es profeta en su tierra". Ella lo impulsaba a edificar su reputación en cualquier otra parte, señalándole que el reconocimiento de su trabajo no vendría, precisamente, de aquellos con quienes competía. Pero durante este período de su existencia, y a pesar de tan buenos consejos, J. B. vivió sin consuelo y melancólico. Todo lo que podía hacer para desechar esa pesada sombra lo su imaginación era trabajar, y trabajó como nunca lo había hecho antes. De la mañana a la noche se lo pasaba operando y visitando enfermos; por la noche invitaba a sus asistentes a su laboratorio, para seguir trabajando. El ritmo era terrible y el joven Hartmann cayó rendido por el esfuerzo. Cuando llegó el verano, se encontraba físicamente arruinado. J. B. lo envió a Colorado Springs para que el bueno y fiel Hartmann tomase un descanso. En agosto de 1894, J. B. y Nettie fueron a Manhattan Beach, para descansar unos pocos días y para tener oportunidad de visitar las clínicas de los cirujanos de Nueva York, particularmente la de Joseph Price. Murphy seguía el consejo de su esposa,

de procurarse reputación fuera de Chicago. Su espíritu se reconfortó con la llegada a Nueva York, como lo demuestra una carta dirigida a Hartmann:

"Mi querido Hartmann:

"Llegamos aquí ayer y nos preparamos para gozar unos pocos días de descanso. Encuentro que mi mujer está mucho mejor desde que llegamos. Confío en que usted lo pasa bien y recupera sus fuerzas día por día.

"Todo estaba bien cuando dejé Chicago. Hice dos laparotomías el sábado y otra el viernes. Todos casos buenos que andarán bien. El apéndice tifoideo iba muy bien cuando partí y creo que esa señora se curará; ¡pero qué momentos me hizo pasar! ¡No quisiera muchos de esos casos, si es que he de vivir mucho y feliz!

"El profesor Knox, de Glasgow, estuvo conmigo el sábado. Le dejé hacer todas las anastomosis con el botón; empezamos a las ocho de la mañana. Luego le hice visitar el Cook County y más tarde el Saint Joseph; allí, hice una laparotomía (quiste del mesenterio) en dieciocho minutos. Finalmente le mostré todas mis laparotomías del hospital; en total once. Esto provocó en él una exclamación: "Por Dios, doctor Murphy, ¿trabaja usted del mismo modo todos los días? ¿No hace otra cosa que laparotomías? ¿De dónde las saca?"

"Tenía que hacer todavía otra laparotomía en Avenida Esmeralda 3200, pero él estaba agotado y se excusó. Era un piosalpinx adherente con un enorme absceso en el ligamento. Lo suturé a los labios de la herida y esperé cuarenta y ocho horas. El médico de cabecera insistía en que era seroso, porque la mujer no tenía temperatura. Tomé una jeringa, puncé, la saqué llena de pus y se la puse cerca de las narices para que la oliese bien; abrigó la esperanza de que se acordará del olor por mucho tiempo.

"Descansaré aquí unos pocos días y luego iré a Nueva York a fin de visitar a Joseph Price. Usted debe acostumbrarse a la idea de que no regresará a Chicago por lo menos en cinco o seis semanas."

¿Cuál fué el valor del botón de Murphy en cirugía? Hasta que Murphy apareció, se habían hecho muchos ensayos para simplificar las suturas gastrointestinales. Aun cuando Murphy hizo uso del principio de Denans, él y no Denans fué el iniciador de la simplificación en la técnica de la anastomosis, tal cual se practica hoy día. El invento de Murphy, no solamente alentó a los cirujanos en gran número para intervenir en las enfermedades del tubo gastrointestinal, sino que al mismo tiempo obligó al grupo de cirujanos que le era desafecto, a trabajar sin descanso hasta descubrir un método mejor de anastomosis por medio de suturas. Por este motivo, puede afirmarse que Murphy, al iniciar esta guerra técnica, hizo tanto o más que su botón por colocar a la cirugía intestinal sobre sólidas bases. Casi todos los cirujanos tomaron partido y todos operaron con el mayor empeño, a fin de demostrar que estaban en la verdad. Cada uno trataba de justificar su propia opinión.

No es posible juzgar las ventajas o desventajas del botón anastomótico, en relación con los resultados actuales, y el alto nivel alcanzado por la técnica quirúrgica. Debe juzgarse en relación con la obscuridad reinante en 1890, cuando casi nada se sabía de operaciones abdominales. Como resultado de innumerables contribuciones de diverso origen, las suturas intestinales con seda y catgut son actualmente seguidas de éxito y, hasta cierto punto, el botón ha pasado de moda. Hasta cierto punto, porque aún hoy los más diestros cirujanos recurren al botón de Murphy, cuando la situación requiere una simple y rápida anastomosis, imposible de obtener por medio de suturas.

## CAPÍTULO XIII

### EL NEUMOTÓRAX ARTIFICIAL EN LA TUBERCULOSIS PULMONAR

#### I

Una vez más la tragedia entró en casa de los Murphy. Los tres niños enfermaron de sarampión; en Jeannette, de cinco años de edad, sobrevino una neumonía y murió a pesar de los empeños y de la ciencia de J. B. Para agregar una nota macabra a la tragedia, mientras J. B. y Nettie estaban en el cementerio, la gobernante de la niña fallecida robó las ropas de ésta y desapareció.

La casa de la calle Throop, regalo de bodas de sus padres, transformóse para Nettie en un constante recuerdo de todo cuanto había sufrido en ella. Mientras viviese dentro de esas paredes que le eran tan familiares, recordaría que allí había perdido a su primogénito y a su pequeña Jeannette. Pero de tal modo había subordinado su vida a la de su marido, que hubiera soportado su dolor, sin decir palabra, si J. B. no hubiese recibido el ofrecimiento de una cátedra de clínica en la escuela médica de Northwestern University y una invitación para formar parte del cuerpo médico del Mercy Hospital. La invitación había venido por conducto de Christian Fenger, jefe del departamento de cirugía en Northwestern. Fenger deseaba tener la

## EL NEUMOTÓRAX ARTIFICIAL

colaboración de J. B. en la escuela, y sus enfermos, en el hospital.

A manera de aliciente, para obtener una respuesta afirmativa, Fenger prometió que J. B. le sucedería como jefe del departamento. No obstante sentirse inclinado a aceptar el ofrecimiento de su amigo, J. B. lo pensó mucho antes de resolverse. A nadie admiraba más que a Fenger; con nadie trabajaría con más gusto. Sus colegas del Saint Joseph nunca habían sido afectuosos con él; todavía no se había aclimatado allí; pero un cambio completo de escenario necesitaba deliberación y mucha reflexión. Cuando Nettie supo de la invitación de Fenger, instó a J. B. para que aceptase, calculando que sería más feliz en un nuevo ambiente.

Además, Mercy era el hospital más antiguo de Chicago y el más renombrado en el centro-oeste. Fundado en 1850, bajo el nombre de Illinois General Hospital of the Lakes, empezó a decaer inmediatamente. En 1851, las Hermanas de Caridad, orden católica, se hicieron cargo de la institución, aumentaron el número de camas, y bajo el nuevo nombre de Mercy Hospital lo hicieron prosperar.

Convencida Nettie de que en definitiva J. B. aceptaría trabajar al lado de Fenger, dejó sabiamente que aquél se decidiese espontáneamente y se dedicó a buscar casa. En la Avenida Michigan, justo al sur de la calle 31, encontró una finca conveniente y recién entonces comenzó a hablar de arrendarla. Hizo notar que un cirujano prominente debiera tener una dirección aristocrática y que la calle Throop había desmejorado, a partir del momento en que la gente de nota

había comenzado a mudarse hacia la parte sur de la ciudad, siguiendo el ejemplo de los Mc Cormick, los Cudahy y los Marshall-Fiel.

J. B. la escuchó y fué con ella a ver la nueva casa. Pero aun después de haber convenido en que se trataba de un hermoso lugar, no se declaró convencido de que debiera mudarse, ni de que él debiese abandonar el Saint Joseph. Hacía sólo dos años que el pánico financiero de 1893 había pasado, y el recuerdo de aquellos desagradables días todavía lo preocupaban. Los bancos habían quebrado; las fábricas se habían cerrado y cientos de jornaleros habían quedado sin trabajo. Pensaba que no se justificaba el dispendio, por lo que podría resultar una prosperidad prematura.

Sin dejar traslucir su íntimo deseo de mudarse, Nettie insistió sobre la conveniencia de una vecindad selecta y distinguida y sobre lo que significaría para J. B. trabajar con Fenger. Finalmente consiguió acallar las objeciones de J. B. y éste la autorizó para alquilar la casa de la Avenida Michigan, aunque esto pudiese conducirlos a la ruina.

Alegremente Nettie se dispuso al trabajo de decorar y amueblar el nuevo hogar. J. B. no había prometido abandonar el Saint Joseph, decisión que se dejaba para más adelante. Mientras los pintores trabajaban, mientras se hacían los cortinados y los tapiceros se ocupaban de los muebles, ella conferenció secretamente con Fenger acerca de la instalación de un laboratorio para J. B., en el establo. Siguiendo las indicaciones de Fenger, y sin dejar que su marido sospechase que ella se ocupaba de algo más que de la casa, equipó el lugar

tan bien como el mejor de los laboratorios de los "medical college" de la ciudad. Luego, cuando la instalación de la casa tocaba a su fin, ella persuadió a J. B. de que la llevase por dos semanas a Florida. No obstante las precauciones que invariablemente adoptaba, J. B. no había escapado al resfrío. El viejo espectro de la tuberculosis volvió para atemorizarlo, y la idea de Nettie de ir a Florida, donde brillaba el sol, le pareció excelente. Mientras estaba en Florida resolvió aceptar la invitación de Fenger, de vincularse a la facultad de Northwestern University, y de hacer del Mercy Hospital su hogar profesional.

La nueva casa estaba lista, esperándolos a su regreso de Florida. A pesar de que él todavía opinaba que cien dólares mensuales era un alquiler exorbitante, J. B. no tuvo más remedio que admitir que era una casa acogedora. Más grande que la de la calle Throop, tenía amplias habitaciones para el servicio, dos baños, un hermoso establo y estaba rodeada por las casas de las familias más prominentes de Chicago. Cinco minutos de viaje la separaban del Mercy Hospital. Lo mejor de todo era el laboratorio. Realmente, su esposa era una mujer maravillosa.

Ahora comenzaba un nuevo ciclo de su vida.

Si había pensado que una vez trasladado al Mercy Hospital escaparía a sus detractores, J. B. era más que optimista. Tan pronto como concentró todos sus enfermos en el Mercy, comenzaron nuevos rumores de envidia y de despecho. Mientras las Hermanas veían en este irlandés enérgico grandes posibilidades y crédito definitivo para su hospital, los otros miembros del cuerpo médico, a excepción de Fenger y de Morgan

—un buen cirujano, poco mayor que J. B.— comenzaron a amargarse y a susurrar. En aquellos días, la posición de un médico se calculaba de acuerdo al número de sus enfermos y de acuerdo a las entradas que producía al hospital en que trabajaba. De la noche a la mañana, Murphy se convirtió en la persona más importante, y de acuerdo con su modalidad dogmática comenzó a empuñar el cetro. Es triste comprobar que, en vez de despertar el respeto que tanto anhelaba, su modalidad era tal que predisponía a sus colegas en contra. Algunos de ellos protestaron ante Fenger, de que la influencia de Murphy estaba creciendo demasiado rápidamente para el buen nombre del hospital. En su enojo, llegaron a sostener que el hombre con más enfermos no era necesariamente el mejor médico; agregaron que a menudo el médico del hospital que más contribuye a la difusión de los conocimientos hipocráticos, al progreso científico, y al entrenamiento de la juventud, representa poca cosa para los recursos del hospital, y sin embargo es él, hombre consciente, quien crea el mayor prestigio para la institución, prestigio que no puede esfumarse por la sola acción de un médico de mayor clientela.

—Usted se arrepentirá Fenger —le decían—. J. B. le quitará sus enfermos y su trabajo.

Pero la respuesta de Fenger fué característica de su nobleza:

—Nada me haría más feliz; soy lo suficiente inmodesto para creer que en algo lo he ayudado. Ustedes, señores, olvidan que Murphy tiene capacidad, energía y ambición, y también más enfermos que cualquiera de nosotros.

Interesado como estaba en el futuro de Murphy, Fenger dijo a J. B.:

—Doctor Murphy: usted ha adquirido reputación con sus experimentos en cirugía intestinal, con el botón anastomótico y con su hermoso trabajo sobre apendicitis. Usted no debería detenerse. Debería demostrar a sus colegas que usted es un cirujano capaz de hacer muchas otras cosas.

J. B. estuvo de acuerdo.

—Tiene razón, señor. ¡Todos los médicos saben, ahora, operar sus propios casos de apendicitis!

Y con esto comenzó el nuevo ciclo.

## 2

¿De qué asunto se ocuparía? La primera noticia que tuvo el mundo médico de sus nuevas inquietudes, se produjo el 15 de setiembre de 1896, cuando ante la asociación médica de Mississippi Valley, reunida en St. Paul, Minesota, leyó un trabajo titulado: "Cirugía del ganglio de Gasser, con demostración y relato de dos casos". La demostración consistía en una operación, practicada ante los miembros de la asociación, en un enfermo con neuralgia del trigémino. De este modo osaba invadir el sistema nervioso, en una época en que esta rama de la cirugía apenas si había sido abordada.

Cinco años antes, Edmund Andrews, de Chicago, había practicado la primera operación, en América, de extirpación del ganglio de Gasser, siguiendo la técnica de Rose, de Inglaterra. La operación era una de las más arriesgadas y difíciles, y alcanzaba una mortalidad de casi cien por ciento. Hartley en Nueva York y

Krause en Alemania, habían sugerido modificaciones que simplificaban considerablemente el procedimiento; pero aun así, era una operación formidable.

En la intervención que realizó ante sus colegas, J. B., con su modalidad habitual, destacó los peligros y dificultades de los procedimientos primitivos, y subrayó los jalones esenciales de la técnica. A pesar de que su intervención fué teatral y de que demostró habilidad quirúrgica y técnica adecuadas para vencer todas las dificultades de la que, en comparación con las de hoy día, debió ser una terrible operación, Murphy no agregó nada para el progreso del tratamiento quirúrgico del tic doloroso.

Pero no se ocupó solamente de neurocirugía. Posteriormente, el mismo año, presentó ante la Sociedad de Patología de Chicago, una enferma a la que había operado de un tumor fibroso del útero, complicado de embarazo. En una osada y espectacular operación, había expuesto el útero grávido, extirpado el tumor y reparado la incisión uterina, sin perjudicar al feto en lo más mínimo. Lo profundizaba todo y extendía rápidamente sus tentativas quirúrgicas a todos los campos.

En los comienzos de 1897 publicó un artículo sobre: "Resección de las arterias y venas heridas en su continuidad; sutura términoterminal". Más tarde en un trabajo extenso presentado ante el duodécimo congreso internacional de medicina, en Moscú, en agosto de 1897, sostuvo que el año anterior había realizado la sutura términoterminal de una arteria, operación que por primera vez se realizaba en el mundo. Había extirpado media pulgada de la arteria femoral, el vaso más

grande del muslo, y luego había suturado, cabo a cabo, los extremos seccionados.

El interés de J. B. por la cirugía vascular, había sido estimulado por un hecho ocurrido cuando trabajaba asociado a Lee. Un caso de aneurisma de la arteria carótida interna fué confundido con un absceso amigdalino. Creyendo abrir este último, el doctor Lee abrió el aneurisma. J. B. describió así lo que sobrevino después de la incisión: "Primero, unos pocos coágulos de sangre se desplazaron lentamente hacia afuera, y luego un poco rápidamente algunos otros; a continuación vino el torrente de la corriente arterial con toda la fuerza del chorro carotídeo. El paciente, ahogado en su propia sangre, luchó desesperadamente, mientras que un amigo que lo acompañaba huyó presa del pánico. Antes de que el doctor Lee pudiera socorrer al enfermo éste se había desangrado a blanco, y yacía muerto en medio de charcos de sangre que daban al consultorio el aspecto de un matadero después de la matanza".

Esto había impresionado mucho a Murphy; tanto o más que la escena ocurrida en el consultorio del doctor Reilly, muchos años antes. Por eso había decidido ocuparse del tema. Después de este dramático relato, J. B. refirió trece formas diferentes de tratamiento del aneurisma, seguida de una declaración según la cual ningún cirujano debería comenzar su práctica quirúrgica hasta no haber hecho un considerable acopio de experiencia en arterias y venas de animales. Evidentemente, no tenía intención de limitar su actividad al abdomen o a cualquier otra determinada región del cuerpo. Si esa había sido la impresión que dió en un prin-

cipio, se preocupaba de desvirtuarla. Estaba decidido a explorar todas las regiones del cuerpo humano, con la convicción de que un cirujano hábil debe abarcarlo todo. Fué en esta época que comenzó a ocuparse de las afecciones pulmonares. El consejo de Fenger le había sido de suma utilidad.

Frente a tan osadas e interesantes investigaciones clínicas y experimentales, los demás profesionales no podían continuar menospreciando a Murphy. Estaba abrumando a sus colegas con insospechadas iniciativas. Su persona podía no serles grata; el aire dogmático que trasuntaba su insoportable vanidad personal podía molestarles; pero no por eso podían dejar de tomar en cuenta sus importantes trabajos. No se podía dudar por más tiempo de que era un cirujano sorprendentemente diestro, de que era un hombre ingenioso e imaginativo, y de que, aun cuando su ética hubiera sido discutida, era un crédito para la profesión. Si no había manera de conocer sus estadísticas completas, puesto que él solamente publicaba sus éxitos, aun éstos eran lo bastante numerosos como para balancear sus debilidades personales.

Como consecuencia, debía llegar el momento en que la personalidad de J. B. fuese debidamente reconocida, como él había deseado, esto es, por sus colegas. El reconocimiento vino sin anuncio previo, en forma de invitación para pronunciar el discurso anual sobre cirugía, ante la Asociación Médica Americana, en la reunión que esta sociedad debía celebrar en Denver, en junio de 1898. Tenía cuarenta años. La invitación comportaba un singular honor para un hombre tan joven.

¡Al fin entraba en el redil! Su felicidad le recordó algunos versos de Kipling, que le eran favoritos (1):

La selva tiene ley, tan inmutable  
Y vieja como el propio firmamento;  
El lobo que la acata vive próspero  
El que la infringe muere, sin remedio.  
Vinculada a esa ley está la vida  
Como al tronco que ciñe, está la liana;  
La fuerza de la tropa está en el lobo  
Y la fuerza del lobo, en la manada.

Estaba radiante de alegría, pero trataba de no demostrarlo. Sin embargo, cuando estuvo a solas con Nettie, se despojó de toda presunción, olvidó su dignidad, su barba y su levita, y recorrió toda la habitación, bailando con ella.

—Yo sabía que un día tendrían que hacerlo —díjole ella—; yo lo sabía.

—Tendrá usted que venir conmigo, Nettie.

—No me perdería esto por nada del mundo, querido.

—Pasaremos unos pocos días en Springs, después de la reunión.

Ella frenó su brillante imaginación:

—J. B., usted debe preparar su discurso muy cuidadosamente. ¿De qué tratará?

(1) Now this is the law of the jungle  
As old and as true as the sky;  
And the wolf that shall keep it, may prosper,  
But the wolf that shall break it, must die.  
As the creeper that girdless the tree trunk,  
The law runneth forward and back;  
For the strength of the pack is the wolf,  
And the strength of the wolf is the pack.

En la redacción de su trabajo, J. B. utilizó su característico estilo de formular preguntas, para luego contestarlas.

De esta manera, agotó la literatura quirúrgica sobre tumores, abscesos, y gangrenas del pulmón. Luego se refirió a sus experimentos sobre extirpación de lóbulos pulmonares. Pero el tema principal, definitivamente dramático, a su manera, fué un procedimiento para el tratamiento quirúrgico de la tuberculosis pulmonar, con especial mención de los casos avanzados imposibles de curar por los medios naturales.

El procedimiento de Murphy era sorprendente; consistía en provocar el colapso de la porción abscedada del pulmón por la introducción de nitrógeno en la cavidad pleural; pero él no había sido el primero en proponer esta idea. En el caso del botón se había dicho que lo robó a Denans; en este caso se hablaría de Forlanini, un italiano.

El mismo Forlanini no fué el primero, no obstante que parece haber precedido a Murphy. En 1822 un escocés, James Carson, había sugerido curar las enfermedades pulmonares dejando entrar aire en la cavidad pleural, en procura del colapso del pulmón. Pero hasta la época de Pasteur se sostuvo que el aire, por sí solo, producía pus, de manera que la idea de Carson había sido descartada. Luego, con el progreso de los conocimientos acerca de las bacterias y de la asepsia, se pudo llenar la cavidad pleural con aire libre de gérmenes; y era natural, como consecuencia, que algún cirujano resucitara la sugestión de Carson. Evidente-

mente, fué Carlo Forlanini, en 1888, el primer médico que inyectó aire en el tórax de un enfermo tuberculoso, después de haber hecho experimentos en animales. Sin embargo, el enfermo en cuestión tenía, antes de ser operado, una colección de líquido en la cavidad pleural. Fué recién en 1892 cuando Forlanini colapsó un pulmón enfermo, por medio de la inyección de aire en una cavidad pleural, relativamente fisiológica.

En ese mismo año Murphy había observado que los tuberculosos con líquido en la cavidad pleural, mejoraban sorprendentemente. De esta observación clínica había deducido que la compresión del pulmón era el factor que actuaba favorablemente en el proceso curativo. En honor de la verdad puede, pues, afirmarse que Murphy y Forlanini alimentaron la idea inicial del procedimiento en la misma época. J. B. se interesaba en el problema de las enfermedades del pulmón desde 1891, cuando sospechándose tuberculoso había estado en Nueva México.

En su discurso ante la Asociación Médica Americana, en Denver, J. B. destacó el hecho básico sobre el que, según él, descansaba el principio de la cura de esas enfermedades.

“Dejad que las paredes del absceso se colapsen hasta vaciarlo totalmente y curará lo mismo que otros abscesos de la misma naturaleza; esta es, yo creo, la clave del éxito en el tratamiento de las cavidades pulmonares”. Su conclusión fué: “La tuberculosis del pulmón puede ser tratada de la misma manera que la tuberculosis de las articulaciones: por inmovilización y obli-

goso reposo fisiológico”.

Los experimentos de J. B. habían sido hechos con la

colaboración de Augusto Lemke, nuevo asistente que había agregado a su servicio. Lemke era un joven apacible, de ascendencia germánica, que había trabajado como interno de J. B. en el County Hospital. Se intimidaba siempre en presencia de Murphy y era un fiel e incansable trabajador, cuyas ambiciones personales nunca fueron más allá del privilegio de servir a su jefe.

Después de descartar muchos métodos, habían terminado por inyectar nitrógeno en la cavidad pleural, para comprimir el pulmón y obligarlo al reposo. En su relato J. B. demostró la practicabilidad del método, refiriendo su uso en ocho casos.

Hablaba de "defuncionamiento" y de "neumotórax terapéutico" refiriéndose a su método, el mismo que actualmente se designa con el nombre de "neumotórax artificial". Recomendó a los colegas reunidos en Denver que: "El pulmón debía quedar en reposo, de tres a seis meses, o aun más, según fueran los síntomas".

El discurso fué recibido con entusiasmo por la asamblea de médicos y cirujanos; hoy día se le considera como una pieza clásica en la literatura de la cirugía del tórax. Murphy lo leyó, en la mañana del 9 de junio; a renglón seguido, la asociación le tributó "un voto de aplauso por su interesante e instructivo relato".

Después de esto ¿sería posible que J. B. Murphy apareciese ante sus colegas y estimulase sus actividades con la presentación de nuevas teorías, sin dejar un mar de habladurías a su espalda? ¿Había escapado, finalmente, de la órbita de la calumnia? ¿Era ya lo bastante famoso, para estar por encima de las acusaciones?

Los colazos comenzaron al día siguiente, viernes 10 de junio de 1898. En la primera página de *Chicago Tribune* apareció un artículo al que, evidentemente, los editores le habían asignado tanta importancia, como a las electrizantes narraciones de la guerra hispano-americana. Estaba encabezado como sigue:

#### DICE QUE CURA LA CONSUNCIÓN.

El doctor J. B. Murphy, de Chicago, habló ante la Asociación Médica Americana en Denver.

#### CÓMO TRATAR EL PULMÓN.

Colapsa el órgano con gas nitrógeno inyectado por medio de una aguja en la cavidad pleural.

#### RÁPIDO ÉXITO EN CINCO CASOS.

LA NATURALEZA USA LA EFUSION PLEURAL PARA CURAR EL ÓRGANO ENFERMO MIENTRAS ÉSTE QUEDA EN REPOSO, AJENO A SU TRABAJO.

#### LOS ENSAYOS COMENZARÁN EN EL COUNTY HOSPITAL.

El artículo continuaba en la página siete a dos columnas, donde se incluía una fotografía de Murphy, también a dos columnas. Su manuscrito estaba extensamente reproducido y el artículo terminaba con la descripción detallada del laboratorio experimental instalado en el piso superior del establo, detrás de su residencia. Un apéndice del artículo hablaba de la tuberculina de Koch y del aspecto microscópico del organismo que producía la tuberculosis.

Los médicos de Chicago se sintieron ofendidos por la prominente publicidad otorgada al relato de Murphy, no obstante la importancia del mismo. Todavía, en la actualidad, se oyen comentarios acerca de la con-

moción que ella produjo. Se exageró tanto, que hasta llegó a decirse que, debido a un cambio en el programa de la asamblea, el artículo había aparecido en los diarios antes de que Murphy leyera su trabajo. El hecho fué que los colegas de Murphy creyeron, con bastante fundamento, que alguna persona, en posesión del trabajo, había arreglado su reproducción en las columnas periodísticas, y que esa persona no podía ser otra que el mismo Murphy. Nadie parece haber sospechado de la señora de Murphy, y sin embargo el procedimiento acordaba más con su modo de ser que con el de Murphy. En primer lugar, porque J. B. era más cauto; en segundo término, porque Nettie creía firmemente en las ventajas de la publicidad, mientras que J. B. entendía que ésta le había hecho más mal que bien. Sea que Lemke entregase una copia del discurso, creyendo ayudar a J. B.; sea que el corresponsal del *Tribune*, en Denver, lo enviase a Chicago por telégrafo (explicaciones ambas muy poco probables), nadie sabrá nunca cómo llegó a ser publicado. Sea de ello lo que fuese, un gran número de médicos y cirujanos de Chicago hirvieron de fastidio, ostensiblemente, a causa de la intervención que se daba a la prensa política en las cuestiones científicas de la profesión; para sus adentros, en razón de la propaganda que otra vez se hacía a J. B. Pero esto no fué todo. Antes de que J. B. ocupase la tribuna, un tipógrafo de Denver, un tal C. J. Kelly, había impreso y distribuído un resumen del discurso. Este pequeño gesto, pareció a los enemigos de J. B. una prueba positiva de sus deshonestas prácticas profesionales. No era que el trabajo no mereciese ser publicado, sino solamente por el hecho de que nin-

gún hombre podía ser tan ególatra como para arreglar tal publicidad. Murphy negó haberlo hecho. No habiendo testigos, debemos creerle. Él acusó a personas desconocidas de haberse complotado para molestarlo.

Cuando le llegaron noticias de la crítica de sus colegas de Chicago, él y Nettie estaban en Colorado Springs; J. B. se disgustó mucho. En el preciso momento en que parecía haber conquistado el respeto de sus colegas, la edición de un periódico echaba todas sus esperanzas por tierra. Desde luego, este nuevo ataque a su ética profesional lo perturbó enormemente.

—¿Quién habrá hecho esto? —preguntó a su mujer—. ¿Por qué se recurre a semejantes métodos para desacreditarme? ¿No comprenden, acaso, que yo me limito a contribuir concienzudamente con mi grano de arena al progreso de la ciencia médica?

Nettie procuró confortarlo.

—Usted sabe, J. B., que siempre ha sido así. Mire a otros grandes hombres: sobre la cabeza de Pasteur acumularon docenas de injusticias; usted mismo me ha referido con frecuencia, que José Lister fué en un principio el hazmerreír de sus compatriotas.

Cuando regresaron a Chicago... Pero dejemos a J. B. referirlo por sí mismo: "Encontré mi habitación atiborrada de cartas de personas que preguntaban acerca del tratamiento. La primera vez en mi vida en que realmente me sentí espantado, fué cuando vi esa masa de correspondencia. Ante semejante demanda de parte del público, había que adoptar una de estas dos actitudes: o me dedicaba a la medicina y me transformaba en un internista, o declinaba hacerme cargo

del tratamiento de los tuberculosos pulmonares y seguía siendo cirujano”.

A decir verdad, no hizo ni una ni otra cosa. Lo que hizo fué transferir todos aquellos enfermos a su asistente Lemke. Como consecuencia, en la reunión siguiente de la Asociación Médica Americana, Murphy y Lemke relataron los resultados obtenidos con el empleo del neumotórax artificial en cincuenta y tres enfermos. No obstante que el tratamiento era llevado a cabo por otros, J. B. no hizo abandono de su interés personal en los resultados del mismo.

Además de las muchas y vehementes críticas provocadas por el artículo periodístico, a su regreso a Chicago se encontraron con otro género de ataques. Murphy no había mencionado en ninguna parte de su relato el nombre de Forlanini, no obstante que el *Index Medicus* y el *Surgeon General's Catalogue* contenían, ambos, referencias de los trabajos del médico italiano. Varios años después, defendiéndose de esta crítica, J. B. dijo: “Después de haber leído mi trabajo en Denver, en 1898, supe que Forlanini, de Italia, unos diez o doce años antes, había usado temporariamente el nitrógeno, aunque no de la misma manera”. Evidentemente él no dió mucha importancia a Forlanini, pero Forlanini sí. En carta dirigida a un amigo americano, Forlanini escribió: “He visto que en América, algunos clínicos como Lemke y Schell, siguiendo a Murphy, han realizado el mismo tratamiento, y en Europa todos se refieren a ellos como descubridores sin que ninguno recuerde mi nombre, de manera que el método cuya prioridad reclamo es llamado por todos “método de Murphy”. He decidido, por lo tanto, hacer una comu-

nicación de mis ideas y resultados al Real Instituto de Milán, tan pronto como esta sociedad comience sus sesiones”.

En 1914, disgustado con la controversia que todavía hacía furor entre sus colegas, J. B. estableció su posición en el asunto, con las siguientes palabras llenas de su habitual dogmatismo: “Al clasificar la técnica de Murphy, un autor de Boston, quien evidentemente no lee la literatura médica americana, la describió como si fuese la incisión para administrar gas. Murphy no solamente no administró, sino que nunca pensó en administrar gas, a través de una incisión ( método de Forlanini ). Estamos poseídos de legítimo orgullo, al comprobar que este método ha sido universalmente adoptado —dieciséis años después que lo propusimos por primera vez— como un tratamiento efectivo de la tuberculosis pulmonar”.

Esta fué su última palabra sobre el tema.

## 4

Pero como si el disgusto causado por las murmuraciones de los colegas no hubiese sido suficiente para llenar su copa de amargura, poco después de su regreso a Chicago J. B. recibió noticias, de parte del doctor Reilly, de que su madre estaba enferma. Tomó el primer tren para Appleton.

—Tengo miedo de que ella no podrá sobrevivir mucho tiempo, Johnny —le dijo el entonces muy anciano doctor Reilly—. Pensé que le gustaría verla antes de que se fuese.

A medida que se dirigían hacia la casa, los dos médicos, pupilo y preceptor, hablaron de medicina y ci-

rugía, pero J. B. se apercibió de que, no obstante tener el doctor Reilly todavía muy despierta la mente, él, Murphy, no tenía deseos de hablar acerca de las cosas que se sucedían en el mundo; se apercibió de que no tenía ningún entusiasmo por la discusión de las cuestiones médicas. Sus heridas estaban muy frescas todavía para que una conversación semejante fuese un placer. Por eso desviaba la conversación, destacando viejos paisajes que otrora conociera, inquiriendo acerca de cierta gente que había vivido por los alrededores. Cuando llegaron al viejo solar de los Murphy, J. B. se dirigió hacia la cama de su madre con el corazón atribulado; se arrodilló a su lado, sin despertarla, y le tomó una mano entre las suyas. Ella abrió lentamente los ojos y sonrió al verlo.

—Da gusto tenerle en casa, Johnny. Ahora me puedo ir.

Él hubiese querido borrar los años y ser otra vez un niño.

—No debe hablar así, madre —dijo—. Me voy a quedar aquí hasta que se mejore del todo.

Ella no discutiría el punto con él, precisamente en un momento como ese.

—Acérquese hijo —dijo Ann Murphy, extendiendo débilmente sus brazos—.

Cuando él apoyó su cabeza sobre el marchito seno de ella, ella lo meció como si fuese un niño; pero apenas si aquello resultó la sombra de una caricia; tan extrema era su debilidad.

—Nettie me ha escrito acerca de sus enemigos y de lo que ellos han dicho de usted —susurró ella, como para consolar a un niño lastimado—. No piense en

ellos. Recuerde: bien, por mal. Usted puede matarles con amabilidad. ¿Recuerda?

Él asintió murmurando:

—Sí.

—Estoy muy orgullosa de usted, Johnny. ¡Vaya si lo estoy!

Luego le habló de su infancia, de cómo ella había previsto, ya entonces, de que él estaba destinado a ser un gran hombre.

—Usted siempre fué más inteligente que los otros —dijo ella—.

Y después de un momento, cuando hubo satisfecho parte de lo que su corazón ansiaba, cuando le hubo dicho todo lo que lo amaba, agregó:

—Johnny, estoy cansada.

Y murió.

J. B. la enterró al lado de su padre, en el pequeño cementerio, desde el que se dominaba la granja. Allí abajo, en aquellos campos desbrozados, Ann y Michael Murphy habían trabajado durante mucho tiempo para que sus hijos pudieran ser educados. No lo habían hecho en vano.

## EN EL HOGAR Y EN LA CÁTEDRA

## 1

Cuando J. B. era presentado a cualquiera, se ponía tieso, juntaba sus talones y hacía una muy profunda reverencia. Este gesto, de corte europeo, lo había adquirido durante su estada en Heidelberg. El hecho de haber conservado dicho hábito toda su vida, da una idea de su carácter.

El bridge era su pasatiempo favorito; siempre comenzaba el juego diciendo: "Aquí es donde termina la amistad". Nunca le gustó jugar por dinero; lo hacía "sólo por el placer del juego, para ver cuál era el mejor hombre". De él se puede decir que era un ganador glotón y que siempre deseaba jugar la "mano". Si podía sobrepujar la declaración de su compañero, lo hacía, pues le disgustaba ser el "muerto".

Nettie encargaba siempre su ropa y el sastre venía por la noche a probársela. También compraba sus zapatos. Su medida no era muy grande, pero como él opinaba que era terrible para un hombre tener pies chicos, exigía siempre que ella pidiera una medida mayor. Para contrarrestar la diferencia, rellenaba la puntera de los zapatos con cerda.

A menudo, hablando con sus hijas Cecile, Mildred y Celeste, usaba la expresión: "paregóricamente hablan-

do" (entre paréntesis y alegóricamente) y Nettie siempre le advertía de que algún día la usaría en público.

Uno de los hermanos de Nettie, le regaló a Mildred un cachorro Boston Bull al que ellos inmediatamente le pusieron el nombre de Tinker Bell. El perro había sido bien enseñado y ejecutaba una cantidad de pruebas. Aquella noche cuando J. B. regresó a su casa y encontró el perro, se fastidió mucho y ordenó a Mildred que lo devolviese al día siguiente. Mildred, por supuesto, se apenó mucho y su madre le sugirió que ella debía exhibir, ante su padre, las habilidades del perro. En la mañana, Mildred exhibió a Tinker Bell; el perro obedeció las órdenes de J. B. como si viniesen de Mildred.

—Sin duda es inteligente —dijo J. B.—. Puede conservarla; pero procure que no haga ninguna diablura.

Desde entonces, cuando por la noche J. B. regresaba al hogar, Tinker Bell lo esperaba en la puerta, le arrebató el diario y luego huía con él escaleras arriba, para llevárselo a Nettie. Cuando había visitas, J. B. mostraba siempre las habilidades del animal y si él se olvidaba de hacerlo, el perro tiraba de su manga o del pantalón hasta que reparase en él. Tinker Bell había sido enseñada a rezar, a rodar por el suelo y a dar tres ladridos (esto es, se sentaba y cuando J. B. decía la palabra "tres", ladraba tres veces; J. B. siempre decía cinco o seis números, antes de decir "tres"). Además, se acostaba haciéndose la muerta; arrastraba un carrito de muñecas; subía las escaleras y alcanzaba una pelota. J. B. se encariñó tanto con el alegre animalito, que la perra era más suya que de Mildred.

En 1900 los Murphy se mudaron dos cuadras más abajo, en la misma Avenida Michigan al 3305. La casa era más amplia, más hermosa y más a la moda que la anterior; decidieron comprarla. Compraron también una nueva yunta y junto al elegante sulky, tuvieron una suntuosa victoria y una "brougham" de estilo. Cuando J. B. dejaba su casa para ir a su trabajo, el brillante carruaje lo esperaba a la puerta; el cochero, vistiendo altas botas blancas y negras, pantalones blancos, casaca oscura con botones dorados y galera de felpa, se mantenía tiesamente sentado; los bruñidos caballos, con la cola anudada, esperaban briosos la salida. Éste era un cuadro del que J. B. gustaba mucho. Tenía forma, estilo y perfección.

Sus clases le ofrecían también un excelente teatro. Desde el más bien pequeño escenario en que se hallaba la mesa de operaciones, las gradas del anfiteatro del Mercy Hospital se elevaban en pendiente pronunciada. Como en todos los anfiteatros de hospital, los asientos no eran nada confortables; con respaldos derechos y estrechos asientos, parecían perversamente contruídos para mantener atentos a los estudiantes; para nada se habían tomado en cuenta, ni sus nervios ciáticos, ni sus músculos glúteos mayores. A la hora señalada J. B. irrumpía en el anfiteatro, con las colas de su levita al viento, seguido por sus internos que aparecían jadeantes.

—¡Usted! —decía sin detenerse, señalando con el dedo a cualquiera de los jóvenes con quien tropezase su mirada—. ¡Baje!

Luego, cuando el joven había descendido, J. B., indicándole el enfermo, le decía:

—¿Qué tiene este enfermo, "doctor"?

La implícita lisonja que comportaba el empleo de la palabra "doctor", era bastante para turbar a cualquier estudiante. Después de un momento de confusión y de impreciso examen, el estudiante con voz trémula e indecisa, aventuraba un diagnóstico.

—Es una úlcera tuberculosa.

Murphy envolvía entonces al estudiante con una aplastante mirada, como si quisiera decirle: "¿Por qué son tan estúpidos, todos ustedes?" y luego agregaba:

—Bien, doctor; en mi opinión esto es un epiteloma. Dígame ahora, ¿por qué piensa usted que es una tuberculosis?

Esto prolongaba la agonía del desventurado estudiante, quien añadía a veces una excusa por haber hecho semejante diagnóstico, y J. B. decía:

—Pero... ¿por qué doctor? —empleando siempre el tratamiento de "doctor" con una deliciosa y sádica expresión—.

Después de mucho sufrir, y siempre en duda entre si estar de acuerdo o en desacuerdo con el profesor, el desventurado estudiante cambiaba su primitivo diagnóstico y coincidía con el modo de pensar de su maestro.

—Justamente es ahora cuando usted se equivoca, doctor —sentenciaba entonces J. B.—; usted no está aquí para estar de acuerdo conmigo; usted está aquí para aprender algo. ¡Bueno! Veremos ahora qué es lo que tiene este hombre.

Al cabo de un tiempo el estudiante aprendía a replicar; era la única manera de complacerlo. Pero al

replicar tenía que conocer el tema de que hablaba; tenía que ser lógico y además de perfecta dicción. J. B. era un maestro severo y exigente que procuraba que sus alumnos aprendiesen a discurrir; pero les enseñaba. Aquellas no eran las clases clínicas habituales; se trataba de debates cambiantes y mechados de argumentos, en que tomaban parte los estudiantes y el profesor; este último sostenía, alternativamente, tesis opuestas en cada cuestión. Solamente cuando un estudiante estaba seguro de sus argumentos podía sentirse a salvo. El infortunado que hesitaba o inventaba, estaba perdido. Murphy lo dejaba hablar y hablar, hasta que no pudiese salir del atolladero y, en ese momento, lo aplastaba con un "sí, doctor; sí, doctor; es precisamente todo lo contrario; de seguir su criterio, el enfermo estaría condenado".

Tampoco los ignorantes podían ocultarse en las filas de atrás, porque inesperadamente se le ocurría llamar: "¡El quinto hombre, a contar del pasadizo central, en la décima fila!"; y el descenso de los empinados escalones era largo y duro para el que había sido llamado. Pero a pesar de sus métodos torturantes y teatrales, las clases de J. B. crecían en popularidad entre los estudiantes. Nunca hubo necesidad de pasar lista. Ellos aflúan en gran número a sus lecciones, porque aprendían con Murphy. Podían temerle personalmente, pero no había uno sólo entre ellos que no aprendiese cirugía. No estaba lejos el día en que las alabanzas de la capacidad docente de este hombre se difundirían por todos los ámbitos, y sus lecciones clínicas se transformarían en una fuente en la que abreviarían no solamente los estudiantes, pero los médicos de todo el mundo.

Fué en esta época cuando Nettie comenzó a reglamentar la vida de J. B. No le permitía trabajar a todas horas, de día y de noche. Le distribuyó el tiempo entre su consultorio, la práctica en el hospital, la visita de los enfermos y arregló las cosas de manera que quedase alguna hora, al atardecer, para hacer experimentos en su laboratorio. No más trabajo nocturno. Insistió en que era tiempo de que se cuidara; que debía vigilar su propia salud. Se sucedían frecuentes vacaciones; tantas veces como ella conseguía persuadirlo; algunas veces las pasaba con ella, otras con un dentista amigo, el doctor James A. Keefe.

Keefe y Murphy se conocieron por intermedio de un enfermo común, y prontamente se estableció entre ambos una de esas raras amistades que duran toda una vida. Antes de conocer a J. B., Keefe había pertenecido al grupo de profesionales que tenía una pobre opinión de J. B. Eventualmente ocuparon consultorios en una misma casa, y cada otoño hacían juntos excursiones de pesca. A menudo, en esas excursiones hacia las regiones despobladas de Wisconsin, Minesotta, Wyoming o Montana, uno o dos amigos más se unían al grupo: el doctor W. A. Evans, el doctor David O. Shea, el doctor W. P. Henneberry. En la primavera iban a Florida, Texas o California. De estos viajes, el doctor Keefe dice: "No obstante ofrecer un cambio para él, estaban lejos en realidad de ser verdaderas vacaciones". Trabajaba constantemente, corrigiendo voluminosos manuscritos que tenía siempre en preparación; invariablemente llevaba consigo su biblioteca de viaje. Des-

de que se levantaba por la mañana, como en su casa, mantenía su método habitual: tenía su hora para levantarse, su hora para hacer ejercicio, su hora para el desayuno, su hora para el estudio, sus horas para andar a caballo, para escribir, para caminar y para pescar. Algunas veces, cuando estaba preparando un trabajo, permanecía en su habitación, en el hotel, durante una semana entera, saliendo tan sólo a dar un corto paseo al anochecer, antes de retirarse. Como siempre, en vacaciones o fuera de ellas, jugase o trabajase, lo hacía de una manera intensa. Nettie había descubierto que tanto en los períodos de ansiedad causados por sus enfermos, como en los de preocupaciones originadas por murmuraciones en contra de él, o después de ejercicio físico intenso, aparecía albúmina en su orina. Ella lo instaba a que descansase y descargase su tensión, mientras él trataba de conservar su fuerza sin conseguirlo; pero como el paso que llevaba era su ritmo natural y su éxito en la vida, todos los intentos para cambiarlo fracasaban. Nettie trató también de que trabajase menos y jugase más, aunque jugase con el mismo ardor con que trabajaba. Le gustaba mucho el *foot-ball* y tenía por costumbre concurrir regularmente a los partidos que jugaba Northwestern, aclamando estruendosamente y agitando sus brazos como un molo de viento.

En sus momentos de solaz en el hogar era extremadamente entretenido, especialmente con sus hijas. Cuando estaba en vena, solía poner sus manos debajo de las colas de su levita, mientras bailaba una polka que él mismo cantaba, naturalmente fuera de tono:

Debería verme bailar la polka,  
Debería verme bailar el "glide",  
Debería ver revolotear mi levita  
Cuando voy de un lado a otro.

Otra de sus canciones favoritas era "Búfalo girls, won't you come out to-night?". Silbaba "Auld Lang Syne" cuando estaba preocupado y su entonación era todavía tan pobre, que ninguno podía reconocerla. Sus hijas no supieron de qué se trataba hasta después de su muerte, cuando discutiendo sus costumbres su madre les aclaró el punto. Sus hijas lo consideraban cariñoso pero no expresivo. Su apariencia, alto y con barba, y su dignidad eran tales, que recién después de los diez años Mildred y Cecile perdieron el temor que les inspiraba. No era que no lo adorasen; por el contrario. Una de sus hijas decía de él: "Nunca le oí decir ninguna palabra dura a nadie. Cuando comenzábamos a criticar a alguien, nos miraba por encima de los anteojos y nos decía muy seriamente: —Hija, sea gentil con el que está en error".

Era esta una filosofía que él había adquirido, como consecuencia de los ataques que se le habían hecho. Su credo fué devolver bien por mal, o de acuerdo con las palabras de su madre "matar a los enemigos con amabilidad". En un lenguaje más formal él escribió: "La ley de Dios es la única guía ética necesaria y aplicable para medir nuestra responsabilidad, primero con los pacientes y luego con los colegas".

Era realmente noble, en su exterior impasibilidad, frente a las críticas de que continuaba siendo víctima de parte de sus colegas.

Los honores que se le conferían, eran invariablemen-

te seguidos de una ola de chismes. Pero él había oído demasiadas veces el murmullo de la maledicencia para que le prestase atención. Pocas veces era sacudido su orgullo, pero en ocasiones fué herido hasta en lo más íntimo.

Había sido nombrado —sin duda un eminente honor— delegado de los Estados Unidos al congreso internacional de obstetricia y ginecología que debía realizarse en Amsterdam, en agosto de 1899. Su nombramiento oficial constaba en un documento firmado por John Hay, secretario de Estado. El trabajo que leyó ante el congreso se titulaba: "Tuberculosis genital femenina y del peritoneo". Fué tan bien recibido en Amsterdam y tanto renombre adquirió, que antes de regresar, la Asociación Quirúrgica Americana, una organización cerrada, cuyos miembros eran solamente cirujanos o profesores de cirugía, le invitó a dar una conferencia. Una invitación semejante, hecha a un cirujano que no era miembro de la asociación, equivalía a su elección como tal. La reunión tendría lugar en la ciudad de Nueva York. De paso para Chicago, J. B. se detuvo en Nueva York y dió su conferencia. Cuando terminó su peroración se le pidió que aguardase en una habitación vecina, mientras la asamblea deliberaba en "sesión ejecutiva". Era difícil decir quién se sintió más humillado: si quien fué a comunicarle a Murphy que, practicada la elección, había resultado rechazado, o J. B. mismo. Uno de los que apadrinaron la candidatura de Murphy (ahora un famoso cirujano mundial) dice que éste fué rechazado, no por celos, sino por la increíble brillantez de sus relatos. Sus observaciones eran tan espectaculares, que algunos de

los miembros de la sociedad dudaban de su autenticidad. Fué recién en 1902 cuando su reputación quirúrgica, tanto en su país como en el extranjero, forzó las cosas, que Murphy fué elegido miembro de esa sociedad.

## 3

El desaire de los grandes cirujanos del este, fué mitigado en parte, a su llegada a Chicago, por una invitación para presidir el banquete de homenaje a Christian Fenger, en ocasión de cumplir sus sesenta años. Asistieron arriba de quinientos de los médicos y cirujanos más prestigiosos del centro-oeste. J. B. se sentía feliz de rendir homenaje a su viejo amigo y maestro, no sólo porque a menudo habían trabajado juntos, sino porque Fenger también había encontrado en sus comienzos una gran oposición en Chicago. Cuando J. B. se levantó, dijo con la mayor convicción: "Todos nosotros sentimos en nuestros corazones, una gran satisfacción al poder manifestar nuestro aplauso por la grande y benéfica influencia que las enseñanzas y la vida del doctor Fenger han tenido sobre la medicina en este país. Al rendirle homenaje, acentuamos el ideal de nuestra profesión, porque él ha sido el emblema de todo lo que es puro y noble y verdaderamente científico en medicina, durante el último cuarto de siglo. Sería para mí un gran placer detenerme a enumerar los detalles del nacimiento de la medicina y cirugía modernas en el oeste, es decir, de la medicina y cirugía basadas en la buena patología, tal como ocurrió desde la llegada del doctor Fenger a Chicago.

"Sería una felicidad relatar cuán arduamente trabajaba en las salas de autopsia y en las salas del County

Hospital, hace veinticinco años. Debo admitir que la oposición a sus enseñanzas, fué tal cual se debe esperar, con el advenimiento de cualquier principio nuevo en el campo de la medicina; pero convencido de la verdadera naturaleza de sus inclinaciones científicas, nunca vaciló ni se fatigó en su tarea. En aquel tiempo, nuestro gran danés congregó a su alrededor, como devotos discípulos, una tertulia formada por leales y entusiastas internos del County Hospital y unos pocos cirujanos. De ese núcleo, la esfera de su influencia científica difundióse, hasta comprender a la profesión en todo un continente, como se lo comprueba esta noche con vuestra presencia aquí. La espontaneidad de esta reunión es un índice de la alta estima en que se le tiene dentro de nuestra profesión."

Trabajo y estudio, trabajo y estudio, trabajo y estudio, y los resultados hablarán por sí mismos. J. B. no dijo esto en tantas palabras, sino que lo vivió. Al paso que él llevaba, se requería muy poco esfuerzo de su parte para permanecer al frente del "pelotón". No concebía por qué debía detenerse y esperar; por eso no lo hizo. En la reunión que celebró la Asociación Médica Americana en 1899, en Columbus, discutió el tratamiento conservador de la tuberculosis del testículo. Esto señaló el comienzo de un nuevo campo de investigación quirúrgica. Este trabajo fué seguido, cuatro años después, por otro titulado: "Progresos en cirugía renal y traumatismos del árbol urinario". En otra publicación detalló un caso de tétanos tratado por inyección de morfina-eucaína y solución salina en el canal raquídeo; posteriormente, sugirió que algunos casos de meningitis podían ser tratados por el drenaje

del líquido cerebroespinal de los ventrículos cerebrales y del canal medular, método todavía en uso en la actualidad. Se interesó mucho en el estudio de las cicatrices consecutivas a la extirpación radical de la mama por cáncer en la mujer, e hizo valiosas sugerencias para evitarlas. Describió un nuevo signo físico para el diagnóstico de las enfermedades de la vesícula biliar; pero no bien lo hizo, fué acusado por Frank Billings, de Chicago, de habérselo robado en oportunidad de haberse reunido para una consulta en el consultorio de Billings. Se asoció al joven Víctor Schraeger, quien lo adoró como a un padre, interesándolo en el estudio experimental de la regeneración de los nervios periféricos, después de seccionados y reunidos cabo a cabo por una sutura.

Después de pruebas desalentadoras con los editores de revistas científicas, y creyendo que las publicaciones relativas a cirugía debían ser editadas y dirigidas por cirujanos en actividad, J. B. animó a su amigo el doctor Franklin H. Martin para editar la revista de cirugía *Surgery, Gynecology and Obstetrics*. Entre los primeros artículos publicados en ella, están los que se refieren a sus trabajos sobre cirugía de la médula espinal y de los nervios periféricos. Verdaderamente, J. B. nunca estuvo huérfano de ideas y trabajó "como un demonio" en cualquier cosa que le pareció digna de su tiempo y atención.

Mientras tanto, en la Sociedad de Clínica Quirúrgica, de la cual había sido hecho miembro, J. B. se encontró asociado con cirujanos jóvenes, tales como William y Charles Mayo, Harvey Cushing, George W. Crile y otros que estaban adquiriendo fama rápida-

mente. Esta esotérica organización había sido concebida en 1900 por William Mayo, A. J. Ochsner y Harvey Cushing, durante su asistencia al congreso internacional de cirugía. Estos jóvenes progresistas, tuvieron la idea de que, en reuniones que habrían de realizarse en la clínica de cada uno de los miembros de la flamante sociedad, podrían discutirse los nuevos procedimientos para el diagnóstico y la terapéutica quirúrgica. Después de las primeras reuniones, se convencieron de que la técnica quirúrgica estaba muy lejos de tener la uniformidad que ellos entendían que debía tener. Vieron muy buena y muy mala cirugía. Realmente, había motivo para fundar una asociación como la propuesta. Su grupo debía mantenerse reducido y la exposición de sus ideas debía ser libre, de manera que el fomento de amistades era una parte no despreciable de la función del reciente y cerrado club quirúrgico, cuyos miembros miraban a la mayoría de los miembros de la Asociación Quirúrgica Americana como restos fosilizados. Además, estaban tan seguros de que los mejores años de un cirujano estaban antes de alcanzar los 55 años, que crearon una lista de socios "seniors", en la que relegaron a los viejos. Naturalmente, sus ideas relativas a la edad cambiaron a medida que ellos envejecían y aquellos que todavía viven os dirán, con toda probabilidad, que los mejores años de un cirujano son aquellos que se viven después de adquirir experiencia, es decir, después de los sesenta años. La sociedad tenía sus momentos alegres. A sus miembros les daba por escribir poesías, y los jaquets tipo golondrina y los chalecos de colores claros de Murphy tuvieron su parte en las bromas amables que se prodigaban entre ellos.

Era en 1902. Para esta época, un grupo de cirujanos de Chicago, entre ellos J. B., se agruparon para organizar la Sociedad de Cirugía de Chicago. Dos años después, sucedió a Christian Fenger en la presidencia. Casi simultáneamente, la universidad de Notre Dame le confirió la medalla "Laetere" con la inscripción: "Usted ha aunado a la Ciencia la virtud de la caridad, y ha tenido siempre presente la reverencia debida a la institución, como templo del Espíritu Santo".

De esta manera contribuía grandemente al conocimiento de la medicina y de la cirugía; estaba en la primera fila de los jóvenes cirujanos americanos; había sido objeto de una sucesión de honores en Europa y en América; pero con todo, la Sociedad de Medicina de Chicago, a la que pertenecían todos los médicos de la ciudad, rechazaba a Murphy como miembro. Se decían y repetían cuentos de toda clase a los miembros de las comisiones directivas de la sociedad y se exageraban, hasta el ridículo, narraciones acerca de exorbitantes honorarios y de torcidos métodos para cobrarlos. Para citar un ejemplo, diremos que una de esas fantásticas invenciones pretendía que J. B. había sido llamado a una casa de un barrio pobre de la ciudad, para asistir a un niño gravemente enfermo. Otros colegas le habían precedido y habían opinado en contra de la operación. Estos desinteresados caballeros — se juraba— habían prestado sus servicios caritativamente; Murphy, en cambio, antes de examinar al niño, había insistido en que los padres rompiesen la alcancía del chico para pagarle sus honorarios. Médicos no especialistas, referían con vehemencia que J. B. les había robado enfermos para cuya asistencia lo habían lla-

mado en consulta. Esto último era una queja muy común, a la que J. B. contestaba diciendo, con mucha lógica, que ningún médico roba un enfermo a otro. Sostenía que el enfermo terminaba por buscar al médico que le procuraba más alivio o lo curaba; en otras palabras, al mejor médico.

Procediendo así, la sociedad de medicina, al excluir a J. B. año tras año, terminó por desprestigiarse, hasta que al final la situación se hizo ridícula. El concepto público, los honores recibidos, su fama dentro y fuera del país, demostraban que su exclusión era una farsa que no podía continuar. Entonces le solicitaron su ingreso a la sociedad. La mayoría, en su caso, habría rehusado; pero Murphy aceptó; así era su manera de ser. Y de esta manera el "profeta" fué reconocido, aunque a regañadientes, en su propia tierra. Pero para obtener este reconocimiento, tuvo que salir del país y conquistarse el mundo. Lo que con ese motivo ocurrió en la Avenida Michigan 3305 no es conocido, pero uno puede imaginarse la felicidad de aquellos dos seres que durante tanto tiempo habían estado esperando esta capitulación, y que habían soportado los desaires pasados, con tanta dignidad y paciencia.

## 4

Un médico enfermo es el individuo más pusilánime de la tierra. Tal vez esto ocurre, porque mientras el lego tiene un médico en quien apoyarse, el médico, conocedor de la idiosincrasia de la enfermedad, de la falibilidad de las drogas, y de la inseguridad del juicio humano, tiene motivos para ser aprensivo.

J. B. se despertó una mañana con fuertes dolores en

el hombro y brazo izquierdos. No podía operar. Inmediatamente Nettie lo envió a Colorado, a las termas de Glenwood Springs. Se había pensado en una neuritis, pero el enfermo no estaba satisfecho con el diagnóstico. Los baños le trajeron poca mejoría; pero repentinamente, después de diez días, el dolor desapareció. Como es humano en tales casos, surgió la duda respecto de su competencia; la duda sobre si la profesión médica había hecho algún progreso; la duda de que él no tenía más que una muy ligera idea acerca de lo que era la vida. Como todos los hombres frente a un dilema semejante, nuestro irlandés pelirrojo frunció el ceño y buscó consuelo en el vago remedio de la filosofía. Durante esos días de convalecencia y descanso, leyó *La vida de Gladstone*, de Morley, que lo impresionó grandemente. En las márgenes del libro hizo anotaciones con lápiz.

"Escribir algún día sobre los grandes hombres de genio que no tuvieron temprana instrucción libresca". Él, que tan esforzadamente se había entregado a una sola rama de la educación, ¿estaba clamando por los beneficios de una más amplia y variada cultura?

Y otra vez: "El conocimiento médico, como cualquier otro conocimiento, vale poco hasta que uno lo haya adquirido tan perfectamente como para ser capaz de reproducirlo en forma precisa y definida. El conocimiento médico es de poco valor para el que lo posee como para el público, a menos que pueda ser aplicado para aliviar los sufrimientos o curar las enfermedades de los individuos".

Acotar libros y borrar cuartillas era uno de sus pasatiempos favoritos. En cualquier parte, un concep-

to filosófico tan simple como el que se expresa a continuación, podría dar sus frutos: "Anda, lentamente, hacia adelante. Es más fácil ir hacia adelante que hacia atrás". En la contratapa en blanco de un libro de medicina se encontró escrito lo siguiente: "Influencia de la madre; influencia de los maestros y de los pupilos; influencia del profesor Schmidt; integridad; fidelidad a los principios e indiferencia a la exteriorización; filosofía moral; influencia de la sociedad de debate libre". Se trata, evidentemente, de notas para una autobiografía.

## 5

Mientras J. B. se mantuvo alejado de Chicago no sufrió molestias; evitó la calumnia. Pero tan pronto como él y Nettie regresaron, las lenguas volvieron a agitarse. Otra vez fué objeto del escarnio por apoyar con su influencia una causa que no le concernía personalmente. El caso ocurrió más o menos en esta forma:

El hermano de Nettie, Charles Plamondon, era uno de los "trustees" del Consejo de las Escuelas Públicas de la ciudad. Recurrió a J. B., en demanda de ayuda, en una lucha que se había iniciado mientras J. B. y Nettie se encontraban en Colorado.

—J. B. —dijo el hermano de Nettie—: necesito argumentos para combatir la idea de aislar a los niños inválidos en las escuelas públicas. Su amigo el doctor Walter Christopher ha conseguido apoyo para erigir un edificio por separado, basado en la idea de que los niños deformes sufren en las aulas comunes, por la falta de comodidades adecuadas y por el ridículo en que los colocan sus compañeros de juego. Le leeré a usted lo que dice Christopher: "Los niños son más o

menos bárbaros; no tienen el sentimiento de simpatía por los deformes, que tienen los adultos. Concluyen por enfriar la buena disposición de los tullidos, ridiculizándolos, y los hacen más sensibles a sus deformidades". El hecho de que Christopher es un especialista en niños, da mayor peso a sus argumentos.

Uno creería que, conociendo la atracción que por las dificultades despertaba su persona, J. B. habría palmeado a Charles y le habría dicho: "Mejor es que no me meta a mí en esto; mi nombre, en un asunto como éste le hará a usted más mal que bien, o por lo menos me hará más daño a mí que el bien que le pueda causar a usted". Pero no fué así. Admitió que se le inmiscuyese, en discusión pública, contra un colega. Y respondió:

—¿Cuál es su idea, Charles?

—Yo necesito hechos concretos, de algún médico reputado, con los cuales poder refutar a Christopher.

—Pero yo no conozco esos hechos, Charles. No estoy familiarizado con el asunto.

—He reunido todo lo que se dice y escribe acerca de esto. Usted puede enterarse. Verá que la idea, si se lleva a cabo, traerá la bancarrota del consejo. ¡No basta que a un señor se le ocurra erigir edificios escolares de veintidós pisos, en diferentes zonas de la ciudad, exclusivamente para los tullidos, para que se los haga! ¡Esto es cosa de locos!, J. B.

—Muy bien; veré lo que puedo hacer para ayudarlo.

J. B. era leal. Haría lo que pudiese por su cuñado. Se puede suponer que Nettie dijo mucho en apoyo de la tesis defendida por su hermano; no cabe duda que ella se interesó mucho, se informó directamente de los

planes e ideas de Charles, y fué elocuente en su defensa. La solución del asunto le interesaba, por tratarse de su hermano, y en este sentido ella podía hablar con autoridad. No se sabe bien cómo se desarrollaron las cosas; el hecho es que J. B. fué instado a escribir una carta dirigida a su cuñado, que éste usaría en la campaña contra la construcción de escuelas por separado para niños inválidos. He aquí la carta:

"La tuberculosis ósea de los niños, no se contagia a otros niños. Las deformidades que derivan de parálisis, no son producidas por lesiones contagiosas.

"Me parece, decididamente, una cosa en contra del interés público y de la educación, aislar esos niños en escuelas para inválidos y enfermos.

"Sería conveniente enseñar a los niños americanos que los deformes deben ser cuidados, frecuentados, y tratados con simpatía en nuestra vida diaria, en vez de agruparlos, apartarlos o confinarlos como leprosos y criminales, y que los niños sanos y fuertes deben, por el contacto diario con los deformes, desarrollar sentimientos de simpatía y de amor, con el deseo de protegerlos y ayudarlos en los más mínimos detalles de la vida, de manera que, cuando los jóvenes se conviertan en hombres o mujeres fuertes, tengan arraigado ese sentimiento, gracias a las impresiones recibidas en su niñez. Estimo contrario al interés público, a los principios de la mejor educación, y a los más elementales sentimientos de humanidad, aislar a esos niños inválidos que no sufren de enfermedades contagiosas o transmisibles.

"Yo me opondría, por eso, con todas mis fuerzas, a los intentos sinceros y honestos, pero equivocados, de aquellos que procuran erigir escuelas especiales para niños inválidos. Si mi hijo fuera un tullido, yo me opondría con todas mis fuerzas a ese bárbaro tratamiento. Mis sentimientos son exactamente los mismos para el niño inválido de mi vecino; estos desventurados niños deben recibir en las escuelas públicas la consideración amable, el estímulo y el apoyo a

que ellos son acreedores de parte de sus compañeros, junto a los cuales estarán más seguros que si se los asocia únicamente a otros niños inválidos, cada uno de los cuales sería objeto de piedad."

No se trata de que estuviese o no equivocado. Se había conducido como aquel que "puso su nariz enferma y dolorida" en la hendedura de una puerta, pronta a cerrarse violentamente. La carta fué publicada in extenso por los periódicos y los que la leyeron tuvieron la impresión de que J. B. había procedido en la lucha contra la separación de las escuelas, por su propia voluntad y deseo. En una audiencia que tuvo lugar con este motivo, muchas madres declararon, voluntariamente, que sus niños deformes se encontrarían más felices a salvo del ridículo de sus compañeros de juegos sanos. J. B. fué atacado por su inexperiencia en las cuestiones relacionadas con la educación de los niños sanos e inválidos. El resultado fué que J. B. y Charles Plamondon perdieron la cuestión y la Escuela Spaulding fué erigida para entrenamiento y educación de niños retardados e inválidos exclusivamente. Una vez más J. B. había sido arrastrado a una querrela pública, sobre un asunto que no le concernía ni le interesaba. Una vez más, como en el caso de Mc Garigle, sus colegas se echaron sobre él. Preguntaban, insidiosamente, sobre qué experiencia o hechos podía basar él la arrogante opinión personal consignada en sus declaraciones. ¿Podría sostener que estaba calificado para hablar sobre el tema? Todos aquellos que no le querían, aseguraban que si se había inmiscuido en el debate escolar era nada más que por afán de publicidad. Una vez más, J. B. quedaba indefenso. ¿No aprendería nunca?

Aunque parezca extraño, uno de los críticos más severos de J. B. fué quien lo sacó del pantano. Rush Medical College había sido recientemente incorporado a la universidad de Chicago. William Rainey Harper era presidente de la universidad. En un viaje al extranjero, se había dado cuenta del prestigio de Murphy en el mundo quirúrgico y de su reputación como maestro. Siempre dispuesto a trabajar por el progreso de su facultad, cuando vacó la cátedra de cirugía, Harper decidió cortejar a Murphy para que volviese a su alma mater. Entretanto Frank Billings, después de un violento desacuerdo con Northwestern, había ingresado a Rush. Billings despreciaba grandemente a Murphy. De manera que cuando Harper le solicitó su opinión sobre la conveniencia de obtener el concurso del cirujano irlandés como jefe del departamento de cirugía, Billings puso el grito en el cielo.

—Yo soy el último hombre en el mundo a quien usted debiera pedir que lo ayude en esto, señor presidente —dijo Billings—. Ni me gustan los métodos de Murphy, ni me gusta él.

—Pero, Frank; ¿admite usted que es un gran maestro y un gran cirujano?

—¿Que si lo admito? ¡Maldito sea!; es el mejor de la ciudad.

—Por eso deseo que usted venga conmigo. Murphy se sentirá muy halagado por su franqueza y la admiración que usted demuestra por su capacidad. Es el grupo de Rush al que él más necesita conquistar. Pero por encima de todo, es el hombre que prestigiará nuestro departamento de cirugía; todos nosotros lo sabemos.

Después de comer juntos, Harper y Billings se diri-

gieron a la casa de Murphy. No recurrieron a fintas, ni a frases rebuscadas. Lisa y llanamente le dijeron que habían ido a ofrecerle la cátedra de cirugía de Rush. ¿Aceptaría?

Mientras tanto Nettie, incapaz de contener su curiosidad, se había sentado en el rellano alto de la escalera, y sin ser vista escuchaba la conversación que se desarrollaba en la sala. No había podido ver a los visitantes, pero pudo identificarlos por las cosas que decían. Ella conocía muy bien el ambiente inamistoso, para J. B., que existía en Rush. No estaba, pues, inclinada por la aceptación de la oferta, creyendo que esto le acarrearía amargura, pendencias e infelicidad. Por su parte, J. B., halagado por la invitación, estaba considerando seriamente la propuesta. Temerosa de que él resolviese por sí mismo, antes de que ella tuviese oportunidad de hablarle, Nettie no pudo contenerse por más tiempo. Desde la oscuridad de su escondite le gritó:

—Por favor, J. B.; no dé su respuesta a esos señores, esta noche; consúltelo con la almohada.

Al oír su voz, Harper se descorazonó. Todos sabían que ella era la consejera de Murphy y muchos la consideraban una intrigante perspicaz. Pero J. B. le quedó muy agradecido. Salió hasta el hall y la llamó:

—Venga, Nettie; deseo presentarle a Frank Billings y al presidente Harper.

Luego volviéndose a sus visitantes les dijo:

—Ustedes ven, señores; Nettie y yo discutimos siempre las decisiones trascendentes, y yo acuerdo gran importancia a su consejo. ¿Puedo hacerles saber mi contestación mañana?

Nettie se contuvo hasta que la puerta de calle se cerró detrás de los visitantes y luego discutió con su marido, rogándole que no aceptase el ofrecimiento. Destacó el hecho de que Billings no era su amigo; por el contrario, siempre había sido un activo enemigo. Suponía que Billings tenía que opinar como Harper le ordenase, y era lo bastante lista para pensar que, por esa razón, Billings sería aún más inamistoso en el futuro.

Pero J. B. estaba encantado y halagado con el ofrecimiento y creyó ver el camino para conquistar al enemigo. Bevan era un candidato para la cátedra y pertenecía a la facultad de Rush. ¿Por qué no pedir que dividiesen los honores, y que Bevan fuese nombrado coprofeesor? Un requerimiento semejante desarmaría a la oposición.

Nettie se dió cuenta de que se trataba de un golpe maestro. Debió admitir que esta actitud podría curar la herida por un tiempo, pero aún así le desagradaba la idea de que J. B. dejara su posición en Northwestern, donde era completamente feliz.

—Creo que es un gran error —advirtióle—.

—No pienso lo mismo —dijo él, y entonces ella comprendió que él pensaba aceptar a pesar de su opinión—.

Fenger era todavía el jefe del departamento de cirugía en Northwestern, y todo hacía presumir que permanecería allí por algún tiempo. J. B. vió en la emergencia no sólo una oportunidad de acallar a sus enemigos, de ponerlos de su lado, sino que también la de elevarse de categoría.

—Pienso que aceptaré —dijo—.



## CAPÍTULO XV

PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD MÉDICA  
DE CHICAGO

## I

El presidente Harper de la Universidad de Chicago estuvo de acuerdo con las condiciones impuestas por J. B. para aceptar su incorporación a Rush College, y Arthur D. Bevan y Murphy dictaron conjuntamente la cátedra en el departamento de cirugía. Fenger se había unido a Nettie para aconsejarlo en contra de la aceptación, pero por razones diferentes; había hecho notar que J. B. era su lógico sucesor en Northwestern. Pero el futuro era incierto y la promoción estaba a un paso.

J. B. comenzó sus tareas de maestro con entusiasmo, y pronto sus lecciones en Rush se hicieron tan concurridas como lo habían sido en Northwestern. A pesar de sus grandes esfuerzos para formar parte de la familia de Rush, y tal cual Nettie se lo había advertido, continuó siendo mirado como un advenedizo, como si perteneciese a una diferente casta social y profesional. Decidió sin embargo no hacerles el gusto, fácilmente; había hecho un mal negocio, e imprudentemente resolvió asirse a él.

Si no podía conquistarlos, como su nombramiento en el Mercy Hospital no había sido anulado, podría volver

a él en cualquier momento, sin contar con la actitud de Northwestern que siempre acogía bien a los pródigos.

Poco tiempo después de haber pasado a Rush, precisamente cuando creía que se iba a librar de la propaganda adversa (o si se quiere, de cualquier clase de propaganda), precisamente cuando parecía que él habría de conquistar la amistad de sus colegas del profesorado, ocurrió algo sorprendente. La mayor parte de las personas que leyeron el *Chicago Tribune* del 17 de octubre de 1904 no encontraron en él nada de extraordinario; se anunciaban muchos específicos, incluyendo "la Peruna", y una serie de curanderos anunciaban la cura de fístulas, hemorroides, y otros padecimientos comunes. El *Tribune* no había alcanzado todavía el prestigio que hoy día tiene; no sustentaba principios honestos y, por así decirlo, no tenía un editor probo. Hojeándolo, los lectores tropezaban lo mismo con un artículo titulado: "Cómo puede una muchacha llegar a ser corista", que con otro que describía las actividades de un tal R. G. Ponsonby Carew-Poole que pretendía elevar a los americanos al rango de pares y que por medio del Colegio de Heráldica suministraba escudos o blasones, todo esto por supuesto como una especial consideración. Este tipo de supercherías, y otras semejantes, aparecían en él; la mayoría de las personas que lo leían, lo arrojaban después sin mayor preocupación. Pero aquel lunes por la mañana apareció un artículo que produjo gran consternación e indignación entre los médicos de Chicago. El artículo refería que una carta embaucadora había sido enviada a cien cirujanos de Chicago (algún chistoso recalcó que los editores habían

adulado a la profesión al decir que eran tantos los cirujanos), preguntándoles sus puntos de vista acerca de la vieja cuestión de la partición de honorarios.

La carta era la siguiente:

"Mi querido doctor:

"Tengo un enfermo a mi cargo, que necesita sus cuidados como especialista. Estoy seguro de mi diagnóstico, pero dejaré el paciente en sus manos. La gente ha oído hablar muy bien de usted y está inclinada a ir a verlo para que lo trate. Como son ricos, le pagarán a usted muy buenos honorarios por sus servicios. Ahora bien, doctor; yo soy un joven que recién comienza su vida profesional y en los pueblos pequeños no podemos hacer ninguna distinción entre ricos y pobres en materia de cuentas. Sólo he recibido el pago de mis visitas en este caso. Sé, sin embargo, que es costumbre de los médicos pagar una comisión del veinticinco por ciento sobre todo trabajo transferido y yo le agradecería si usted quisiese concretar conmigo este asunto.

"Tenga la amabilidad de contestarme a vuelta de correo, pues estoy ansioso por llevarle el enfermo, siempre que arreglemos las cosas de una manera satisfactoria.

"Sinceramente suyo,

"J. C. Evans."

La práctica de la partición de honorarios, tan vieja como la medicina, ha sido siempre la manzana de la discordia entre los cirujanos. El enfermo le paga al cirujano por una operación, y el cirujano a su vez le da al médico que le envió el paciente una parte de los honorarios. De esta manera, las comisiones suben de acuerdo a la cantidad recibida; el resultado es que el enfermo recibe, a menudo, los servicios del mejor postor más bien que los del mejor cirujano.

En ese tiempo el público podía sospechar la existencia de semejante sistema, pero nunca tuvo la prue-

ba. Hasta los médicos inclinados a aceptar esta práctica, pretendían no saber nada del asunto. Pero el hecho de que una práctica tan criticada fuese hecha pública hasta difundirse por medio de los diarios, era más de lo que los médicos podían tolerar. ¡Era un ultraje! ¿Qué médico imbécil podía haber sido tan despreciable, tan imprudente y tan indiscreto?

El artículo de *Tribune* continuaba con las respuestas que se habían recibido. Dieciocho médicos habían aceptado la proposición; veintiséis la habían rechazado, y cincuenta y seis no habían contestado. Entre aquellos que declinaron la proposición en términos precisos estaba el doctor J. B. Murphy. Su contestación fué:

"Creo que usted ha sido mal informado. ¿No se da usted cuenta de la afrenta que resultaría si el médico de familia pudiera disponer de los enfermos en esta forma?"

Cualquiera diría que esta carta debía librarlo de toda imputación, muy especialmente cuando se sabe que uno contestó:

"Tráigame su enfermo y haré todo lo que pueda por él y por usted."

Y que otros se manifestaban de acuerdo en pagar el veinte por ciento. Pero no fué así. Se supo que a J. B., en su carácter de presidente de la Sociedad Médica de Chicago, le habían sido mostradas las respuestas antes de la publicación del artículo, y de que había ido a ver al editor del diario y le había rogado que las suprimiese; pero poderes ocultos, que son los que habitualmente influyen en los diarios, rechazaron tal demanda a causa del gran valor de la noticia. Como un último recurso J. B. los persuadió de demorar la publicación hasta que

se pudiesen suministrar explicaciones, que serían publicadas simultáneamente.

Así se hizo; pero las explicaciones fueron decididamente pobres. Uno dijo: "Me di cuenta que esto era una farsa, y si la carta es real, yo quisiera ver a ese hombre, porque no hay nadie que se atreva a escribir sobre tales cosas. Se trata de un viejo ardid que no me embaucó". Otro se explicó así: "Tan sólo quería que me trajese el enfermo, puesto que dice que el paciente conoce mi fama". Un tercero manifestó: "Cuando recibí la carta, sabía que esto era una burla, pero pensé que lo mejor era seguirla para ver en qué paraba".

Pero todos aquellos que habían aceptado la proposición estaban en una situación crítica; su carrera estaba comprometida. Se aprontaban, pues, para hallar alguien a quien echar las culpas. En cuanto a los demás médicos de Chicago, estaban listos para anatematizar al responsable que había atraído la ignominia y la desgracia sobre la profesión. En busca de una víctima, señalaron en primer lugar al doctor Frank Lydston, prominente en los círculos médicos de Chicago, quien tres años antes había iniciado una agria discusión en la Sociedad Médica, sobre el asunto de la partición de honorarios. Había manifestado en términos categóricos que algunos de los que se oponían abiertamente a tal práctica, dividían secretamente los honorarios y los desafió a que lo negasen.

Se le atribuye, sin embargo, haber manifestado, que él no había sido el instigador del artículo y que tampoco aprobaba el método usado para combatir dicha práctica. Como si se tratase de un milagro, todo el mundo le creyó. Muy bien; pero si Lydston no lo había

hecho, ¿quién lo hizo? Un lego no habría sabido redactar aquella carta tan hábilmente. Al día siguiente apareció en el *Tribune* un artículo relacionado con el anterior, con opiniones del doctor J. B. Murphy y del doctor J. Clarence B. Webster. J. B. con su autoridad oficial, como presidente de la Sociedad Médica de Chicago, dió otra vez motivo para que su persona fuese puesta en tela de juicio. En lugar de una respuesta digna, estableciendo que los médicos y cirujanos reputados despreciaban tales prácticas, que era en suma lo que los miembros de la sociedad querían que él manifestase, lo que Murphy alegó fué lo siguiente:

“Se trata de “un golpe en la boca del estómago”. El pago de comisiones es la práctica más viciosa, perniciosa y ofensiva, a la que el médico puede recurrir. He temido siempre que este asunto llegase a hacerse público algún día. Es triste que nosotros no hayamos sido capaces de resolverlo por nuestros propios medios; pero en la publicidad está la cura del mal. Hágase saber que un médico pide enfermos, pagando comisiones, y perderá inmediatamente la confianza de la gente. Veamos por qué esta práctica es repugnante. Significa que el enfermo es alevosamente engañado por aquél en quien ha depositado toda su confianza, el médico de familia, el hombre que debiera tener sus intereses más cerca del corazón. Significa que su vida es rematada al mayor postor. No es el dinero perdido por el enfermo lo que hace que esta práctica sea tan repugnante, ¡no!; es la idea de que en momentos en que su vida corre un riesgo, en vez de ser enviado al mejor especialista es puesto en manos del más alto postor, que bien puede ser un hombre con un enorme récord de defunciones entre sus enfermos.”

Esta era una declaración anodina, poco digna de un hombre de la posición de J. B. Era jactanciosa porque

ponía su persona por encima de tan despreciables y clandestinas prácticas; era teatral, porque estaba dirigida al público más bien que a los médicos. Una gran mayoría de los médicos de Chicago la objetaron. Se dijo que Murphy obraba de acuerdo con su reputación de oportunista; y que trataba de obtener ventajas de esta desagradable situación.

No es sorprendente, por eso, que antes de la siguiente reunión de la Sociedad Médica de Chicago, que debía realizarse el miércoles 19 de octubre, se amenazase con acusar al presidente. Era la segunda reunión que J. B. presidía. Abrió la sesión con la mayor tranquilidad. El programa científico, normal, se completó y debía comenzar la sesión “administrativa”. En contra de la costumbre, nadie dejó el salón. De pronto, uno de los cirujanos que había prometido darle su merecido al joven médico campesino autor de la carta, se puso de pie.

—¿Señor presidente!

Murphy lo reconoció. Roja la cara, bajo y morrudo el cuerpo, enfurecido el ademán, el hombre gritó:

—Deseo proponer un voto de agradecimiento a los distinguidos caballeros que han presentado trabajos esta noche; ¡me gustaría, también, solicitar que se agradezca a nuestro presidente, la personal notoriedad que ha adquirido en los periódicos y la desgracia que ha arrojado sobre los miembros de esta sociedad!

J. B. no hesitó un minuto.

—¿Hay quien apoye esta moción? —preguntó—.

Siguió un silencio de muerte. El encolerizado que la había hecho, miró a su alrededor buscando apoyo. Ninguno se movió. El presidente esperaba. Luego, después de algún tiempo dijo:

—No habiendo sido apoyada, queda descartada la moción. ¿Hay algún otro asunto?

—¡Mociono, señor presidente —gritó el iracundo médico—, para que la sociedad considere la noticia recientemente aparecida en un periódico, sobre pago de comisiones por sus miembros!

—Lo siento, señor —dijo el presidente—, pero su moción no es reglamentaria. De acuerdo con los estatutos de la sociedad, tales asuntos deben ser sometidos al consejo y no entran dentro de las atribuciones de la sociedad en una sesión pública. Y ahora declaro levantada la sesión.

Y así fué levantada, oficialmente. Pero no sin protestas de algunos miembros disgustados. En medio de un gran tumulto, se retiraron y se reunieron en el hall de la Biblioteca Pública, para deliberar acerca de lo ocurrido. Fué opinión de muchos, públicamente expresada, que J. B. los había engañado. Seguramente era él quien había concebido la idea de enviar aquellas cartas y con toda probabilidad había dictado los términos de la propuesta. Señalaron que su propia respuesta había sido redactada como una conferencia para médicos jóvenes y servía para colocarlo en situación favorable ante el público. ¿Acaso no sabían todos ellos que Murphy dividía honorarios? No tenían pruebas de este aserto, y en realidad nunca las hubo, pero futuros se apoyaban en el viejo adagio "donde hay humo, debe haber habido fuego".

La batalla no cesó con eso. La sesión siguiente del consejo de la Sociedad Médica se realizó el 9 de noviembre en el Club Atlético de Chicago. Era costumbre que estas reuniones se celebrasen en una comida; se

discutían los asuntos entre copas de cerveza. Una agitada discusión se promovió sobre la cuestión de las cartas publicadas. Hablaron J. Clarence Webster, Palmer Findley, William H. Wilder, Emil Reis y otros médicos. Murphy fué acusado en su presencia de haber escrito la carta instigadora; y como no contestase la acusación, en medio de un silencio embarazoso, Frank Billings mocionó para que el asunto fuese transferido a la comisión de ética. Esta comisión era un cuerpo elegido; estaba formada por Wilder, N. S. Davis e I. N. Danforth.

El 14 de diciembre el consejo se reunió por segunda vez en el restaurant Unión. Nuevamente las cartas sobre partición de honorarios fueron el tema principal de la discusión, pero el encono y la mordacidad abundaron en tal forma, que fué necesario postergar la sesión hasta la semana siguiente. A esta reunión no faltó ningún miembro del consejo. Previamente el secretario había sido instruído para dirigir una comunicación al presidente de la comisión de asuntos éticos, estableciendo los cargos que fuesen necesarios, en relación con la publicación de las cartas insertadas en el *Chicago Tribune*.

Actuando como una comisión permanente, el consejo nombró a una segunda comisión de tres, al efecto de redactar una relación de hechos en conexión con la primera carta y las contestaciones que habían sido publicadas. Esta comisión debía presentar los hechos y hacer el dictamen. Ninguno de los miembros de la comisión pudo obtener nada de los editores del *Tribune*. En algunas ocasiones los periodistas han ido a la cárcel antes que divulgar las fuentes de información

de que se valen. Fué recién cuando Murphy amenazó con promover una acción legal, para vindicarse a sí mismo, que cedieron las barreras del periódico. Se supo, entonces, que los instigadores de la intriga habían sido dos miembros de la Sociedad Médica de Chicago, quienes, con la creencia sincera de que la partición de honorarios era una práctica deshonesta que se estaba difundiendo mucho, habían urdido la carta con uno de los jóvenes reporteros del *Tribune*, George Odell. Además, ellos mismos habían especificado los nombres de las personas a quienes debía enviárseles una copia. Con la activa imaginación y el torvo humor de un periodista, Odell había enviado las cartas desde el pueblo llamado Odell, Illinois. En una reunión de la sociedad en pleno, presidida por el doctor Rudolph W. Holmes, en ausencia de Murphy, fué leído el dictamen de la comisión de asuntos éticos. Era de esperar que, una vez conocidos los nombres de los médicos culpables, Murphy se libraría de todas y cada una de las acusaciones que se le habían hecho. Pero no fué así. Fué criticado abierta y vehementemente, por no haber impedido la publicación de las cartas. Alguien hizo moción de aceptar el dictamen; otro, de aceptar sólo las conclusiones; un tercero sugirió una enmienda, a los efectos de que todo lo referente al presidente de la sociedad fuese eliminado. Todas estas mociones se perdieron en una atiborrada confusión de ideas, discursos y procedimientos parlamentarios y legales, cosas que, como es notorio, los médicos manejan mal. Como la reunión continuase en forma cada vez más caótica, el pánico cundía en el consejo. Finalmente una moción se planteó: eliminar toda referencia individual que no fuera la de los dos

miembros contra quienes se habían hecho los principales cargos. Por sugestión del presidente interino, la cuestión de fondo quedó en la nada.

La parte trágica de esta tempestad en un vaso de agua, es que el ataque a la partición de honorarios resultó un "boomerang" (1). Los dos reformistas fueron obligados a renunciar, y terminaron por salir de Chicago para ir a ejercer su profesión en otra parte, mientras que nada se hizo contra los cirujanos que expresaron su complacencia por la división de honorarios. ¡Uno de ellos era el cirujano del editor propietario del *Tribune!*

Después de que durante su presidencia el consejo había dedicado casi todas sus reuniones a la cuestión de la partición de honorarios, era natural, se puede decir, que el discurso de Murphy en la reunión anual de la Sociedad Médica de Chicago se referiría al mismo tema. Imposibilitado de asistir por causa de enfermedad, su discurso fué leído en su nombre. Transcribimos un párrafo del mismo:

"Las prácticas morales y éticas de la profesión son la heredad más valiosa del médico. Ellas son el resultado de siglos de cuidadosa consideración y de respeto de la familia médica para con el público en general y los individuos en particular, a los que nunca engañó. Como miembros de esa familia, corresponde a ustedes cuidar de que se mantengan esos altos ideales de moralidad y de ética. Deben y pueden, sin vacilaciones, estigmatizar todas las formas de comercialización; de lo contrario, a la manera de un cáncer, ellas destruirán los blasones y la herencia de la profesión médica."

(1) Boomerang: arma especial que vuelve al punto de partida una vez lanzada a la distancia.

## LA FILOSOFÍA DE J. B.

## I

El antiguo dolor de su brazo izquierdo reapareció, probablemente debido al excesivo trabajo del año. Algunos días podía operar con todo el vigor habitual; sus recorridas por las enfermerías eran rápidas, y mientras las efectuaba formulaba preguntas a sus internos y asistentes sobre el estado de los enfermos. Pero otras veces sufría, y esto lo condenaba a la inercia. En tales ocasiones, Nettie tenía que usar de toda su persuasión para hacerlo quedar en cama. Una serie de cosas, entre las que en primer término figuraba el estado de su salud, lo tenían deprimido. Tal cual su esposa lo había previsto, no era feliz en Rush; no tenía ningún problema de cirugía que lo fascinase y absorbiese, y además las críticas motivadas por las cartas sobre partición de honorarios habían minado su espíritu.

Ninguno de los médicos que J. B. consultó había sido capaz de diagnosticar su padecimiento; ninguno parecía conocer la causa del dolor. Tal como él lo describía, era un dolor insoportable de todo el brazo izquierdo, que se irradiaba hasta los dedos; con el dolor venían paroxismos de gran depresión.

Pocos eran los días de sol en esa época; sea en el cielo de Chicago, sea en su propio espíritu. Sin embargo,

ocasionalmente, se sentía reconfortado cuando algún amigo lo visitaba o procedía afectuosamente con relación a él. En cierta ocasión recibió una carta del doctor William Mayo, que le agradó mucho. Reaccionaba a la amistad en forma conmovedora. Mayo le escribió:

“¿Por qué no viene a visitarnos? Tenemos un montón de cosas que mostrarle y contarle. Estamos en posesión de nuevas ideas, que espero han de interesarle.”

¿Cómo podía J. B. saber que Nettie había escrito a Mayo sugiriendo esta invitación?

Muy complacido por la carta de Mayo, J. B. conversó con Nettie sobre si debía ir; ella le urgió para que hiciera el viaje, pero él no fué. Se excusó porque tenía que preparar un trabajo para el próximo congreso de la Asociación Médica Americana, que tendría lugar en Portland.

El trabajo en preparación se titulaba: “Las tiroides superiores accesorias” y se relacionaba con el rápido incremento del tratamiento quirúrgico del bocio. Sin embargo, antes de terminarlo, él y Nettie volvieron a Glenwood Springs, Colorado, en razón de que él debía tomar algunos baños. Su viejo amigo Macalester, que era quien lo había enviado a Las Vegas en la época del fantasma de la tuberculosis, le había prescrito diez minutos diarios en la “Cueva número tres”. Cuando llegó el día en que debía leer su trabajo, Nettie telegrafió al presidente del congreso de la Asociación Médica Americana, solicitando que solamente se lo anunciase.

Mientras estaban en Glenwood Springs, J. B. recibió invitación para asistir al banquete en honor de Nicho-

las Senn, que tendría lugar un mes después. Junto con la invitación, se le pedía que "salpicase el programa improvisando algo, a propósito de reminiscencias, anécdotas, etc."

Parecía extraño que se le hubiese invitado para un banquete a Senn; desde hacía algunos años, sus relaciones no eran nada cordiales; pero pedirle que hablase, era realmente incomprensible.

—¿Por supuesto que no irás, J. B.? —le dijo su esposa—.

—Creo que sí —dijo él—.

Ella movió su cabeza; lo veía tan incorregible como siempre.

Después de diez días de completo descanso, el dolor del brazo desapareció tan repentinamente como la vez anterior. Al día siguiente regresó a su casa. Se presentó en el banquete de Senn, dispuesto a decir cosas agradables de un hombre que muchas veces lo había tenido a maltraer.

"Si se me preguntase —dijo, a guisa de introducción— qué ha hecho el doctor Senn en su vida, para merecer este magnífico homenaje de parte de la clase médica contemporánea, diría: no es porque haya creado una escuela propia; no es porque haya formado un núcleo de continuadores de su obra, gracias a su atracción personal. ¡No! Ni existe una escuela quirúrgica de Senn; ni tiene un grupo de fieles continuadores. Su influencia irradia más allá del horizonte abarcado por estas expresiones. En su afán de conocer las leyes y principios que gobiernan el arte de curar, y con su ejemplo en el trabajo original de investigación experimental en cirugía, ha fundado una escuela de investigadores científicos, una pléyade de precursores en el desierto de la ciencia, cuya influencia se perpetuará más allá de la era y del siglo de Senn y que progresará, siempre que mantenga

los principios de Senn y siga el ejemplo de Senn, de observar los procesos naturales y registrarlos exactamente tal cual la naturaleza los presenta. Ha fundado, pues, un sistema, cuyos principios tendrán una influencia más perdurable que la de una escuela.

"¿Quién ha leído los experimentos de Senn sobre páncreas, sin sentir admiración por su trabajo? ¿Quién ha seguido los detalles de sus estudios sobre la reparación de los vasos sanguíneos, sin apreciar la agudeza de su inteligencia? ¿Quién ha revisado su monografía sobre la reparación ósea, sin sentir que debía conocimientos en la fuente misma de la naturaleza?

"¡Qué bendición y privilegio para la juventud, el de haber estado cerca de este gran maestro de la cirugía! Su ardiente deseo por el progreso de la ciencia ha sido un incentivo para todo aquél que aspiraba a sobresalir. Su infatigable labor ha sido un faro y una guía en el puerto de la medicina. Su amor por la ciencia estaba saturado con todo lo bueno que extraía de la literatura antigua y moderna. Avanzó más que sus predecesores mediante la observación inmediata del mecanismo de los procesos naturales y mediante la aplicación de la observación experimental, en su práctica clínica... En sus obligaciones para con la clase médica, ha vivido a la altura, y aún sobrepasado, las difíciles exigencias de Bacon, quien sostiene que: "cada hombre es un deudor de su profesión, de la que como individuo, igual a los demás, recibe gracias y ventajas; como consecuencia debe hacer cuanto esté a su alcance para honrarla y hacerla progresar". Todo esto se consigue, en alguna medida, por la práctica liberal y honrada de una profesión, cuando los hombres la respetan y no recurren a procedimientos criticables e indignos de ellos; esta conducta los mantiene alejados, al mismo tiempo, de los vicios que notoriamente la infectan. Pero se la honra mucho más aún, cuando un hombre es capaz de consagrarse al cultivo y al progreso de la ciencia misma, porque de este modo no solamente la hará ganar en reputación y dignidad, sino que también ampliará y perfeccionará sus valores esenciales."

Su madre habría estado orgullosa por la forma en que J. B. había aprendido su lección; esto era, ciertamente, devolver bien por mal, "matándolos con benevolencia". Casi todos los presentes conocían el abierto antagonismo entre Senn y Murphy, y las acerbas críticas de aquél a los trabajos de éste. Estaban asombrados de la cordialidad del más joven. Su entusiasmo llevó a uno de los concurrentes a manifestar a su vecino:

—Ha hablado con una gran cordialidad, como si realmente pensase así.

Eso era verdad. J. B. había decidido alabar a Senn, y en consecuencia puso en su discurso todo lo bueno de que era capaz.

—Nadie creería que está leyendo —dijo el interpe-lado—.

—A pesar de todo —contestó el primero— hay momentos en que siento deseos de aplaudirlo, y sin embargo no creo que él sienta una sola palabra de lo que dice.

Este era el consenso general; pero Nicholas Senn estaba emocionado. Cuando estrechó la mano de J. B., éste advirtió lágrimas en sus ojos.

## 2

A pesar del antagonismo de los más, J. B. tenía algunos médicos amigos, tan buenos como deslenguados eran sus críticos. Uno de éstos era el doctor Norman Bridge, excelente clínico, que había demostrado ser un astuto hombre de negocios y vivía retirado en California. Siguiendo los consejos de Bridge, al efectuar sus inversiones J. B. llegó a acumular una parte considerable de su fortuna. No obstante ser frugal, J. B. era

notoriamente un mal hombre de negocios. Su interés fincaba sólo en su trabajo, hasta el extremo de que sólo se ocupaba de negocios cuando Nettie y Bridge lo apremiaban al efecto. Su opinión sobre el particular se reducía a ahorrar de sus entradas tanto como fuese posible, después de haber gastado lo necesario para vivir cómodamente; el remanente debía ser depositado en un banco. El recuerdo de la pobreza, en su juventud, lo estremecía. Como no tenía habilidad para los negocios, Nettie le había sugerido que dictase sus cartas a su secretario, en casa, por la noche, en su presencia. De este modo ella estaba al tanto de sus asuntos. Ella decidió adoptar este sistema después que J. B., con su amigo Keefe, habían invertido y perdido 20.000 dólares, sin su conocimiento, en un nuevo horno. J. B. sostenía que la transacción era fraudulenta y que la decisión de la justicia lo favorecería. Nettie, menos optimista, probó estar en lo cierto, y por eso, cuando J. B. recibía cartas de Bridge relativas a negocios, las discutía con Nettie.

"Lo que le dije en mi carta acerca de la Compañía Petrolera Americana y sus privilegios personales es todavía cierto; los bonos están aún en el banco. Usted puede obtenerlos pagándolos a la par, más el interés; constituyen una excelente inversión."

Estuvieron de acuerdo en seguir el consejo de Bridge y compraron los bonos. Hicieron un buen negocio y terminaron por seguir las sugerencias de aquél en otras inversiones. En pago de esto, J. B. escribía al jubilado doctor y le daba las últimas novedades de los progresos en cirugía. Para J. B. la amistad con Norman Bridge fué un éxito desde el punto de vista financiero. A me-

nudo, refiriéndose a Bridge, decía que era "maduro y de larga experiencia como cortador de cupones".

Fué así, cómo los Murphy empezaron a enriquecerse. La industria americana crecía tan rápidamente en esa época, que un dólar invertido en cualquier buena organización se multiplicaba varias veces en pocos años. A medida que su fortuna aumentaba, Nettie extendía sus actividades sociales. Resolvió enviar las niñas al este a una escuela de perfeccionamiento. Entonces como ahora, el este estaba de moda para Chicago, y Nettie fué siempre de las que hacían las cosas consagradas. Sostenía que J. B. debería interesarse por otras cosas, aparte de su trabajo, aunque más no fuese en obsequio de sus hijos. Debían leer buenos libros y conocer música, recluirse menos y alternar en sociedad con los demás. Opinó, además, que debían abonarse a un palco en la ópera e ir a los conciertos sinfónicos. Pero J. B. replicó que él no conocía nada de música y que, por otra parte, ésta no le interesaba. La cirugía era su música, su lectura, su placer y su descanso. No tenía tiempo disponible para la ópera.

J. B. decía a Nettie, que lo único que ella quería era vestirse de fiesta, sentarse en un palco balcón y ser vista; pero, a pesar de todo, compraron un palco en la ópera. Ella sabía que él estaba en lo cierto, pero también sabía que a él le gustaba ser visto en público con ella. No cabía duda acerca de su belleza. La madurez le había dado una gracia majestuosa, y su hermosa cabeza, con el pelo negro azabache recogido hacia arriba, un aire de clase y altivez. J. B. había apreciado siempre su belleza, y el hecho de que ellos fuesen señalados como "el doctor J. B. Murphy y su hermosa

esposa" era también una buena propaganda para él.

De este modo entraron en la vida social elegante de Chicago, expuestos a ser acusados de advenedizos, y no pasó mucho tiempo sin que así ocurriera. Se repetía así el mismo juego de siempre; pero ahora jugado por una nueva categoría de críticos, legos todos, que se habían decretado árbitros de los que eran dignos de figurar en el registro social de la ciudad. Pero los dardos no se circunscribieron tan sólo a habladorías. Se transformaron en el tema de una revista llamada *The Club Fellow and Washington Mirror*, publicada en la capital de la nación. Hoy día el periódico sería considerado como una hoja de escándalo, pero su encabezamiento de entonces proclamaba que era "el periódico nacional de la sociedad". Su corresponsal en Chicago era anónimo y con tanto éxito, que cuantas investigaciones se han realizado para descubrir quién pudo haber sido él o ella, fracasaron.

Cada nuevo saetazo irritaba a Nettie y a J. B. más que el anterior. Desesperado, finalmente él se quejó a su amigo y cliente John Eastman, editor entonces del *The Chicago Journal*, ahora desaparecido.

Injustas y fuera de lugar como eran las cosas, sin embargo no era posible defenderse de ellas. J. B. dijo que sus actividades profesionales habían sido atacadas una y mil veces; pero que no permitiría que su mujer y su hija fuesen atacadas por un cobarde, que no osaba suscribir sus ataques. La influencia de Eastman se dejó sentir rápidamente. Percival Hardin, editor del *Mirror*, escribió una carta a Murphy en la que se traduce un débil intento de aplacamiento. En ella, promete "portarse bien" en el futuro:

"Me he enterado por mi amigo John Eastman, de su devoción por él, después del accidente que sufrió el otoño pasado, y deseoso de mostrarle cuánto aprecio lo que usted ha hecho por él, he ordenado, a su pedido, a nuestro corresponsal en Chicago, que suspenda toda referencia satírica a diversos miembros de su familia.

"No necesito asegurarle que siempre he tenido a usted y su familia en la más alta estima, y que en ningún momento he hecho nada con la intención de herir sus sentimientos. Los comentarios hechos en *The Club Fellow* son, por supuesto, simple cuestión de chanza, con el propósito de alcanzar ocasionalmente un pequeño pasatiempo, que como todos sabemos debe obtenerse a expensas de alguien.

"No estoy obligado al señor Eastman en ningún sentido, y el pedido que me ha hecho es simplemente una manifestación de gratitud hacia usted. Estando seguro que él, en circunstancias similares, haría lo mismo por mí, le he informado que accederé a su pedido y aprovecho esta oportunidad para asegurarle una vez más mi más alta consideración.

"Me he familiarizado durante algún tiempo con su generosa obra caritativa y siempre lo he considerado a usted como un honor de su profesión.

"Asegurándole a usted que no ha existido ninguna malevolencia en ninguna de las bromas publicadas con anterioridad, me reitero..."

He aquí la contestación de J. B.:

"Querido señor Hardin:

"He recibido su carta del 4 de febrero. De parte mía y de mi familia le agradezco sus expresiones y apreciaré la consideración en ella prometida. Por su intermedio desco agradecer a mi amigo el señor John Eastman, su espontáneo interés en este asunto.

"La posición de un profesional es algo diferente de la del hombre de negocios común, y su carácter personal, vida familiar y posición social, particularmente el primero, son de la más alta importancia, exceptuada su competencia

profesional, para determinar la confianza y el respeto de su clientela. Por lo tanto, esas bromas, tal como usted las llama, son más perjudiciales de lo que usted las considera, puesto que un médico no es nunca un hombre público, por prominentemente que sea. Usted apreciará, por lo tanto, las razones especiales por las que habría sido de desear que esos artículos no hubiesen aparecido..."

Habiendo asumido de este modo el papel de filósofo, J. B. sintió la necesidad de aconsejar a su hija mayor, a la sazón alumna del aristocrático colegio de Miss Spence, en Nueva York. En dicha ocasión se refirió (una de las pocas veces de su vida en que él se manifestó abiertamente) a su actitud frente a las murmuraciones, que rodearon su vida profesional, desde un principio hasta su muerte. En esta carta a su hija, su inglés aparece extremadamente confuso. Así sucedía a menudo, tanto que el irascible doctor William Quine, hablando de la capacidad de diferentes cirujanos de Chicago para hacer una conferencia de carácter escolar, señalaba que J. B. Murphy era incapaz de escribir una frase, y mucho menos de pronunciar un discurso, en inglés simple y corriente.

"Mi querida Cecile:

"Pienso, querida mía, que usted no debiera permitir que Miss Baker la mortifique. Debe considerar que ella es una solterona y que sabe poco de la verdadera naturaleza de las niñas; ella está frizando esa enojosa edad que domina tantas vidas desilusionadas, y alcanzada la cual, las personas se complacen en trastornar y en hacer la infelicidad de otras, con el objeto de procurarse mejor compañía y balancear su propia disminución, con referencia al resto del mundo. Esto, sin embargo, no le concierne, excepto en cuanto usted le haya permitido que sus pequeñeces perturben su tranquilidad.

"Creo que para trabajar mejor, usted debiera poner de lado esas pequeñeces y convertir en compasión su antipatía con relación a ella. Recuerde que nadie puede molestarla mientras usted proceda correctamente. Tal vez Miss Baker crea que lo que hace lo hace por su bien. Por lo tanto, usted debe dar por aceptado que su conducta puede no ser preconcebida. Usted está allí con el definido propósito de completar su educación en la mayor medida posible. Si Miss Baker comete con usted una gran injusticia ante la clase, usted debe protestar inmediatamente, en el mismo lugar, en lenguaje enérgico pero gentil, de manera que Miss Baker no pueda menos que sentirlo, y de que todos en la clase estén de su lado. Estoy seguro que usted no se irritará ni dirá nada de que deba arrepentirse, sino que dejará a salvo sus derechos inalienables, con el propósito de conquistar el respeto de sus compañeras, que es lo que usted más valora, y también su propio respeto, que vale más que el de cualquier otro.

"Recuerde que en la vida hay siempre pequeñas molestias, y que éstas perturban más que las grandes cuando se les da importancia. Uno puede no temer al león, y sin embargo se siente terriblemente molestado por una pulga; es que la acción del parásito perturba grandemente la fuerza moral y el equilibrio. Recuerde que las cosas que se obtienen por cortesía o consentimiento de los demás, tienen muy poco valor. Aquellas que se conquistan, muestran en cambio el valor real de quien las recibe."

En las entrelíneas de este abstruso complejo se percibe, aunque de una manera vaga, la expresión personal de la defensa que él había erigido en su interior contra sus críticos. J. B. tenía más de un mecanismo de defensa; podía concentrarse en sí mismo; podía ser excesivamente cortés con aquellos a quienes no quería; podía, como lo revela en su carta a Cecile, compadecer a sus enemigos; pero también podía volverse altanero. En cierta ocasión, se ensoberbeció cuando fué consul-

tado por un enfermo y el médico de la familia acerca de una seria y complicada fractura de la pierna, que había consolidado con una deformidad que producía una inhabilidad excesiva. Después de examinar al enfermo, hizo un análisis cuidadoso de las radiografías. Todos, en torno de él, esperaban ansiosos su opinión, cuando mirán doles fijamente y con marcada suficiencia, dijo:

—Este es un caso muy difícil que requerirá los servicios de un maestro de la cirugía.

Y luego aceptó el caso, cuando el médico de cabecera le respondió:

—Doctor Murphy; es por eso que estamos aquí. ¿Quiere usted hacerse cargo del enfermo?

EL "BRAZO DERECHO" DE MURPHY.  
LA CURA DE LAS ANQUILOSIS

## I

Tal como Nettie supuso, J. B. no era feliz en Rush College. Todos eran corteses y amables pro forma, pero en cuanto él hacía una sugestión, aunque fuese para su propio departamento, la oposición era abrumadora. Rush College había obtenido su nombre y reputación para usarlos en beneficio propio, pero obstaculizaba el desarrollo de su actividad. Por orgullo había ocultado todo esto a Nettie, a la espera de que apareciese alguna coyuntura favorable.

Ésta se presentó en forma de una vacante, en Northwestern University. Weller Van Hook, que había sucedido a Fenger como jefe del departamento de cirugía, estaba por retirarse; J. B. recibió el ofrecimiento de reemplazarle. De acuerdo con la modalidad de toda su vida, no contestó hasta después de hablar con Nettie; al hacerlo, pudo comprobar no solamente que aprobaba el pase, sino que también la llenaba de alegría.

Este fué el último cambio de J. B. en lo que se refiere a afiliaciones a escuelas médicas y marcó el comienzo de sus años más productivos y eficaces como maestro. Debido a la insistencia de Nettie para que

no trabajase en su casa durante las noches, uno de sus primeros actos, inmediatamente de su retorno a Northwestern, fué el de montar un laboratorio experimental en la facultad. Ella comprendió, y con lógica incontestable se lo hizo ver a J. B., que debían cambiar su método de vida. Durante los primeros años de su vida de casados, ella le había dedicado innumerables noches, esperándolo o trabajando con él en el laboratorio; había renunciado a todo, para transformarse en una rueda de la máquina de su carrera profesional. La necesidad de un trabajo semejante había desaparecido. Él había alcanzado la cúspide en su profesión y estaban en condiciones financieras de hacer su gusto. Sus hijas iban camino de hacerse señoritas y tenían buena dote. Era tiempo que disminuyesen sus obligaciones y se dedicasen a divertirse. Como consecuencia, J. B. incluyó sus experimentos de laboratorio en las horas de trabajo del día, y dedicó todas las noches a su esposa y a las obligaciones sociales contraídas por ella.

El laboratorio en la escuela, era una habitación que lindaba con la sala de disección anatómica, en el último piso del edificio. Allí se trabajaba en experimentación, y además, los más jóvenes de sus colaboradores enseñaban cirugía operatoria a los estudiantes.

Hay una historia que se relaciona con este laboratorio, que Murphy tenía por costumbre referir con mucho gusto y lujo de detalles. Steve Skolka, un emigrante polaco, era el sirviente de J. B., lo que quiere decir que realizaba el sucio trabajo de limpiar el laboratorio, todas las noches, y prepararlo para el día siguiente, una vez que el doctor había terminado sus tareas. Steve había estado en la escuela varios años y conocía muy

bien su oficio. J. B. lo había elegido por su contracción y seriedad.

Steve había sido carnicero en su país natal, y una vez llegado a Chicago encontró trabajo en los mataderos. Pero su inclinación por el alcohol lo había arruinado y había sido expulsado. Sólo después de un duro período de prueba, fué empleado en la escuela de medicina. Es difícil encontrar sirvientes para un anfiteatro anatómico, porque la mayoría de los hombres son aprensivos para la tarea de manejar cadáveres, de manera que la facultad y J. B. estaban contentos de haber conseguido a Steve, una vez que éste demostró haber perdido su gusto por el alcohol.

Una de las obligaciones de Steve era transportar los cadáveres conservados, desde la morgue a la sala de disecciones, y una vez que los estudiantes los habían utilizado, volver otra vez a la morgue con los restos. Estaba orgulloso de ese trabajo, pero no tanto como lo estaba por ser "el brazo derecho del doctor Murphy". Cuando J. B. se dirigía a él, lo hacía así:

—¡Hola, Steve! ¿Cómo está mi primer asistente?

Tal saludo agradaba al polaco más que cualquier otra cosa, porque él consideraba a Murphy como el hombre más grande del mundo; y ser el brazo derecho del hombre más grande del mundo, era un honor acerca del cual Steve, de haber sido capaz de escribir, habría dado que hablar a las gentes de Polonia.

Steve tenía un cuchitril en el subsuelo de la escuela, cerca de la morgue, y tenía por costumbre levantarse a las seis de la mañana para comenzar sus quehaceres. Eran varios los trabajos que debía realizar diariamente, de manera que, siendo un hombre consciente y deseán-

do hacerlos todos bien, su tarea era inacabable. Como de costumbre, cierto día había estado ocupado desde la madrugada; llegada la tarde, estaba atareado en preparar el laboratorio del doctor Murphy para una operación. Desde el Mercy Hospital se le había telefonado que el doctor estaría allí a las cuatro. Steve debía tener todo listo: el animal afeitado, los instrumentos hervidos y las compresas esterilizadas.

Sonó otra vez el teléfono:

—El doctor Murphy acaba de salir del hospital.

Y pocos minutos después, desde la portería:

—El doctor Murphy sube.

Steve dió unas vueltas, a la manera de una dueña de casa, antes de que lleguen sus invitados a comer, y echó una última mirada para ver si todo estaba en orden. El profesor tardaría algunos minutos en trepar los seis tramos de escalera. Steve esperaba, pues no obstante tener bastantes cosas que hacer, quería saludar y ser saludado por el gran hombre. Murphy no falló en su consabida fórmula de salutación, y Steve se entregó a sus quehaceres. Volvió a las seis cuando Murphy estaba por terminar. Una vez que el doctor salió, Steve comenzó a limpiar los instrumentos mientras miraba, fijamente, hacia abajo, las calles oscuras. El edificio de la escuela estaba vacío, sólo su alma en él. La inquietud de su soledad lo envolvió repentinamente, tocó su débil espíritu y lo estrujó cruelmente. Y como "la cabra tira al monte" estaba escrito que, por segunda vez, perdería su empleo.

Tal como J. B. refería la historia, probablemente Steve meneaba su cabeza, ante el triste pensamiento de que únicamente cadáveres lo acompañaban en su

soledad, cuando su mirada errante se detuvo y tropezó con la botella de alcohol posada en un estante. ¿Será, acaso, solamente para las manos? Prisionero en ese recipiente de vidrio, había un mundo color de rosa. Podría mezclar eso con un poco de agua, y no resultaría tan desagradable.

Steve comenzó a cantar mientras trabajaba. Después de un rato se sintió con coraje, y el frío oscuro frigorífico de la morgue no lo atemorizó más. Caminó por él, saludando alegremente a los muertos y entabló con ellos una conversación corriente, contestando sus propias preguntas, mientras depositaba los cadáveres en su carretilla. Camino hacia arriba en el viejo ascensor a mano, fraternizó con los seis cuerpos que lo acompañaban: —¿Por qué no ser sociables, amigo míos? —preguntó—.

Y luego fué asaltado por un súbito pensamiento: ¿Habrá algún polaco entre ellos? "*Jak sie macie chlopcy?*". No tuvo respuesta. Entonces Steve desató el pedazo de tela atado alrededor de la cabeza y el mentón de una mujer; la boca se entreabrió.

—Así pensé que habría de ocurrir —dijo Steve, y volvió a atarlo—.

Luego, en amistoso tren con sus compañeros, y a medida que depositaba los cuerpos en la sala de disecciones, Steve compadecía de ellos. Las mesas eran duras y frías. Era vergonzoso dejarlos allí acostados hasta el momento en que debían ser disecados. ¿Por qué no dejarlos de pie, contra la pared, en amistoso grupo, hasta que él regresase con otra tanda? Con gran cuidado y esfuerzo, arregló las extremidades de los cadáveres, en actitudes acordes con el sentido artístico

que se había desarrollado en él. Aquí, dos se estrechaban la mano; más allá, otros dos se preparaban para luchar. Los últimos, un hombre y una mujer, fueron colocados en estrecho abrazo amoroso —una impudicia— pero para el repentino buen humor de Steve, un cuadro satisfactorio. Jovialmente, bebió después por la salud individual y colectiva de sus improvisados compañeros. Luego se inclinó cortésmente, solicitó permiso para dejarlos y se retiró en busca de otra tanda.

Mientras tanto, Steve no había advertido que sus helados amigos estaban próximos a un importante foco de calor, pues detrás de ellos y a lo largo de la pared, corrían, descubiertas, las tuberías de vapor. Su sorpresa rayó en pánico, por eso, cuando al entrar nuevamente en la semioscura habitación, con su segunda carga de cadáveres, vióse saludado por un cuerpo que lenta, mágica y majestuosamente se avalanzaba hacia él, con los brazos abiertos.

Desgraciadamente, ocurrió que Murphy, después de comer, se interesó por el animal que acababa de operar, y contra su costumbre regresó a la escuela con el objeto de darle un vistazo. Y mientras él y su asistente subían la escalera, fueron repentinamente atropellados por un Steve que salvajemente espantado y fuera de quicio, a tiempo que descendía de a tramo por salto, gritaba: —¡Me persiguen!, ¡me persiguen!, ¡socorro!, ¡socorro! —hasta desaparecer escaleras abajo, en la oscuridad—.

Su carrera en la escuela de medicina había terminado, tan pronto como el profesor se levantó del suelo, sacudió su saco y encontró su sombrero. ¡Steve había cesado de ser "el brazo derecho" de Murphy!

El animal que J. B. había operado ese día, formaba parte de una serie de observaciones experimentales sobre la reconstrucción de articulaciones anquilosadas<sup>(1)</sup>. Los resultados de este trabajo fueron presentados a la Asociación Americana de Cirugía en Saint Louis. En la redacción del mismo, usaba el viejo sistema de preguntas y respuestas, pues se había convencido definitivamente de que era la forma más convincente de presentar un tema. Los editores de las revistas médicas se quejaban, con frecuencia, de su estilo; pero él se defendía diciendo que esa era su manera de enseñar. Ahora bien; su éxito como maestro era bien conocido en esa época, lo que le permitía argumentar que si las cosas dichas a su modo tenían valor, también debían tenerlo escribiéndolas de la misma manera. El referido trabajo comenzaba así:

“¿Qué son las articulaciones? ¿Cuál es la embriología de la formación articular? ¿Cuál es la histología patológica de las artrosis neoformadas o falsas articulaciones? ¿Cuál es la anatomía patológica de las bolsas serosas neoformadas? ¿Pueden ser reproducidas artificialmente? ¿Qué es la anquilosis? ¿Cuáles son las alteraciones anatómicas comprendidas en este vocablo? Desde el punto de vista práctico, ¿en cuántas clases pueden dividirse? Cuando la anquilosis se ha formado, ¿hasta qué límites puede la cirugía pretender su curación? ¿Podemos nosotros restablecer una articulación movable y activa, incluida la sinovial? ¿Podemos restaurar los movimientos y hasta qué grado? ¿En qué casos se pueden obtener los mejores resultados? ¿Podemos

(1) Anquilosis: enfermedad de las articulaciones, caracterizada por la desaparición de sus movimientos. (Nota de los traductores.)

prometer, para el futuro, algo mejor que las uniones fibrosas más o menos movibles que hemos obtenido en el pasado? Estas fueron las preguntas más importantes que se me presentaron espontáneamente, cuando comencé la investigación de este tema en 1901. La experiencia ulterior ha demostrado que desde un punto de vista clínico, la mayoría de ellas han sido contestadas favorablemente. El trabajo experimental en las articulaciones de los perros, no es satisfactorio, debido a la dificultad de controlar la infección y el movimiento.”

Cualquiera que fuese la manera de presentar sus investigaciones, éstas resultaban siempre interesantes; daban qué pensar aun a sus críticos más recalcitrantes. En esta ocasión manifestó a su auditorio que, por la interposición de un trozo de fascia y músculo, cubierto de una capa de tejido céluloadiposo, había conseguido producir, artificialmente, articulaciones movibles, con cápsula y líquido intraarticular colágeno.

—Creo —dijo— que esta es la primera producción sistemática de articulaciones nuevas, prácticamente normales.

Y como ahora no tenía dificultades para que su material fuese publicado en la revista de la Asociación Médica Americana, esta publicación hacía circular su fama y sus descubrimientos por todos los Estados Unidos.

Casi simultáneamente con sus experiencias sobre cirugía articular, J. B. se había interesado en la cirugía urológica. Había ordenado a los colaboradores más jóvenes de su clínica, que acumulasen la literatura referente a la cirugía de la glándula prostática y relacionasen los casos operados por él. En tres años había operado cincuenta y un enfermos de enfermedad prostá-

tica y ahora se apresuraba a difundir el evangelio de este nuevo capítulo de la cirugía. Por supuesto que otros habían escrito antes sobre el tema, pero Murphy estaba decidido a "predicar un sermón". Escribió así:

"La cirugía de la próstata se está acercando rápidamente a la del apéndice y de la vesícula biliar, en su significado para el cirujano y el enfermo. Hasta hace muy poco tiempo, la próstata no era tratada del modo perfecto y eficiente que la cirugía emplea para tratar otros órganos.

"La experiencia ha introducido un gran número de modificaciones en la técnica de la operación, y a medida que el tiempo avanza somos capaces de obtener más rápidos y completos restablecimientos que en nuestros primeros casos. Es muy grato poder relatar cincuenta y un casos consecutivos de prostatectomía, con sólo una muerte directamente imputable a la operación. Durante el último cuarto de siglo, el paciente presentaba un cuadro lamentable. Comúnmente se trataba de un hombre de gran energía, muy robusto, mental y físicamente infatigable en su trabajo, y que por estas circunstancias se había ganado una posición como para pasar sus últimos años cómodamente, lo que precisamente no podía hacer a causa de su próstata. Ésta lo privaba del sueño, le producía dolores intensos y no entreveía esperanza de alivio, excepto en la muerte. Este cuadro no se refiere a unos pocos, sino a la inmensa mayoría de los que sufren un aumento anormal del tamaño de la próstata."

En este artículo J. B. procuraba establecer la prioridad de esta operación en favor de su viejo amigo Belfield, que había pertenecido al grupo de jóvenes, entre los que se encontraba él mismo, que habían trabajado al lado de Fenger. Juntos habían ido a Alemania y juntos habían regresado. A su vuelta del extranjero, Belfield se había dedicado a las enfermedades génitourinarias. J. B. hacía el elogio de Belfield en la siguiente forma: "El doctor William T. Belfield, de

Chicago, merece el honor de haber sido el primero en seguir un plan deliberado para extirpar el lóbulo medio, a través de una incisión suprapúbica. No procedió así por accidente, como lo sugirió G. Buckston Browne; fué una operación deliberadamente planeada y ejecutada, como lo saben muchos profesionales de Chicago, de la época. El honor es incontrovertiblemente suyo; en cambio, la operación de Dittle, no fué planeada y ejecutada deliberadamente; fué realizada en una emergencia".

Los viajes de J. B. al extranjero para asistir a los congresos médicos, para visitar clínicas y para ver viejos amigos, se fueron transformando en eventos anuales. Le placía extraordinariamente, visitar de nuevo Heidelberg. En efecto, quería a Alemania, y era más feliz allí que en cualquier otro país de Europa. Hablaba alemán muy bien y realmente se transformaba cuando iba hacia Alemania. Si su familia iba con él, él la guiaba. No sucedía así en Francia. Por cuanto hablaba muy poco francés y tenía que depender demasiado de los otros. Pero estos viajes al extranjero, no eran sus únicas peregrinaciones. También hacía excursiones de pesca cada primavera y cada otoño, y ahora que su fama lo señalaba en cualquier parte que fuese, procuraba asistir a la mayoría de las reuniones de las sociedades médicas en los Estados Unidos.

En julio de 1908 se embarcó con el propósito de recibir el título de doctor "honoris causa", en leyes, de la universidad de Sheffield. Otros que fueron honrados al mismo tiempo por dicha universidad, fueron: De Page, de Bruselas; Ernest Fuchs, de Viena, y su amigo Lucas Championnière.

El doctor Keefe, que hizo ese viaje con Murphy, relata el primer encuentro de Murphy con Championnière, algunos años antes. Championnière había saludado a J. B. diciéndole:

—¡Oh! doctor Murphy, ¡tanto placer en conocerle! ¿Cómo está su padre?

Y cuando supo que *él* era el doctor Murphy, el francés habría meneado la cabeza diciendo:

—¡Qué joven!, ¡qué joven!

En ese tiempo Murphy tenía cuarenta años. Los honores recibidos por él y por otros renombrados cirujanos del mundo, repercutían del otro lado del Atlántico, pero sólo muy lentamente se filtraban en Chicago. En cuanto se hacía alguna mención de esto, sus enemigos solían decir: "Estos extranjeros tontos, no saben lo que hacen".

En 1909 concurrió, solo, al congreso internacional de cirugía que se celebraba en Budapest. J. B. estaba anotado para hablar exclusivamente, quince minutos; pero otros tres oradores, todos ellos de diferentes países, le ofrecieron su turno, de manera que pudo prolongar su relato durante una hora. Europa lo había descubierto. ¿Podían los Estados Unidos continuar ignorándolo? A pesar de su aguda voz nasal, el final de su discurso fué saludado con una entusiasta y espontánea ovación.

Muy satisfecho con los aplausos de sus colegas europeos, fué aquella noche a una recepción, a la que el emperador Francisco José debía concurrir. Pero sin Nettie, la inteligente Nettie que lo cuidaba cuando viajaban juntos, olvidó su invitación; la había dejado en el hotel. Trató de persuadir al portero que le per-



mitiese la entrada, pero sin éxito. Completamente confundido, estaba a punto de volverse ignominiosamente, cuando von Eiselberg, un cirujano alemán muy distinguido, vino en su ayuda y consiguió hacerlo entrar.

Tan pronto regresó a Chicago, J. B. se enteró del descubrimiento de Paul Ehrlich, de una nueva droga arsenical que él llamó 606, por haber realizado igual número de tentativas para encontrarla. Ehrlich la recomendaba con insistencia para el tratamiento de la sífilis, pero aún no la había entregado al comercio, para que llegase a manos de los profesionales. J. B. estaba muy entusiasmado con los experimentos de Ehrlich y ansioso por ensayar el nuevo remedio. Si se demostraba la curación de la sífilis, ¡el hombre (Ehrlich) había encontrado algo! ¿Qué otra enfermedad, en la tierra, con excepción de la tuberculosis y del cáncer, provocaba tan difundidos sufrimientos como la sífilis? ¡Su curación sería una de las más grandes contribuciones que cualquier hombre podía hacer a la humanidad! Se presentaba, de este modo, una oportunidad maravillosa: una oportunidad para ser teatral.

Uno de los asistentes de J. B., a la sazón en Europa en luna de miel, recibió un telegrama de Murphy, indicándole que fuese al laboratorio de Paul Ehrlich, en Frankfurt, y aprendiese todo lo que pudiera del nuevo tratamiento de la sífilis. Se trataba de un encargo poco recomendable para un joven, en luna de miel, pero afortunadamente la desposada era una persona comprensiva. Un segundo telegrama de J. B. pedía al joven que procurase una cantidad del remedio, para mandarla inmediatamente a Chicago. Por alguna ra-

zón, tal vez porque pensó que no era necesario, J. B. no anunció a Ehrlich la visita de su asistente. De manera que el recién casado, se apareció un día en el laboratorio de Ehrlich y, sin presentación alguna, solicitó al hombre de ciencia, tiempo y lugar para trabajar. Sólo después de muchas dificultades, Ehrlich se convenció de la autenticidad del telegrama de Murphy y el joven fué recibido. Pasó una semana durante la cual el asistente pudo frecuentar el laboratorio y la clínica y observar la técnica del uso del salvarsán. Finalmente Ehrlich le dió veinticinco ampollas del compuesto arsenical, que fueron enviadas a Murphy inmediatamente.

La joven pareja continuó su viaje, mientras en Chicago J. B. consumía los días esperando la droga. Estaba decidido a ser el primero en usarla, en Chicago. Pero pasaron días y semanas, sin noticias del salvarsán. Para su mayor desilusión, supo que el Michael Reese Hospital había recibido una cierta cantidad del remedio, directamente del laboratorio de Ehrlich. Oportunamente J. B. recibió su paquete, pero quedó firmemente convencido de que su envío había sido interceptado, en el Instituto de Ehrlich, por alguien cuyos sentimientos raciales, pro-judíos, eran más poderosos que los estrictamente científicos. Alguno de sus asociados, entre los más independientes, se maravillaba reservadamente de que J. B. no acabase por obsesionarse con la idea de que se obstruían sus actividades, con una oposición organizada. Por lo demás, víctima frecuente de acerbas críticas, nada hubiera extrañado que desarrollase un complejo persecutorio.

Sin acobardarse en lo más mínimo, J. B. escribió un

artículo (si no podía ser el primero en tratar la sífilis con el salvarsán, podía en cambio ser el primero en escribir sobre el tema) para la revista de la Asociación Médica Americana, titulado: "El tratamiento arsenical de la sífilis". El artículo apareció en el otoño de 1910 y en él relataba un caso tratado con 606 antes de que la droga fuese manejada por los médicos en general. Dicha publicación vió la luz en un momento en que su práctica quirúrgica era tal, que no parecía existir una razón para que él quisiera atraerse más enfermos, y tan luego de sífilis. Pudo haber sido, tal vez, porque no tenía otra cosa que le interesase en ese momento, salvo su tarea quirúrgica diaria y que realmente quisiese hacer algo por la humanidad, ensayando el tratamiento de una enfermedad siempre en aumento. Pero cualquiera que fuese el motivo, el único caso citado por él nada probaba desde el punto de vista científico, y el artículo pudo muy bien haber sido demorado, con el objeto de preparar un relato más eficaz sobre un número mayor de casos y un período más largo de tratamiento. Con justicia, este ejemplo de publicación prematura fué atacado con verdadero gusto. ¿Es que Murphy se había transformado en un especialista en enfermedades venéreas? Y de ser así, ¿con qué fundamento? El artículo de referencia fué una excelente comprobación de su deseo de colocarse ante sus colegas como un profeta; de tomar posiciones, como un conductor de vanguardia. Sus amigos replicaban "que no era así". Aseguraban que lo ocurrido era tan sólo una demostración del espíritu alerta de Murphy y de su interés por el progreso de la medicina y de la cirugía. Pero si esto último hubiese sido verdad,

buscaríamos en vano un artículo posterior, en que relatase más experiencias sobre el mismo tema. Evidentemente, J. B., contrariado en su deseo de ser el primer médico en Chicago que hiciera uso del 606, dedicó su atención a otras cosas. Alguien le había robado su "cañonazo". Y no pudiendo ser el primero, prefirió desentenderse del asunto.



## CAPÍTULO XVIII

## EL TRIUNFO DEFINITIVO

## I

El mundo podía ser embaucado por John B. Murphy, con excepción de sus enemigos, en Chicago, quienes decían saber lo que realmente era: un sensacionalista; un oportunista; un buscador de publicidad; lo que los periodistas llaman una "foca amaestrada", es decir, una persona importante que, permanentemente y por cualquier motivo, desea que se habla de él. Concedían que Murphy valía como cirujano, y que en verdad había mostrado chispazos de genio; pero no era ni un médico consciente, ni un remendón de mutilados. Argumentaban que su único interés consistía en dar rienda suelta a su propio yo, en hacer cosas espectaculares en momentos dramáticos, en acumular fortuna, en trepar socialmente y en anunciarse desde la cima de los más altos edificios.

Algo de verdad había en todo esto, pero sus críticos eran hombres que no lo conocían. Ciertamente, tenía sus faltas; tantas como cualquier otro hombre; pero tenía una virtud, que sus enemigos ocultaban deliberadamente. Esta era su trabajo. J. B. era un hombre que no hacía otra cosa que trabajar y que no habría hecho otra cosa, si lo hubiesen dejado solo. Era un cirujano de pies a cabeza. No era espectacular, ni bus-

caba que lo aplaudiesen, durante las semanas y meses que duraban sus investigaciones sobre una determinada materia. ¿Se le podía condenar porque cuando llegaba el momento de exponer sus conclusiones, buscarse la luz de las candilejas? La Asociación Médica Americana opinó que no.

El 9 de junio de 1910, cuando esa organización todopoderosa se reunió en St. Louis para elegir la comisión directiva para el año siguiente, el primer hombre propuesto para la presidencia fué J. B. Murphy. William H. ("Popsy") Welch, que dictaba la cátedra de patología en Johns Hopkins, y que era una figura prominente en el rápido desenvolvimiento de esa institución, era el presidente saliente. Aun cuando parecía inverosímil, J. B. fué propuesto para tal cargo por Frank Billings, el hombre que había dicho refiriéndose a él: "A mí no me gusta, pero es el mejor cirujano de la ciudad". Apoyaron la propuesta: M. L. Harris, de Chicago, uno de sus competidores en cirugía; Charles Chassaignac, de Luisiana; y Cantrell, de Texas. El doctor A. Jacobi, de la ciudad de Nueva York, fué también propuesto, pero Murphy fué elegido por 77 votos contra 38. Como presidente electo, debía comenzar su período en 1911.

Este honor le había sido conferido sin sollicitación previa, y por colegas de Chicago que evidentemente habían considerado sus calidades profesionales por encima de sus propios prejuicios personales. En octubre siguiente a su elección, el doctor Franklin H. Martin, editor del *Surgery, Gynecology and Obstetrics*, la revista de cirugía que J. B. había fomentado, invitó a los suscriptores a visitar las clínicas quirúrgicas de

Chicago. El éxito de la iniciativa fué extraordinario, a tal punto que se consideró necesario crear una organización permanente que se ocupase de realizar verdaderos congresos prácticos como el que acababa de tener lugar, y asegurase una oportunidad anual para que los cirujanos visitasen los centros clínicos del país. J. B. apoyó decididamente la iniciativa y fijó la pauta de la misma, del siguiente modo:

Escuchar trabajos y leer trabajos es una cosa; ver a los hombres en el trabajo es otra. Todos sabemos que no se obtiene el mismo beneficio escuchando la lectura de un trabajo, que asistiendo a la realización del mismo. Cuando uno ve y oye las cosas de esta última manera, ellas se transforman en parte de uno mismo. Cuando solamente las oye, ellas siguen perteneciendo al autor, no obstante que una pequeña parte hayan sido asimiladas por uno.

Su clínica fué muy concurrida por los cirujanos visitantes, y él fué propuesto, por la mayoría, para la presidencia de la organización que pensaba crearse bajo el nombre de Congreso Clínico de los Cirujanos de Norte América. Pero cuando le fué comunicado que podía ser elegido, dijo:

—Soy el presidente electo de la Asociación Médica Americana; en consecuencia no aceptaré, porque ya he asumido tan importante obligación. Ochsner debiera ser honrado con ese cargo.

Como presidente provisorio, nombrado para dirigir la reunión, J. B. entró al salón, y al ser visto, el auditorio se puso de pie y le aclamó. Pasó un tiempo antes de que el orden pudiese ser restablecido y J. B. pudiera responder. En su discurso hizo la apología de

una nueva era en cirugía, y opinó que la organización debía comenzar por darse un presidente que fuese un líder de la clínica quirúrgica. En una arenga laudatoria propuso el nombre del doctor A. J. Ochsner de Chicago. Hubo gritos de ¡Murphy!, ¡Murphy! Pero sin tomarlos en cuenta, J. B. manejó la reunión a su gusto y obtuvo apoyo para su propuesta. Luego solicitó que, de pie, se votase a Ochsner por aclamación. La respuesta fué instantánea. En medio de aclamaciones y aplausos, J. B. salió precipitadamente del salón. Al fin había obtenido el reconocimiento de un grupo representativo de cirujanos americanos en su propia ciudad. Apenas si podemos presumir el profundo sentimiento de satisfacción que esto le produjo. Lo aclamaban aquellos que eran sus colegas, aquellos que eran sus rivales. No solamente lo había batido, sino que había ganado lo que los médicos consideran más estimable: el respeto de los otros. Fué la más grande emoción de su vida. El calor de esta manifestación le llegó hasta el alma.

Ese mismo mes, los diarios de Chicago anunciaron que Murphy había sido propuesto para suceder al doctor J. William White en la John Rhea Barton, cátedra de cirugía de la universidad de Pensylvania. No hay constancias de que los directores de la universidad le ofrecieran tal posición y si lo hicieron él debe haberla declinado. El Mercy Hospital se expandía y J. B. era virtualmente su dictador. Sus actividades giraban enteramente alrededor de él y de sus enfermos. Las autoridades del hospital habían decidido jugarse en favor de J. B. aun cuando esto les hiciera correr un grave riesgo, si Murphy llegaba a faltarles.

Dicha actitud les reportó grandes beneficios. Habría sido difícil renunciar a la "maquinaria en marcha" que era J. B., por otra que bien podría necesitar aceite para su regular funcionamiento.

Pero precisamente cuando su casa, su trabajo, y su cátedra marchaban a la perfección, su organismo empezó a mostrar signos de desgaste. En marzo de 1911, justo antes de hacerse cargo de la presidencia de la Asociación Médica Americana, fué necesario que Nettie interviniese. Otra vez trabajaba demasiado. Como presidente electo de la asociación, era invitado constantemente para hablar ante reuniones médicas de todas clases, tanto estadales como nacionales, y él no quería repetir una misma conferencia. Por esto, además de sus trabajos experimentales, de su práctica quirúrgica y de sus lecciones, trabajaba hasta altas horas de la noche, sea escribiendo, sea corriendo, después de recoger precipitadamente una valija de viaje, para alcanzar un tren.

Un día Nettie dijo ¡basta! J. B. perdía peso y lo poco que dormía no era suficiente descanso. La cosa más insignificante lo irritaba; durante semanas no había silbado Auld Lang Syne.

—Tomaremos una vacación —dijo su mujer—.

—¡Pero Nettie! ¡Es imposible, simplemente imposible!

Estaba a punto de hacerse cargo de la presidencia de la Asociación Médica Americana. ¿Y sus enfermos, que eran numerosos? ¿Y esto?, ¿y aquéllo? No; ¡era simplemente imposible! Nettie cayó enferma y entonces él cambió de actitud. Fueron a Florida. Keeffe fué con ellos. Cuatro días después de su llegada, J. B. cayó en cama, atacado de fiebre e intensos dolo-

res gastrointestinales. Otras seis personas en el mismo hotel, en Belair, enfermaron simultáneamente. El diagnóstico fué fiebre tifoidea; pero los médicos de Murphy no pudieron obtener una franca reacción de Widal, que lo confirmase. Afortunadamente Keefe escapó de la enfermedad y cuando J. B. pidió volver a su casa, su amigo lo acompañó. Su temperatura continuó alrededor de 39,4 grados durante veintiséis días; luego descendió gradualmente. En un momento pensó que el fin estaba próximo.

Keefe cuenta esta anécdota:

—Ahora, Keefe —dijo J. B.—, esto me ha tomado fuerte. No sé qué camino seguirá; si pidiese una consulta, se presentarían una serie de sugerencias. Deseo que usted se ocupe de que eso no ocurra, a menos que lo solicite el doctor Mix. Él está a cargo de este enfermo y debe darse al médico de cabecera la mayor autoridad. Si Mix no está satisfecho de la evolución del mal, a él y sólo a él le corresponde pedir ayuda. Nunca hay que arriesgar la suerte del paciente, por el choque de las opiniones de los médicos.

Se utilizaron cepas de bacilos paratifoideos con el objeto de obtener una reacción de Widal positiva, pero sin resultado. Era realmente tifoidea, tal como las investigaciones de Jordan e Yrons lo probaron. Ellos despistaron la epidemia de Florida (al lado de los siete casos del hotel, Yrons encontró veinte enfermos iguales en Tampa) a través de un portador de bacilos de Eberth que trabajaba en un tambero cerca de Tampa.

Durante su convalecencia fué necesario que J. B. rehusase muchas invitaciones para hablar en reuniones médicas. Una de esas fué la del Club Médico de

Filadelfia, que lo requería para pronunciar el brindis de la Asociación Médica Americana en una comida en honor de William Howard Taft, presidente de los Estados Unidos.

"El Club Médico recibirá al presidente de los Estados Unidos el jueves cuatro de mayo. Llega a Filadelfia a las siete y estará para presidir la comida en el Bellevue-Stratford a las siete y media en punto. No habrá discursos durante la comida. Inmediatamente después, más o menos a las nueve y media, se realizará una recepción en el salón de baile en donde probablemente se encontrarán por lo menos mil quinientas personas presentes. Deseo que usted pronuncie el brindis: "The American Medical Association". De acuerdo con los deseos del presidente, los discursos deberán ser limitados en número, y cada orador no deberá ocupar más de cinco minutos. Espero que vendrá. Esta es una gran ocasión para la profesión médica americana. Creo que el presidente de los Estados Unidos no ha sido huésped de ninguna sociedad médica, anteriormente.

"Cordialmente suyo,

"W. L. Rodman."

Otra vez el 28 de abril escribió el doctor Rodman:

"Me apenó mucho saber que usted estaba enfermo, pero me place saber que está en franca convalecencia. Por supuesto que todos sentimos mucho que no pueda asistir a la comida y recepción de Taft, la que promete ser un gran acontecimiento. Como usted es el presidente electo de la Asociación Médica Americana y casi todos los expresidentes estarán aquí, espero que me enviará un telegrama para que yo pueda leerlo en esta importante ocasión."

Rodman pudo haber sentido que J. B. no pudiese ir, pero ninguno lo sintió más que el propio J. B. La pérdida de una ocasión semejante para aparecer en público, casi le provocó una recaída. Envió el siguiente telegrama:

"Saludos: Lamento sinceramente que una enfermedad me prive de participar con el Club Médico de Filadelfia en una comida y recepción en honor de William Howard Taft, presidente de los Estados Unidos, quien es tan ardentemente admirado, tan altamente respetado y sinceramente amado por toda la profesión médica americana."

Él había conocido muchos grandes hombres, pero nunca había tratado a un presidente de los Estados Unidos. Era duro tener que permanecer en cama.

2

Colmado de honores y respetado hasta por sus adversarios de Chicago, que declaraban ahora estar orgullosos de él, era presumible que la calumnia que tanto había molestado a Murphy cesara definitivamente. Se tenía la impresión de que sus grandes contribuciones al progreso de la cirugía, habían concluido por acallar los pequeños escándalos urdidos alrededor de su nombre. En realidad no fué así.

En efecto; más o menos en esta época, en todo caso después de la enfermedad de J. B., ocurrió que su amigo Normand Bridge abandonó su retiro en California para venir a Nueva York. Ahora bien; mientras estuvo allí, alguien le había contado muy confidencialmente un secreto: Murphy, el gran John B. Murphy, presidente electo de la Asociación Médica Americana había sido confinado varias semanas en un sanatorio, para seguir un tratamiento contra el alcoholismo y la afición a las drogas.

—¿Acaso no lo sabía usted?

—¡No!; ¿pero será verdad?

—¡Por supuesto que sí!

¡La prueba era que, fulano, un amigo de Jones, había visto su nombre en el registro de enfermos de la institución! Esa era, por lo demás, la causa real de que Murphy no hubiese asistido a la comida de Taft. ¡No pudo abandonar la cama, porque lo tenían con chaleco de fuerza!

Cuando el doctor Bridge se detuvo en Chicago, camino de Nueva York, contóle a Nettie lo que había oído. Fué tal la ira que se apoderó de Nettie, con motivo de este "cuento", que inmediatamente escribió al sanatorio donde se decía que J. B. había estado internado y se inició una investigación. Súpose entonces, que un enfermo, que no había querido dar su verdadero nombre, había suministrado uno supuesto, y el primero que se le había ocurrido resultó ser: ¡John B. Murphy!

Ahora bien; esto no le pasa a cualquiera. La persona afectada, debe tener alguna extraordinaria atracción para el escándalo, para que éste se presente y lo comprometa en esa forma.

Repuesto del todo hacia fines de abril, ya en los primeros días de mayo daba pequeños paseos en torno de su casa. Rápidamente se puso fuerte y lo primero que hizo fué escribir a su suegra, que durante su enfermedad se había interesado mucho por su salud.

"Querida madre:

"Oportunamente recibimos sus numerosas cartas a Nettie; le agradezco mucho su interés por mi enfermedad. Me encuentro feliz de poder decirle que, prácticamente, lo paso levantado todo el día; además bajo para comer, y pasado mañana partiré para el campo por un par de semanas. No tuve complicaciones y si estuve enfermo un tiempo, siento que en el futuro estaré mejor aún de lo que estuve antes,

tal cual les pasa a la mayoría de las personas después de la tifoidea.

"Los negocios, en general, están tranquilos. Los disturbios obreros son numerosos y aumentan. Carter Harrison ha iniciado su administración de una manera regular, tal como era de esperar, y todo el mundo espera buenos resultados. El Mercy Hospital no está tan lleno como antes, pero no tardará en llenarse en cuanto comencemos a trabajar otra vez. Nettie está bastante bien, no obstante las molestias que sufrió antes de que yo me enfermara y el exceso de tarea que le causó mi enfermedad; pero esperamos que con unas semanas en el campo podrá también reponerse. Realmente pienso que ella lo necesita tanto como yo."

Llenar el hospital no iba a ser tarea tan fácil como él se había imaginado, porque ni bien se mejoró lo suficiente como para trabajar otra vez, debió preparar su discurso para la reunión anual de la Asociación Médica Americana que debía celebrarse en breve; y ese discurso tendría que ser el mejor de todos los suyos, puesto que se trataba de la sesión inaugural, en que se haría cargo de la presidencia de la asociación. Lo que en él dijera, habría de difundirse por todos los ámbitos, y bien sabía que no podía provocar críticas haciendo un mal trabajo. La reunión fué fijada para el mes de junio, en Los Angeles. No obstante tratarse de una tarea impropia para un convaleciente en vías de recuperar sus fuerzas, se entregó a ella con su característica intrepidez.

Nettie no estaba dispuesta a perder la ceremonia de toma de posesión de la presidencia de la Asociación Médica Americana. Lo acompañó a California. El aplauso fué largo y entusiasta cuando se levantó para hablar. Había elegido como tema: "La medicina organizada: su influencia y sus obligaciones".

"El objeto de la vida de cada hombre —comenzó— es hacer algo digno del reconocimiento y aprecio de sus semejantes. El período de la actividad humana es tan corto, que muchos más beneméritos no pueden recibir este honor; el que vosotros me lo hayáis conferido, me conmueve profundamente."

Entrando sin ambages en un tema que los más insospechados no osarían abordar, J. B. en este su primer discurso como presidente de la más grande organización médica del Nuevo Mundo, dijo que una de las obligaciones de la medicina organizada era la de educar al público; en otras palabras, abogó por la publicidad. ¿Había sido ésta su convicción de siempre? ¿Eran justificadas las persecuciones que había sufrido?

"No está de acuerdo con la amplitud de los principios económicos actuales —continuó— el que la Asociación Médica Americana reúna anualmente un gran número de eminencias médicas y las deje partir sin dejar perdurables impresiones en la mente pública. Deben aprovecharse estas ocasiones (reuniones anuales de la asociación), para provocar la curiosidad de las gentes acerca de algunas verdades sobre temas de medicina y sobre la salud. Debiera realizarse un curso bien planeado y extensivo, a cargo de los más grandes maestros de la medicina, para instruir al público sobre la salud y la enfermedad, por medio de conferencias, exposiciones, proyecciones luminosas y películas, todo ello libre de tecnicismo y pedantería, pero repleto de información presentada de una manera simple, comprensiva y atrayente..."

"La primera y más culminante preocupación de nuestra herencia médica debe ser el público, el pueblo, y, concretamente, el enfermo. Este último es el centro vital de la medicina, alrededor del cual giran todos nuestros trabajos y hacia el cual tienden todos nuestros esfuerzos. Durante

siglos hemos criticado al público por su falta de tino en la selección de los médicos. El público ha recurrido al charlatán, al psicópata, al curandero de la Christian Science <sup>(1)</sup>, y al osteópata. Todos ellos han sido utilizados no sólo por los ignorantes, los forasteros y los pobres, sino también por las gentes que se jactan de inteligentes, educadas y ricas, en cada comuna. Depositán mayor confianza en todos estos curanderos y los favorecen con más entusiasmo que a los verdaderos médicos. ¿Por qué? ¿Son ellos más capaces? ¿Son ellos más dignos de confianza y ayuda? ¿De ninguna manera! Pero ellos ofrecen al paciente alguna explicación, o razón, o hipótesis lógica, acerca de los resultados que ellos tratan de obtener o pretenden conseguir.

”En otras palabras —continuó— ellos instruyen al pueblo acerca de sus teorías, creencias o sofismas, y eso es lo que el público quiere. ¿Qué hemos hecho, en cambio, los médicos regulares para educar al público en las tres últimas centurias? ¡Nada! Hemos exigido al público que nos acepte a ojos cerrados; pero la época de la fe ciega, en determinados individuos ha pasado. ¿Qué hemos enseñado al pueblo, respecto de las verdades o principios de la medicina científica? ¡Nada! ¿Qué luz hemos encendido para ayudar al lego en la selección de un médico práctico capaz? ¡Ninguna! Y sin embargo, lo condenamos a diario por su falta de juicio en esta materia.”

Su auditorio se conmovió. He ahí un hombre con ideas y, lo que es más extraordinario, con coraje para expresarlas. Hoy día en que tanto se habla del Departamento de Medicina Federal, es interesante notar que J. B. tenía la misma idea. Pero él bregaba por una legislación diferente; una legislación no para remunerar al médico, sino para proteger al público contra los charlatanes.

(1) Christian Science: secta muy difundida en los países sajones.

”Hago uso de esta alta tribuna —dijo—, la presidencia de la organización médica más poderosa del mundo, para decir a los cuerpos legislativos, que el costo del servicio médico deficiente es horrible en lo que se refiere a invalidez y mortalidad, y que recae sobre la comunidad, la que en definitiva debe ser tenida por responsable, a causa de que sus representantes han fracasado, casi universalmente, en la tarea de dictar leyes suficientemente estrictas para controlar el ejercicio de la medicina. A pesar de las repetidas y urgentes solicitudes hechas por los profesionales a fin de que se exigiese un alto promedio educativo para otorgar la licenciatura, nada se ha hecho en este sentido. Tampoco han prohibido el charlatanismo, en todas sus formas, por medio de penas adecuadas; ni han sostenido a la familia médica en sus altruistas esfuerzos para prestar al pueblo un mejor servicio.

”Sólo de paso, puedo referirme a los remedios que contribuirían a mejorar este estado de cosas. Consisten en un mayor equilibrio entre el número de médicos que se licencian y los que se necesitan; en una mejor preparación para el ejercicio de la medicina, que debería ser impartida por “colegios médicos” mejores, sostenidos por la ayuda privada o por el Estado si fuese necesario; y en la supresión legal de los “colegios” incompetentes.”

En su interesante discurso, J. B. se refirió también a la investigación, e hizo la defensa de los médicos que realizan experimentos en animales. Aunque parezca increíble, la verdad es que los médicos de hoy se encuentran todavía en la misma situación de entonces, y deben luchar solos para defender a la humanidad contra las enfermedades. No hay leyes que los ayuden; en cambio hay leyes que los estorban. Hay quienes todavía creen que los médicos no debieran usar animales domésticos para la investigación experimental. Se basan en que los animales no han hecho nada para

merecer esa suerte. Y agregan: "¡Ábrase usted mismo, si quiere experimentar!"

Sobre este asunto Murphy dijo:

"El derecho de utilizar animales para sus investigaciones es defendido por los médicos sin protección alguna. La contienda sostenida para la creación de un departamento nacional de higiene, con el fin de prevenir las enfermedades, ha sido llevada a cabo, en su esencia, por médicos. La lucha para obtener una legislación sanitaria ha sido hecha, en su mayoría, también por médicos. ¿Puede alguien dudar de la sinceridad de los médicos en estas luchas, siendo así que su triunfo en ellas significa una gran reducción en sus entradas?"

"Los opositores son sentimentalistas mal equilibrados; gente con capacidad limitada para estimar el valor de los factores educacionales o sanitarios; gente sin capacidad para apreciar el porvenir —como los antiviviseccionistas y los antivaccinistas—; gente con menos inteligencia e integridad que el peor de los médicos.

"La grande e imperdonable indiferencia del pueblo con relación a su propio bienestar físico, al de sus niños y al de la gente que vive en su vecindad, es más desalentador todavía, y una barrera más grande para el progreso que la misma oposición activa. Se necesita una gran calamidad para sacar al público de su apatía y obligarlo a apreciar mejor sus intereses, sus responsabilidades y el pesado tributo que paga por causa de su inactividad."

Murphy recomendaba la creación de una revista de la salud para ser distribuída entre los legos. Creía que una publicación de esta clase, haría que comprendiesen que la obligación era más de ellos que de los profesionales. Y pensar que, no obstante tan razonable sugestión, se necesitaron doce largos años antes de que *Hygeia* fuese publicada, para llenar esta sentida necesidad.

Su viejo fantasma, la cuestión de la división de honorarios entre profesionales, que tanto lo había atormentado durante todo el término de su presidencia de la Sociedad Médica de Chicago, fué considerada en su discurso. Llamó al orden, con duras palabras, a los profesionales que mantenían una costumbre tan despreciable.

"Los médicos —dijo— debieran ser precursores indiscutibles de empresas humanitarias. Nuestra sagrada vocación debiera ser demostrada con nuestros actos, de tal modo que cada ciudadano tenga oportunidad para conservar su salud y preservar su vida, sin que su capacidad para compensar al médico sea tenida en cuenta. Existe un parásito insidioso y mortal, que carcome la raíz de la confianza pública en los médicos; es la práctica de la división de honorarios, del pago de comisiones, y de la compraventa de enfermos. Deberíamos procurar que ningún miembro de nuestra profesión aspirase a ser el más alto postor de comisiones y particiones de honorarios. El que ofrece o da, es moralmente tan culpable como aquel que solicita o recibe, y no deberían aceptarse explicaciones para justificar esta práctica atroz. Los mercaderes de la profesión deben ser expulsados del templo de Esculapio, como lo fueron del templo de la religión."

Las palabras finales de este discurso, contienen, implícita, su manera de entender el progreso médico:

"El clínico y el cirujano no trabajan en competencia con sus colegas; ¡de ninguna manera! Trabajan en competencia con el término medio de la calificación médica de su época. Este término medio es la línea divisoria entre la mediocridad y la incompetencia, en sus diferentes grados, y la sabiduría y la eficiencia.

"Quien se mantiene por encima del término medio desea acompañantes. Por lo tanto, si elevamos la ética y el término medio de la instrucción médica, aumentamos la fra-

ternidad en la profesión y elevamos el porcentaje de eficiencia para el público. La organización del capital y del trabajo, ha conducido a la disminución del esfuerzo individual y ha reducido el nivel de los hombres, hasta hacerlo mediocre; su decadencia es inevitable. El ideal de la medicina, por el contrario, debe consistir en el estímulo del esfuerzo individual hasta su más alto grado; la conquista de un alto promedio, debe ser la única aspiración de cada miembro de nuestra profesión, y por eso debemos ayudarnos mutuamente, en procura de un progreso siempre ascendente.

"El avance en este camino, está retardado por la falla de los individuos en utilizar y aprovechar por sí mismos cada oportunidad. Somos, todos, derrochadores de tiempo; desaprovechamos grandes ocasiones. Muchos se lo pasan rumiando sus desventajas imaginarias en la contienda; esos nunca producen. La aspiración de los tiempos quiere que nosotros dominemos cualquier oposición y suavicemos el camino del progreso general, de la ilustración, de la educación y el de las más altas obligaciones éticas. Cada individuo es responsable de su propia posición y, hasta un cierto límite, de la de su colega. Cuando una escuela médica otorga un diploma o un permiso para ejercer la profesión, se supone que todos los que estamos en igualdad de condiciones somos realmente iguales. Pero, en medicina, menos aún que en otras actividades, ningún documento iguala a los hombres. Por la superioridad de sus propias calidades intelectuales, por su constancia en el propósito, y, por encima de todo, por su infatigable labor, los menos se transforman en líderes."

Fué un formidable discurso, que tanto el público como los médicos pudieron comprender. J. B. no se circunscribió a un tema científico; sentó un precedente para futuros discursos presidenciales, al procurar, con noble aunque difícil propósito, la vinculación del público con los médicos.

## MÉDICO DE THEODORE ROOSEVELT

Theodore Roosevelt había terminado su período de presidente de los Estados Unidos en marzo de 1909. Poco después trasladóse a África, donde pasó un año, en una expedición científica; en junio de 1910 volvió a Nueva York, donde se le tributó una acogida grandiosa. Durante su ausencia, bajo la presidencia de Taft, se había producido una marcada separación entre los elementos conservadores y progresistas del partido republicano. A poco de llegar, Roosevelt volvió a la política y en las columnas del *Outlook*, periódico semanal del cual era redactor, se declaró en favor de los progresistas. Comenzó entonces a luchar por lo que él llamó el "nuevo nacionalismo", expresión vagamente sugestiva de la de su primo Franklin Delano Roosevelt, "nueva distribución" (new deal). Tornóse tan intensa la lucha entre las dos fracciones del partido republicano, que el 25 de febrero de 1912, Theodore Roosevelt fué proclamado candidato a la presidencia, por tercera vez. A pesar de haber desempeñado ya la presidencia durante dos períodos, aceptó presentar nuevamente su candidatura, bajo la influencia de una enorme popularidad. Está de más decir que con esto cometió un gran error. No obstante su prestigio entre las masas, Roosevelt fué derrotado por Taft en la convención republicana realizada en Chicago en junio de

1912. Sin preocupación por lo ocurrido, el grupo derrotado, bajo la dirección de Roosevelt, constituyó el partido progresista. Su primera convención, realizada en Chicago, por primera vez en la historia de la política americana, admitió mujeres en carácter de delegados, y designó a Roosevelt candidato a presidente y a Hiram Johnson, de California, candidato a vicepresidente. El partido progresista fué conocido con el mote de "Toro Mosa" expresión que, probablemente, se originó en una frase de Roosevelt: "Me siento tan bien como un toro mosa" (*Bull moose*).

La convención demócrata reunida en Baltimore designó candidato a Woodrow Wilson. La contienda se inició con ataques de Wilson y Taft concentrados sobre Roosevelt. Éste hizo una extraordinaria y poderosa campaña por el sud y el centro-oeste y llegó a Chicago el 12 de octubre. Pero sus discursos que habían comenzado con éxito rotundo, se tornaron cada vez menos eficaces a causa de una seria laringitis que lo obligó a cancelar compromisos en Indiana y Wisconsin, con una sola excepción, Milwaukee. A pesar de todo, insistió en hablar en Milwaukee.

Roosevelt dejó el hotel Gilpatrick, en Milwaukee, a eso de las ocho, en la noche del doce y se dirigió al automóvil que debía llevarlo hasta el estadio. La vereda y la calle, frente al hotel, estaban bloqueadas por aclamadores entusiastas; fué necesario que la pequeña escolta del expresidente le abriese paso a través del público hasta llegar al automóvil. Ni bien el coronel se volvió para saludar a la multitud, fué herido de bala en el pecho, por un insano llamado John Schrank, quien en ese momento profirió una exclamación contraria al

desempeño de un tercer período presidencial. Rápidamente la multitud se precipitó sobre Schrank, quien se salvó de ser linchado gracias a la intervención del herido. Posteriormente Schrank dijo que había seguido a Roosevelt a través de toda su jira, tratando de matarlo, pero que siempre las multitudes se lo habían impedido.

Presintiendo el valor dramático de tal situación, Roosevelt insistió en ser conducido hasta el estadio. Un respetuoso silencio acogió el anuncio del locutor de que Theodore Roosevelt había sido baleado, pero que a pesar de ello insistía en hablar. Entonces estalló un aplauso de proporciones tales, como jamás había escuchado el expresidente y que, según se dice, "sacudió el enorme edificio". Cuando se levantó para arreglar a la multitud, abrió la casaca para tomar su manuscrito y se vió que la sangre teñía su camisa.

—Les pido que estén tranquilos —comenzó— y les pido disculpas porque mi discurso será largo. Lo pronunciaré lo mejor que pueda, pues tengo una bala en el cuerpo.

Habló durante una hora, mientras la sangre corría a lo largo del pecho y de la pierna. Ni bien terminó de hablar, fué llevado en una ambulancia al Hospital de Urgencia, en donde fué examinado por los doctores S. L. Terrel, que era un miembro de su partido, y R. G. Sayle y S. A. Stratton, ambos de Milwaukee. El doctor Joseph Colt Bloodgood, del Johns Hopkins Hospital de Baltimore, se encontraba en el estadio y poco después se presentó en el Hospital de Urgencia, para ofrecer sus servicios. Ni bien Bloodgood entró en la sala de guardia fué calurosamente saludado por Roosevelt.

—Me alegro de verlo doctor. Esto se llama tener suerte. Quiero que me cuide. No quiero caer en manos de muchos médicos y seguir el camino que siguieron Mc Kinley y Garfield.

—Me siento muy honrado coronel —dijo Bloodgood—, pero no estoy en mis dominios. Estaremos ambos en desventaja.

—Bien; ¿qué es lo que sugiere entonces?

—¿Podría usted soportar un viaje hasta Chicago?

—Sin duda. No me siento bien cuando hago una inspiración profunda, pero un viaje tan corto no me hará daño. ¿Quién me verá allá?

—John B. Murphy. Él es el hombre indicado para hacerse cargo de usted.

El expresidente había oído hablar de él.

—Gran reputación —dijo—; llámelo para que me espere a la llegada.

Mientras Roosevelt hablaba de esta suerte, cuatro llamados telefónicos, no autorizados, hechos por otros tantos individuos que procedían por iniciativa propia, requerían la presencia de cuatro cirujanos de Chicago, para que examinaran al expresidente en Milwaukee. Los convocados fueron, Arthur Dean Bevan, L. L. Mc Arthur, A. J. Ochsner y J. B. Murphy. Todos ellos se aprestaron a tomar el tren especial que habría de conducirlos a Milwaukee.

Mientras tanto, los médicos que lo habían examinado en el primer momento, entregaron a la prensa un boletín que traducía el estado de Roosevelt; decía así:

“El coronel Roosevelt tiene una herida superficial, debajo de la tetilla derecha, sin que parezca hallarse comprometido el pulmón. La bala debe estar alojada en alguna

parte de la pared torácica, porque no hay más que herida de entrada y no hay signos de lesión pulmonar. La hemorragia ha sido insignificante; la herida fué inmediatamente limpiada exteriormente y curada con gasa esterilizada por R. G. Sayle, cirujano consultor del Hospital de Urgencia. Como la bala atravesó el capote militar del coronel Roosevelt, la casaca, un manuscrito doblado y el estuche de metal de sus anteojos, perdió mucho de su fuerza. El aspecto de la herida revela, también, que se trata de un proyectil que ha llegado con poca fuerza. No hay shock y el coronel no sufre. Su estado es tan bueno, que los cirujanos no se oponen a que se traslade a Chicago donde quedará bajo vigilancia quirúrgica.”

La bala había chocado contra el grueso manuscrito que contenía su discurso, un paquete de cartas y el pesado estuche de metal de sus anteojos y había penetrado por la parte derecha del pecho a una pulgada debajo de la tetilla. El trayecto de la bala era hacia arriba y hacia adentro; no tenía orificio de salida. El boletín fué dado a publicidad mientras los cuatro médicos de Chicago esperaban en la estación, ignorando que se había cambiado de plan. Pero el ferrocarril fué notificado y los cuatro médicos de Chicago, eventualmente encontrados, fueron informados de la nueva determinación: de que el paciente vendría a Chicago, por tren especial del ferrocarril Northwestern, y que llegaría a las ocho de la mañana del día siguiente. Los cuatro médicos conferenciaron y acordaron reunirse en el coche de Roosevelt, la mañana siguiente, para examinarlo y determinar lo que debía hacerse.

Cuando J. B. llegó a su casa, Nettie lo recibió con la noticia de que el doctor Bloodgood había telefoneado para informarle de que Roosevelt venía a Chicago para someterse a sus cuidados.

—Pero —dijo J. B., perplejo— Bevan, Mc Arthur, Ochsner y yo, debemos verlo en consulta mañana a la mañana, en su coche privado.

—No, querido. El doctor Bloodgood dijo claramente que el coronel Roosevelt quería estar bajo el cuidado de un solo cirujano. Lo eligió a usted después de hablar con Bloodgood, y usted tiene que reunirse con ellos en la estación. Llegarán a eso de las cinco.

El asunto había sido mal manejado desde un principio, aunque, sea dicho de paso, por personas bien intencionadas.

J. B., confuso, estaba en la estación cuando llegó el tren que traía el coche de Roosevelt. Al entrar al coche encontró a Terrell y Sayle tratando de persuadir a su paciente, que estaba levantado, afeitándose, y quejándose cada vez que respiraba hondo, de que volviese a la cama.

Roosevelt recibió a Murphy muy afectuosamente:

—Me alegro de verle aquí, doctor. He oído hablar muy bien de usted.

—Gracias, coronel. Entiendo que usted ha venido para someterse a mi asistencia.

—Así es.

—Bien. Entonces, coronel, deseo que usted vuelva a la cama.

De acuerdo a lo relatado por J. B., “Teddy” lo miró fijamente un momento, para ver si realmente quería significar eso, y luego mostrando su famosa sonrisa dijo:

—Muy bien, doctor. Usted es el que manda.

Después de un rápido examen clínico, J. B. envió al famoso paciente al Mercy Hospital.

Los “cuentos”, denunciadores de la sagacidad de Murphy para ser el primero en llegar hasta Roosevelt, son numerosos. El más común de todos es el que dice que mientras Bevan, Mc Arthur y Ochsner, esperaban en la estación principal, Murphy se trasladó con una ambulancia hasta la estación de la calle Clybourn y sacó al enfermo en una camilla.

En el tren, de acuerdo con Bloodgood, Roosevelt había dicho claramente, otra vez, que no deseaba que la responsabilidad de su caso fuese compartida. Hasta discutió la ventaja política que podía reportarle su entrada en un hospital católico. No puede, pues, caber duda alguna de que él mismo había resuelto ponerse en manos de Murphy. Por lo demás, cualquier médico estará de acuerdo en que Roosevelt iba a estar mejor atendido por un solo médico que por cuatro, por supuesto siempre que los médicos fueran igualmente competentes. J. B. vió a su paciente, cómodamente instalado en cama, lo examinó más cuidadosamente, le hizo practicar exámenes de sangre y después llamó a Bevan en consulta. Mc Arthur y Ochsner no fueron llamados por él y en ningún momento, posteriormente, discutió con ellos el asunto.

El primer boletín del Mercy Hospital fué dado a conocer a las diez y media, aquella mañana; estaba destinado a los periodistas y a la multitud que se había reunido en los alrededores del hospital. Era el siguiente:

“La bala penetró en el pecho sin lesionar ninguno de los órganos vitales en el trayecto. La herida no ha sido son-  
dada. El orificio de entrada está a una pulgada a la derecha y a una pulgada debajo de la tetilla derecha. El tra-

yecto corre cuatro pulgadas hacia arriba y adentro, penetrando profundamente en el pecho. Nada revela que la herida será grave. Pulso 90; temperatura 99°2 (1); respiración 20; leucocitos 8.200.

"Por el momento no está indicada la operación, para extraer la bala. Su estado es satisfactorio, pero la importancia de la herida exige absoluto reposo por varios días. — J. B. Murphy; Arthur D. Bevan; S. L. Terrell; R. G. Sayle."

Había sido establecido en Milwaukee que la bala estaba alojada detrás de una costilla y que no había entrado al pulmón, ni perforado la pleura. El estado inmediato de Roosevelt era excelente a pesar de la pérdida de sangre; la única cuestión sería, por lo tanto, era la de prevenir complicaciones tales como una infección, que podía obligar posteriormente a efectuar una operación importante. Este boletín corroboraba lo establecido en Milwaukee; respondía, también, a la pregunta que cada lego tenía en sus labios: ¿sondarán con el objeto de hallar la bala? Es difícil satisfacer al público interesado, en tales casos, si no se les muestra el proyectil. Se requiere buen juicio para no tocarlo; pero se requiere todavía más energía para resistir a la pregunta persistente de la prensa y del público, extrañados de que no sea extraído.

La cuestión quirúrgica sería, era la de la infección, que podía desarrollarse por la entrada de gérmenes junto con la bala, en su trayecto a través de las ropas del paciente; esta infección podía ser activada con la intervención quirúrgica. Una radiografía del pecho mostró la bala detenida por la cuarta costilla derecha a cuatro pulgadas del esternón. Esta costilla se había

(1) 37°3 de la escala centigrada.

fracturado por el impacto de la bala, y era esta fractura y la irritación pleural las que provocaban el dolor durante la inspiración. La técnica para hacer radiografías no estaba tan desarrollada como hoy en día, ni era conocida por el público como un auxiliar habitual para el diagnóstico. Los diarios se ocuparon mucho de las radiografías: las reproducían con flechas que señalaban la bala.

A la una de la tarde, debido al constante movimiento de visitantes y admiradores del paciente, fué necesario que los cirujanos que lo atendían publicasen el siguiente edicto:

"El enfermo debe observar absoluto reposo; no debe hablar y no debe ver a nadie hasta que nosotros lo permitamos; no se trata de una simple herida, sino de una herida importante en el pecho. El reposo es absolutamente esencial."

Aquella noche fué publicado un segundo boletín, dictado sin duda por Murphy, como lo evidencia el uso de una expresión suya favorita, encontrada en sus anotaciones quirúrgicas (*El estado actual muestra...* etc.):

"El estado actual muestra que el pulso del coronel Roosevelt es de 86; su temperatura 99,2 y las respiraciones 18; que tiene menos dolor al respirar que el que tenía antes del mediodía; que prácticamente no tiene tos; que no ha tenido expectoración sanguinolenta. Su estado físico es magnífico, debido probablemente a su ejercicio físico habitual y a su acostumbrada abstinencia del tabaco y del alcohol. Como medida de precaución, esta noche se le ha inyectado una dosis profiláctica de suero antitetánico, para evitar el desarrollo del tétano. Recuento leucocitario 8.800; linfocitos 11,5. — Firmados: Murphy, Bevan y Terrell."

El médico de la familia del coronel Roosevelt, doctor Alexander Lambert, de la ciudad de Nueva York, vino a Chicago y celebraba consultas diarias con los cirujanos locales. Se necesitaba advertir, insistentemente, a los amigos del expresidente, que con sus visitas comprometían su salud. El día 19 apareció el siguiente boletín:

"Esta noche el coronel Roosevelt está fatigado a fuerza de haber sido importunado reiteradas veces por sus amigos. Aun cuando la crisis de hoy ya ha pasado, aún no está del todo fuera de peligro. Es solamente con el continuo cuidado y el reposo absoluto, tal cual lo hemos ordenado estrictamente esta noche, que podrá mantenerse la evolución favorable que ha seguido su enfermedad hasta el presente."

Si era difícil inculcar esta advertencia en el público, era más difícil convencer al dinámico paciente de que, si bien la inflamación y la infiltración de su herida habían disminuído y su estado general era bueno, no había transcurrido suficiente período de tiempo para la cicatrización completa de una herida semejante. Sin embargo, el día 21 Roosevelt dejó el Mercy Hospital para ir a su casa en Oyster Bay ( Long Island ), bajo el cuidado del doctor Lambert.

La importancia del paciente trajo una gran responsabilidad a Murphy y a sus consultores, y el valor que demostraron al adoptar una conducta expectante es digno de todo elogio. Si los hechos hubiesen demostrado una equivocación, por no haber operado, habrían perdido para siempre su reputación. Durante el tiempo que Roosevelt estuvo a su cuidado, otros médicos y cirujanos, que no habían examinado al paciente, concedieron entrevistas a la prensa hambrienta de novedades, e interpretaron el cuadro clínico en el lenguaje

vulgar. El *New York Times* y el *New York World* telegrafiaban diariamente a Murphy pidiéndole noticias del estado del coronel. Sus respuestas fueron siempre las mismas de los boletines oficiales publicados en Chicago y firmados conjuntamente por él y por Bevan. La importancia de las novedades acerca del paciente, indujeron en error a cirujanos de otras ciudades, algunos de los cuales provocaron situaciones embarazosas. El doctor I. William White, profesor de cirugía de la universidad de Pensylvania, habiéndose enterado de que Roosevelt había sido herido, telegrafió a Murphy ofreciéndole sus servicios. Más tarde le escribió lo siguiente:

"Gracias por su telegrama. Estaba seguro que usted no interpretaría mal mi vehemente deseo de servir al coronel, una vez que él fuese dado de alta por usted y retomase su jira. Dije a todo el mundo, aquí, que no era posible que pudiese estar mejor atendido de lo que está, y que los médicos y toda la gente del país piensan seguramente lo mismo.

"Si usted puede, en cuanto tenga un momento libre, hágame llegar algunos auténticos detalles quirúrgicos. Me sería muy grato para mí y de gran alivio. Mi afecto por él es tan grande, que me encuentro hoy día tan preocupado como si uno de mis parientes más próximos hubiese sido herido. Sirva esto de disculpa por la molestia que le ocasiono. No le puedo expresar la tranquilidad que es para mí el que esté en sus manos."

*New York Sun* publicó más tarde una declaración diciendo que Roosevelt había telegrafiado al doctor White pidiéndole consejo, y hasta agregó detalles vinculados a esta consulta. El doctor White se contrarió mucho y se apresuró a escribir a Murphy:

"La única verdad de todo este asunto es que cuando se me preguntó, hace un par de días, qué sabía yo de él, dije a algunas personas de Filadelfia que yo había tenido noticias de usted y del coronel Roosevelt, y que las nuevas eran muy satisfactorias. Sobre tan débiles bases, han inventado la pequeña historia, como ellos la llaman, que salió en el *Sun*. No me pareció que valiese la pena magnificar la cuestión escribiendo al *Sun*, aunque desde luego la manifestación de que yo dije que el coronel me había consultado acerca de su salud, y de que yo le aconsejé se quedase donde estaba, es, en efecto, una falsedad absoluta y sin base. Así son las cosas; si el coronel me hubiese preguntado acerca de su estado, yo le habría aconsejado exactamente lo mismo. Como ya le he escrito, ha sido para mí una gran satisfacción saber que él está en sus manos."

La contestación de J. B. fué directa e inmediata, tranquilizando al colega con referencia al supuesto de un orgullo profesional ofendido. Héla aquí:

"Recibí su carta referente al artículo del *New York Sun*. Nada había oído ni visto acerca de él y nada habría significado que hubiese sucedido lo contrario. Sé lo bastante de la gente de los diarios, como para no prestar la menor atención a cualquier cosa escrita en ese sentido."

Hubo cartas y telegramas de otros médicos, amigos de Roosevelt, y también de charlatanes. En los pequeños pueblos, algunos médicos fueron elegidos como portavoces de las organizaciones políticas locales y comunales para que mantuviesen contacto personal con Murphy, a fin de obtener información directa acerca de la salud de su héroe. Firmas comerciales intentaron inducir a Murphy para que usara sus productos al tratar a Roosevelt. Un remedio, recientemente descubierto, llamado "Hottentot", le fué ofrecido como un método seguro para dominar el envenamiento de la

sangre. Se estaba en el comienzo de la era de los productos médicos patentados, y cada fabricante, sin tener en cuenta la naturaleza de su producto quería que fuese usado por el expresidente.

Algunos meses después del restablecimiento de Roosevelt, J. B. tuvo que censurar a una compañía "aerificadora" que, con el propósito de hacer propaganda, usaba el nombre del expresidente en sus negocios en Chicago. Los reporteros y los amigos de Roosevelt acosaron a J. B. El anuncio consistía en una figura que representaba el mundo; Roosevelt se tenía en medio de la escena y Murphy asomaba detrás.

La publicidad de los diarios nunca agradó a J. B., pues tarde o temprano lo hizo sufrir. Se le criticó tan pronto como se hizo cargo de su famoso paciente, pero sus acusadores se guardaron de lanzar las críticas a los cuatro vientos hasta que el expresidente salió de Chicago; recién entonces destilaron todo su veneno. A decir verdad, había alguna razón para las críticas; J. B. había faltado a las reglas ordinarias de la cortesía, al no notificar a Mc Arthur y a Ochsner del cambio de decisión de Roosevelt.

Pudo haberles telegrafiado, en cuanto llegó a su casa y se enteró de la conversación de Nettie con Bloodgood. Con esta elemental atención, se habría evitado muchos de los comentarios que comenzaron a circular contra él, en cuanto Roosevelt tomó el tren para Nueva York. Ante el comité judicial de la Asociación Médica Americana fueron denunciados serios cargos, entre los cuales el de haber birlado el enfermo a otros médicos y el de haber buscado notoriedad deliberada. Murphy fué juzgado. Se arguyó, en favor de Murphy, que fué

imposible escapar a la publicidad, por la circunstancia de haber tratado a un hombre tan prominente como Roosevelt. Esto era perfectamente cierto. También se dijo que todos los comunicados aparecidos durante la enfermedad, fueron firmados conjuntamente con Bevan y Terrell. Se denunció que estos comunicados, publicados en un diario de Nueva York con la sola firma de J. B., eran casi duplicados de los comunicados de Chicago, pero se llegó a la conclusión de que esto no era incorrecto. Se arguyó de que toda la culpa residía en el hecho de no haber notificado a sus colegas, que el coronel había pedido que él solo se hiciese cargo de su asistencia. ¿Acaso era culpa suya que, con la mejor intención, amigos de Roosevelt, algunos de los cuales tenían altas posiciones en el nuevo partido político, hubiesen dicho al doctor Bevan que el paciente debía ir al Hospital Presbyterian? ¿Era acaso culpa suya, si la sala de operaciones, el departamento de rayos X y todo el personal del Presbyterian Hospital, estaban listos para la llegada de Roosevelt, pero que éste quiso irse con Murphy? En cuanto al cargo de birlar el paciente, J. B. Murphy nunca estuvo de acuerdo con los médicos que se quejaban de que sus colegas les robasen pacientes; su filosofía práctica era de que el paciente solicitaba y pagaba la que él creía mejor asistencia médica o quirúrgica y que un médico no debía atender a un enfermo en contra de sus deseos. Si un paciente venía en busca de él con preferencia a otro médico, ello indicaba únicamente que el enfermo tenía más confianza en su capacidad. ¿Era o no era él, Murphy, el mejor cirujano de Chicago? Todo el mundo sabía bien que lo era, y ninguno mejor que él mismo.

El juicio quedó en nada y el concepto público fué favorable a Murphy.

Este encuentro de Roosevelt y Murphy fué el comienzo de una estrecha amistad; varias veces se visitaron, y en los intervalos mantenían una correspondencia esporádica. Una de las cartas de J. B. fué extraordinariamente destacada por Roosevelt como resulta de su respuesta:

“Mi querido doctor Murphy:

”No sé si usted se da cuenta cuán delicada y generosa es la carta que usted me ha escrito. La guardaré siempre, a fin de que mis hijos y mis nietos puedan conocerla. Mi querido doctor: no sólo le debo mucho, desde el punto de vista físico, sino que le debo mucho más desde el punto de vista amistoso, y usted me ha ayudado y reconfortado más de una vez.”

El comité central neoyorkino del partido progresista se apresuró a enrolar a Murphy como un “Bull Moose”. Fué solicitado y contribuyó con diez dólares para la “Noble Causa”.

El 25 de octubre, de vuelta a Nueva York, Roosevelt inició un juicio contra George A. Newett, editor de *Iron Ore*, en Ishpeming (Míchigan), periódico de escasa circulación entre los mineros. Este diario había publicado, dos días antes del atentado, un artículo en el cual se acusaba a Roosevelt de ser un borracho.

Se pidió a J. B. que declarara en favor de Roosevelt y uno de los comunicados a la prensa, que Murphy había dictado mientras atendía al coronel, fué ofrecido como prueba. Era aquel en el cual aparecía la siguiente sentencia: “Lo encontramos en magnífico estado debido al ejercicio físico habitual y a su acostumbrada

abstinencia de tabaco y de alcohol". Desde luego, esta alusión era absolutamente innecesaria y completamente fuera de lugar en un comunicado de esa clase, pero a la luz de lo manifestado en el juicio se destaca evidentemente que el coronel había solicitado que se hiciera la mencionada alusión.

Como J. B. no pudiera concurrir, sus declaraciones fueron hechas por escrito; en ellas llega a la conclusión de que Roosevelt era un hombre abstemio. La sentencia fué favorable a Roosevelt, al cual se le asignó un centavo en carácter de daños y perjuicios.

## CAPÍTULO XX

EN LA SALA DE OPERACIONES.  
LECCIONES DE CLÍNICA QUIRÚRGICA

## I

Respecto del automóvil, J. B. fué un precursor. Fué uno de los primeros médicos de Chicago que compró uno de esos adminículos para usarlo en su trabajo. Su carácter y el automóvil se complementaban idealmente, a pesar de no haber comprendido nunca qué era lo que se pasaba dentro. Gustaba de su poder y de su magnífica velocidad de quince millas por hora. Había relegado caballos y coches para su esposa e hijas: en su calidad de damas, nunca deberían estar apuradas, a menos que tuviesen una cita con él. "El automóvil es la cosa del futuro", decía a todo el mundo. "Pronto serán más numerosos que los carruajes". Ya en otras ocasiones había tenido la visión del futuro. Había andado a caballo con medicamentos en las alforjas; había dirigido a una perezosa yunta, tirando de un sulky; pero ahora, con el progreso del mundo, había llegado a un medio de locomoción novelero: "un sulky a nafta", que lo llevaría más rápido aún, siempre que el motor y las gomas lo soportasen. "Velocidad es lo que se necesita en un caso de urgencia —decía— y nadie tiene tantos compromisos urgentes como un médico". Quería que el Mercy Hospital adquiriese, también, ambu-

lancias a motor; pero, para no hacerlo, se adujo que un vehículo semejante haría mucho ruido y molestaría al paciente. Y además, ¿qué harían si la ambulancia se descomposiese?

El *Journal*, de la Asociación Médica Americana dedicó una sección a este tema. El artículo se titulaba: "Satisfacciones que procura el automovilismo. Declaraciones de médicos sobre su experiencia en la materia. Cómo obtener el máximo de confort y utilidad con el mínimo de gasto". El articulista pretendía que el automóvil era uno de los medios más económicos de transporte descubierto hasta el presente; su costo, comparado con el de un coche y un caballo, era más o menos de un tercio. Se ofrecían sugerencias acerca del medio más eficiente para salir de un pantano. Un médico ingenioso inventó un dispositivo que consistía en un trozo de cadena de bañera, que podía agregarse debajo de cada guardabarro, de manera que la cubierta entrase en contacto con ella, constantemente; ¡el propósito era impedir que los clavos penetrasen en las gomas! Se ilustraba la manera correcta de armar el motor; y se mostraban radiografías de fracturas y luxaciones del antebrazo y de la muñeca, designadas con el nombre de "fracturas de chofer". Se ofrecían planos arquitectónicos de garages caseros y de combinación de establo y de garage, pues la fiel yegua tenía a menudo que socorrer a un motor empacado. Se ofrecía una lista de marcas de automóviles, así como también juegos y pasatiempos para que las señoras de los médicos se entretuviesen durante el almuerzo, y que se referían a nombres de los fabricantes de automóviles más conocidos.

Encontrando que el automóvil eléctrico era más seguro y más fácil de comprender, J. B. reemplazó al "sulky a nafta" por un brougham eléctrico. Como siempre andaba de prisa, lo estacionaba en cualquier parte, habitualmente en el medio de la calle. Los agentes de policía, en la Avenida Michigan o en la calle Monroe, cerca de su consultorio, eran llamados a menudo por motoristas iracundos, para empujar la máquina hasta colocarla debidamente, de manera de poder continuar su marcha. Algunas veces, cuando no encontraban un agente, el coche quedaba todo el día en el medio de la calle, hasta las siete de la tarde, hora en que terminaba su trabajo en el consultorio, mientras los demás vehículos se veían obligados a eludir lentamente la interrupción.

La familia conocía bien la casi infantil alegría de J. B. cuando conducía su coche; su hija Cecile cuenta una chistosa historia acerca de esto. Un día de Navidad, iban hacia el West Side, para comer en casa de la madre de Nettie. Habían recorrido una gran parte del camino, cuando el excéntrico manejo del chofer de la familia les llamó fuertemente la atención. Habiendo descubierto que el hombre estaba completamente borracho, J. B. lo despachó a su casa, y luego, subiendo al pescante, condujo por sí mismo el coche. En aquellos días era costumbre entre los choferes sonar la campanilla, a manera de saludo, cuando se cruzaba. Pues bien; J. B., resplandeciente, vestido de frac y sombrero de copa, encontró que esto era un juego muy de su agrado y, a pesar de las protestas de su esposa e hijas, hizo sonar ruidosamente la campanilla del coche, durante todo el camino, hasta la casa de los Plamondon.

J. B. se había visto obligado a modificar el programa habitual, debido al gran número de médicos que asistían a su clínica. Las clases para estudiantes eran dictadas los lunes y jueves; los miércoles y sábados eran los días en que concurrían médicos visitantes y los martes y viernes estaban reservados para curaciones y examen de enfermos.

El nuevo anfiteatro del Mercy Hospital tenía capacidad para quinientos espectadores; la asistencia diaria a su clínica era más o menos de ciento cincuenta. En cierta ocasión, estuvieron representados entre los concurrentes, treinta y cinco estados de la Unión, el Canadá y algunos países extranjeros.

Cuando por la mañana daba su lección, J. B. no se hacía presente hasta el último momento, o hasta que el aula estuviese repleta. Entretanto, y a medida que los oyentes entraban y tomaban asiento, sus internos y asistentes preparaban el escenario. En las vitrinas que daban a la galería colocaban carteles anunciadores, con la lista de las operaciones preparadas para esa mañana; fijaban los cuadros clínicos con la temperatura y el pulso de esos mismos enfermos, en las paredes y pizarrones, y dejaban listos los microscopios portátiles con los cortes de tejidos extraídos a enfermos anteriormente operados. Finalmente, como actor que era J. B., a grandes pasos, ocupaba el estrado, donde se destacaba su alta, esmirriada, casi flaca figura, acentuada por el delantal blanco de cirujano. Se plantaba en el centro del círculo del anfiteatro, paseaba su mirada por todo el auditorio, y después de expresar satisfacción por la

presencia de alguno —o cuando menos por el número de oyentes— comenzaba. A pesar de su característico poder de expresión y de su prestancia personal, la primera impresión causada por los discursos de J. B. era desagradable. Nunca consiguió dominar la agudeza penetrante de su voz en el comienzo de una conferencia. Luego, gradualmente, a medida que hablaba, el tono se hacía más aceptable, y el recuerdo de la primera impresión se borraba con la intensa atracción del tema. Fiel al método de preguntas y respuestas, las formulaba y contestaba él mismo la mayoría de las veces, hasta que repentinamente se dirigía a un estudiante. No tenía paciencia. Suponía que el estudiante debía saber, y si no, debía formular preguntas. Pero cuando el que debía replicar lo hacía pobremente, o si las preguntas eran defectuosas, la burla y el escarnio brotaban a torrentes de sus labios, sin rencor ni mala fe, pero con la suficiente mordacidad como para dejar un recuerdo estimulante del trabajo futuro. Un interno, famoso cirujano ahora, cuenta a menudo que una mañana fué llamado. Se le había encargado que escribiese la historia de un enfermo que sufría de un típico caso de apendicitis, pero como consecuencia de una parranda corrida la noche anterior no lo había hecho. Ingenuamente, sin embargo, viéndose descubierto se puso de pie e hizo como que leía una sorprendente historia del enfermo, en la que describía con toda naturalidad un ataque que la enferma había sufrido, además de sus antecedentes familiares y personales. J. B. lo felicitó efusivamente por su trabajo y el joven se disponía a volver a su sitio para sentarse y gozar de una profunda sensación de alivio, cuando súbitamente se sintió

anonadado por la estridente voz de J. B. que le decía: "Doctor, vuelva las páginas atrás y lea otra vez la parte que se refiere al ataque que la enferma tuvo hace seis meses." Incapaz de repetir de memoria una descripción que nunca había sido escrita, el joven se retiró confuso.

J. B. tenía una manera tan eficaz de provocar ansiedad, que puede ser mencionada como otro ejemplo de su dramática capacidad. Discutiendo cualquier caso, sus argumentos se hacían valederos, imperceptiblemente; la cadena coherente de preguntas se estrechaba y lentamente se iba generando un estado de excitable curiosidad, de inminente revelación. Sus argumentos y la discusión, el pro y el contra, dejaban alguna enseñanza a todos los que estaban sentados en aquellas gradas, ansiosos de aprender. Cuando el fin se aproximaba, cuando llegaba el momento álgido, una pregunta espec-tada a uno del auditorio quedaba frecuentemente flotando sin contestación en medio de un impresionante silencio. Intolerante ante aquella demostración de ignorancia, J. B. con voz clamorosa y casi amenazante, la faz congestionada, el brazo extendido con gesto dramático, repetía la pregunta, uno por uno, hasta que al fin obtenía contestación. Y luego, después de una breve síntesis final, la jornada clínica terminaba, con un final digno de la ansiedad provocada durante el desarrollo de la clase. Después, operaba.

Como todo trabajo artístico, una operación es expresión del carácter y temperamento de quien la realiza. Existe el operador brillante, para quien tan sólo cuenta la cualidad del esfuerzo; su idea de la cirugía operatoria finca en la velocidad y en la destreza, con el objeto de deslumbrar al observador y excitar su ad-

miración, al darse cuenta de que tales cosas puedan ser hechas por manos humanas. A este grupo pertenecieron los primeros cirujanos, tales como Nicholas Senn; estaban obligados a hermanar la seguridad con la velocidad, con el fin de compensar los inconvenientes de una anestesia imperfecta. J. B. no era así; demos la palabra a Sir Berkeley Moynihan: "Murphy era un cirujano perfecto. Creía en el trabajo seguro y bien terminado, más que en la brillantez arriesgada y peligrosa. Era infinitamente cuidadoso en la preparación de su trabajo; comparado con muchos, diremos que más bien se inclinaba a ser lento; pero cada tiempo en sus operaciones era realizado y terminado claramente, con extremo cuidado y sin hesitación. Esta manera de proceder lo conducía inevitablemente al tiempo siguiente, sin pausa ni apuro; concluído este nuevo tiempo, seguía otro. De este modo, al terminar, un repaso de la operación demostraba que no había realizado movimientos inútiles, que todo estaba bien acabado y que no había peligros que temer; todo era sencillo, pero seguro y bueno; era más bien modesto que brillante".

Durante la operación dictaba sus impresiones para la historia clínica del hospital, y para sus apuntes de *Clínica Quirúrgica*, que recién había empezado a publicar. No perdía tiempo con esto, pues lo hacía mientras operaba, expresando en alta voz el propósito de cada tiempo operatorio. "Dejemos que la historia clínica muestre" era una expresión familiar en su clínica. Cuando la operación había terminado, arrimaba su banqueta a la primera fila de asientos y, cruzadas las piernas, los codos apoyados en las rodillas, las manos enguantadas entrelazadas, hablaba de cirugía en gene-

ral, del caso en particular, o de sus errores. Los arrebatos de sus primeros tiempos habían desaparecido. Había colmado sus aspiraciones; ya no tenía que comprobar delante de nadie, ni siquiera de sí mismo, que era un gran hombre; no tenía más que decir todo lo que sabía; por lo menos, si quería, podía hacerlo. Todo cuanto le habían enseñado la experiencia y los libros, así como también su maravillosa destreza, era demostrado ahora modesta y tranquilamente.

Durante una de estas tranquilas charlas que seguían a una operación, alguien le preguntó si en su carrera de cirujano había conseguido descartar la influencia depresora que producen los enfermos graves, aun después de regresar a casa, por la noche. Su contestación fué terminante:

—No doctor. En cuanto traspongo la puerta de mi casa, mi señora reconoce cuando tengo un enfermo grave. Invariablemente me dice que yo no debiera dejarme impresionar de esa manera, desde que yo he hecho todo lo que he podido, y probablemente he prestado al enfermo un servicio tan bueno como el que cualquier otro hubiese podido prestarle. Pero ésta no es precisamente mi manera de ver las cosas —continuó J. B.—; pienso que no debería perder ninguno de mis operados. Debería poseer un refinamiento de juicio tal, que me permitiese determinar si las reservas del paciente garantizan o no la operación indicada. De este modo, en caso de duda, podría esperar un momento más propicio.

Esto ocurría en 1913. Tenía cincuenta y seis años. Había aprendido mucho; había recorrido un largo camino; pero no había aprendido a ser insensible ante la humanidad doliente.

Sus apuntes de *Clínica Quirúrgica* tuvieron origen con motivo de haberse solicitado la publicación de sus clases prácticas. Los médicos de los pequeños pueblos se lo pidieron con tanta insistencia, que finalmente buscó un editor, la compañía Saunders de Filadelfia, que lanzó al público las *Lecciones de Clínica Quirúrgica, de John B. Murphy, Doctor en Medicina del Mercy Hospital, de Chicago*. La publicación tuvo inmediato éxito y J. B. se vió obligado a dedicar una gran parte de su tiempo a la preparación del material y a la lectura de las pruebas. Este trabajo, sin embargo, unido a la enseñanza y a la clientela privada, era demasiado pesado, por lo que comenzó a pensar en un hombre más joven, con capacidad de redacción, que pudiese hacerlo en su lugar.

No era cosa fácil, sin embargo, encontrar una persona que estuviese de acuerdo en no cambiar su estilo, y las personas a las que él entrevistó, tenían sus razones para tratar de cambiarlo. J. B. escribía siempre "como si se tratase de perforar una caja fuerte con sus uñas", y argüía que sus apuntes quirúrgicos tal cual los escribía, decían lo que él quería que dijeran y en la forma en que él quería decirlo, y que cualquier intento en corregir su estilo literario disminuiría su eficacia. Con el consiguiente desagrado para él, cada joven que entrevistaba con el propósito aludido, lo primero que hacía, al tomar algunas hojas de los apuntes, era sugerir la manera de mejorar su redacción. Eso bastaba para que J. B. le mostrase la puerta y se dispusiese a hacer el trabajo personalmente.

Mientras buscaba a alguien que quisiese trabajar con él en la clínica, y que al mismo tiempo pudiese tomar a su cargo la edición de sus *Lecciones*, oyó hablar de un brillante joven de St. Louis y lo mandó llamar. El joven, Major Seelig, llegó para verse con J. B. y discutir la posibilidad de una asociación. Franklin Martin, que lo había recomendado, hizo la presentación, y los tres almorzaron juntos. Con gran sorpresa de Martin y de Seelig, J. B. no mencionó el objeto de la entrevista. Pero al día siguiente invitó al joven a acompañarle al hospital, con el fin de realizar la visita habitual, y más tarde lo llevó a comer. El recorrido en el hospital fué hecho a la manera de Murphy. Seelig quedó exhausto, siguiéndole pieza tras pieza, mientras visitaban un gran número de pacientes, a cual más interesante. Durante este *peripatético esfuerzo*, así lo clasificó Seelig más tarde, J. B. aprovechó la ocasión para precisar que los enfermos que acababan de visitar eran todos pacientes privados, pagos, y que desde hacía ya algún tiempo se había propuesto evitarse, en la medida de lo posible, la obligación de asistir gratuitamente. Como se deduce de esto, su deseo de ganar dinero no había disminuído con los años. Por el contrario, sobre la base de esa conducta y con inversiones felices, se había hecho millonario. Y estaba en camino de serlo dos veces. El recuerdo de la pobreza en su infancia y de la de sus antepasados, lo movían a acumular cuanto podía.

Durante la comida J. B. inició sus preguntas. La primera fué:

—¿Qué piensa usted de la cirugía?

Tan brevemente como pudo, Seelig, que contrariamente a los que lo habían precedido no se sentía ame-

arentado en lo más mínimo por J. B., se explicó: se había dedicado asiduamente al aspecto científico de la cirugía con el objeto de procurarse una práctica privada modesta, al mismo tiempo que con la esperanza de que cuando llegase a ser un cirujano experimentado estaría en condiciones de razonar con propiedad, de valorar los hechos exactamente, y de gustar el placer que existe en la cirugía, considerada en sí misma.

Rápidamente J. B. replicó:

—Piensa usted muy bien. ¿Y cuál es su idea del dinero?

A lo que contestó el joven:

—No pienso mucho en el dinero; lo valoro por el poder que tiene para obtener comodidades; pero no tengo instintos acumulativos.

—En esto, piensa mal.

Y acercándose a la mesa, y marcando cada uno de sus dedos previamente extendidos y separados:

—Este —dijo, señalando al primero—, representa la posición en la vida; éste, libros; éste, educación de sus hijos; éste, viajes, y éste otro, lujos indispensables.

Luego, llevando su mano hacia él, y al mismo tiempo aproximando los cuatro últimos dedos al pulgar hasta que llegaron a formar un cono invertido, señaló el vértice y dijo:

—Dinero.

Luego se inclinó sobre la mesa otra vez y dijo:

—¿Le gustaría trabajar conmigo?

Seelig replicó rápidamente que él consideraría esa oportunidad como única. Pero dejémosle contar a él mismo el resto de la anécdota:

“Agregué que la remuneración financiera no me in-

teresaba poco ni mucho; pero que, en cambio, me preocupaba grandemente todo cuanto se refería al mantenimiento de mi propia independencia personal, que no debía desaparecer diluída en la deslumbrante luz reflejada de su gloria. En otras palabras dije:

"Doctor Murphy, deberé participar de todas las ventajas clínicas que derivan del notable material quirúrgico que usted ha conseguido acumular; estoy de acuerdo en cumplir sus órdenes en todo momento, pero lo que sea suyo, clínicamente, debe ser mío, clínicamente; en cuanto a lo que constituya su interés material, no me interesa un comino.

"J. B. no hesitó diez segundos en responderme:

"—Yo no he hecho nunca eso por nadie.

"Por supuesto que esa contestación puso punto a la conferencia, y abandonamos el restaurant para tomar el coche del doctor Murphy. Fuimos hasta su consultorio, donde él se encontró con su señora, quien le llevaba un cuello limpio y un sombrero de copa. La señora de Murphy subió al coche y amablemente me condujeron hasta la estación, donde yo descendí para tomar mi tren, mientras ellos se disponían a cumplir con sus compromisos sociales."

De las cualidades que concurren a hacer un gran cirujano, no es la menor la capacidad de formar grandes discípulos. Es esencial para el progreso de la cirugía, que los jóvenes sean enseñados a proseguir la tarea de sus maestros. Vocación para servir a la humanidad, inspiración, conciencia quirúrgica y consagración a la verdad científica, deben ser despertadas en jóvenes potencialmente grandes, por grandes cirujanos, y solamente por grandes cirujanos. En este sentido, J. B. no

tuvo éxito. Sus asistentes inmediatos, no alcanzaron a ser grandes cirujanos. Llegaron a su lado llenos de energía y de entusiasmo, pero en su esfuerzo por acompañar a J. B. en su inhumano tren, se malograron hasta agotarse. Él se fijó un ritmo que ningún otro hombre podía seguir, y además fué demasiado exigente y severo con esos jóvenes. Dirigía sus experimentos, les suministraba ideas y hasta orientaba sus vidas privadas. Bajo su dirección trabajaron bien; pero ninguno de ellos alcanzó a revelarse como un sucesor del hombre de genio.

Pero esta desventura tuvo sus compensaciones. No pudo transmitir a unos pocos su asombrosa actividad física y mental, su rápida percepción de los hechos, su imaginación y su destreza; pero a través de sus enseñanzas y de sus escritos llegó hasta los jóvenes cirujanos del mundo entero. Hay pocas clínicas quirúrgicas en el mundo, en las que no se haya practicado algo enseñado o inspirado por Murphy. Sus métodos fueron seguidos muy de cerca; muchas de sus ideas han orientado el diagnóstico, la técnica y la enseñanza de la cirugía. Es sorprendente lo mucho que Murphy enseñó al mundo quirúrgico.

En 1913, en compañía de Cushing, William Mayo y Crile, Murphy fué hecho miembro honorario del Real Colegio de Cirujanos de Inglaterra. Después de esta ceremonia en Londres, él y Nettie fueron a Carlsbad, y después de Carlsbad, a Vichy. En Vichy, mientras daban un paseo, Nettie recibió un premio como la mujer más elegante, en un festival de moda, no obstante que ellos ignoraban la realización del festival. Está de más

decir, que ambos quedaron muy complacidos; en cuanto a la tienda Carson, Pirie y Scott, de Chicago, se vanaglorió por el hecho de que la hermosa señora de Murphy hubiera ganado el premio con un vestido diseñado y concluido por ellos.

A su regreso a Chicago, en el mes de setiembre, J. B. en una entrevista que concedió a la prensa, abogó por una ordenanza municipal que obligase, a todos los pacientes de enfermedades venéreas, a anotarse personalmente en el departamento de salubridad y a someterse a cuarentena. Es digno de anotar, que hoy en día la misma idea está en auge, y que los médicos y los periódicos de todo el país trabajan por las mismas ideas por las que J. B. combatió. En aquella época, los diarios evitaban llamar a esas enfermedades por sus verdaderos nombres, no obstante ser bien conocidos; ni siquiera se los mencionaba en las tabernas. Las personas afectadas por una enfermedad venérea, en muchos casos tenían temor de mencionar el hecho, hasta delante de sus médicos. No se podía negar que se trataba de un tema sensacional; pero también era un asunto que requería coraje, buen sentido y convicción, para referirse a él. Sensibilizado, como siempre, a la tinta de imprenta, J. B. desencadenó contra él una tormenta de críticas, en que se lo acusaba de violación de toda decencia con fines de publicidad.

Pero fué un asunto infinitamente más pequeño el que lo llevó ante el comité de la Sociedad Médica de Chicago. En una entrevista publicada por un diario, que agregaba su fotografía, recomendó el uso del aceite de eucaliptus en los casos de escarlatina. Como ocurre universal e invariablemente con las entrevistas técnicas

publicadas por los diarios, el autor del artículo interpretó mal a J. B. El artículo añadía que el aceite de eucaliptus evitaba la enfermedad. Lo que J. B. había dicho, en cambio, era que el aceite debía ser usado en el estado de descamación, para impedir una excesiva desecación y descamación de la piel. El hecho de que hubiesen tergiversado sus manifestaciones, no mejoró su situación ante sus colegas.

Nuevamente, y esta vez con un rencor que entendía resolver definitivamente el problema de Murphy, J. B. fué llamado ante el comité de relaciones éticas de la Sociedad Médica de Chicago; el mismo que había sido tan confuso, estéril e ineficaz al investigar el escándalo de la partición de honorarios. En vez de plantear contra él concretamente el caso de la entrevista del aceite de eucaliptus, se le acusó de que recibía demasiada publicidad periodística. En su defensa J. B. replicó que él nunca había buscado deliberadamente la explotación de la prensa; que en la mayoría de los casos no había podido evitar la publicidad, y que en varias ocasiones se habían tergiversado sus declaraciones: "Me hicieron decir palabras que yo nunca pronuncié y se publicaron informaciones relativas a mi trabajo, absolutamente incorrectas".

Los cargos quedaron en aguas de borrajas, sin provocar medidas disciplinarias; pero se tuvo la impresión de que Murphy había sido culpable, y de que había sido absuelto fácilmente debido a su encumbrada posición. Resulta extraño que sus colegas se rehusasen a reconocer que J. B. era un "hombre público". Su obra quirúrgica y su clínica, concurrida por cirujanos de todo el mundo, habían hecho de él una figura pú-

blica; como consecuencia, lo que él tuviese que decir sobre cualquier cuestión médica o de interés general, era de importancia para los periódicos.

Las circunstancias se combinaron siempre de manera que sus colegas tuvieron que discutir su nombre por algún motivo. En junio, antes de partir para el extranjero, había asistido a la reunión anual de la Asociación Médica Americana, en Minneápolis y había sido nombrado por Jacobi, quien lo reemplazó a él en la presidencia, presidente de un comité para crear un departamento nacional de higiene. Esta cuestión, naturalmente, tenía palpitante interés periodístico, tanto para la profesión como para el público. Los propósitos del comité eran los de conseguir una legislación para el establecimiento de un departamento federal de higiene, a cargo de un ministro del gabinete presidencial. El comité se componía de nueve miembros, incluido el presidente. Durante el trabajo preliminar, las opiniones se dividieron acerca de la manera de obtener dicha legislación. Murphy, ocupado en Chicago, no pudo dedicar tiempo ni atención al asunto, de manera que se plegó a las opiniones del doctor W. A. Evans, miembro del comité, que se había dedicado a los problemas de la salud pública. Cuando llegó el momento de leer el relato que Evans había preparado, cinco de los miembros se negaron a firmarlo; pero J. B. y otros dos, además de Evans, lo hicieron, lo que permitió a Evans leerlo a pesar de todo.

Uno de los cinco miembros que no firmaron, hizo moción en el sentido de hacer constar, en las actas de la reunión, que se trataba de una resolución en minoría. El asunto fué luego remitido al comité de legisla-

ción, ante el que se probó que Murphy había permitido que otro firmase por él. Fué severamente criticado por apadrinar un dictamen en minoría que no había obtenido el apoyo de toda la Asociación. Se objetó violentamente, por ejemplo, la proposición del grupo de J. B. de que se recurriese a una persona influyente, ajena al cuerpo legislativo, para obtener en Washington la legislación sobre salud pública. Dicha proposición —clamaban sus adversarios— estaba por debajo de la dignidad profesional, y daría pábulo a una lucha violenta. Artículo por artículo, el dictamen fué despedazado, y J. B. y sus tres sostenedores fueron literalmente vapuleados ante la asamblea.

Durante toda la consideración del asunto, Murphy estaba entre telones, hasta que llegó el momento del castigo. Su nombre y su reputación habían sido usados para ganar influencia en un movimiento que, no obstante ser meritorio, no tenía el apoyo del consejo. Henry P. Favill, que actuó como juez de Murphy y el grupo minoritario, probablemente no se dió cuenta de que las ideas expuestas en el dictamen eran las de Evans y no las de Murphy. Después de la paliza verbal que Favill le obsequió, J. B. encontró a su acusador en el hall del hotel.

—Bien Henry —le dijo—; esta vez nos deshizo de veras.

El 19 de julio de 1914, J. B. se encontraba a bordo del Lusitania, rumbo a Liverpool, con el propósito de visitar y ver trabajar a Robert Jones. Luego siguió a Leeds, para visitar a Sir Berkeley Moynihan, y finalmente a Londres donde debía reunirse el Congreso Clínico de Cirujanos. En el vapor había escrito a su hija mayor, que hacía poco se había casado:

"Estoy convencido de que soy un niño mimado. No puedo viajar sin mamá y sin divertirme. No lo haré más en el futuro."

La declaración de la guerra mundial, encontró a más de mil médicos en Londres. Se produjo el desbande en procura de sus respectivos países. J. B. regresó en el Mauretania el 9 de agosto. A su regreso, a pedido de sus colegas británicos, organizó desde el directorio del Mercy Hospital, un contingente médico, puesto al servicio de las fuerzas expedicionarias británicas. A cargo de su brillante asociado James M. Neff, el contingente partió el 15 de junio de 1915:

J. B. escribió a su amigo Sir Alfred Pearce Gould:

"El domingo a la noche, el contingente del hospital de Chicago, que yo organicé con la colaboración del doctor James M. Neff, salió para Europa, y probablemente en diez días llegará allí. Creemos que hemos conseguido hombres y mujeres de primer orden para el servicio, y esperamos que ellos atenderán debidamente a los heridos de Inglaterra o Francia, cualquiera sea el lugar a que se les destine."

Sir Alfred replicó:

"Es de un gran consuelo para todos nosotros, particularmente para sus colegas, saber que profesionales de influencia como usted simpatizan con Gran Bretaña, en una lucha que nosotros nunca quisimos y que habríamos evitado de buena gana si hubiésemos podido hacerlo honorablemente.

"En esta guerra no buscamos territorio, ni engrandecimiento, y nos alegra comprobar que los americanos comprenden que la lucha es no solamente para defendernos, sino que también para sostener la civilización, la moral internacional y la libertad, contra la barbarie científica."

J. B. no viviría para ver entrar en la guerra a su propia patria.

## MUERTE DE J. B.

## I

Desde que tuvo fiebre tifoidea, J. B. no recuperó completamente ni su fuerza, ni aquella "innere Betrieb" (¹) que les había comunicado siempre tanto brillo. En los comienzos de 1912 tuvo un ataque de dolor intenso en el pecho, sobre el corazón, que se irradiaba hacia el brazo izquierdo, y como no era diferente del que le había proporcionado su antigua neuralgia, pensó que no sería nada. Pero con cada ataque se ponía disneico, pálido y tenía una sensación abrumadora de muerte inminente. Sabía de qué se trataba, pero rehusaba absolutamente enfrentarse con su propio conocimiento. Finalmente, alarmado, consultó a su colega el doctor Charles L. Mix.

A pesar de la ausencia de signos de lesión cardíaca, sintomáticamente no cabía duda de que se trataba de un ataque de angina de pecho. Pero J. B. no quería saber nada con ese diagnóstico.

—¿Qué quiere usted significar por angina de pecho?—preguntó a Mix—.

Cuando Mix le explicó que con esa expresión entendía referirse a un proceso mórbido consecutivo a una inflamación de la aorta, o a un endurecimiento de las

(¹) Inquietud o llama interior.

arterias coronarias que irrigan el músculo cardíaco, J. B. todavía rehusó aceptar el diagnóstico. Luego consultó a Frank Billings, quien lo había visto en pleno ataque, en momentos de dejar la casa de un enfermo que ambos habían examinado en consulta. Billings le dijo que sus ataques eran de angina verdadera. Cuando posteriormente se encontró con Mix, J. B. confesó que probablemente él había tenido razón, pero manifestó que consultaría a otros. Se puede sospechar que andaba en busca de un médico que le dijese lo que él, el paciente, deseaba oír, lo mismo que seguramente debió ocurrirle muchas veces con sus propios enfermos.

Más tarde, ese mismo año, una enfermedad misteriosa, caracterizada por síntomas gastrointestinales, le hizo perder diez y seis libras en un período de cinco semanas. Después de un minucioso examen de sus colegas y del nuevo profesor de bacteriología de Northwestern University, Arthur D. Kendall, se le prescribió que no bebiese leche y que evitase cualquier otra forma de almidón y azúcar. Bajo esta dieta rígida J. B. mejoró rápidamente en lo que se refiere a los síntomas gastrointestinales; pero los ataques de dolor en el pecho y en el brazo reaparecieron, y esta vez con mayor frecuencia. Ocasionalmente, tenía que interrumpir una operación iniciada y sentarse hasta la desaparición del ataque. Una mañana, un ayudante se vió obligado a terminar una operación, mientras él yacía en el suelo de la sala de operaciones, presa de un dolor horrible. Terminado el ataque, pidió a sus asistentes y enfermeras que le jurasen guardar estricto secreto. Nadie debía saberlo; ni siquiera Nettie.

Pero a medida que su fama se había difundido, su clientela se había hecho abrumadora. Para conservar su fuerza y aprovechar su tiempo, fué necesario disponer de un consultorio cerca del hospital. Había en los terrenos del hospital un edificio de dos pisos, que había sido construído para consultorios externos de la escuela médica. Con permiso de los "trustees" del hospital y el asentimiento de Nettie, J. B. decidió reformar este edificio para destinarlo a sus actividades y respectivo personal. Él y Nettie planearon los nuevos consultorios con sumo placer y cuidado, y los resultados fueron más que satisfactorios. La sala de espera era grande, bien iluminada y estaba amueblada suntuosamente. Consultorios, laboratorios y salas de examen fueron dispuestas de tal manera que todos sus asociados quedasen a mano. El éxito que obtuvieron, al crear una atmósfera completamente distinta de la de cualquier otro consultorio médico de Chicago, despertó de inmediato un gran interés. Uno de los artículos en el tomo tercero de sus *Lecciones Quirúrgicas*, fué parcialmente consagrado a una descripción de los consultorios, incluyendo diecinueve fotografías de los interiores y una de J. B. sentado en su escritorio, con el lápiz en la mano. Una parte de ese artículo dice:

"Todos los consultorios están situados en un piso, junto con los laboratorios, la pieza de rayos X, el estudio fotográfico y el archivo; en el segundo piso, al frente del edificio, están la biblioteca y la sala de consulta del personal, a la que se llega por una pequeña escalera. Los consultorios están dotados de todo lo necesario para confort y conveniencia del enfermo, y como se puede ver en las figuras, con todo lo necesario para facilitar su examen y el diagnóstico."

Muchos de aquellos que criticaban a J. B. y sus prácticas, percibieron que se había hecho un esfuerzo para rodear su consultorio de una atmósfera misteriosa y teatral. La profusión en el derroche, y el subsiguiente anuncio descriptivo en sus *Lecciones Quirúrgicas*, no habían de pasar inadvertidos. En la reunión siguiente de la Asociación Médica Americana, en San Francisco, el 3 de julio de 1915, ante el concejo judicial de la Asociación, del que Alexander Lambert, médico de la familia de Theodore Roosevelt, era presidente, se presentaron cargos contra dos de sus miembros, por prácticas contrarias a la ética. En uno de los casos se presentaron pruebas demostrando que el acusado había persistido en hacer propaganda en la prensa pública. No se ofreció defensa alguna y el médico fué expulsado de la asociación. El otro acusado era J. B. Molestóse mucho cuando fué informado de los cargos y se le ordenó comparecer ante el concejo para defenderse. Se acusaba a Murphy de que había hecho, o permitido hacer, una publicación, en la que se asociaban a su nombre, fotografías y un artículo violatorio de los principios de la ética médica, por el hecho de que eran autolaudatorios, desafiaban las tradiciones y eran contrarios a los ideales de la clase médica. El concejo condenó la publicación acusada (*Lecciones Quirúrgicas de John B. Murphy, Doctor en Medicina, del Hospital Mercy, de Chicago*, volumen de diciembre de 1914), por inconveniente y de mal gusto. Pero resultaba evidente, de los testimonios admitidos, que el acusado no había considerado las figuras y el artículo como autoexplotación y el concejo aceptó las explicaciones y disculpas del acusado.

Afectado por tantos años de sufrimientos causados por la crítica, hizo un esfuerzo para defenderse; tan amargamente se quejó, que Nettie decidió instalar una secretaria en su consultorio, cuyo deber era estar sentada allí, detrás de un biombo, y escribir cualquier cosa que le fuese dicha, o que él dijese. De este modo se obtenía una versión estenográfica de cada conversación, que luego era dactilografiada y archivada, para reproducirla en su próximo juicio. Para que podamos apreciar qué clase de médico era J. B. con sus enfermos, tomemos un relato estenográfico de un caso del archivo y veamos su diagnóstico y el plan de tratamiento. ¿Era sano su consejo? El enfermo a que nos referimos más adelante, había ido a verle porque sufría de letargo; afirmaba que no podía trabajar.

De acuerdo con los apuntes estenográficos, J. B. había dicho esto:

“Veamos, ahora, lo que usted deberá hacer. No estaré satisfecho, ni tampoco lo estará su médico, mientras usted no vaya a ver a los Mayo. Según usted se sienta, será la orientación; ellos decidirán lo que estimen más conveniente. En este momento, y de acuerdo a su estado actual, yo no lo operaría. Lo sometería a un régimen alimenticio estricto, y ordenaría prolongado reposo físico y mental. Usted ha tenido solamente cuatro ataques, y todos ellos fueron atípicos; su historia clínica es atípica. Los rayos X muestran una mancha que debe ser vigilada. Usted sabe que realizar un cortocircuito en el intestino no es una operación de gran peligro, pero no deja de ser una operación. Además, yo no me la dejaría hacer, si estuviese en su lugar, mientras no se hiciese un estudio más cuidadoso. En primer lugar, si usted tiene una úlcera aguda del duodeno, usted se curará. En segundo lugar, si lo que usted manifiesta está de acuerdo con los hechos, usted no ha tenido

en sus antecedentes síntomas de una úlcera crónica del duodeno. Usted tiene antecedentes de un solo ataque de dolor agudo, en la región superior del abdomen, con temperatura, y eso puede o no significar una úlcera.

"Como le he dicho, hay una mancha sospechosa en la radiografía, pero ésta ha cambiado materialmente en sus radiografías de hoy. Puede ser un artificio. Puede haber un divertículo en su duodeno, sin que tenga ninguna ulceración en él, como ocurre en los casos de pequeño saco anatómico."

El paciente manifestó que no iría a ver a los Mayo y que quería que Murphy le prescribiese un plan de tratamiento. J. B. le dijo:

"No conozco ninguna razón para que usted se quede en Chicago. Lo que deseo es que usted se aleje de la gente, del trabajo, y de toda preocupación mental, siquiera por ocho semanas. Usted necesita usar las unidades de su energía en la reparación de su propia máquina. Vaya afuera, donde haya sol, y expóngase en él todo el día. Los rayos del sol constituyen uno de los más grandes auxilios de curación de que nosotros disponemos. Si usted tiene una habitación en la parte sur de su casa, quédese prácticamente desnudo y deje que el sol lo quemé. Camine. Si usted fuese al campo por algunas semanas y se adaptase a los hábitos sencillos que en él se estilan, adquiriría algunas de las ventajas que tienen los pacientes rurales para defenderse de los riesgos quirúrgicos, en caso de necesitar, más tarde, una operación."

Un mes después el enfermo, Arthur Brisbane, escribió desde California:

"Soy un hombre completamente diferente de aquél a quien usted le dió tan buen consejo. Usted me evitó lo que hubiera sido una operación completamente innecesaria.

"Le dije al exgobernador Glyn que yo había ido a verle a usted, y de paso mencioné el hecho de que usted es no solamente el más grande cirujano de los Estados Unidos, sino, lo que no es muy frecuente, un cirujano que sabe

cuándo debe operar y cuándo no, lo cual significa ser tan gran clínico como gran cirujano. La cara de Glyn se iluminó y me dijo: "Mi viejo amigo Mc Donald, me repetía siempre, que si algo le pasaba no dejase que nadie lo operara, mientras fuera posible traerlo a Murphy para hacerlo".

"Recuerdo su ardiente deseo de que los conocimientos médicos fuesen difundidos por los periódicos, de que el pueblo fuese instruido, de que el número de médicos disminuyese y de que el acervo médico aumentase. Deseo, especialmente, pedirle que me suministre hechos que me permitan combatir a aquellos que se oponen a la pasteurización de la leche."

## 2

Los repetidos dolores que se habían hecho cada vez más frecuentes y cada vez más intensos, comenzaron en ese entonces a afectar el trabajo de J. B. hasta el punto que tuvo que disminuirlo considerablemente. No satisfecho con el diagnóstico de Mix y de Billings, decidió estudiar personalmente la angina de pecho. Sin miramientos, manifestó a Mix y a Billings que ellos no sabían más que él acerca del asunto, y que era tiempo de que descubriesen algo. Era precisamente por entonces que aparecieron los dos volúmenes sobre *Enfermedades de las arterias y angina de pecho*, de Sir Thomas Allbut. Leyéndolos, J. B. subrayó y señaló pasajes que se aplicó a sí mismo; escribió notas al margen, referentes a experimentos que le eran sugeridos por la descripción clásica de los síntomas hecha por Allbut. Ni palabras, ni escritos, pueden describir el dolor terrible que se sufre en la parte superior del pecho y que coloca al paciente cara a cara con la muerte inminente. Allbut describía el dolor tan vívidamente como no lo ha sido jamás:

"Este puede consistir en un peso, u opresión o molestia severa, que aumenta progresivamente, hasta producir un intenso dolor retroesternal, tan sólo comparable a la aplicación de un hierro candente; o una constricción terebrante, acompañada a menudo por una gran sensibilidad o hiperestesia superficial. Hay a menudo, además, una peculiar sensación de miedo, como si hubiese llegado el último momento. No he podido descubrir un caso de angina verdadera, cualquiera que fuese la enfermedad de las arterias coronarias, en donde el examen cuidadoso de la aorta no mostrase, histológicamente, lesiones internas o externas."

Allbut creía que era erróneo atribuir la angina verdadera al uso excesivo del tabaco:

"Un número considerable de casos se origina por los efectos corrosivos de las toxinas agudas y específicas."

Al margen J. B. comentó:

"Evidentemente, no tiene idea de que la gota es una manifestación de infecciones metastáticas."

Cuando, al discutir la causa del dolor, Sir Thomas establecía que era debido "a una tensión aumentada dentro de la aorta y que en estado sano, este gran vaso, que nace del corazón, se agranda y se contrae mucho", J. B. anotó:

"¿Cuánto tejido muscular hay en la pared de la aorta?  
¿Podemos obtener contracciones musculares de la aorta, en los animales, por estimulación galvánica o farádica?"

Allbut escribía:

"El momento crítico para el corazón en la angina, como en la anestesia clorofórmica ligera, se produce en el primer contacto; dejemos que el órgano tenga tiempo de acumular sus reservas y será capaz de luchar y vencer."

J. B. anotó:

"Así ocurrió siempre en nuestros casos de accidente clorofórmico, antes que el enfermo se durmiese."

Para esta época, había aprendido más acerca de su enfermedad que aquellos a quienes había consultado. Le envió ejemplares del trabajo de Allbut a un médico que le había hecho diagnóstico de pseudoangina y que creía que J. B. estaba atemorizado sin motivo. J. B. le envió un ejemplar del libro de Allbut, subrayando esta frase: "Hablemos menos de pseudoangina y más de pseudodiagnóstico".

A pesar de que él conocía su enfermedad, tal cual era, J. B. continuó trabajando. El resultado fué que sus síntomas se agravaron. Dos días después de Navidad, en 1915 ( tenía 58 años de edad ), tuvo una seria infección nasofaríngea acompañada de alta temperatura. Después de tres días se levantó y volvió al trabajo. Durante el invierno y la primavera luchó con sus ataques anginosos. En abril de 1916 contrajo una laringitis séptica debida a una infección estreptocócica. Estando en cama con motivo de esta enfermedad, sus ataques anginosos fueron terribles. Se convenció de que el desayuno le provocaba el ataque cada mañana, y por este motivo rehusó desayunarse. Fué necesario realizar un experimento para convencerlo de que era el esfuerzo de levantarse y no el alimento, lo que provocaba los ataques. Para llevar a cabo el experimento, se le permitió levantarse y no tomar desayuno; el ataque anginoso se repitió lo mismo. A la mañana siguiente tomó el desayuno, en la cama, sin hacer el más mínimo esfuerzo y no tuvo ataque. Después de repetir este procedimiento, alternativamente, durante varias

mañanas, tuvo que admitir finalmente que había estado equivocado. Se convenció entonces de que no podría recuperar su ritmo anterior, y que de sólo intentarlo moriría muy pronto por esfuerzo cardíaco.

Como resultado directo del reposo y de la inactividad, estaba muy mejorado hacia fines de abril. No ignoraba que durante muchas semanas había habido enfermos en el hospital, que esperaban su mejoría para ser operados. Queriendo premiar la fe puesta en él, insistió en continuar trabajando. El doctor Mix fué llamado otra vez y aconsejó insistentemente el reposo; Nettie, por su parte, bien compenetrada de la gravedad de su esposo, le rogó que permitiese que otro cirujano operase. Sin escuchar los consejos de su esposa y de su médico, J. B. volvió a sus enfermos, pero recayó. A partir de ese momento, aceptó todas las indicaciones de Mix.

Mix lo envió a descansar a Atlantic City; le ordenó que desistiese de una comunicación que pensaba leer en la reunión de la Asociación Médica Americana, en Detroit, y que se quedase descansando en el este, hasta el mes de junio. Por supuesto, Nettie fué con él. Cuando regresaron a Chicago, J. B. fué hecho Caballero de la Orden de San Gregorio el Grande, por el arzobispo Mundelein. Era la primera vez que una distinción semejante era otorgada a un lego, en Chicago.

Mix opinó que aún no estaba listo para volver al trabajo. J. B. aceptó no regresar al Mercy Hospital hasta el 15 de setiembre, y prometió no hacer más que dirigir las operaciones, y reducir sus horas de consulta a tres días por semana. Después Nettie lo llevó al Golf Club de Chicago, en Wheaton, Illinois, donde proyec-

taban pasar el verano. Pero el golf, su juego favorito, le estaba prohibido; lo único que se le permitió fueron unos pocos golpes en el "green".

A fines de julio el calor se hizo sentir fuertemente, y siguió del mismo modo en agosto. No había dónde encontrar alivio. El calor lo agotaba. En esa época, los ataques anginosos eran más fuertes y aparecían en cuanto probaba un bocado. Como consecuencia, rehusó comer absolutamente nada, durante seis días; rápidamente perdió de peso. Tenía gran dificultad para ver; se quejaba de un gusto raro y de sed intensa. Para huir del calor decidió reunirse con su viejo amigo Keefe, que estaba en Mackinac Island.

—No sé si podré hacer el viaje y llegar con vida, Nettie; pero si me quedo me muero; ¡hace tanto calor!

El doctor Keefe vino a Chicago para acompañarles en el viaje. A su pedido, la compañía Pullman instaló en el compartimiento, ventiladores que giraban delante de trozos de hielo.

—Esto es el paraíso —dijo J. B., cuando lo llevaron al coche—.

Nettie escribió a sus hijos comentando el viaje:

"Hacía un calor terrible al salir de la estación; no corría una gota de aire, hasta que llegamos a Hammond. Entonces empezó a sentirse un poco de fresco y finalmente encontramos una buena lluvia. Duró más o menos media hora y algo se refrescaron los coches. Papá se siente mejor y dijo al doctor Keefe que había resucitado.

"Fuimos al salón comedor y comimos (vuestro padre muy ligeramente); mientras tanto, preparaban nuestras camas, de modo que él pudo acostarse más o menos a las ocho y media. Dejamos el ventilador en marcha y papá lo hizo poner en dirección a él.

"Empezó a llover nuevamente, con truenos y relámpagos y él estaba encantado, pues como ustedes saben adora escuchar el golpeteo de la lluvia sobre el techo.

"Tenemos una linda habitación para nosotros y otra para el doctor Keefe, de modo que estamos muy cómodos. Acabamos de almorzar en nuestro cuarto y papá está descansando. Creo que está satisfecho al saber que era el calor lo que lo mortificaba, y que con un par de días de este aire se va a sentir nuevamente mejor. No tiene buen aspecto, pero puede mejorar aún más. Parece estar sumamente agotado; pero dice que goza del aire fresco y se siente aliviado. Papá desea que ustedes le manden el anuario de 1916; hay uno en casa, o sino Miss Maloney puede mandarlo. No se olviden; el anuario de 1916, no las *Lecciones Clínicas.*"

La imposibilidad en que se hallaba para alimentarse, a causa de los fuertes ataques de dolor, había obligado a su organismo a recurrir a las reservas de azúcar existentes en el hígado. Las había consumido y no podía ingerir suficientes hidratos de carbono, en una dieta apropiada, para su metabolismo. Para que Nettie no se diera cuenta de lo poco que comía, pasaba subrepticamente parte de su comida a Keefe, quien la envolvía en una servilleta y se la llevaba cuando abandonaba el comedor.

Pero el miércoles, un día después de haber llegado, como por milagro, J. B. apareció levantado, vestido y alegre. Hizo un paseo por los alrededores del hotel y luego se fué a la habitación del doctor Keefe.

—Jim —dijo, cerrando la puerta—, necesito hablar con usted.

Hablaba en voz baja.

—No quiero que Nettie oiga.

—¿Cómo se siente, J. B.? Parece mucho mejor.

—Me siento muy bien; precisamente como se sienten muchos antes del fin. Pero, de todas maneras, todo ha terminado para mí.

A pesar de que Keefe conocía a J. B. demasiado bien para sorprenderse por esta noticia, trató de discutir con su amigo.

—Bueno, Jim, no discuta conmigo. Quiero pedirle un favor. Quiero que arregle las cosas, de manera que yo pueda regresar a casa mañana por la noche.

—¡Pero doctor! ¡Acabamos de llegar!

—No le diga nada a Nettie, pero quiero encontrarme en casa antes de que me llegue el fin.

Y cuando Keefe trató de protestar, J. B. lo contuvo. Entonces Keefe dijo:

—Muy bien, J. B.; me ocuparé de ello.

—Y ahora —dijo aquel hombre, que se sentía morir— tome un trozo de papel y escriba, por favor, lo que le voy a dictar.

El doctor Keefe escribió:

—Una vez que haya muerto, quiero que me haga la autopsia. Encontrará placas de calcificación en mi aorta y destrucción de la "*intima*" (1). Esos cambios han sido producidos por una infección, de larga evolución, en alguna parte de mi cuerpo. Hay otros dos puntos que quiero que controle cuidadosamente: mi apéndice, porque tuve apendicitis cuando era muchacho; examine, además, cuidadosamente mis riñones, porque tuve una infección renal cuando estuve estudiando en Alemania.

He aquí un hombre más interesado en su autopsia que en vivir. Si se le hubiese concedido un deseo, sin

(1) Membrana que recubre la superficie interior de la arteria.

duda alguna habría querido practicar su propia autopsia, porque nada había en el mundo que ansiase tanto como conocer las causas y efectos de la enfermedad que lo estaba aniquilando.

—No se emocione, Jim —dijo a su amanuense ocasional—. Sólo quiero estar seguro de que se harán esas cosas.

El doctor J. L. Mc Arthur, que había sido su menor, interno, durante los días de estudiante en el County Hospital, se encontraba de vacaciones en Mackinac Island. Supo de la enfermedad de Murphy y lo fué a visitar. J. B. insistió ante Mc Arthur en que se sentía mucho mejor, a pesar de su evidente estado de acidosis. Mc Arthur salió en busca del farmacéutico de la localidad y le hizo preparar una gran cantidad de una solución de bicarbonato de sodio, que fué entregada a J. B. con explícitas instrucciones para que la tomara. He ahí a su antiguo "menor" dándole órdenes; no lo habría hecho nunca en los viejos tiempos. Nettie se refiere a Mc Arthur, en una carta dirigida a sus hijas:

"Hoy, jueves por la mañana, papá no se halla tan bien como yo esperaba. Esa terrible sed se mantiene. Durante la comida de anoche tuvo que recostarse entre cada plato; estaba agotado. Ha estado tomando grandes dosis de bicarbonato de soda, pero nada parece calmarlo.

"Todavía está en cama; no parece tener ganas de levantarse. El doctor Billings vendrá mañana a visitar al doctor Mc Arthur y le pediré que vea a papá. ¡Mi pobre querido! Estoy muy preocupada. Dios las bendiga y rueguen para que nuestro papá se mejore."

A las 5 de la mañana siguiente —viernes 11 de agosto— Nettie llamó a la puerta del doctor Keefe. Estaba llorando.

—J. B. nunca daba morfina a un paciente, mientras él creía que viviría —sollozó— y ahora la está pidiendo para él.

Keefe trató de consolarla:

—Es que cuando la gente sufre un dolor de esta clase, tomaría cualquier cosa para encontrar alivio.

—Sí, doctor. Pero yo sé que la situación es mucho más grave.

Keefe le inyectó morfina, y más tarde, esa misma mañana, se dirigió al puerto para recibir a Billings. Mc Arthur también estaba allí, con el mismo propósito, pero Billings no llegó. Nettie estaba tan ansiosa de tener el consejo de un médico que pidió a Mc Arthur que se llegara a la casa otra vez y viera a Murphy. Keefe y Nettie habían estado levantados la mayor parte de la noche, junto a J. B., cuyos ataques aumentaban en número y en intensidad; se hallaban casi enloquecidos.

—Buenos días Mac —dijo J. B. saludando a su viejo amigo—. Me siento tan sin fuerzas como aquel día en el County, cuando usted y los muchachos me colocaron un chaleco de fuerza.

Se rió.

—Creo que esa vez estuve demasiado vanidoso. Sin embargo tuvieron que usar cloroformo, ¿no es cierto? Mc Arthur dijo que sí. Hablaron de muchas cosas, de vacaciones, y J. B. dijo que era bueno tomarse vacaciones, porque de otro modo los hombres se gastan. Mc Arthur debía ir a jugar al golf; J. B. insistió para que fuese. Cuando Mc Arthur estaba por irse, J. B. dijo:

—¿Vendrá usted otra vez esta tarde, Mac?; me hace mucho bien hablar de estas cosas con usted.

Mc Arthur volvió poco después del almuerzo.

—Bueno Mac —dijo J. B. suavemente—; estoy seguro de que el fin está próximo.

—Pero, Murphy; ¡no parece usted el que habla!

—Mac, nos conocemos desde mucho tiempo para que usted pueda engañarme. Sé todo lo que pasa. Seguramente mi mal comenzó hace once años, en 1905, cuando tuve que ir a Glenwood Springs por el dolor del hombro y brazo izquierdos. Todos creímos que era una neuritis. Entonces se calmó hasta que tuve tifoidea, y en ese momento comenzó de nuevo. Evidentemente, durante todo ese tiempo, se desarrollaba en mí una ligera aortitis degenerativa. Entonces vino esa infección estreptocócica de la garganta y ahora debo tener una aortitis ulcerosa. Sé que el diagnóstico de angina de pecho es correcto. Sé, también, que el fin no puede demorar. Si he terminado, quiero irme pronto. No quiero vivir arrastrándome, después que mi obra ha terminado.

—Creo que usted toma todo esto demasiado a lo serio, J. B.

—No; no es así, Mac. He pedido a Keefe que tome algunos apuntes de mi enfermedad, y creo que encontrarán que mi infección vino de algún foco que, como tal, no me ha molestado. Podría haber dominado a ese foco original. Hasta el último lunes, esperé ganar. Pero ese día supe que tenía azúcar en la orina y una acidosis; esto agregado a lo otro, es demasiado para mí. La acidosis es una consecuencia del ayuno, pero con este terrible dolor no puedo comer.

—Le haré preparar más bicarbonato de sodio, en solución de Ringer, J. B. —dijo Mc Arthur—; me voy a buscarla.

—Antes de que se vaya, Mac —dijo J. B.—, ¿quieren usted y Jim ayudarme para ir hasta el cuarto de Nettie?

—Le pediré que venga ella. Usted no debe esforzarse.

J. B. insistió en que lo ayudaran a ponerse de pie. Reuniendo, de modo increíble, todas sus fuerzas, y entre sus dos amigos, consiguió llegar hasta la puerta del cuarto de su esposa. Al verlos, Nettie se dirigió a él. J. B. dió dos pasos, solo, y al alcanzarla, se desplomó muerto a sus pies.

## 3

La cirugía debe muchos de sus progresos a la imaginación del hombre, mientras éste lucha por mantener y acrecentar los ya alcanzados. Es ésta una de las cualidades que eleva al cirujano por encima de la mediocridad. El primero que se atrevió a amputar una pierna destrozada y a cauterizar el muñón con un hierro candente; el primero que usó una rama de árbol, recién cortada y descortezada, para entablillar una fractura; el primero que ligó un vaso sangrante; el primero que reconoció el valor de la antisepsia; el primero que administró un anestésico con el objeto de calmar el dolor; todos ellos, fueron precursores de la cirugía, dotados de más imaginación que sus colegas.

En todos los tiempos, los pueblos más civilizados han producido grandes médicos, que cuidaron de la salud de los hombres lo mejor que pudieron y legaron a la historia documentos que constituyen verdaderos tesoros de observación. En el desarrollo de la personalidad de esos médicos, la imaginación ha jugado papel preponderante y se ha mantenido indisolublemente vincu-

lada al deseo de buscar nuevas verdades, a la honestidad profesional y personal, al desinterés, al buen juicio y a la diligencia. Agregad a estas características, habilidad técnica y capacidad para enseñar y estimular a otros, y en la persona de quien reúna todas estas calidades encontraréis un cirujano eminente.

Muchos dudaron de la honestidad personal y profesional de Murphy, pero nadie dejó de reconocer que en él se aunaban todos los atributos inherentes a un gran cirujano. Lo teatralizaba todo; su personalidad, su profesión, sus pacientes y sus dolencias, las relaciones con sus colegas, y con este modo de ser, hizo que las gentes supiesen lo que la cirugía puede hacer por ellas. Exhibía los efectos de la cirugía en su más atrayente ropaje.

Se ha sostenido que Murphy tuvo pocas ideas originales; pero, como ocurre en otras esferas, en cirugía puede alcanzarse la cumbre mediante el reconocimiento de las posibilidades que emergen de los trabajos de otros y la utilización de las ideas, tal como nunca se lo hubiesen imaginado sus descubridores. Se hallaba mucho más adelantado que sus contemporáneos, en todas las ramas de la cirugía. Trabajaba como un loco, por lo menos con el fervor de un loco, a fin de aprender todo lo que podía acerca de la cirugía y de las enfermedades. Aprendió mucho y lo expuso lo mejor que pudo, tanto para el lego como para el profesional. Si el progreso consiste en el traspaso de ideas de una mente a otra, el progreso debe mucho a J. B. Murphy. La fama que tiene la cirugía americana en el extranjero, se debe en gran parte a la presentación convincente de sus descubrimientos clínicos. Sorprende lo mucho que

se debe a Murphy de lo que hoy sabe el mundo quirúrgico. Fué uno de los primeros en desarrollar la cirugía del apéndice, la sutura de vasos, la cirugía pulmonar, la de las articulaciones, la del intestino, incluído el perfeccionamiento y empleo del botón de Murphy.

Desgraciadamente, fué siempre perseguido por la calumnia. Muchas de sus acciones, aisladamente consideradas, vistas a la distancia y juzgadas desde un punto de vista moderno, pueden criticarse. Por su manera de ser, chocó insistentemente con sus colegas, los otros cirujanos, y a esto se debe mucho de lo que sufrió durante su vida. Despreció las opiniones de sus colegas, y sin embargo nada le era más agradable que su aprobación. Parecía desear ardientemente la lucha violenta, que, aun cuando despertaba sus más grandes energías, sirvió para amargar su vida.

Mucho más importante que todas las críticas de sus colegas, es el hecho de haber repelido sus ataques con una ofensiva de producción científica.

En J. B. se mezclaron abundantemente lo bueno y lo malo; pero tuvo otras características singulares. Su brillantez y su ingenuidad; su encanto y su poder de irritar a los demás; su ambición, con cuanto encierra de feo y de hermoso. Era tierno y sin piedad; fuerte y débil; ciego y lo veía todo. Porque fué muy criticado por sus colegas, podríamos haberlo idealizado para que apareciese heroico; podríamos, además, haber velado discretamente sus rasgos esenciales, con el propósito de magnificar su indiscutible posición en el mundo de la cirugía; pero él hubiese preferido lo que hemos hecho, que su trabajo hablase por él: "dejemos que la historia clínica muestre..."



## ÍNDICE

	PÁG.
<i>Dos palabras</i> . . . . .	9
<i>Prólogo de la edición inglesa</i> . . . . .	11
I. — El éxodo de Irlanda . . . . .	13
II. — "J. B." . . . . .	29
III. — Cambio de vocación . . . . .	42
IV. — Estudiante de Medicina . . . . .	58
V. — Interno de hospital . . . . .	76
VI. — Viaje de perfeccionamiento . . . . .	98
VII. — Romance . . . . .	113
VIII. — La tragedia de Hay Market . . . . .	130
IX. — El proceso del Cook County Hospital . . . . .	145
X. — La primera apendicectomía . . . . .	155
XI. — El botón anastomótico . . . . .	172
XII. — Viaje triunfal . . . . .	192
XIII. — El neumotórax artificial en la tuberculosis pulmonar . . . . .	208
XIV. — En el hogar y en la cátedra . . . . .	228
XV. — Presidente de la Sociedad Médica de Chicago . . . . .	251
XVI. — La filosofía de J. B. . . . .	262
XVII. — El "brazo derecho" de Murphy. La cura de la anquilosis . . . . .	274
XVIII. — El triunfo definitivo . . . . .	289
XIX. — Médico de Theodore Roosevelt . . . . .	305
XX. — En la sala de operaciones. Lecciones de Clínica Quirúrgica . . . . .	321
XXI. — Muerte de J. B. . . . .	339

EL 22 DE JUNIO DE 1939  
SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO  
EN LOS TALLERES GRÁFICOS  
DE SEBASTIÁN DE AMORRORTU E HIJOS  
CALLE AYACUCHO 774  
BUENOS AIRES

*Escuela de Enfermeras*  
*"CARLOS VAN BUREN"*



Universidad de Valparaíso  
Chile



00152236

00152236